

EXPLORACIONES

13

La literatura como oficio

Colombia 1930-1946

FELIPE VAN DER HUCK



Editorial
Universidad
Icesi

EXPLORACIONES

13

La literatura como oficio

Colombia 1930-1946

FELIPE VAN DER HUCK

 Editorial
Universidad
Icesi

 UNIVERSIDAD
ICESI

La literatura como oficio. Colombia 1930-1946

© FELIPE VAN DER HUCK

Cali / Universidad Icesi, 2020.

238 pp, 22 x 14 cm.

Incluye referencias bibliográficas.

ISBN 978-958-5590-37-3 / 978-958-5590-38-0 (PDF) / 978-958-5590-39-7 (ePub)

DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/expl.13.2020>

Palabras claves: Literatura / Oficio de escritor / Escritores (colombianos) / Sociología

Sistema de Clasificación Dewey: 301.45196

© **Universidad Icesi**

Facultad de Derecho y Ciencias Sociales

Primera edición / Agosto de 2020

Colección *Exploraciones*

Rector

Francisco Piedrahita Plata

Secretaría General

María Cristina Navia Klemperer

Director Académico

José Hernando Bahamón Lozano

Decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales

Jerónimo Botero Marino

Coordinador Editorial

Adolfo A. Abadía

Revisión de Estilo

Juan Manuel Eslava Gordillo

Diseño original de la Colección

Natalia Ayala Pacini

Diagramación

Johanna Trochez - *Ladelasvioletas*

Editorial Universidad Icesi

Calle 18 No. 122-135 (Pance), Cali – Colombia

Teléfono: +57 (2) 555 2334

E-mail: editorial@icesi.edu.co

<http://www.icesi.edu.co/editorial>

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

La publicación de este libro se aprobó luego de superar un proceso de evaluación doble ciego por dos pares expertos.

La Editorial Universidad Icesi no se hace responsable de las ideas expuestas bajo su nombre, las ideas publicadas, los modelos teóricos expuestos o los nombres aludidos por el(los) autor(es). El contenido publicado es responsabilidad exclusiva del(los) autor(es), no refleja la opinión de las directivas, el pensamiento institucional de la Universidad Icesi, ni genera responsabilidad frente a terceros en caso de omisiones o errores.

El material de esta publicación puede ser reproducido sin autorización, siempre y cuando se cite el título, el autor y la fuente institucional.

Índice

- { 5 } **Agradecimientos**
- { 7 } **Introducción**
- { 21 } **Capítulo 1**
 Perspectivas teóricas y metodológicas
- { 35 } **Capítulo 2**
 Balance de estudios previos
- { 57 } **Capítulo 3**
 La República de las Letras en cifras
- { 87 } **Capítulo 4**
 Los escritores se quejan
- { 113 } **Capítulo 5**
 Edición y consagración: el caso de José A. Osorio Lizarazo
- { 137 } **Capítulo 6**
 Cómo abrirse paso en la República de las Letras
- { 157 } **Capítulo 7**
 El escritor representado

{179}	Conclusiones
{185}	Bibliografía
{213}	Anexos
{233}	Sobre el autor
{235}	Índice temático

Agradecimientos

Quiero agradecer, en primer lugar, a las instituciones que hicieron posible la realización de esta investigación: la Universidad Icesi, a la cual estoy vinculado desde 2004; el Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD, por su sigla en alemán); el Ministerio de Educación y el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación de Colombia, y la Fundación para el Futuro de Colombia (Colfuturo).

Mi agradecimiento también a las personas que me brindaron su asesoría académica en la Universidad de Berna: el Prof. Dr. Christian Büschges, mi tutor, por su invaluable ayuda y paciencia, y el Prof. Dr. Stephan Scheuzger, mi segundo asesor y evaluador, por su lectura atenta del manuscrito. Agradezco también al profesor Renán Silva, a quien conozco desde mis años de estudiante de sociología en la Universidad del Valle, por su valiosa orientación a lo largo de todos estos años.

Me siento agradecido con los colegas de mi universidad y de otras instituciones por su consejo académico, tiempo y motivación. Jerónimo Botero, decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Icesi, aprobó una descarga que me ayudó a concluir el trabajo; Enrique Rodríguez, Juan Carlos Gómez e Inge Valencia me escucharon y animaron en los momentos oportunos; Juan Pablo Milanese colaboró en la elaboración de los mapas del capítulo III; Edgar Benítez leyó y comentó el capítulo VI; Viviam Unás y Aurora Vergara-Figueroa me regalaron tiempo al remplazarme en tareas administrativas; Adolfo A. Abadía, coordinador editorial de la Universidad Icesi, estuvo al frente del proceso editorial; Gilberto Loaiza, de la Universidad del Valle, escuchó y comentó mis dudas cuando recién comenzaba mi trabajo, y Paula Marín, del Instituto Caro y Cuervo, sostuvo conmigo un estimulante diálogo a lo largo de varios años.

Doy también las gracias a mis ayudantes de investigación en diferentes periodos: Miyer Cabanzo, Mariana Montoya, Camila Beltrán, Ana Gabriela Pérez y Nathalia Escobar. Todas hicieron un trabajo indispensable y valioso.

A mi familia: Amparo, Carolina y Julián, por su apoyo y cariño.

Introducción¹

En este libro estudio a un grupo de escritores colombianos del periodo 1930-1946 unidos no solo por el oficio de la literatura, sino también por su relación con la política partidista: además de escribir novelas, ensayos y poesías, amén de otros géneros, estos escritores estuvieron por lo general ligados a los dos partidos dominantes de la época, el Liberal y el Conservador. Los más prestigiosos entre ellos participaron, de hecho, en los sucesivos gobiernos liberales de esos años. En las páginas que siguen, sostengo que no es posible comprender su oficio de escritores sin comprender su actividad y sus vínculos políticos.²

Los escritores de la República Liberal (como se conoce el periodo que cubre mi estudio) no ejercían una profesión. Tampoco asistían al proceso de “profesionalización de la literatura”. Una profesión, considerada sociológicamente, es una actividad social específica, compuesta por conocimientos y habilidades adquiridos a lo largo de un proceso de instrucción formal, y refrendados por un título. El ejercicio de una profesión cumple funciones sociales y económicas esenciales y es, por lo común, retribuido en dinero. Los representantes de una profesión encuentran en ella una forma de integración social y están sujetos a diferentes tipos de normas (particulares de la profesión, pero

1. Lo que sigue es una versión revisada de la tesis doctoral que defendí en el Instituto de Historia de la Universidad de Berna el 22 de febrero de 2017.

2. Vínculos que, como se verá más adelante, constituyen una forma de *capital social*. “[El capital social] está constituido por la totalidad de los recursos potenciales o actuales asociados a la posesión de una red duradera de *relaciones* más o menos institucionalizadas de conocimiento y reconocimiento mutuos” (Bourdieu, 2001, p. 148 [cursivas en el original]).

también contratos y leyes). Las profesiones, además, moldean aspectos significativos de la vida personal (Voss, 2006).

Por supuesto, hoy en día se pueden visitar prestigiosas carreras de escritura creativa, se ofrecen talleres sobre cómo escribir novelas y cuentos y se transmiten con mayor o menor éxito las habilidades requeridas para hacerlo. Lectores, escritores y gente de la cultura dirían también que la literatura cumple funciones sociales indispensables: alimenta la fantasía, estimula la capacidad de soñar, da un sentido más profundo de lo humano, por no mencionar que puede ser también un negocio: hay personas que “viven de la literatura”, como editores, impresores, distribuidores, libreros, críticos literarios y, si tienen suerte, algunos autores. También podría aceptarse que el escritor es una figura reconocida socialmente, y, por esta vía, es incluido en el mundo de sus semejantes; que está sujeto a las normas no escritas del campo literario (existen, además, las asociaciones de escritores, así como normas que regulan la propiedad intelectual), y que, como en otros casos, y posiblemente con más intensidad, su vida está influida por su profesión.

Sin embargo, de ser la escritura literaria una profesión, no lo es en el mismo sentido que la medicina, el derecho o la carrera docente. Una diferencia fundamental consiste en que, en la mayoría de los casos, los escritores no derivan la parte más importante de su sustento de la literatura (un hecho tan cierto para los autores colombianos de hoy como para los de los años 30 y 40 del siglo pasado). A este hecho alude Lahire (2011) con su imagen de la “doble vida” de los escritores: por un lado, la vida que tiene lugar en el campo literario, según una posición más o menos afortunada que es posible experimentar como vocación; por otro lado, la que se desarrolla en otros campos de actividad y hace posible la supervivencia.

Por cada escritor que tiene éxito económico y la suerte de estar vivo, contratos estables con editoriales, invitaciones permanentes a conferencias y una agitada vida intelectual, ¿cuántos hay que se emplean en oficios varios, cuya obra permanece inédita o apenas conocida, ajenos al reconocimiento público? Por cada escritor que consigue una entrada en un diccionario biográfico, ¿cuántos hay que no alcanzan el “derecho a la biografía”?

Para referirse a lo que hacían los escritores colombianos de las décadas de 1930 y 1940, la palabra *profesión* no parece, pues, la más apropiada: no existían entonces programas de escritura creativa; casi ningún escritor podía dedicarse plenamente a la literatura y derivar de ahí su sustento y el de su familia; las instituciones que hubieran permitido el desarrollo más o menos autónomo de la vida literaria eran débiles –mercado editorial, premios, asociaciones y centros literarios, librerías y bibliotecas, no menos que el público lector– y la figura social del escritor, aunque visible, no dejaba de ser ambigua: la escritura era una actividad valorada, pero no una carrera independiente, y ser escritor no equivalía a ocupar una posición segura en la sociedad, si bien podía abrir las puertas del periodismo y la burocracia. ¿Qué noción, entonces, podría caracterizar mejor lo que hacían los escritores colombianos de la primera mitad del siglo XX, así como las condiciones en que lo hacían? Entre la noción de *profesión*, en el sentido antes señalado, y la de *trabajo*, con su amplio significado antropológico o aquel más restringido de trabajo asalariado, *oficio* parece la mejor opción.

En historia y sociología, *oficio* es un concepto que suele relacionarse con la tradición del artesanado, un mundo del trabajo en el que las relaciones capitalistas de producción e intercambio no han triunfado aún completamente. Un mundo, por ejemplo, donde el *trabajador de oficio* conoce los secretos de su tarea y, por consiguiente, tiene mayor control sobre ella; donde el trabajo manual no ha sido desplazado del todo por la máquina y el saber-hacer del obrero se transmite mediante la interacción en el taller. Donde es posible, además, encontrar una forma de orgullo vinculada a la capacidad técnica y a la satisfacción por el trabajo bien hecho (Coriat, 2001).

Aunque tampoco sería preciso referirse a los escritores como artesanos, ni mucho menos idealizar su labor –como suele pasar con el trabajo artesanal–, en la noción de *oficio* pueden reconocerse las contradicciones de una actividad que, como la literatura, basa una parte considerable de su valor en la negación del interés económico y, sin embargo –al menos en las sociedades modernas–, debe contar para su supervivencia con esa poderosa institución llamada mercado. Quizás como nunca antes desde el inicio de la vida republicana, los escritores colombianos de los años 30 y 40 se vieron sorprendidos y

atemorizados por la fuerza creciente del mercado como institución social. Su gran contradicción fue tratar de sostener la creencia en un mundo artístico noble y desinteresado, que no contaba, sin embargo, con los soportes necesarios para llevar una existencia menos precaria: un público lector educado y dispuesto a comprar libros, una industria editorial que mediara entre las fuerzas generales del mercado y las reglas ideales del arte, estímulos públicos y privados para la creación y unos medios eficientes de distribución y promoción literaria.

El periodo de estudio

El periodo de estudio de la presente investigación se conoce como la República Liberal. En Colombia, desde mediados del siglo XIX y hasta épocas recientes, dos partidos han dominado la lucha política: el Liberal y el Conservador. Desde finales del siglo XIX y hasta 1930, el Partido Conservador gobernó en estrecho vínculo con la Iglesia católica. A partir de los años 20, llamados por Arias (2011) “los años del cambio”, la sociedad colombiana experimentó notables procesos de transformación económica, política y cultural. La exportación de café permitió rentas considerables al Estado y a empresarios privados, la inversión en infraestructura creció, la economía se hizo más diversa y los conflictos populares en ciudades, puertos, enclaves bananeros y del petróleo anunciaron la aparición de una incipiente clase obrera. Al respecto, la respuesta del Estado fue ante todo represiva. Esta forma de acción, junto con la caridad y la beneficencia, habían sido hasta la fecha formas comunes de abordar los conflictos relacionados con la pobreza urbana y la formación de la clase obrera.³

En el campo de la cultura, los años 20 también fueron de cambio. Aunque de manera tímida, también en Colombia se difundieron las ideas socialistas y comunistas, que encontraron simpatizantes entre líderes obreros, pero también entre jóvenes escritores y periodistas vinculados al Partido Liberal. En el polo antagónico, algunos jóvenes afines al Partido Conservador se declararon defensores de las

3. Sobre la caridad y la beneficencia como formas de tratar la pobreza en Colombia, ver Castro (2007). Sobre las protestas populares y la respuesta estatal, ver Vega (2002).

jerarquías, el orden y la tradición católica. Si para unos la revolución rusa actuó como un poderoso estímulo a la imaginación, para los otros lo fue el lenguaje de la Acción Francesa. Unos y otros se enfrentaron en las páginas de periódicos y revistas, haciendo uso de un lenguaje perentorio y vehemente que a menudo disimuló sus semejanzas, como su idealismo, su temprana socialización en los partidos tradicionales, la visión del intelectual como “conductor espiritual de la Nación” o su fe en el Estado como rector del cambio social.⁴

Entre estos jóvenes, las polémicas literarias también ocuparon un lugar. La disputa era ya conocida: ¿tradición o modernidad? Al igual que en el caso de los enfrentamientos ideológicos, los enfrentamientos literarios disimularon algunas notables semejanzas: el estilo afectado y retórico de la escritura, el alto valor asignado a la elocuencia –“el buen decir”–, las formas comunes del elogio (hipérbole), la proximidad entre los escritores y el Estado, entre otras.⁵

Con todo, y a pesar de los modestos alcances de su crítica social, política y cultural, no se puede negar que estos jóvenes y los debates que animaron permiten relativizar ciertas interpretaciones que solo ven inmovilismo en la vida intelectual colombiana de principios del siglo XX. Si bien es posible que sus disputas hayan tenido una alta dosis de fantasmagoría, también es cierto que ellos –escritores, periodistas e intelectuales– deseaban renovar la vida cultural y política colombiana.

En 1930 el Partido Conservador llegó dividido a las elecciones presidenciales. Entre tanto, los liberales habían sacado provecho de la coyuntura económica internacional (Gran Depresión), habían arremetido sus críticas contra el manejo económico del Gobierno y se habían sintonizado mejor con los campesinos y obreros que reclamaban mejores condiciones de vida y trabajo. Sucedió entonces algo inesperado: en 1930 el Partido Liberal retornó al poder y, a partir de entonces, y en especial durante el periodo 1934-1938, emprendió una serie de reformas que buscaban modernizar el país; es decir, ampliar el acceso a la ciudadanía y la participación política; reconocer y regular los conflictos entre

4. Esta parte se basa principalmente en Arias (2007; 2011) y Silva (2005).

5. Las polémicas literarias de la época están bien descritas en Jiménez, D. (1992; 2002a) y Pöppel (2000).

empresarios y trabajadores; impulsar el desarrollo industrial; repartir más equitativamente la propiedad de la tierra; aumentar los ingresos fiscales por medio del impuesto a la renta; establecer la separación entre Iglesia y Estado y un sistema laico de educación pública; abrir paso a las corrientes culturales extranjeras; difundir el libro, el cine, la lectura, la radio y ciertos hábitos higiénicos entre la población campesina y los pobres de las ciudades; estimular los espectáculos de difusión cultural, las conferencias, los conciertos y las exposiciones artísticas.⁶

Con la llegada de los liberales al poder, se produjo no solo un cambio político, sino también un cambio en las condiciones y en la definición de los “oficios intelectuales”, en particular del rol del escritor en la sociedad. Este cambio fue gradual y, por supuesto, no estuvo libre de contradicciones. Como se mostrará en las páginas siguientes, este cambio consistió en la emergencia, en la sociedad colombiana de entonces, de una figura del intelectual relativamente novedosa, de rasgos modernos, aunque en un marco institucional en el que los escritores y el Estado mantenían relaciones muy intensas (en las siguientes páginas se mostrará también en qué consistían esas relaciones).

A partir de 1930, los jóvenes periodistas y escritores, en especial los de tendencias liberales, entraron a ocupar cargos en la dirección de los partidos políticos y del Estado, sobre todo como encargados de los programas educativos y de difusión cultural; participaron en las corporaciones legislativas; fundaron o dirigieron importantes medios de comunicación escritos; algunos, además, alcanzaron prestigiosos cargos diplomáticos e hicieron una brillante carrera como funcionarios, sin que nada de esto le restara brillo –más bien al contrario– a su labor intelectual. Como ha destacado Silva, la República Liberal representó “una de las etapas de más alta integración entre una categoría de intelectuales públicos y un conjunto de políticas de Estado” (2005, p. 22). Este hecho, como se sostiene aquí, influyó de manera decisiva en las formas que adoptó el oficio literario.

6. Para información sobre el periodo y las reformas modernizadoras de los liberales, ver Pécaut (2001), Sierra (2009), Silva (2005) y Muñoz (2009). Un buen balance historiográfico de la República Liberal, en Muñoz y Suescún (2011). Para el asunto de la modernidad y la modernización en Latinoamérica, ver Scheuzger y Fleer (2009).

El problema

Como ya se dijo, la mayoría de los escritores colombianos de los años 30 y 40 del siglo pasado tuvieron en común su vinculación más o menos directa con la política partidista. Confirmar que los escritores mantenían entonces relaciones muy intensas con la política partidista no es difícil: basta con dar una mirada a las revistas, periódicos y suplementos culturales de la época, en donde los temas literarios alternaban con manifestaciones de apoyo o rechazo al gobierno de turno; poemas modernistas con desmesurados elogios o diatribas políticas y escritores extranjeros con numerosos escritores-funcionarios locales.

Bastaría también con una revisión somera de las biografías de los escritores. Como comprobaría esta revisión, la mayoría de ellos ocuparon a lo largo de su vida diversos cargos públicos (en los partidos, en el Estado, en el Congreso, en la diplomacia) obtenidos gracias a sus actividades y vínculos políticos. Algunos se inclinaron más hacia las letras que hacia la política, algunos renegaron de su “doble vida” más que otros, pero todos, o casi todos, tuvieron que ver de diferentes modos con la política partidista.

A partir de la década de 1930, los escritores colombianos no solo desempeñaron un papel novedoso en la vida pública, sino que adoptaron nuevos ideales sobre su oficio, a pesar de que su situación social, su apego no siempre confesado a ideales del pasado y su relación con la política –de la que obtenían la conciencia de pertenecer a una élite culta con una elevada misión civilizadora– hacían muy difícil su realización. En este desfase se encuentra el origen de muchas de sus contradicciones.

Así, por ejemplo, estos escritores adoptaron el vocabulario de los intelectuales modernos, que se había difundido en el mundo occidental a fines del siglo XIX. Palabras como *independencia*, *autonomía*, *crítica* y *responsabilidad* se repitieron en sus discursos. Proclamaron la independencia del mundo de la cultura respecto a los poderes sociales, económicos y políticos, aunque la mayoría de las veces su vida estuvo ligada a estos y no en última instancia su supervivencia. Elogiaron la actitud crítica como un deber de la inteligencia, pero en sus opiniones casi siempre predominó su visión

partidista. Advirtieron, como sus contemporáneos en otros lugares, la presencia de “las masas”, a veces como promesa y otras como peligro (Carey, 2009; Romero, J., 1999), pero nunca lograron deshacerse del todo de su elitismo cultural ni de la creencia de que la sociedad se dividía entre aquellos aptos para dirigir y aquellos que debían ser dirigidos (Braun, 2008). Quisieron renovar el mundo de las letras, pero a menudo fueron grandilocuentes, orgullosos y estuvieron demasiado satisfechos de sí mismos.⁷

En medio de tales contradicciones, a los escritores colombianos no debió serles desconocida su posición marginal en la “República mundial de las Letras” (Casanova, 2001; Zapata, 2012). Y, aunque a veces se burlaron de él, parecían en realidad poco dispuestos a abandonar el sueño de la “Atenas suramericana”.⁸ Por un lado, ellos eran conscientes de su importancia pública –sus cargos, su posición social, sus relaciones, el constante intercambio de elogios la confirmaban–, pero, por otro lado, no podían negar la debilidad de su medio: eran escritores sin lectores (sin el tipo y número de lectores que hubieran deseado), sin mercado editorial (sin el mercado editorial que hubieran deseado), sin estímulos (sin el tipo de estímulos que creían merecer). Esta situación amenazaba con poner en duda su valor, no solo ante sí mismos, sino ante la comunidad imaginada de la República de las Letras.⁹

Por lo tanto, los escritores comenzaron a reclamar la deuda que, según su parecer, la sociedad tenía con ellos: interpellaron al público y reprocharon su desinterés; criticaron la desconfianza de los editores, y se quejaron del escaso apoyo estatal a su labor creativa. De este modo,

7. Sobre la figura del intelectual moderno, especialmente en su “versión” francesa –la de mayor influencia en Colombia–, ver Charle (2000) y Ory y Sirinelli (2007).

8. La expresión “Atenas suramericana” fue empleada a fines del siglo XIX por el escritor español Marcelino Menéndez Pelayo para referirse a Bogotá como ciudad de ilustre tradición letrada. El epíteto no pasó desapercibido entre los literatos capitalinos y comenzó a utilizarse para distinguir a Bogotá como una ciudad notablemente culta. Ver Zambrano (2002).

9. Sobre la expresión “República de las Letras”, ver Álvarez, J. (1995a). En esta investigación se utiliza no para designar una casta aparte y autónoma, sino el hecho de que los escritores del periodo “hayan tenido consciencia (...) de pertenecer a un grupo más o menos cerrado, en el que a su vez había clases y diferencias entre unos y otros” (Álvarez, J., 1995a, p. 7).

fueron dando forma a una representación del trabajo intelectual opuesta a la del escritor como cultor de las Bellas Letras, despreocupado de su situación material, orgulloso de su aislamiento y seguro de su valor. Una figura que, si bien parecía del pasado, continuaba resonando con fuerza en la inapelable metáfora de la Atenas suramericana.¹⁰

Durante la República Liberal, el prestigio literario estuvo tan ligado al prestigio político –y este a la posición ocupada en la burocracia o en la prensa partidista– que el “polo simbólico dominante” de los escritores no fue el del “arte por el arte”, si es que algo así existió, sino el del intelectual público o intelectual-dirigente, como en adelante se nombrará a esa categoría de escritores cuya existencia estuvo determinada por su doble condición de hombres de letras y funcionarios.¹¹

Contenido

En el capítulo 1 aclaro las perspectivas teóricas y metodológicas seguidas en este trabajo. Más que un inventario de autores y teorías del presente y del pasado, hago una presentación selectiva que discute y justifica el porqué, según mi objeto de estudio y los problemas abordados, se ha optado por un enfoque y no por otro.

En el capítulo 2 realizo un balance crítico de los estudios previos que se han ocupado de temas y problemas similares a los de la presente investigación. Este balance se centra en estudios que tratan sobre la sociedad colombiana de la primera mitad del siglo XX.

En el capítulo 3, “La República de las Letras en cifras”, hago una aproximación cuantitativa a la población literaria en Colombia en las

10. Para la concepción de la literatura como Bellas Letras, compartida por diferentes *humanistas* latinoamericanos de fines del XIX, ver Jiménez, D. (2002b). En Colombia, un representante ilustre de esta concepción fue Miguel Antonio Caro (1843-1909), para quien el arte solo era verdadero en alianza con las virtudes cristianas. Una visión más amplia de Caro y sus amigos humanistas, en Deas (2006). Ver también Brown (1980).

11. Para la noción de hombre de letras, ver Chartier (1995) y Álvarez, J. (1995b). Aquí se utiliza como sinónimo de escritor, en un momento en el cual géneros no ficcionales como el ensayo histórico, el discurso político y el artículo periodístico podían considerarse a veces géneros literarios.

décadas de 1930 y 1940. A partir de información biográfica proveniente de distintas fuentes, este capítulo describe algunas características (edad, filiación política, ocupación, etc.) de un grupo de 150 escritores.

En el capítulo 4, “Los escritores se quejan”, estudio la situación social de los escritores durante la República Liberal. Por “situación social” se entenderán las condiciones en que los escritores debieron ejercer su oficio –público lector, estímulos para la creación, negocio editorial–, así como su relación con la burocracia y el periodismo.

En el capítulo 5, “Edición y consagración: el caso de José Antonio Osorio Lizarazo”, he incluido un estudio de caso que revela algunas de las condiciones de la publicación literaria en los años 30 y 40; este capítulo permite contrastar y comprender mejor las quejas de los escritores expresadas en el capítulo anterior.

En el capítulo 6, “Cómo abrirse paso en la República de las Letras”, describo cómo los vínculos políticos formales e informales podían ayudar a los escritores a promover sus *carreras* literarias. A falta de empresarios editoriales, públicos amplios y circuitos especializados de intercambio literario, fueron los intelectuales públicos más exitosos quienes ejercieron las principales funciones de promoción: contactos, publicación, empleo, recomendaciones.

En el capítulo 7, “El escritor representado”, estudio las representaciones del escritor en la prensa colombiana, teniendo en cuenta lo que Dubois (2014, p. 91) llama “la imagen producida (...) de [su] posición, incluyendo los elementos míticos contenidos en esta imagen”. Este capítulo indaga sobre la representación de un oficio, el de escritor, que se debatía entre la “exaltación de su papel en la sociedad y la comprobación del estado real de su actividad (en lo que esta [tenía] de improductiva y de marginal)” (Dubois, 2014, p. 88).

La presente investigación espera contribuir al conocimiento del oficio de escritor en Colombia durante la primera mitad del siglo XX, sin perder de vista sus características y condiciones específicas.

Sobre el método y las fuentes¹²

La elaboración de este trabajo se basó en la revisión de distintos documentos. En el capítulo 3, la información proviene sobre todo de diccionarios biográficos y fuentes electrónicas. El capítulo IV fue elaborado a partir de una amplia revisión de revistas culturales de los años 30 y 40; sin embargo, por razones que se expondrán más adelante, se destaca solo una de ellas. El capítulo V se ha elaborado a partir de la revisión de un fondo documental, el Fondo José Antonio Osorio Lizarazo (en adelante: FJAOL), depositado en la Biblioteca Nacional de Colombia. El capítulo VI se basa en la revisión de la extensa correspondencia de otro fondo documental, el Fondo Germán y Gabriela Arciniegas (en adelante: FGGA), depositado también en la Biblioteca Nacional. El capítulo 7 acude de nuevo a la prensa literaria, en especial a un semanario de la época, *Sábado*, y a las revistas *Pan* y *Revista de las Indias*.¹³ Todos estos documentos, y algunos más del Archivo Eduardo Santos (en adelante: AES), fueron consultados en la Biblioteca Nacional de Colombia (en adelante: BN), en la Biblioteca Luis Ángel Arango (en adelante: BLAA) y en el Archivo General de la Nación (en adelante: AGN).

Respecto al método empleado en este estudio, he tratado, en primer lugar, de interrogar los documentos a partir de mis preguntas de investigación. Esto significa no hacer un “uso literal” de ellos, es decir, un uso que confiaría en su capacidad de revelar de manera clara, directa y espontánea la realidad (Silva, 2007). Con tal propósito, he empleado algunos procedimientos: comparar las fuentes y corroborar sus datos, tener en cuenta las condiciones generales y particulares de su elaboración, prestar atención al lenguaje utilizado: contenido, géneros, forma, intenciones, códigos.¹⁴ En todo ello hay, desde luego, un trabajo de interpretación. Al respecto, solo puedo decir que he intentado controlarlo, para lo cual he querido hacer un

12. Ofrezco en esta parte una descripción somera de las fuentes documentales de mi investigación; la información se ampliará en los capítulos siguientes.

13. Sobre *Sábado* y *Pan*, ver, respectivamente, Duque (1991) y Dora Ramírez (1989). Sobre la *Revista de las Indias* se ofrecerá información más adelante.

14. Siempre me ha parecido que Darnton (2002) ofrece un excelente ejemplo sobre el método o análisis documental, sin ser un tratado al respecto.

uso prudente de la teoría y de la información disponible, evaluando constantemente el alcance de mis hipótesis.¹⁵

En segundo lugar, he partido del supuesto según el cual ningún documento es una vía de acceso directo a la realidad, pero puede informar acerca de ella. Por lo tanto, en los documentos consultados no he ido solo a la caza de *discursos*, sobre todo si estos se entienden como formas de comunicación separadas de cualquier “base social específica” (Giddens y Sutton, 2015, p. 19). Por el contrario, los discursos pueden concebirse como formas “de hablar y pensar sobre un tema que está[n] unida[s] por presupuestos comunes, y que sirve[n] para dar forma al modo en que las personas comprenden y actúan respecto a ese tema” (Giddens y Sutton, 2015, p. 17). Una de las teorías más influyentes sobre el *discurso* es la de Foucault (1992; 2009), que lo consideraba como un marco estructurante de la vida social por medio del cual se ejercía el poder.¹⁶ Sin embargo, entre esta última noción de discurso, muy útil para estudiar los mecanismos sutiles y cotidianos de control social, y la de representación (Chartier, 2002a), más centrada en las formas de clasificación y recomposición de las diferencias sociales, he optado por la segunda, porque considero que se aviene mejor a los objetivos de mi estudio.

Según Chartier (2005a), dos ideas esenciales del *linguistic turn*¹⁷ fueron: 1) “que el lenguaje es un sistema de signos cuyas relaciones producen por ellas mismas significaciones múltiples e inestables, fuera de toda intención o de todo control subjetivos”, y 2) “que la ‘realidad’ no es una referencia objetiva, exterior al discurso, sino que siempre está construida en y por el lenguaje”. “Esta perspectiva –continúa el autor– considera que los intereses sociales nunca son una realidad preexistente, sino siempre el resultado de una construcción simbólica y lingüística; también considera que toda práctica, cualquiera que sea, está situada en el orden del discurso” (pp. 32-33).

15. Para una discusión interesante sobre el lugar de la interpretación en las ciencias humanas, ver Collini (2002). Sobre hermenéutica, la bibliografía es inabarcable. Una buena síntesis se encuentra en Forster (2007).

16. Como se sabe, bajo la expresión “análisis del discurso” se agrupan diferentes propuestas teóricas y metodológicas. Una buena síntesis se encuentra en Van Dijk (2001a; 2001b).

17. Sobre el significado del *linguistic turn* para las “ciencias de la cultura”, ver Bachmann-Medick (2006).

Y enseguida agrega:

En contra de estos postulados, es necesario recordar que, si bien las prácticas antiguas no son, frecuentemente, accesibles más que a través de los textos que intentan representarlas u organizarlas, prescribirlas o proscribirlas, ello no implica afirmar, como consecuencia, la identidad de dos lógicas: aquella que rige la producción y la recepción de los discursos, y aquella que gobierna las conductas y las acciones (pp. 32-33).

Chartier no descarta la relación entre prácticas y discursos, entre prácticas y representaciones, pero tampoco postula su identidad. De hecho, este último punto de vista, según el historiador francés, llevaría a suponer que el conocimiento de un problema puede limitarse al conocimiento de los discursos que lo enuncian.

En la actualidad, las ciencias sociales han aceptado que sus formas de conocimiento son provisionales y contingentes, históricas, y que la información empírica con la que trabajan (documentos, estadística, entrevistas, notas de campo, etc.) no es una vía de acceso directo a la realidad, sino un resultado de la acción humana y, por lo tanto, en sí misma una “construcción”. Han aceptado, también –según una perspectiva compartida en esta investigación–, que la realidad social no está construida fuera de los discursos, pero tampoco se reduce a ellos.

Al respecto, merece citarse un artículo de Chartier (2002b), titulado “La construcción estética de la realidad. Vagabundos y pícaros en la Edad Moderna”:

¿Es posible distinguir entre la realidad social y sus representaciones estéticas y, por ende, considerar el estudio de las primeras como el dominio propio de los historiadores y reservar el análisis de las segundas a aquellos que interpretan formas y ficciones? Seguramente hace quince o veinte años una semejante división de las tareas habría sido aceptada sin reservas. Pero hoy en día hay diversas razones para poner en duda tal distinción. En efecto, no se puede más pensar las jerarquías o divisiones sociales fuera de los procesos culturales que las construyen (p. 2).

Historiadores y sociólogos trabajamos con documentos que tratamos como *fuentes*: es decir, como testimonios que informan sobre el pasado. Pero ¿de qué manera informan esos documentos (escritos, visuales, orales, etc.) sobre las sociedades del pasado? He intentado no perder de vista esta pregunta a lo largo de mi investigación.

Capítulo 1

Perspectivas teóricas y metodológicas

Los escritores como grupo social

¿Cómo estudiar a un conjunto de escritores como *grupo social*? ¿Bajo qué condiciones sería posible clasificarlos de esta manera? Según Brubaker (2004), disciplinas académicas como la sociología, la antropología o la ciencia política han tendido a usar el concepto de *grupo* como si este no necesitara ninguna aclaración, una tendencia que el autor denomina “grupismo” (*groupism*) y que resume como sigue: “[El grupismo consiste en] asumir que la vida social está compuesta por grupos separados y delimitados, que estos grupos son los principales protagonistas de los conflictos sociales, así como las unidades fundamentales del análisis social” (Brubaker, 2004, p. 8 [traducción propia]). Brubaker elabora una lista de temas a los que suelen dedicarse las ciencias sociales y en cuyo estudio predomina el grupismo: estudios sobre identidad cultural, acción colectiva, etnicidad, religión, entre otros (2004a, p. 8). Al hablar, por ejemplo, de judíos y palestinos en Israel, o de blancos, negros e hispanos en los Estados Unidos, o, como en este caso, de escritores colombianos de la primera mitad del siglo XX, el grupismo asume que se trata de grupos “internamente homogéneos y externamente delimitados, incluso actores colectivos unitarios con propósitos comunes” (Brubaker, 2004, p. 8 [traducción propia]). Contra esta manera de ver las cosas, Brubaker

ha señalado que, si bien los científicos sociales deben tener en cuenta las categorías vernáculas de los actores, como en el caso de conflictos étnicos, raciales o nacionales, donde los participantes suelen representar el conflicto en términos “grupistas” o “esencialistas”, esto no significa, sin embargo, que deban adoptar categorías de la *práctica política* como categorías del *análisis social*; según Brubaker (apoyándose en este punto en Bourdieu), debemos recordar que, en las luchas sociales, las declaraciones de los participantes tienen a menudo un carácter performativo:

Al invocar grupos, buscan evocarlos, convocarlos, darles existencia. Sus categorías son para hacer –diseñadas para agitar, convocar, justificar, movilizar, encender y energizar–. Al reificar a los grupos, al tratarlos como cosas sustantivas en-el-mundo, los líderes etnopolíticos pueden, como señala Bourdieu, “contribuir a producir lo que aparentemente describen o designan” (Brubaker, 2004, p. 10 [traducción propia; cursivas en el original]).

En lugar, entonces, de tomar el grupo como categoría analítica básica, Brubaker propone un enfoque centrado en los procesos de constitución de los grupos e introduce para tal fin el concepto de *groupness*, que podría traducirse como “agrupamiento”, es decir, como la capacidad fluctuante y contextualmente determinada de los actores sociales de atravesar por fases de cohesión y solidaridad colectiva.

Brubaker introduce además una diferencia clave entre *grupo* y *categoría*:

Mucho de lo que se dice sobre grupos étnicos, raciales o nacionales se ve oscurecido por la incapacidad de distinguir entre grupos y categorías. Si por “grupo” nos referimos a un colectivo mutuamente interactivo y orientado, con fronteras claras, sentido de solidaridad, identidad colectiva y capacidad de acción concertada, o incluso si adoptamos un punto de vista menos exigente sobre los “grupos”, debería quedar claro que una categoría no es un grupo. Es, en el mejor de los casos, una base potencial para la formación-de-grupos o “agrupamiento” (Brubaker, 2004, p. 12).

Si bien estas reflexiones de Brubaker provienen sobre todo de sus trabajos sobre raza, etnicidad y, recientemente, género, son útiles también para los fines de mi investigación. En primer lugar, al hablar de los escritores como grupo social, no he dado por sentado que los escritores que constituyen la

base de mi investigación formaron un colectivo “mutuamente interactivo y orientado, con fronteras claras, sentido de solidaridad, identidad colectiva y capacidad de acción concertada”; al contrario, y basado en la evidencia reunida, sostengo que la *categoría de escritor*, como categoría referida a una actividad u oficio intelectual, sirvió de base para que un conjunto de hombres, que compartían la escritura literaria y el deseo de reconocimiento de ese oficio (y, algunos de ellos, ideales sociales colectivos y vínculos partidistas), invocaran la presencia, en la sociedad colombiana de las décadas de 1930 y 1940, de una figura, la del escritor, que luchaba por establecerse y ser reconocida material y simbólicamente. Cuando, desde las páginas de la prensa literaria, los escritores invocaban la figura del *escritor colombiano* o hablaban en nombre de “los escritores colombianos” como colectivo social, estaban, pues, *evocándolos, convocándolos, dándoles una existencia común*. Esta invocación de una existencia común hacía posible, y también plausible, su reclamo de mejores “condiciones de existencia” (ver el capítulo IV: “Los escritores se quejan”).

En segundo lugar, los escritores colombianos a los que me refiero en estas páginas no estaban reunidos en ningún tipo de organización formal; no tenían una existencia discreta, fronteras claras, coherencia o intereses y agencia concertados, características que se atribuyen a los grupos, pero que caracterizan mejor a las organizaciones (Brubaker, 2004, p. 15). No sostengo, pues, que los escritores sobre los que trato en este estudio hayan formado un grupo social sustantivo y homogéneo, pero sí afirmo y trato de demostrar que compartieron unas condiciones materiales y unos principios de visión y división del mundo que están en la base de su particular construcción de la figura del escritor y de los escritores como un colectivo social. Un trabajo de construcción/representación que llevaron a cabo, de manera muy notable, en la prensa literaria, y cuyo resultado no fue una acción colectiva visible, agrupamiento o agremiación, sino una “conciencia profesional” creciente, expresada, por ejemplo, en el reclamo (y la legitimación) de la retribución económica del trabajo literario/intelectual.

También la sociología de Pierre Bourdieu (1985; 2001b) permite construir un enfoque no esencialista de los grupos sociales. En particular, resulta pertinente la diferencia que el sociólogo francés establece entre la existencia “teórica” y la existencia “práctica” de los grupos. Según

Bourdieu, esta propuesta se basa en una serie de rupturas con la teoría marxista, entre las cuales las más importantes serían:

[la] ruptura con la tendencia a privilegiar sustancias –es decir, los grupos reales, cuyo número, límites, miembros, etc., uno pretende definir– a expensas de las *relaciones*; y con la ilusión intelectual que lleva a considerar la clase teórica, construida por el sociólogo, como clase real, un grupo movilizado efectivamente (Bourdieu, 1985, p. 723 [traducción propia; cursivas en el original]).

Estas rupturas no niegan que, según un conjunto de propiedades comunes –origen social, educación, edad, ocupación, oficio, etc.–, un investigador pueda construir grupos analíticamente. Pero, en lugar de identificar “grupos homogéneos de individuos diferenciados”, se trata, según Bourdieu, de identificar un “espacio social de diferencias”, es decir, un espacio estructurado según distintos principios de diferenciación (Bourdieu, 2001, p. 104). Desde este punto de vista, que el autor llama “realismo de la relación”, lo *real* de los grupos sociales ya no se concibe como sustancia, sino como relación.

[Los grupos sociales] contruidos pueden ser caracterizados en cierto modo como conjuntos de agentes que, por el hecho de ocupar posiciones similares en el espacio social (...), están sujetos a similares condiciones de existencia y factores condicionantes y, como resultado, están dotados de disposiciones similares que les llevan a desarrollar prácticas similares (Bourdieu, 2001, p. 110).

Los grupos sociales pueden alcanzar una existencia “práctica” como grupos “efectivamente movilizados”, el equivalente de lo que Brubaker llama *groupness*. Sin embargo, si bien hay coincidencias entre ambos autores, Brubaker parece conceder más importancia a la tarea de construcción simbólica de los grupos sociales, pues, aunque no niega que un principio de formación de los grupos sea el hecho de que los agentes compartan “posiciones similares en el espacio social” y “estén sujetos a similares condiciones de existencia y factores condicionantes”, admite que, en algunos casos, pueden *actuar como grupo* actores no necesariamente próximos en el espacio social, mientras que otros que sí lo están pueden

exhibir una variedad de prácticas difícilmente comprensibles por medio de una categoría abarcadora como la de clase social, que, según Brubaker (1985), es la categoría más abarcadora para Bourdieu.

En todo caso, Bourdieu resalta que los grupos “son [también] construcciones simbólicas orientadas por la búsqueda de intereses individuales y colectivos (y, sobre todo, por la búsqueda de los intereses específicos de sus portavoces)” (Bourdieu, 2001, p. 116). De esta manera, si un investigador se dedica al estudio de un grupo social (llámese clase, partido, comunidad, o, como en este caso, escritores),

debe ser tenido en cuenta el trabajo simbólico de fabricación de grupos, de elaboración de grupos. Es a través de ese trabajo de representación sin fin (...) como los agentes sociales tratan de imponer su visión del mundo o la visión de su propia posición en ese mundo, y de definir su propia identidad (Bourdieu, 2001, p. 118).

Desde luego, es posible establecer relaciones entre la posición de los agentes en el espacio social y el trabajo simbólico mediante el cual buscan imponer su visión del mundo; sin embargo, no es posible determinar esas relaciones *a priori*, como en la conocida lógica del reflejo: a tal grupo, dadas tales propiedades –pensadas no como principios relacionales de diferenciación, sino como atributos esenciales– corresponde necesariamente tal visión del mundo. Como alternativa, está la noción bourdieuana de *punto de vista*: “el punto de vista es una perspectiva, una visión subjetiva parcial (momento subjetivista); pero es al mismo tiempo un panorama, tomado desde un punto, desde una posición determinada en un espacio social objetivo (momento objetivista)” (Bourdieu, 2001, p. 102).

Según el enfoque derivado de Brubaker y Bourdieu, es falso, pues, suponer que los grupos construidos analíticamente son grupos “efectivamente movilizados”. Asimismo, sería falso suponer que los grupos invocados por quienes se declaran o son elegidos como sus representantes son entidades discretas compuestas por individuos homogéneos (grupos sustantivos, unitarios, portadores de unos intereses objetivos determinados por fuera de todo proceso y contexto social).

A partir de estas consideraciones, en este trabajo me he propuesto estudiar a los escritores colombianos de las décadas de 1930 y 1940 como *grupo social*. Para hacerlo, en el capítulo III (“La República de las Letras en

cifras”) construyo analíticamente, basado en información biográfica, los contornos de la “población literaria” en Colombia durante la República Liberal. Después, en el capítulo IV (“Los escritores se quejan”), describo el “trabajo” de construcción de la figura del escritor y de los escritores como un colectivo social; un trabajo realizado por escritores individuales que, desde la prensa literaria, “hablaron” en nombre de esta figura, invocándola, y en nombre de este colectivo, designándolo, es decir, llamándolo a la *identificación* (Brubaker, 2004). Un trabajo que fue, entre otras cosas, un intento por difundir y legitimar un punto de vista (una visión de las cosas) acerca de la situación social de los escritores hacia mediados del siglo XX.¹⁸

Figuras del escritor

Para la historia literaria tradicional, la biografía ha sido un género común a la hora de estudiar a los escritores. Aunque algunas biografías logran muy bien el objetivo de narrar la vida de sus protagonistas, incluso en un marco amplio de problemas históricos y sociológicos, otras ceden con frecuencia a la “ilusión biográfica”, es decir, a la idea de que la vida de un individuo es una sucesión coherente de acontecimientos, cuyo sentido, además, coincide con el relato que el individuo hace de sí mismo (Bourdieu, 1999).

Como ha señalado el historiador Robert Darnton,

a pesar de la proliferación de biografías de grandes escritores, las condiciones fundamentales de la autoría siguen siendo oscuras en la mayor parte de las etapas de la historia. ¿En qué momento los escritores se liberaron del mecenazgo de la acaudalada nobleza y del Estado para vivir de su pluma? ¿Cuál era la naturaleza de una carrera literaria y cómo se seguía? ¿Cómo lidiaban los escritores con editores, impresores, libreros, críticos y entre sí? Hasta que no se conteste a estas preguntas no comprenderemos cabalmente el proceso de transmisión de los textos (Darnton, 2010, p. 134).¹⁹

18. Darnton (2002; 2003a; 2006), Büschges (2007) y Silva (2002) son ejemplos de cómo estudiar grupos sociales desde una perspectiva no esencialista.

19. Ejemplos de enfoques sociológicos e históricos sobre los escritores, en Chartier (1995; 2000; 2005b), Darnton (2002; 2003a; 2003b), Sapiro (2016) y Zapata (2014).

En el caso colombiano, el diagnóstico anterior es preciso: las condiciones básicas de lo que significa ser un autor o un escritor son desconocidas en la mayor parte de periodos históricos.

Uno de los objetivos que ha dado forma a este libro consiste en hacer una sociología de la *figura del escritor* durante la República Liberal, y, de esta manera, contribuir al conocimiento de las condiciones básicas y del significado de *ser un escritor* en un periodo histórico específico. Esta sociología centrada en la figura del escritor puede implicar, sin embargo, algunas críticas. Por ejemplo, la de dejar por fuera las obras literarias. Se escribe la historia de los escritores, de sus relaciones y conflictos, pero no se dice nada acerca de lo que escribieron. Bénichou afirma:

No es falso que el escollo de la crítica sociológica, lo que la hace literariamente peligrosa, sea la dificultad de conservar, en los esquemas a los que debe necesariamente conducir, la vida propia de las obras, tal como la sienten autores y lectores. Esta vida irremplazable corre el peligro de estar ausente de las fórmulas por las cuales pretende el análisis histórico expresar lo esencial (2006, pp. 431-432).

Otra posible crítica a una sociología literaria consiste en que esta convierta las obras en el reflejo de su época, de los intereses de clase del escritor o de alguna forma de espíritu individual o colectivo. A esto, precisamente, se ha referido Gombrich al escribir:

Cuando recomendamos la inclusión de la *literatura* en el programa de estudios, porque las *obras literarias* reflejan de forma tan perfecta su época, deberíamos añadir también que, igual que los espejos, reflejarán hechos diferentes sobre la época según el ángulo desde el que los observemos, o el punto de vista que adoptemos, por no citar la fastidiosa tendencia de los espejos a devolvernos nuestra propia imagen (Gombrich, 2004, p. 99 [cursivas añadidas]).²⁰

20. En la cita he cambiado las palabras originales "historia del arte" y "obras de arte" por "literatura" y "obras literarias". Creo no distorsionar el punto de vista del autor acerca de la literatura. Al respecto, ver Gombrich (1998), donde este realiza una crítica del libro *Historia social de la literatura y el arte* de Hauser.

La idea de que la literatura “refleja de forma perfecta su época” ha sido común en las ciencias sociales. Quienes hacen este tipo de uso documental de la literatura creen que ella mantiene una relación transparente con la realidad (Silva, 2007). Una novela sobre los desposeídos será aceptada como el espejo de su vida; una novela sobre el rock, la salsa y los jóvenes será el retrato de una generación; una novela cuyo escenario es la ciudad será, *a priori*, la mejor fuente para escribir su historia. En muchos casos, como sugiere Gombrich, el reflejo no devuelve más que nuestros preconceptos.²¹

La historia y la sociología de la literatura pueden ser la historia y la sociología de un oficio, de sus practicantes, relaciones y creaciones, y tratar al mismo tiempo de mantener una actitud más prudente frente esa difícil cuestión que es la de los vínculos entre literatura y sociedad. Esta perspectiva se acerca de manera muy estimulante a otras formas de hacer historia (por ejemplo, la historia del libro, la lectura y la edición) y a las ciencias sociales (sociología de la literatura, de los oficios intelectuales, etc.).

En Colombia, Rafael Gutiérrez Girardot (1989; 1990) fue tal vez el primero, hace tres décadas, en promover una historia literaria en colaboración con otras disciplinas sociales. En uno de sus libros escribe:

Precisamente estos temas, esto es, público, difusión del libro y la lectura, (bibliotecas, editoriales, revistas), la figura y el contorno sociales del escritor (grupos, tertulias, bohemia, salones) apuntan a la “mediación”, a los caminos por los que las posiciones ideológicas y estructuras sociales se imponen en la literatura (Gutiérrez, R., 1989, p. 8).

Inspirado por un ensayo de Adorno (2008) sobre la relación entre literatura y sociedad, a Gutiérrez le interesaba explorar estos problemas sin caer en las abstracciones de las grandes teorías, ante las cuales sostuvo constantemente una actitud crítica. Postular que existen relaciones entre la literatura y la sociedad no es problemático; describir esa relación, “descubrir la relación mutua de los fenómenos” (Gombrich, 2004, pp. 42-43), requiere superar las fórmulas simples.

21. Neira (2004), Romero, S. (2007) y González, J. (2004) son ejemplos de este uso documental de la literatura. Desde luego, la lista podría ampliarse.

Gutiérrez pensaba que el escritor era “el objeto primario de cualquier interpretación social de la literatura” (Gutiérrez, R., 1989, p. 14), una afirmación con la que es difícil estar de acuerdo. La historia y la sociología de la literatura pueden tener diferentes puntos de partida y llegada. Pero lo que hoy parece insostenible es estudiar la literatura a partir de la idea del “creador increado” (Bourdieu, 2003), de la obra literaria como texto puro (trama de sentido sin soportes ni lectores) o, en fin, del texto como reflejo.²²

El escritor como intelectual

Si bien el escritor no ha de ser necesariamente el objeto primario de la historia literaria, no está de más llamar la atención sobre un hecho: dada la asociación común entre el escritor y el intelectual, sorprende lo poco que los estudios históricos y sociológicos dedicados a los intelectuales se interesan por las condiciones básicas de lo que significa ser escritor.

Como se sabe, la noción de intelectual no se limita a una categoría socioprofesional. Los intelectuales, además de su rol de intelectuales, ejercen a menudo diferentes profesiones y oficios: pueden ser abogados, periodistas, escritores, médicos, etc. Al respecto, puede ser útil plantear algunas preguntas: por ejemplo, ¿cuáles son las categorías socioprofesionales o los oficios dominantes de donde provienen, en un tiempo y lugar determinados, los intelectuales? ¿Cuáles son los conocimientos, habilidades y atributos sociales vinculados con mayor frecuencia a esta figura? ¿Cuáles son, en fin, sus fuentes principales de autoridad?

Dice Bobbio que “una de las funciones de los intelectuales, si no la principal, es escribir” (Bobbio, 1998, p. 57). Tanto si se considera que el intelectual es una figura moderna, como si se acepta la existencia en otras épocas de categorías sociales que habrían cumplido funciones similares, es cierto que el control de la escritura y una relación privilegiada con ella –con su producción, difusión e interpretación– son características notables de aquellos sujetos que podemos designar

22. En esta investigación he optado por un análisis centrado en la figura del escritor. Al tomar esta decisión, he dejado por fuera el análisis de las obras literarias, una tarea que espero completar en futuros estudios.

con diferentes nombres: intelectuales, sabios, clérigos, hombres de letras o literatos (Bobbio, 1998, p. 104). En todo caso, es evidente que la figura del intelectual no siempre ha coincidido con la del escritor moderno de ficción.²³

Si la figura dominante del intelectual en una sociedad es la del escritor literario, como sucedió en Colombia en las décadas de 1930 y 1940, vale la pena preguntarse no solo por el tipo o los tipos de escritores que la personificaron, sino también qué significaba escribir en esa sociedad; cuáles eran las condiciones que hacían posible la existencia –precaria o no– de un grupo de personas dedicadas a la escritura; de qué manera esa escritura se relacionaba con el prestigio intelectual; cómo se hacía una carrera literaria y cuáles eran las funciones sociales del escritor y la literatura.

Se trata, pues, de estudiar a los escritores en cuanto intelectuales, pero no de manera abstracta, sino considerando su especificidad como escritores y, por lo tanto, su especificidad como intelectuales. De esta manera, debería ser posible evitar el uso en abstracto de nociones como campo literario, campo intelectual o campo político, y reconocer, por ejemplo, cuál es la especificidad del espacio de relaciones que hizo posible, durante el periodo de la República Liberal, la presencia dominante de la *figura del intelectual-escritor*: intelectual-dirigente, orientador espiritual de la Nación, reformador social, síntesis del hombre de letras y del hombre público.²⁴

Usos y abusos del campo

Los diccionarios y enciclopedias de literatura se ocupan poco de la “doble vida” de los escritores (Lahire, 2011); una vida dividida entre la escritura literaria y la necesidad económica, entre el deseo de escribir

23. Ejemplos de diferentes tipos de intelectuales, entre una bibliografía muy numerosa, en Charle (2000), Le Goff (2008), Mannheim (1997), Monsiváis (2007), Kolotouchkina (2003), Palacios (2001) y Rama (1998).

24. Diferentes autores han mostrado la necesidad de reconsiderar la teoría de los campos de producción cultural en el caso latinoamericano. Son autores que, sin desconocer el poder heurístico de esta teoría, recuerdan que su uso debería ser sensible a los contextos particulares donde se aplica. Ver, por ejemplo, Ramos (2003) –un libro pionero– y Moraña (2014).

y la obligación de pagar las cuentas. Lahire afirma que es posible hacer una sociología de la vida de escritor, siempre que no se pierda de vista el siguiente hecho: en la mayoría de los casos, los escritores son a la vez empleados que ocupan una parte importante de su tiempo en otras actividades de las que depende su existencia material. Esta sociología de los escritores, que es también una sociología de la creación literaria, se opone en algunos puntos a la sociología de los campos de producción cultural (Bourdieu, 1997).

Un *campo* puede definirse como un espacio relativamente autónomo de relaciones específicas “dentro del macrocosmos que constituye el espacio social” (Lahire, 2005, p. 31). En este espacio, actores e instituciones ocupan diferentes posiciones de afinidad y conflicto, y luchan por apropiarse de las formas específicas de capital que están en juego en él. La lucha consiste también en apropiarse del poder de definición de los límites del campo y sus formas legítimas de capital. Cada campo posee, entonces, sus “intereses sociales específicos”, no asimilables a intereses económicos (Lahire, 2005, p. 32).

Al hablar del campo literario, se hace referencia entonces al espacio social de relaciones donde se produce aquello que una sociedad define como literatura. En ese espacio participan, desde luego, los escritores, pero también las casas editoriales, las revistas de crítica, las instituciones públicas o privadas de apoyo a la creación, los grupos literarios y los lectores. Desde la perspectiva de Bourdieu, la forma de capital específico que está en juego en este campo es el prestigio literario. Los actores y las instituciones luchan no solo por apropiarse de ese prestigio (capital simbólico), sino también por definir su naturaleza (Bourdieu, 1997).²⁵

25. Un ejemplo de todo esto es la oposición entre los representantes de la “literatura comprometida” y los de la “literatura pura”. Para los primeros, la verdadera literatura es aquella que persigue fines sociales: la educación del pueblo, la emancipación de los obreros, la denuncia de las desigualdades. Solo quienes practican y representan esta forma de literatura pueden aspirar a la condición de escritores y merecen el reconocimiento y la consagración. Para los segundos, la única justificación de la obra literaria es la obra en sí misma. El compromiso del escritor debe ser con el lenguaje y la forma. Su creación no debe estar subordinada a objetivos políticos ni a la búsqueda del éxito comercial. Unos y otros luchan por definir cuál es la verdadera literatura, y, de este modo, por modificar las relaciones de fuerza dentro del campo.

Aunque reconoce los aportes de la teoría de los campos a la comprensión de sociedades caracterizadas por la diferenciación funcional, Lahire ha señalado igualmente algunos de sus problemas. En primer lugar, afirma, no es posible clasificar todas las formas de actividad social como campos. Muchos de los intercambios y prácticas de la vida cotidiana (sexualidad, vida familiar, pasatiempos) no pueden considerarse espacios de relación y conflicto relativamente autónomos de la misma manera en que es posible hablar del campo académico, el campo político o el campo artístico.

Al respecto, escribe Lahire

En realidad, los campos corresponden bastante bien 1) a los ámbitos de las actividades profesionales (o públicas) que ponen fuera de juego a las poblaciones sin actividad profesional (...); y, más precisamente aún, 2) a las actividades profesionales o públicas que implican un mínimo (o incluso un máximo) de prestigio (capital simbólico) y que pueden organizarse, por eso mismo, en espacios de competencias y de luchas por la conquista de dicho prestigio específico (en contraposición a las profesiones o actividades que no están particularmente comprometidas en las luchas dentro de esos campos: “pequeños” empleados administrativos, personal de servicio, obreros...) (Lahire, 2005, p. 43).

Otra de las críticas de Lahire es que, al situar a los actores sociales en campos de actividades profesionales prestigiosas, la teoría de los campos suele ocuparse solo de su vida profesional, “mientras que ellos se inscriben en muchos otros cuadros sociales, privados o públicos, duraderos o efímeros” (Lahire, 2005, p. 43). En el caso de la sociedad colombiana de 1930 y 1940, la literatura, como se mencionó en la introducción, estaba lejos de ser una actividad profesional. Los escritores se jugaban su supervivencia, pero también su prestigio, en otros “cuadros sociales” privados (los vínculos más o menos informales de la política) y públicos (los cargos burocráticos y el periodismo).

Al mismo tiempo, es problemático el uso de la noción de campo para referirse a las relaciones que hacían posible la existencia de la literatura en Colombia a mediados del siglo XX. Es claro que los campos sociales se forman, y, en mayor o menor medida, conquistan su autonomía. Sin embargo, vale la pena preguntarse, como lo ha hecho

Lahire (2005), si la idea de diferenciación y autonomía de los campos no puede llevar a veces a considerar como separadas actividades con relaciones muy estrechas, como sucede con la creación literaria y la política durante la República Liberal.²⁶

Estas observaciones acerca de la noción de campo, y en particular de *campo literario*, no niegan en ningún momento su contribución al análisis sociológico de la literatura. El problema no es la noción en sí misma, sino su uso y, sobre todo, su abuso: como sucede con otras teorías abarcadoras, el riesgo consiste en convertirlas en muletillas que lo explican todo. En estos casos, es común, entonces, que los problemas sociológicos e históricos específicos que podrían plantearse a propósito de sociedades particulares sean reemplazados por el uso abstracto y la búsqueda afanosa del campo literario; un riesgo que he tratado de evitar.

26. El sociólogo Howard Becker (2006) –conocido, entre otras cosas, por su sociología de los mundos del arte– ha planteado también sugerentes críticas a la teoría de los campos de producción cultural.

Capítulo 2

Balance de estudios previos

En este capítulo presento un balance de los estudios históricos sobre escritores colombianos de la primera mitad del siglo XX. Por medio de este balance quiero situar la perspectiva de mi trabajo. He puesto el énfasis en la revisión crítica de aquellos estudios que reconocen en la figura del escritor las funciones del intelectual. Por lo tanto, he dejado por fuera numerosos trabajos de historia literaria, algunos de ellos cercanos al género biográfico tradicional.

Aunque no son abundantes, los estudios sobre escritores-intelectuales colombianos de la primera mitad del siglo XX han ido elaborando unas interpretaciones que vale la pena revisar. Una de estas sostiene que, durante los años 30 y 40 del siglo pasado, el tipo dominante del intelectual fue el intelectual-maestro. Esta interpretación se basa en hechos como la creación de la Escuela Normal Superior en 1936 (Herrera, 2012; Herrera y Low, 1994), donde se formaron destacados académicos colombianos de la segunda mitad del siglo XX, así como en la idea, que parecía ganar fuerza en aquel entonces, de que para gobernar era necesario conocer los problemas del país, para lo cual las ciencias sociales y la estadística ofrecían un servicio indispensable. Sin embargo, si se revisan documentos y estudios más o menos recientes sobre la época, parece muy difícil sostener esta interpretación. Las coordenadas de la definición

del escritor-intelectual y su función social estaban principalmente en el mundo de la política y el periodismo.

La otra interpretación común considera a los intelectuales del periodo como “intelectuales orgánicos del bipartidismo”, con lo cual se da a entender que su única función habría consistido en legitimar y promover los intereses de la clase dominante. Por lo tanto, sus acciones, discursos y proyectos solo habrían buscado, *en última instancia*, conservar los privilegios de esta clase, a la cual ellos pertenecían.

Las síntesis

La interpretación más difundida sobre la evolución histórica de los intelectuales en Colombia durante la primera mitad del siglo XX se encuentra en un ensayo publicado por Gonzalo Sánchez (1998): “Intelectuales... poder... y cultura nacional”. Este ensayo busca identificar el tipo dominante de intelectual según los diferentes periodos convencionales de la historia de Colombia: la Hegemonía Conservadora, la República Liberal, la Violencia, etc. A cada periodo, según el autor, correspondería un tipo dominante de intelectual, que habría mantenido un tipo particular de relación con la política.

Durante el periodo conocido como la Hegemonía Conservadora –un largo periodo que va del último cuarto del siglo XIX, con el inicio de la Regeneración, hasta 1930– el tipo dominante del intelectual habría sido el del “político gramático”; una figura apegada al cultivo de las formas clásicas en literatura, a la moral católica y al pasado hispánico. Sus representantes más conspicuos habrían sido cuatro presidentes de la República: Miguel Antonio Caro, presidente entre 1892 y 1898; José Manuel Marroquín, entre 1900 y 1904; Marco Fidel Suárez, entre 1918 y 1921, y Miguel Abadía Méndez, entre 1926 y 1930. Para estos “letrados”, según Sánchez,

la realidad del país no aparece por parte alguna (...). Daba la impresión que estos personajes –continúa el autor–, mientras más distantes, evasivos e incommunicados se presentaran frente a la

sociedad real, tanto más exitosos resultaban en sus pretensiones políticas. (Sánchez, 1998, pp. 102-103).²⁷

Esta situación habría comenzado a cambiar con el triunfo de los liberales en 1930 y el inicio de la República Liberal. En el origen de estos cambios estarían dos “corrientes innovadoras”. La primera se habría expresado en el último tercio del siglo XIX con la creación de la Universidad Nacional de Colombia (1867) y la Escuela de Minas de Medellín (1886).²⁸ Consistiría en un interés creciente –compartido entre las élites políticas– por formar cuadros técnicos y empresariales dispuestos a impulsar el progreso material de la sociedad. La segunda corriente, heredera de la Reforma Universitaria de Córdoba, se habría manifestado en los años 30 con la creación, entre otras, de la Escuela Normal Superior, institución que promovía una educación laica y profesional y que reunió, en calidad de maestros y estudiantes, a académicos muy destacados del siglo XX colombiano. Estos hechos llevan a Sánchez a afirmar que se trata del momento en que el “gramático” es desplazado por el “pedagogo”, “profesor” o “intelectual maestro”. Al respecto, escribe el autor:

El intelectual de esta generación (...) era cada vez más autónomo de los partidos y del poder estatal, y tenía obviamente mayores vínculos orgánicos con la sociedad que los letrados, pero centraba su mirada en la perspectiva de la transformación, no de la sociedad en su conjunto, sino de uno de sus mecanismos de reproducción, el aparato educativo, como punto estratégico para la transformación de la sociedad (Sánchez, 1998, pp. 108-109).

Para Sánchez, la labor de los intelectuales a partir de los años 30 y hasta finales de la década siguiente puede comprenderse como “la lucha por la autonomía cultural”.

27. Mesa (2014) ofrece una interpretación diferente de los “políticos gramáticos”, en particular de Miguel Antonio Caro. Sobre historia general de Colombia, ver Bushnell (2000), Palacios (2003) y Palacios y Safford (2001).

28. Para la historia de la Universidad Nacional de Colombia, el centro de educación más importante del país, ver Soto (2005). Sobre la Escuela Nacional de Minas, ver Mayor (1984).

Una versión similar de la evolución de los intelectuales en Colombia desde principios del siglo XX hasta el fin de la República Liberal es la que ofrece Miguel Ángel Urrego (2002) en *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia. De la Guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991*. Este autor, de hecho, dice coincidir con la clasificación realizada por Sánchez, pese a no compartir su noción de intelectual, su diagnóstico de los “intelectuales maestros” ni su análisis a partir de la segunda mitad del siglo XX (2002, p. 10).²⁹

El propósito del trabajo de Urrego es, según sus palabras, “analizar las dinámicas y contradicciones de la relación de los intelectuales con el Estado, y la evolución de los tipos de intelectuales a lo largo del siglo XX” (2002, p. 9). Para el autor, el periodo comprendido entre el final del siglo XIX y el final de la década de 1950 puede definirse como el de “subordinación de los intelectuales a los partidos tradicionales” (2002, pp. 25-29). Durante este periodo, que Urrego llama el de “los intelectuales orgánicos del bipartidismo” –título de la primera parte de su libro–, podrían diferenciarse tres momentos: el de “los intelectuales bajo la Hegemonía Conservadora”, el de “los intelectuales bajo la República Liberal” y el de “los intelectuales bajo la Violencia”.

Al igual que Sánchez, Urrego afirma que el tipo de intelectual dominante durante el periodo de gobiernos conservadores que se extiende desde 1886 hasta 1930 –o Hegemonía Conservadora– es el del “gramático”, al que añade el abogado y el poeta; figuras que con frecuencia se reunían en una misma persona, como en el caso de los “presidentes gramáticos”.

En términos culturales –escribe el autor–, el proyecto [de la Hegemonía Conservadora] definió que los aspectos que había que resaltar y proteger eran la herencia española (el idioma, la religión, la raza), la moral como guía de la creación artística, la concepción de que la Iglesia era una institución tutelar de la cultura y la necesidad de luchar contra las corrientes materialistas, la inmoralidad y el error (Urrego, 2002, p. 47).

29. El asunto de las nociones del intelectual se tratará más adelante.

Así pues, la figura dominante habría sido la del intelectual católico, unido “orgánicamente” al Partido Conservador, “guardián de la tradición” y especialista en “preservar intactos los fundamentos de la nacionalidad” (Urrego, 2002, p. 76).

Con la llegada al poder de los liberales en 1930, y en especial durante la primera administración de Alfonso López Pumarejo (1934-1938), el cambio en la relación de fuerzas entre los partidos habría permitido la consolidación de un nuevo tipo dominante de intelectual, “el maestro”, incorporado en muchos casos a las tareas reformadoras de los gobiernos liberales. Si, durante el periodo anterior, el género literario dominante había sido la poesía –personificada en la figura de Guillermo Valencia, “quien con sus cantos a especies raras o inexistentes en nuestro suelo como las garzas y los camellos, reafirmaba su ideal parnasiano de ruptura con la realidad” (Sánchez, 1998, p. 103)–, ahora sobresalía la “novela social” (Urrego, 2002, p. 93, 105; Sánchez, 1998, p. 108).³⁰

Como parte de los intentos de síntesis de la evolución histórica de los intelectuales colombianos durante el siglo XX, deben mencionarse también dos ensayos de Loaiza (2004a; 2014). El primero de ellos, con el título “Los intelectuales y la historia política en Colombia”, busca interpretar, según el autor, “el proceso de la historia de la vida intelectual colombiana y de su diálogo con lo político” (Loaiza, 2004a, p. 78).

Loaiza postula la formación, durante el primer tercio del siglo XX, del “intelectual crítico”, visible especialmente a partir de los años 20, cuando un núcleo de jóvenes escritores y periodistas se agruparon bajo el nombre de Los Nuevos. Según Loaiza (2004a), estos jóvenes intelectuales “contravinieron los preceptos éticos y estéticos de las academias regidas por los antiguos letrados (...), en continuo antagonismo con la generación de sus padres y maestros” (p. 84). Sin embargo, el alcance crítico de estos intelectuales habría sido escaso, si bien al respecto el autor no ofrece ninguna explicación, limitándose a señalar que muchos de ellos asumieron después (a partir de 1930) “una condición subordinada”; es decir, adhirieron a los proyectos de los “partidos tradicionales” (Liberal y Conservador).

30. Sobre el primer gobierno de López Pumarejo, ver Botero (2006), Gutiérrez, F. (2017, pp. 99-122) y Tirado (2018).

Esta adhesión es llamada por Loaiza, en tono polémico, “la parábola del retorno servil”, sin considerar los motivos por los cuales, en el tránsito de los años 20 a los 30 del siglo pasado, la adhesión de los “intelectuales críticos” a los partidos políticos no solo no era contradictoria con su posición anterior, sino un hecho razonable, es decir, conforme a esa posición. La ruptura de los “intelectuales críticos” con los partidos tradicionales en la década de 1920 había sido apenas relativa (a pesar de sus declaraciones); de hecho, su socialización política, su labor periodística y sus formas de sociabilidad habían estado vinculadas a estos.³¹

Entre 1930 y el final de los años 40 se habría impuesto la figura del “intelectual ideólogo”. “Se trata –afirma Loaiza– de intelectuales formados en profesiones diversas; ya no es el recurrente abogado decimonónico, sino aquel que surge de profesiones más modernas y, en apariencia, más lejanas del circuito político” (Loaiza, 2004a, p. 87), como el ingeniero o el maestro de escuela. Por la descripción que ofrece el autor y los nombres que menciona, se deduce que a esta categoría pertenecen intelectuales afines a los proyectos políticos de la República Liberal. Eran intelectuales, continúa Loaiza,

con un grado de influencia en las organizaciones partidarias, en la postulación de derroteros programáticos, en el deseo de construir nuevas estructuras partidarias, de poner en discusión las relaciones entre élites y pueblo, entre dirigencia política y nación, o los problemas concernientes al papel del Estado ante nuevas realidades políticas y económicas (2004a, p. 87).

Pese a que utiliza una denominación diferente, este tipo de intelectual coincide con el “intelectual maestro”, al que se refieren tanto Urrego (2002) como Gonzalo Sánchez (1998). A partir de la interpretación

31. Arias (2007) muestra bien los vínculos entre la llamada generación de Los Nuevos –“los intelectuales críticos” de Loaiza– y los partidos políticos Liberal y Conservador. El tema también ha sido tratado por Silva (2015), quien, refiriéndose a estos intelectuales, afirma: “[Ellos] alentaban la idea de que había una estrecha relación entre la solución de los nuevos ‘problemas sociales’ y el carácter democrático de una sociedad. Tal idea facilitó su tránsito hacia la actividad política, una tentación enorme en una sociedad que no garantizaba las condiciones materiales en que puede sostenerse (...) un grupo de hombres de letras que no dispone de rentas propias” (p. 273).

de Loaiza, y sin forzar su argumento, puede inferirse que, para él, el intelectual de los años 30 y 40 aún no es “plenamente consciente de su papel moral crítico” (2004a, p. 85). Su cercanía a los políticos le habría impedido reconocerse “sin vaguedades como tal [como intelectual]” y elaborar “su crítica al Estado o a los partidos (...) y sus dirigentes o al conjunto de la sociedad” (Loaiza, 2004a, p. 85). La figura del intelectual “consciente”, o “intelectual verdadero” –el único con “conciencia moral” y el único que “se reconoce sin vaguedades como tal”–, sería una rareza en la vida cultural y política colombiana.³²

En relación con el tema de las definiciones, los trabajos comentados comparten varios elementos: la idea de que el intelectual tiene un papel destacado en el espacio público, sobre todo como creador de opinión; la idea de que ese papel se define, ante todo, en una relación específica con la política (con el Estado); y, por último, en conexión con lo anterior, la idea de que el intelectual tiene la capacidad de legitimar o impugnar una determinada situación de dominación política, cultural, etc.³³

32. Para hacer justicia al autor, debe decirse, en todo caso, que en el epílogo de su libro *Poder letrado* (2014) ofrece una visión más compleja de los intelectuales colombianos entre 1930 y 1950.

33. Ver Sánchez (1998, pp. 99-102), Urrego (2002, pp. 9-22) y Loaiza (2004a, pp. 66-69). Sánchez (1998) plantea que, al hablar de intelectuales, se referirá a los “intelectuales públicos”: “aquellos cuyo hacer opera como referente en el debate y en la formación de opinión ciudadana”. “Se puede afirmar –agrega– que la categoría intelectual integra los siguientes componentes: una definición intrínseca a la propia comunidad de intelectuales (la autopercepción de tales); una organización para la acción colectiva; y una relación específica con el poder-Estado. Es la conjunción de los tres la que permite diferenciar al intelectual del simple académico, científico o artista” (p. 101). Por su parte, Urrego (2002) dice trabajar con la hipótesis de Gramsci “según la cual cada sector social y político crea intelectuales orgánicos que le dan contenido a sus permanentes necesidades de reproducción.” Luego, apoyándose en Bourdieu, afirma que la “función esencial” del intelectual es la de “legítimo legitimador”: “El conocimiento de los intelectuales tiene una crucial relevancia en el mantenimiento y perfeccionamiento del orden social. En eso consiste su estrecha relación con el poder, con la política” (p. 12). En cuanto a Loaiza (2004a), la definición que ofrece del intelectual resalta su “papel protagónico en el campo de la cultura”. “El intelectual –dice el autor– produce, distribuye y consume permanentemente símbolos, valores e ideas (...). Todo esto significa que no se acepta como intelectual a un enunciador esporádico de ideas, sino a alguien que cumple su labor persuasora con una frecuencia que lo distingue y lo diferencia de otros actores de la vida pública.” De esa manera, el intelectual sería “un enunciador

El valor de una definición debería evaluarse según los aspectos que permite iluminar de un problema. En tal sentido, la definición empleada por Sánchez es la que mejor se ajusta al propósito de síntesis, así como al deseo –declarado por todos los autores– de reconocer la diversidad histórica de las figuras del intelectual y de sus relaciones con la política. Por el contrario, la insistencia de Urrego en el carácter “orgánico” de los intelectuales, y la de Loaiza en su papel de guardianes de la verdad y la justicia, los lleva a pasar por alto la complejidad de sus relaciones con el poder, sobre todo cuando, a sus ojos, esos intelectuales no se oponen de manera radical al Estado.

En cuanto a las tipologías que proponen los estudios comentados, su mayor defecto consiste en haber sido construidas sin ninguna referencia a los debates históricos sobre el significado y la función del intelectual (“la definición intrínseca a la propia comunidad de intelectuales” de Sánchez). Así se explica, quizá, que los autores vean en el “profesor” el tipo dominante del intelectual de la República Liberal y resalten así su relación con los centros de enseñanza de la época, cuando hay indicios suficientes que muestran que eran la política y el periodismo, y no el incipiente mundo académico, los lugares por excelencia de reproducción y acción de los intelectuales, donde se decidían sus rasgos más notorios y su prestigio.

Otro punto débil de estos trabajos (más en el caso de Urrego y de Loaiza que en el de Sánchez) tiene que ver con la confusión, a medida que los autores se acercan más a su propio tiempo, entre análisis histórico y juicio personal: es entonces cuando toman la palabra para decidir quiénes son los “verdaderos intelectuales” y cuál es su “edad de oro”. De ahí que aquellos intelectuales cuya figura no se amolda a su propio ideal resulten tan solo capaces de servilismo o carezcan de conciencia moral.³⁴

y modelador permanente de opiniones”, lo cual se explica debido a “su propensión a erigirse ‘conciencia de la humanidad’” y a su “histórica inclinación por ser el guardián de los valores de la verdad y de la justicia” (p. 68).

34. En sus trabajos, Loaiza y Urrego parecen negar que la relación de los intelectuales con los partidos políticos Liberal y Conservador pueda ir más allá de legitimar los intereses de las clases dominantes e incluir elementos transformadores. Este prejuicio es el que lleva a Urrego a ver en los años 60 y 70, gracias a la acción de los intelectuales de izquierda –“intelectuales contra el Estado”, según sus palabras–

También es posible identificar en estos trabajos un uso más bien formal de la noción de campo. Como suele ocurrir, el uso de una noción de manera indiscriminada termina por mermar su eficacia descriptiva y analítica. Aunque el ensayo de Gonzalo Sánchez (1998) se presenta como “esquema histórico provisional”, y, por lo tanto, cualquier comentario al respecto debería atenerse a ese carácter, no se entiende muy bien por qué al periodo de “los intelectuales maestros” (1930-1950) lo llama “la lucha por la autonomía cultural”, sin añadir ninguna referencia ni dato al respecto. Falta, siquiera, una presentación de las cuestiones básicas: ¿lucha entre quiénes? ¿En torno a qué elementos materiales y simbólicos? ¿Por medio de qué estrategias? ¿Desde qué posiciones?

Estas observaciones pueden formularse con mayor razón al libro de Urrego (2002). En la introducción, por ejemplo, el autor afirma:

El lugar del intelectual en el espacio social está determinado por su ubicación en la distribución de los diferentes tipos de capital, ya sean éstos económicos o culturales. Ello lo define. Por lo tanto, las formas históricas que adquieran las relaciones con el poder son a la vez su principio de posibilidad. (p. 13).

El uso de tal perspectiva en un estudio que no da respuestas, al menos parciales, a las preguntas anteriores, y que tampoco informa sobre el mercado editorial colombiano ni sobre los mecanismos de consagración intelectual, es cuestionable. Establecer tipos dominantes del intelectual sin tener en cuenta sus relaciones con otras categorías de intelectuales; postular la existencia de un campo cultural sin hablar de sus procesos de formación; basar la “conquista de la autonomía” únicamente en las declaraciones de quienes participan en las luchas políticas y culturales; usar la noción de intelectual sin ocuparse de estas luchas, uno de cuyos motivos centrales es precisamente la

“la constitución de un campo cultural plenamente autónomo. A partir de este momento, y durante dos décadas –agrega el autor–, los intelectuales viven su edad de oro” (Urrego, 2002, p. 29).

definición de quién es un “verdadero” intelectual; todo esto parece, pues, no justificar el uso de la noción de campo.³⁵

Los estudios biográficos

Otra forma de aproximarse al tema de los intelectuales-escritores en Colombia durante la primera mitad del siglo XX ha sido el estudio biográfico. El recurso más empleado ha sido el de la “biografía intelectual”: se elige un personaje más o menos significativo, se resalta su importancia, se alude a sus años de formación, se mencionan las influencias recibidas y su tradición cultural y se hace una presentación de su pensamiento a lo largo del tiempo. Una característica común de estos trabajos es su intención de iluminar, por medio del “recurso biográfico”, diferentes aspectos del mundo social del personaje (Loaiza, 2004b).

En este grupo puede incluirse un estudio sobre el escritor José Eustasio Rivera (1888-1928), dedicado a comprender su figura en el marco de los “enfrentamientos generacionales” entre Nuevos y centenaristas; otro centrado en el periodista Luis Tejada (1898-1924), que busca reconstruir el “campo cultural” colombiano de principios de siglo y conocer las “formas de sociabilidad” y las luchas ideológicas de los intelectuales del periodo; uno más dedicado al ingeniero liberal Alejandro López (1876-1940), cuyo objetivo es rescatar su herencia intelectual, así como interpretar “una de las personalidades más intensas de la escena política e intelectual colombiana de la primera mitad del siglo XX, sobre la base de la vinculación estrecha de la vida y obra con las circunstancias” (Mayor, 2001, p. 15).³⁶

También deben incluirse en esta parte la extensa biografía que Ayala (2007; 2010) dedicó al político conservador Gilberto Alzate Avendaño (1910-1960), así como los tres tomos de la obra *Pensamiento colombiano del*

35. Aunque cita a Bourdieu, Loaiza no basa su interpretación en la teoría de los campos ni acude a su vocabulario.

36. Los estudios mencionados son: Pachón (1993), Loaiza (1995) y Mayor (2001). Mi trabajo sobre Osorio Lizarazo (Van der Huck, 2012) puede clasificarse también dentro de este grupo.

siglo XX (Castro-Gómez, Flórez-Malagón, Hoyos y Millán de Benavides, 2007; Hoyos, Millán de Benavides y Castro-Gómez, 2008; 2013).

El de Ayala es un estudio pormenorizado de la trayectoria política e intelectual de Alzate Avendaño, figura central, aunque poco conocida, de la política colombiana de la primera mitad del siglo XX. Si bien la figura de Alzate se aproxima más a la del intelectual-político que a la del intelectual-escritor, la trayectoria descrita por Ayala ofrece un panorama completo de cómo la lucha ideológica (principalmente, entre liberales y conservadores) fue un elemento central en la formación de la cultura política de la primera mitad del siglo XX en Colombia.³⁷ En el caso de *Pensamiento colombiano del siglo XX*, se trata de una extensa y útil compilación de artículos biográficos sobre destacados personajes de la vida intelectual del país en los últimos 100 años.

Por último, vale la pena referirse a la investigación de Vergara (2014), centrada en la labor como cronistas de José Joaquín Jiménez (Ximénez) y José Antonio Osorio Lizarazo. Vergara, quien estudia las “representaciones” de los *bajos fondos* bogotanos a partir de sus crónicas, se propone averiguar cómo se revelan en esas representaciones las concepciones de los dos escritores sobre “la ciudad y la sociedad a la cual pertenecen”, así como “las dinámicas de las relaciones entre los distintos grupos sociales” (Vergara, 2014, XIV).³⁸

Tanto por su objeto –las representaciones sociales– como por sus fuentes –crónicas periodísticas– y su problema –el modo como las representaciones estéticas pueden dar forma a determinadas experiencias sociales–, el estudio de Vergara se adscribe al campo de la historia cultural. Su hipótesis puede resumirse así: lejos de ser un simple reflejo de las divisiones sociales, las representaciones estéticas de la realidad (el arte, la literatura, el periodismo narrativo, etc.) contribuyen a crear y recrear esas divisiones, moldeando experiencias sociales significativas.

En su libro, Vergara argumenta que, al narrar los bajos fondos bogotanos (los llamados “arrabales”, o barrios de la periferia donde

37. La biografía está conformada por tres tomos. No he considerado en este balance el último de ellos, pues sobrepasa el periodo de mi investigación.

38. *Bajos fondos* se refiere a las zonas urbanas más deterioradas, donde conviven la pobreza, la prostitución, el hampa, el alcohol, etc.

conviven la miseria, el crimen, la enfermedad, etc.), los cronistas Ximénez y Osorio Lizarazo representaron el tránsito de la ciudad “tradicional” a la ciudad “industrial y masificada” (Vergara, 2014, XVII); y que, de esa manera, ofrecieron un marco de interpretación acerca de hechos perturbadores, como el aumento de la pobreza urbana, el crimen, la inseguridad, etc., propios de una ciudad en crecimiento.

Es cierto que los estudios mencionados superan los límites de las biografías tradicionales y aportan al conocimiento de la vida intelectual y política colombiana de la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, una característica común a ellos es la construcción de un relato heroico. Derivado de la simpatía de cada autor por su personaje, este relato heroico tiene consecuencias evidentes para el análisis: la más notable, sin duda, es la elevación del personaje a la categoría de “precursor”. Así, por ejemplo, José Eustasio Rivera, Luis Tejada y Alejandro López terminan convertidos en precursores de una fracasada “modernidad política” o “cultural”, héroes solitarios que lucharon en vano contra las fuerzas que se resistían al cambio, guías malogrados de su generación.³⁹

De este modo, el recurso biográfico se desliza con frecuencia hacia la ilusión biográfica (Bourdieu, 1999): la vida parece un camino trazado desde el principio, una sucesión coherente de hechos unidos por un sentido claro. La vida del personaje no sería más que el cumplimiento obstinado de ese destino.

Otro problema en este tipo de estudios (al igual que en otros comentados en este capítulo) es el uso espontáneo de la noción de *generación*. Se trata de un uso puramente convencional y basado un criterio biológico; un uso que se transmite sin ser cuestionado. Es cierto que expresiones como “generación de Los Nuevos” o “generación del Centenario” estuvieron en boca (y en la pluma) de escritores, intelectuales y políticos de la primera mitad del siglo XX.⁴⁰ Es cierto, asimismo, que

39. Hay numerosos ejemplos al respecto en las obras citadas: Pachón (1993, pp. 131-140), Loaiza (1995, pp. 19-21, 87-91, 127-129, 149-150, 208, 218, 224-225) y Mayor (2001, pp. 49-87, 487-565).

40. En la historiografía colombiana, la expresión “generación del Centenario” alude a un conjunto de escritores, periodistas y políticos asociados con el “republicanismo”, fórmula política ensayada durante la presidencia de Carlos E. Restrepo (1910-1914),

se utilizaron como forma de autodenominación. Este hecho, por sí solo, justificaría el interés de historiadores y sociólogos por el “problema de las generaciones”. Sin embargo, una forma de autodenominación de ciertos grupos del pasado no puede tomarse sin más como forma de explicación de procesos sociales.⁴¹

Los intelectuales-escriitores como grupo social

Algunos trabajos históricos y sociológicos han intentado estudiar a los intelectuales-escriitores en cuanto grupo social. Al criticar, por ejemplo, la noción de *generación* o el relato heroico del género biográfico; al aproximarse al estudio de las ideas considerándolas (también) expresión de conflictos entre diferentes posiciones sociales; al tener en cuenta los procesos de difusión y recepción de los textos; al introducir nociones compartidas por la sociología y la historia de la cultura, como las de *práctica* y *representación*, puede decirse que estos trabajos han renovado el estudio de los oficios intelectuales en Colombia y han mostrado rutas prometedoras de investigación.

Para empezar, puede mencionarse el libro *Los Leopardos: una historia intelectual de los años 1920* (Arias, 2007), cuyo objetivo es analizar los debates intelectuales de la década de 1920 y, por esta vía, conocer el mundo intelectual de la época. Además de tomar distancia frente a una manera de hacer historia intelectual que se ocupa solo de las ideas, sin considerar los procesos específicos y activos de su formación, difusión y

.....
que, pese a su brevedad, parece haber contribuido a un trato relativamente civilizado entre los partidos tradicionales –Liberal y Conservador–, después de un largo periodo de violentas contiendas partidistas. Sobre la generación del Centenario y el republicanismo, ver Henderson (2006, pp. 34-115).

41. Sería necesario, por ejemplo, someter esa forma de autodenominación a un análisis y determinar si la noción (sociológica, no biológica) de *generación* resulta útil para explicar el conflicto y el cambio cultural en Colombia en la primera mitad del siglo XX. Un enfoque sociológico debería, pues, estudiar los usos de la expresión y valorar al mismo tiempo el lugar efectivo del “problema de las generaciones” (como se le llamó en los años 20) en el cambio social. Para el enfoque clásico en sociología acerca de las generaciones, ver Mannheim (1993). Para una presentación de formas más recientes de abordar el problema de las cohortes generacionales, ver Blanco (2011) y Diwald y Mayer (2009).

apropiación, el trabajo de Arias presenta, de manera bien documentada, un panorama de la vida intelectual de los años 20 que cuestiona las interpretaciones más comunes sobre el periodo. Por ejemplo, frente a la idea del dominio, durante las tres primeras décadas del siglo pasado, del intelectual conservador y católico, alejado de la realidad, defensor del hispanismo y de las formas clásicas en literatura, Arias presenta una visión más compleja.

En primer lugar, el libro de Arias constata la existencia, en la vida intelectual de la época, de agudos debates sobre los temas más variados – literarios, políticos, religiosos, sociales –, entre los cuales aparece el tema fundamental de qué es un intelectual y cuál es su función. Frente a una cierta idea de inmovilismo con la que suele asociarse el periodo, Arias muestra una disputa creciente entre diferentes formas de concebir la política, las relaciones entre la Iglesia y el Estado, los conflictos sociales, etc. Estos desacuerdos se expresaron, por ejemplo, en la confrontación entre diferentes grupos y *generaciones*. Arias se concentra en las relaciones y conflictos entre la generación de Los Nuevos, en particular el grupo Los Leopardos, y la del Centenario.⁴²

Con matices que están bien descritos en el libro, Arias muestra cómo los miembros de las “nuevas generaciones”, como se autonombraron, contribuyeron a producir una representación que hacía de la moderación y la tolerancia en política un signo de debilidad – esta era, de hecho, una de las principales acusaciones de Los Nuevos contra los centenaristas –. Pero lo más interesante es, quizás, constatar una vida intelectual que mostraba afanes de renovación, donde había, por ejemplo, intensos debates acerca del intelectual y sus funciones.

Como también señala Arias, el periodismo era el principal medio de expresión de las diferencias entre Nuevos y centenaristas, e incluso entre los miembros del primer grupo, entre quienes había diferentes tendencias políticas. El periodismo, por lo demás, era en los años 20 de carácter doctrinario – como lo había sido en periodos anteriores – y

42. Aunque recurre al lenguaje de las generaciones, Arias muestra cómo la vida intelectual de los años 20 no se limitaba a los enfrentamientos entre Nuevos y centenaristas. Por lo demás, el autor relativiza, de manera convincente, la importancia de estos enfrentamientos. Otros estudios que acuden a la noción de generación para referirse a este periodo son los de Charry (1988) y Henderson (2006).

estaba ligado de manera muy fuerte a la lucha partidista entre liberales y conservadores, aunque, como bien señala Arias (2007, pp. 93-100), mostrara algunos signos de modernización.

Como medio de gran importancia en la vida política y cultural del país, la prensa constituía también un medio privilegiado para obtener reconocimiento y prestigio, además de acceso a cargos públicos, dada su estrecha relación con los partidos políticos. Sin embargo, para los jóvenes aspirantes, el trabajo en un periódico no representaba en general “ninguna seguridad económica” (Arias 2007, p. 101). Aun así, el periodismo era una de las pocas instancias de consagración para los noveles escritores e intelectuales. Como afirma Arias (2007), “la posibilidad de triunfar en el periodismo no era fácil. Poco atractivo en términos económicos, resultaba, sin embargo, una fuente de prestigio social muy útil para escalar posiciones” (p. 107).

Un denominador común de estos intelectuales-escritores, a pesar de los posibles matices, era su rechazo a una forma de hacer política que les parecía pusilánime y mediocre, la cual identificaron con los “hombres del Centenario”. Desde la revista *Los Nuevos* (1925), estos intelectuales-escritores promovieron un retorno al enfrentamiento doctrinario que, según ellos, merecían asuntos como la “cuestión religiosa” y la “cuestión social”.⁴³ Asimismo, defendieron una forma de ejercer la actividad intelectual que, decían, debía orientarse por el desinterés y no por el lucro, como reprochaban a sus opositores (Arias, 2007, pp. 210-211).⁴⁴

Al comentar las declaraciones que se hacían desde la revista acerca del sentido de la actividad intelectual, Arias escribe:

43. En la década de 1920, la Iglesia católica ejercía gran influencia en la enseñanza pública y en los valores de la sociedad colombiana. En la década siguiente, a través de distintas reformas, los liberales trataron de impulsar un país más laico, pero, como era de esperar, el clero se sintió amenazado y reaccionó por medio de una “retórica de la violencia”, replicada por sus opositores. A este enfrentamiento, y al debate mayor del que hizo parte, se le conoce como la “cuestión religiosa”. Al respecto, ver Williford (2011). La “cuestión social” alude al debate, promovido alrededor de 1920, sobre las condiciones de vida de los obreros y pobres urbanos, y sobre qué instituciones debían hacerse cargo de ellos y asistirlos. Al respecto, ver Castro (2007).

44. Existe una edición facsimilar de la revista *Los Nuevos* a cargo de Gaviria (2010).

Hay tres rasgos del intelectual que se complementan y que apuntan, en el fondo, a una misma dirección: los intereses materiales no deben interferir en el trabajo intelectual, las exigencias del público no determinan las orientaciones del escritor y su trabajo no puede rebajarse al nivel de lo “vulgar”. Todos estos elementos buscan asegurar la independencia del escritor, la “autonomía”, en el sentido literal, del intelectual. (Arias, 2007, p. 211).

Sin examinar ahora hasta qué punto esa autonomía fue una realidad conquistada (lo cual parece improbable, dado el poder que la Iglesia, el Estado y los partidos políticos ejercían aún en la orientación cultural de la sociedad, en la adscripción política de los intelectuales y como vías de ascenso social y reconocimiento), todos estos debates indican una situación más compleja que la del simple predominio del intelectual-gramático y sus valores.

Al respecto, Arias plantea la siguiente pregunta al final de su libro: “¿Podemos hablar (...) de un ‘nuevo’ intelectual [en los años 20], en la medida en que su compromiso y su activismo con los retos de su tiempo lo alejaban del ‘hombre de letras’ de las décadas anteriores?” (2007, p. 351). Para contestar esta pregunta, Arias se refiere a “la imagen predominante del intelectual de la ‘Regeneración’ y de las primeras décadas del siglo XX”; imagen a la que ya se ha hecho referencia. Esa imagen –vale la pena recordarlo con las palabras del autor– muestra “un personaje desinteresado de su entorno, aislado del ‘mundo real’, entregado a reflexiones abstractas, que poco o nada tenían que ver con los problemas concretos de la sociedad” (Arias, 2007, p. 351).

Como bien señala el autor, esta interpretación proviene del ensayo de Gonzalo Sánchez (1998) ya comentado, así como de un difundido artículo del historiador Malcolm Deas (2006). De acuerdo con estos dos últimos autores, los intereses de los intelectuales del periodo, a pesar de haber ejercido a menudo la política, se concentraron en la gramática, la filología y, en general, las “ciencias del lenguaje”. Arias no solo muestra que es muy difícil extender esta imagen a la década de 1920, sino también que, aun en años anteriores, esta puede ser matizada (2007, pp. 351-353). El autor reconoce diferencias entre los letrados de la Regeneración y los Nuevos, “pero estas no radican en su actitud con

relación a los debates de sus respectivas épocas, pues, a su manera, ambos los abordaron” (2007, p. 355).

¿Cuáles eran, entonces, los rasgos novedosos de los intelectuales de los años 20 respecto a los de décadas anteriores? En primer lugar, lo que el autor llama, sin mucha fortuna, la “meritocracia”, esto es, el papel creciente –que, sin embargo, no debe exagerarse– de los títulos profesionales como mecanismo de movilidad social. En segundo lugar, los esfuerzos de la prensa –que podrían considerarse como indicio de su modernización– y de los jóvenes intelectuales por llegar a públicos nuevos y más numerosos, a pesar de que el dominio de la cultura escrita era todavía muy restringido.⁴⁵ En tercer lugar, un mayor y renovado interés por la “cuestión social”, además de “la búsqueda de una identidad común”, expresada en “proyectos culturales y editoriales colectivos”, congresos, manifiestos o en la frecuentación de tertulias, cafés y “sociedades literarias”. Por último, afirma el autor,

quizá sea posible señalar una mayor militancia en las nuevas generaciones. Si las anteriores (...) no estuvieron desconectadas del contexto que las rodeaba, es posible que los “Centenaristas”, deseosos de preservar el espíritu republicano, adoptaran un tono muy mesurado, que creían necesario para no despertar pasiones insanas (...). Otro era el parecer de “Los Nuevos” (Arias, 2007, p. 356).

En resumen, es posible afirmar que, durante los años 20, se estaba abriendo paso en Colombia una representación del intelectual como hombre público (se hablaba entonces de su “responsabilidad social”), en especial como orientador de la sociedad: él era el encargado de señalar el camino en asuntos como la acción del Estado frente al conflicto social, el nacionalismo, las relaciones entre religión y educación, el lugar de la mujer en la sociedad, la educación del pueblo, etc.⁴⁶ Como se verá más adelante, esta representación parece ganar terreno a partir de la década de 1930, con la llegada de los liberales al poder.

45. Según el Censo General de Población de 1938, el analfabetismo en Colombia era 58,5%. Al comparar zonas urbanas y rurales, los resultados eran 37,2% y 66,1%, respectivamente. Ver Contraloría General de la República (1942).

46. Para esta última parte, ver Arias (2007, pp. 128-227, 351-373, 384-387).

Entre los estudios sobre escritores e intelectuales como grupo social, debe mencionarse también el libro *República Liberal, intelectuales y cultura popular* (Silva, 2005), que abrió un campo novedoso de problemas relacionados con la historia cultural de los años 30 y 40. Al decir novedoso, debe destacarse no solo el planteamiento de problemas hasta ahora casi inexplorados por los investigadores, sino también la manera como se encuentran formulados. Silva no se aproxima al estudio de la cultura como si esta fuera un mundo ideal y autónomo: un “discurso” separado de los procesos (económicos, políticos, etc.) que dan forma a una sociedad. Sus investigaciones ofrecen una visión muy variada de la actividad intelectual y cultural en Colombia durante las décadas de 1930 y 1940, y permiten asimismo revisar algunas de las interpretaciones más comunes al respecto; por ejemplo, la que hace del “profesor” el tipo dominante del intelectual del periodo o la que reduce su actividad (la de los intelectuales) a la legitimación de los proyectos políticos de liberales y conservadores, como quien solo parece ver en esa actividad la intención de unos grupos sociales por mantener la dominación sobre otros, y así reduce cualquier acción a un cálculo orientado por intereses económicos ocultos.⁴⁷

¿Qué visión de conjunto ofrece el libro de Silva de la categoría del intelectual-escritor y de la vida cultural del periodo? En primer lugar, el autor ha mostrado cómo la política cultural de la República Liberal (y, de manera especial, la que puede ser considerada su “política cultural de masas”, de la que hacían parte proyectos como el de Cultura y Bibliotecas Aldeanas, la creación de la Radiodifusora Nacional, las Escuelas Ambulantes o las Ferias del Libro) estuvo a cargo de intelectuales que ocuparon altos cargos públicos, en particular en el Ministerio de Educación, institución central de “formación y extensión cultural” durante el periodo. Además, como recuerda el autor, estos mismos intelectuales “dominaban en el escenario cultural, lo que les garantizaba

47. Para aclarar cualquier malentendido, no se niega aquí que los intelectuales actúen como legitimadores de proyectos políticos ni que su acción pueda contribuir a conservar y legitimar un estado de dominación, pero esto debe ser analizado en cada caso histórico y no declarado como norma y única interpretación posible de las actividades de aquellos intelectuales que, por su relación con el Estado, parecen no satisfacer las propias convicciones políticas.

una posición directiva en cuanto a la orientación espiritual del país, o más exactamente de la ‘nación’, para acudir a su propio vocabulario” (, 2005, p. 22). La República Liberal, acierta Silva, “no sólo significó una profunda originalidad en el campo de los *proyectos de extensión cultural*, sino que representa una de las etapas de más alta integración entre una *categoría de intelectuales públicos* y un *conjunto de políticas de Estado*” (2005, p. 22 [cursivas en el original]).

En segundo lugar, todo indica que estos intelectuales públicos tenían una idea muy noble de su misión, no solo porque en sus manos estaba la transformación de la sociedad –por ejemplo, en campos como el de la educación y la cultura–, sino también porque, de acuerdo con lo anterior, se asignaban a sí mismos un papel orientador de las clases populares (en temas como salud, alfabetización, difusión de la noción de derechos sociales, etc.). El liberalismo de esos años habría, pues, intentado una nueva definición de las relaciones entre las clases dirigentes y el pueblo, que habría acentuado el carácter activo de este último en las transformaciones sociales, así como su aporte a la construcción de la nacionalidad, aunque sin abandonar del todo la idea de que el pueblo era como un niño que debía ser educado (Silva, 2005, pp. 23-30).

Es cierto que durante la República Liberal se crearon instituciones educativas y científicas que aspiraron a la formación de una nueva intelectualidad, dedicada especialmente al conocimiento científico de la realidad. Esta intelectualidad, escribe Silva, sería nueva “en una doble acepción”:

Primero por la relación de distancia que establecería respecto a los partidos políticos tradicionales –incluido el propio partido inspirador de los proyectos, con su reconocida y secular tendencia sectaria–. Segundo por el dominio de un instrumental de método y de teoría que fuera no sólo garantía de una relativa objetividad en el conocimiento, sino también de distancia frente al mundo tradicional de la política y los políticos. (Silva, 2005, p. 39).

Sin embargo, los mismos trabajos del autor dan suficientes indicios para afirmar que, si hubo en este periodo un tipo dominante de intelectual, no fue el maestro, portador de ese ideal relativamente novedoso en los años 30 del conocimiento objetivo de la realidad, sino

el intelectual público o “dirigente”, es decir, el intelectual vinculado a cargos de importancia en la burocracia, los partidos políticos y la prensa, que se dedicaba al mismo tiempo a la escritura literaria y ocasionalmente a la enseñanza.

A partir de esto, es posible identificar un rasgo central de la vida intelectual del periodo. Se trata de las relaciones todavía muy estrechas entre los escritores y el Estado, por lo cual no es posible abordar el estudio de la creación literaria sin tener en cuenta al mismo tiempo los vínculos políticos (y burocráticos) de los escritores. Esta relación específica entre los escritores y la política, que la presente investigación quiere contribuir a aclarar, no es exclusiva de los años 30 y 40. Su emergencia habría que buscarla por lo menos en la década de 1920, momento en el cual se empieza a abrir campo la representación del intelectual como hombre público, comprometido con la renovación política y literaria. A esta categoría pertenecían, como antes se indicó, los jóvenes intelectuales de los años 20 reunidos en torno a la revista *Los Nuevos*, que cuestionaron lo que les parecía la herencia mediocre de los centenaristas.⁴⁸

Sin embargo, no se trata en este caso de literatos que participan en la vida pública desde su condición específica, es decir, con base en el prestigio obtenido en el campo particular de su actividad –en este caso, el “campo literario”–. Por esta razón, es difícil postular la existencia de escritores *puros*, de donde resulta, en contraste con lo que ocurría en Europa o en otros países latinoamericanos, la poca importancia concedida en nuestro medio a las polémicas en torno al “arte por el arte”. Como bien anota Arias, la participación de los jóvenes intelectuales “en los medios periodísticos estuvo estrechamente relacionada con la política [debería agregarse: con la política partidista]. Las dos actividades no se concebían la una sin la otra” (Arias, 2007, p. 111).

Así pues, al considerar las relaciones entre el periodismo, la política partidista y los escritores en las décadas de 1920 y 1930, es posible comprobar que la vida intelectual del periodo exhibía rasgos particulares a los que se ha prestado poca atención, en especial por un uso muy poco

48. Sobre la relación entre prensa y política en las décadas de 1930 y 1940, ver Acevedo (2003) y Santos (1989, pp. 118-121, 123-124).

meditado de los trabajos de Bourdieu sobre los campos de producción cultural. Es un uso que se cuele en los escritos de académicos como Sánchez y Urrego; o en los trabajos citados de Loaiza, Pachón o Arias, aunque en este último caso debe advertirse que, al lado del lenguaje muchas veces excesivo de la autonomía, el capital simbólico y social, el campo político, etc., el autor plantea una serie de observaciones que podrían haberle alertado sobre la inconveniencia de recurrir, sin un trabajo crítico suficiente, a tales nociones (Arias, 2007, pp. 362-267).⁴⁹

49. Las observaciones de Arias que podrían haberle alertado sobre el uso impreciso de la teoría de los campos pueden resumirse así: en primer lugar, el autor se refiere al carácter reducido del mundo intelectual colombiano, es decir, al hecho de que “la tasa de profesionales que vivía del trabajo intelectual debía ser muy baja” (2007, p. 363). En segundo lugar, menciona la influencia que el Estado, la Iglesia católica y los partidos políticos conservaban en la orientación cultural de los intelectuales, quienes, como se ha señalado, ejercían su actividad en estrecha relación con estas instituciones. En tercer lugar, habla del carácter limitado del público lector, a lo que podría añadirse un mercado editorial con poca demanda, que hacía muy arriesgada cualquier empresa editorial. Entre las investigaciones sobre escritores e intelectuales como grupo social, puede mencionarse también el libro *Élites intelectuales en el sur de Colombia. Pasto, 1904-1930. Una generación decisiva* (Álvarez, M., 2007). Basado en la noción de generación, este trabajo busca establecer los hechos que estuvieron en el origen, durante el primer tercio del siglo pasado, de una “élite intelectual” en la ciudad de Pasto que habría sido decisiva para la creación del departamento de Nariño (1904) y para “el proceso modernizador en la región” (Álvarez, M., 2007, p. 23). Dos ejemplos más son *Progresar y civilizar. Imaginarios de identidad y élites intelectuales de Antioquia en Euroamérica, 1830-1920* (Escobar, 2009), centrado en el papel que desempeñaron diferentes tipos de intelectuales en el proceso de formación de la “identidad antioqueña” y de un “ideal de progreso y civilización” en esta región, y *Poder letrado. Ensayos sobre historia intelectual de Colombia. Siglos XIX y XX* (Loaiza, 2014).

Capítulo 3

La República de las Letras en cifras

Introducción

¿Cuántos escritores había en Colombia a mediados del siglo XX? ¿Cuál era su lugar de origen? ¿Qué posiciones ocupaban en la sociedad? ¿De qué manera trataban de “abrirse paso” en la República de las Letras? Para cualquier sociología del escritor estas son preguntas fundamentales. Sin embargo, en Colombia se ha escrito muy poco sobre los escritores como grupo o categoría social, no solo para el periodo que cubre este trabajo (1930-1946), sino también para la mayor parte de periodos históricos. Desde luego, se ha escrito sobre grupos particulares de escritores o supuestas generaciones literarias. En el siglo XX, por ejemplo, el relato suele abrirse con la Gruta Simbólica, seguida de la generación del Centenario y la de los Nuevos, para dar paso, en los años 30 y 40, a los Bachués, los Piedracielistas, Cántico y, ya en los años 50, a la generación de Mito.⁵⁰

En general, estos trabajos se preguntan muy poco por el significado sociológico de las nociones que utilizan; por ejemplo, las nociones de *grupo* y *generación*. ¿A qué se refieren sociólogos e historiadores al hablar de un “grupo” o “generación” de escritores e intelectuales? ¿Qué

50. Ver Valencia (1988a; 1988b). Sobre la periodización en las historias de la literatura colombiana desde el siglo XIX hasta años recientes, ver Bedoya (2006).

es lo que constituye, más allá de la autodenominación, a un número variable de personas en un grupo o generación? No se trata solo de un problema de palabras. Aun si se acepta que el uso de estas palabras se impone por ser convencional –por permitir el entendimiento y la comunicación académica–, también es cierto que su aceptación espontánea puede ser problemática.⁵¹

En las páginas que siguen, se realiza una aproximación cuantitativa a la “población literaria” en Colombia en las décadas de 1930 y 1940. Es una contribución inicial a un estudio de los escritores colombianos como grupo social, complementaria de los próximos capítulos, que, espero, ayudará a situar mi información documental en un marco de interpretación más general.

Las preguntas

¿Es posible saber cuántos escritores había en Colombia a mediados del siglo XX? Esta pregunta implica problemas conceptuales y metodológicos. Por ejemplo, el problema de las definiciones:

51. El caso de la llamada generación de Los Nuevos es uno de los que mejor lo ilustra. Sin duda, la aparición en 1925 de Los Nuevos –alrededor de treinta escritores que, por medio de la publicación de una revista, se presentaron en público como grupo– tuvo consecuencias en la vida intelectual colombiana de los años siguientes, así solo fuera porque dio lugar a constantes debates entre quienes, de un lado, se consideraban renovadores de la vida cultural y política y quienes, del otro lado, reaccionaron y se defendieron de sus ataques. Este enfrentamiento dio lugar, en ese entonces, a una supuesta “lucha” o “problema de las generaciones” (Los Nuevos versus la generación del Centenario). Una lucha que se libró, ante todo, en el campo de las letras: artículos periodísticos y literarios, entrevistas y reportajes. Esta “lucha escritural” ha sido, no cabe duda, bien descrita por los investigadores colombianos. Es evidente, también, que ella era una señal de cambios en la sociedad (ver Introducción). Sin embargo, por haber aceptado el lenguaje de la “lucha de las generaciones”, los estudios sobre el periodo (los años 20) han exagerado las supuestas diferencias entre los protagonistas, sin apreciar todos los elementos comunes que, de hecho, los unían. Por esta misma razón, esos mismos estudios no se han percatado de todo lo que en este enfrentamiento hubo de imaginario, en especial en el caso de Los Nuevos, cuya vehemencia verbal inicial puede interpretarse como una forma ritual de presentación pública. Una crítica, aunque al final tímida, de la idea de “periodo literario” como “herramienta metodológica” de la historia literaria y del concepto de generación como “la forma de periodización más común”, en Trujillo (2003).

¿quiénes eran los escritores? ¿Cualquiera que publicara un libro sin importar su extensión ni contenido? ¿Deberían incluirse, además de los anteriores, quienes solo publicaron en la prensa o las revistas literarias? Una primera delimitación podría consistir en añadir a la categoría *escritor* el adjetivo *literario*, aunque de inmediato resultaría un nuevo problema: ¿qué es “lo literario”?, es decir, ¿qué es lo que en una época particular entra en esa categoría? Si se piensa en la Colombia de las décadas de 1930 y 1940, hay suficientes indicios para afirmar que “lo literario” rebasaba los límites de la novela y la poesía, y se extendía al campo amplio del ensayo, la crítica, la biografía, la historia y el discurso político.⁵²

Otro problema central es el de las fuentes. No existe para el periodo de estudio ninguna lista sistemática de escritores o autores colombianos. No hay tampoco una fuente bibliográfica más o menos completa de publicaciones nacionales. No contamos con nada parecido a los informes del policía francés e inspector de libros que, a mediados del siglo XVIII, espiaba a los escritores parisinos y los seguía a los cafés (Darnton, 2002), ni con almanaques literarios que hubieran pretendido registrar a todos los escritores colombianos vivos.

A pesar de estas dificultades, en este capítulo realizo una aproximación cuantitativa a la población literaria en Colombia en las décadas de 1930 y 1940. Suscribo aquí las palabras de Darnton:

52. Betancourt (2007) muestra cómo los más reconocidos historiadores del periodo, como Tomás Rueda Vargas (1879-1943) o Germán Arciniegas (1900-1999), eran considerados a la vez grandes literatos. Ellos mismos defendieron la imaginación, el sentimiento y la fábula como elementos indispensables de la narración histórica. Tomás Rueda Vargas fue director de la Biblioteca Nacional, rector de dos prestigiosos colegios capitalinos (el Gimnasio Moderno y el San Bartolomé), colaborador de *El Tiempo*, miembro de las Academias de Historia y de la Lengua y representante a la Cámara por el Partido Liberal. Comparto el punto de vista de Betancourt cuando afirma: “La consagración de los escritos de Tomás Rueda Vargas no se dio a partir de sus aportes a una determinada tradición disciplinar, sino a su presencia formadora en las instituciones educativas más importantes de la capital y a las relaciones políticas y personales con la dirigencia del partido liberal” (Betancourt, 2007, p. 97). Germán Arciniegas fue también colaborador de *El Tiempo*, periódico en el que ejerció como columnista, jefe de redacción y director. Fue asimismo miembro y presidente de la Academia Colombiana de Historia.

Hay por el mundo una abundante información dispersa sobre autores aislados, pero tal información es tan desigual y poco uniforme que no permite crear una serie estadística coherente sobre los autores en términos generales. Incapaz de enrolar a un ejército de pasantes que lleve a cabo una redada en todos los archivos y bibliotecas, el único modo que me imagino para formar una idea de la población literaria como un todo es estudiar una fuente excepcionalmente rica. (Darnton, 2003a, p. 165).

Sin embargo, es necesaria una salvedad: la principal fuente empleada en este capítulo es rica, pero no “excepcionalmente rica”. Se trata de la *Bibliografía de la novela en Colombia*, de Ernesto Porras Collantes, publicada en 1976 por el Instituto Caro y Cuervo. Desde luego, hay listas y bibliografías más recientes de novelas y autores colombianos, obras de referencia, libros de *Quién es quién en Colombia*, etc., pero no una bibliografía tan completa –aun con sus faltas– como la de Porras.

La *Bibliografía* incluye una lista de novelas publicadas entre 1841 y 1974 y ofrece datos sobre reediciones y traducciones.⁵³ No presenta, sin embargo, ninguna aclaración sobre los criterios de selección utilizados ni discute nada sobre la novela como género, sus soportes de publicación o la autoría. Como resultado, el libro incluye referencias a publicaciones que, según los estándares de la época, no formaban parte del género novelesco; se refiere por igual a la publicación en forma de libro o folletín y considera como “novela colombiana” algunas obras de autores extranjeros sin residencia comprobada en Colombia y publicadas en el extranjero.

Solo en algunos casos, la *Bibliografía* incluye notas de contenido y crítica de las novelas registradas, así como pequeñas bibliografías de comentarios acerca de estas y sus autores. Aun así, comparado con otras obras de referencia que se citarán más adelante, el libro de Porras es el más completo, no solo por el número de títulos registrados, sino especialmente por la información adicional que ofrece (tamaño del libro, número de páginas, epígrafes, dedicatorias, índices, ilustraciones y notas al texto), si bien Porras no incluye ninguna información sobre

53. Al incluir las reediciones de las obras, es posible que una novela registrada durante mi periodo de estudio hubiera sido en realidad publicada con fecha anterior a 1930 y por un escritor ya muerto. Dado que mi interés principal es por los escritores vivos y activos durante la República Liberal, no consideré tales casos.

el origen social, ocupación u origen geográfico de los autores (solo en algunos casos, su fecha de nacimiento y defunción).

Por lo tanto, fue necesario buscar esta información en otras fuentes (diccionarios biográficos, biografías y estudios académicos, Internet, entre otras). Los datos sobre el origen social de los autores, definido por la ocupación de los padres, fueron los más dispares y difíciles de localizar, razón por la que decidí no incluirlos en el análisis general, aunque los tuve en cuenta cuando estaban disponibles y eran relevantes para mi argumento. A continuación, enumero los criterios utilizados para construir la base de datos a partir de la *Bibliografía de la novela en Colombia*:

1) Consideré solo las novelas publicadas entre 1930 y 1950, años que coinciden con el inicio y el fin de la República Liberal (1946), más cuatro años del gobierno de Mariano Ospina Pérez. Este recorte temporal se justifica si se tiene en cuenta que, como han señalado algunos investigadores, las décadas de 1950 y 1960 suponen cambios significativos en las condiciones de la vida intelectual, en general, y del oficio de escritor, en particular (Loaiza, 2014; Marín, 2014; 2016a; Silva, 2015; Tirado, 2014).

2) Solo tuve en cuenta las publicaciones en forma de libro. Aunque la publicación literaria en revistas y periódicos fue un hecho característico de la primera mitad del siglo XX, y en muchos casos una fuente de ingresos más segura para los autores que la publicación de un libro, los escritores consideraron por lo general la publicación seriada como una actividad contraria a su vocación. La queja era casi siempre la misma: si no hubieran tenido que ceder a la urgencia, la extensión, la forma y el estilo exigidos por el escrito periódico, habrían podido dedicarse a obras perdurables. Un libro otorgaba un estatuto de *autoritas* menos frágil que la publicación en un folletín.⁵⁴

3) Descarté de la lista aquellos títulos que Porras incluyó en su libro y que, sin duda, no formaban parte del género novelesco.⁵⁵

4) Dejé por fuera a las escritoras del periodo incluidas en la *Bibliografía*, dado que su estudio sobrepasa los objetivos de mi investigación.⁵⁶

54. Al aplicar este criterio, tres autores quedaron por fuera de la lista.

55. Diez autores quedaron por fuera de la lista.

56. Once escritoras quedaron por fuera de la lista. Ninguna de ellas participaba en la vida pública institucional.

5) Cuando no pude comprobar la residencia en Colombia de escritores extranjeros que, además, habían publicado sus libros en el extranjero, tomé la decisión de no incluirlos.⁵⁷

6) Dejé por fuera a aquellos escritores que murieron antes de 1930 y cuyas publicaciones, en esa fecha o en fechas posteriores, fueron por lo tanto reediciones, reimpressiones o ediciones póstumas.

7) Finalmente, asumí que un hombre que publica una novela es un escritor. Es una definición arbitraria pero manejable, que además sorteas, como dice Darnton, “el anacronismo que habita en (...) la idea moderna de que un escritor es alguien que vive de la escritura” (Darnton, 2003a, p. 168), por no mencionar otros posibles anacronismos, como la predisposición académica a no reconocer como intelectuales o escritores a quienes no cumplen ciertos prejuicios (académicos o políticos) acerca de lo que estas figuras deberían ser.⁵⁸

La base de datos definitiva, después de tener en cuenta los puntos anteriores, quedó conformada por 150 escritores (en adelante: lista 1).⁵⁹ Los límites de esta información son evidentes: en primer lugar, quedan por fuera una cantidad indeterminada de escritores que no publicaron novelas durante el periodo considerado o que nunca cultivaron el género, como poetas, historiadores y ensayistas. En segundo lugar,

57. Tres autores quedaron por fuera de la lista.

58. Otras fuentes utilizadas para elaborar mi base de datos y contrastar con la *Bibliografía* de Porras fueron: *The Colombian Novel 1844-1987* (Williams, 1991), que incluye como apéndice una cronología regional de novelas; *Evolución de la novela en Colombia* (Curcio, 1975); el artículo “Adiciones a la bibliografía de la novela colombiana: 1856-1962” (McGrady, 1965); la pionera “Bibliografía de la novela colombiana” (Englekirk y Wade, 1950) y “Bibliografía de la novela colombiana” (Pineda, Pérez, Rosero y Calle, 2003), documento basado en los trabajos de Curcio (1975) y Porras (1976). Estas son las principales bibliografías que puede consultar un investigador interesado en la novela colombiana de la primera mitad del siglo XX, o, como en este caso, en los escritores colombianos de ese periodo. Entre las fuentes consultadas para obtener información acerca de los escritores se encuentran: Ardila (1984); Ardila y Vizcaíno (2008); Echavarría (1998); Echavarría y Gómez (2005); Gallo (2008); Giraldo (1960); Hoyos, J. (2009); Llano (2004); Otero (1948); Pérez (1996); Perozzo (1986a; 1986b); Perry (1944; 1948; 1961); Ramírez (1995); Ramírez y Turriago (1989); Sánchez (1985); Velandia (1978); Vélez, J. (1996); Vélez, R. (1977).

59. La lista completa se presenta en el anexo 1.

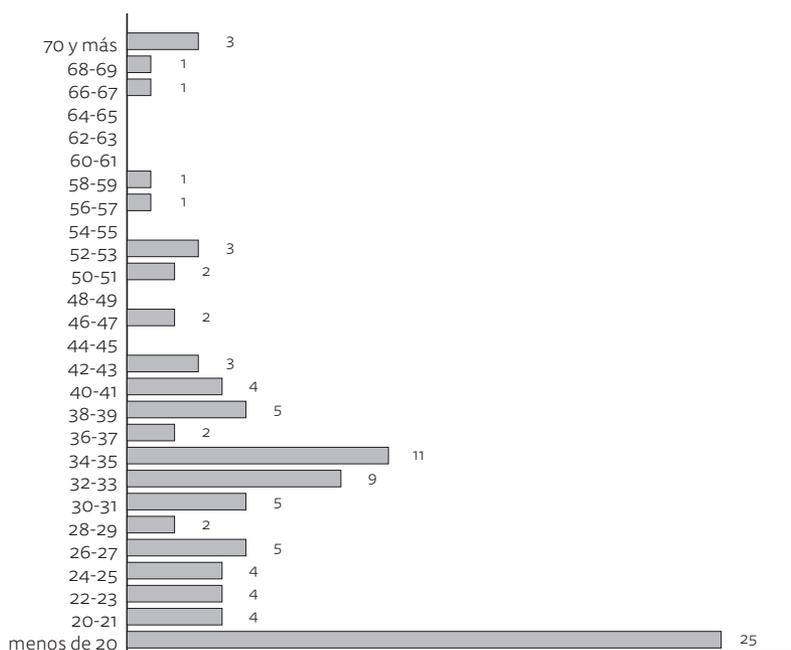
incluso para el grupo acotado de los novelistas, la recolección de los datos no fue homogénea. Mientras que en algunos casos la información escrita es abundante, en otros es casi inexistente. Asimismo, como era de esperar, fue más fácil encontrar información sobre ciertos aspectos (edad, lugar de nacimiento) que sobre otros (origen social, profesión o cargos públicos ocupados). Por último, hubo con seguridad más novelistas, incluso activos, que los que registra el libro de Porras... pero ¿cuántos más? En realidad, en el estado actual de la investigación, es imposible saberlo. A pesar de todo, la *Bibliografía de la novela en Colombia* es la fuente más completa de los novelistas colombianos de la primera mitad del siglo XX; una fuente no solo valiosa, sino además inexplorada en el sentido en que se explora aquí.

Debe tenerse en cuenta, asimismo, que al menos la mitad de los escritores de la lista 1 practicaron, además de la novela, otros géneros como la poesía, el ensayo y la crítica literaria. Por lo tanto, al complementarse con otro tipo de información, los datos ofrecidos por la *Bibliografía* proporcionan indicios suficientes para sugerir algunas conclusiones acerca del oficio de escritor en Colombia hacia mediados del siglo XX. El análisis de la información hace posible, en definitiva, elaborar algunos “casos posibles de lo real” (Silva, 2014); es decir, mostrar algunos rasgos y formas comunes de hacer una “carrera literaria” en la sociedad de la época.

Los datos

¿Cuáles eran los rasgos básicos de esta población de 150 escritores activos durante la República Liberal? La gráfica 1 muestra su perfil demográfico en 1930.

Gráfica 1. Edad de los escritores en 1930⁶⁰



Información disponible para 97 (64%) de los 150 escritores. Promedio de edad: 30 años. Promedio sin los menores de 20 años: 37 años.

Tabla 1. Edad de los escritores en 1930

Rango de edad	Número de escritores
70 y más	3
60-69	2
50-59	7
40-49	9
30-39	32
20-29	19
menos de 20	25
Total	97

60. La gráfica y las tablas que se presentan en este capítulo son elaboraciones propias con base en Porras (1976).

En 1930, los escritores seleccionados tenían entre 77 (Camilo Botero Guerra) y 2 años (Antonio Vanegas Restrepo). Ninguno de los menores de 20 había publicado todavía una novela. Lo hicieron por primera vez en 1934 Rafael Caneva Palomino, de 20 años (*Eros insomne o las divinas maldades*), y Roberto Pineda Castillo, de 23 años (*Panorama de cuatro vidas*). La edad de los novelistas más prolíficos del periodo era, en 1930, de 25 años (Ramón María Bautista), 30 años (José Antonio Osorio Lizarazo) y 38 años (Hipólito Jerez). En esta misma fecha, 78% de los escritores tenían menos de 40 años y poco más de la mitad estaban entre los 20 y los 40, una edad propicia para comenzar o consolidar una carrera laboral y literaria. De los 150 escritores de la lista 1, 117 –es decir, 78%– publicaron una sola novela entre 1930 y 1950.⁶¹

Tabla 2. Novelistas más prolíficos del periodo (3 primeras ediciones o más entre 1930 y 1950)

Nombre	Edad en 1930	Primeras ediciones 1930-1950
Hipólito Jerez	38	8
José Antonio Osorio Lizarazo	30	8
Ramón María Bautista	25	6
Gregorio Sánchez Gómez	25	5
Alfredo Martínez Orozco	27	3
Fernando González	25	3
Iván Cocherín*	21	3
Jaime Ibáñez Castro	11	3

* Seudónimo del escritor caldense Jesús González (1909-1982).

De la lista de escritores más prolíficos, los más conocidos, en la actualidad, son José Antonio Osorio Lizarazo y Fernando González, gracias a la reedición de sus libros y a la existencia de bibliografía académica sobre su “vida y obra”. Fernando González nació en Envigado (Antioquia) en 1895. Estudió derecho en la Universidad de Antioquia. En la década de 1920 ocupó cargos en la rama judicial (fue magistrado del Tribunal Superior de Manizales y juez del Circuito de Medellín). Durante el gobierno de Enrique Olaya Herrera (1930-1934, primer gobierno de la República Liberal), ocupó los cargos de cónsul de Colombia en Génova y Marsella, nombramientos

61. Tres de estas novelas fueron reediciones; las demás, primeras ediciones.

que consiguió gracias a sus vínculos políticos. Su obra está compuesta principalmente por novelas y ensayos de tema filosófico.⁶²

José Antonio Osorio Lizarazo nació en Bogotá en 1900. Su padre era artesano, y su madre, ama de casa. Osorio alcanzó el título de bachiller, pero no ingresó a la universidad. En los años 20 comenzó a trabajar como periodista en pequeños diarios, primero como reportero y luego como cronista.⁶³ De la lista de los escritores más prolíficos, Osorio fue el que estuvo más cerca de los gobiernos de la República Liberal (participó de manera activa en las campañas de los cuatro presidentes del periodo). Entre 1934 y 1944, Osorio trabajó como empleado en diferentes dependencias públicas bajo la figura del nombramiento, es decir, designado por parte de un funcionario de mayor nivel.⁶⁴

Hipólito Jerez (1892-¿?), jesuita español –vinculado, con seguridad, a la Compañía de Jesús en Bogotá y a su universidad: la Universidad Javeriana–, cultivó en sus novelas el género histórico y la propaganda religiosa. De las ocho novelas publicadas entre 1930 y 1950, cuatro lo fueron en Bogotá, en la Imprenta del Corazón de Jesús, y las restantes en Bilbao, por la Editorial El Siglo de las Misiones.

Ramón María Bautista nació en Pamplona (Norte de Santander) en 1905. Además de novelas, publicó también poesía y un libro sobre el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán (*La muerte del caudillo. 9 de abril de 1948*. Bogotá: Editorial Patria, 1948). Varios de sus libros fueron publicados por la Imprenta Oficial de Cúcuta.

62. En 1922, Fernando González (1895-1964) se casó con Margarita Restrepo, una de las hijas de Carlos E. Restrepo, importante político y empresario conservador que había sido presidente de Colombia entre 1910 y 1914. Carlos E. Restrepo fue ministro de Gobierno y embajador ante la Santa Sede durante el gobierno de Olaya Herrera. Alzate (1995) recoge la correspondencia que intercambiaron Fernando González y Carlos E. Restrepo entre 1922 y 1934. En ella se aprecia muy bien cómo el yerno apelaba al favor de su suegro para sortear los contratiempos de su trabajo.

63. Vergara (2014) describe la labor de Osorio Lizarazo como cronista de los bajos fondos bogotanos.

64. Esta era una potestad que tenía, en primer lugar, el presidente de la República, que podía nombrar a ministros y otros altos funcionarios, embajadores, cónsules, directores de las compañías estatales, gobernadores y alcaldes municipales, etc. Estos, a su vez, tenían facultades para designar a sus colaboradores. Al respecto, ver Medellín (2006, pp. 130-146).

Gregorio Sánchez Gómez fue un abogado liberal afrocolombiano (nació en Istmina, Chocó). Ejerció varios cargos públicos locales, actuó como periodista, fue representante a la Cámara y murió en 1942, a los 47 años, cuando se desempeñaba como bibliotecario de la Biblioteca Municipal de Cali. A lo largo de su vida escribió alrededor de 20 libros, 11 de los cuales fueron publicados en la ciudad de Cali.⁶⁵

De Alfredo Martínez Orozco solo se conocen su fecha y lugar de nacimiento (Marquetalia, Caldas, 1903). En 1932 publicó *La voz de la tierra* (Cali: Editorial América, 5000 ejemplares), novela sobre la colonización del departamento de Tolima, que tuvo otras dos ediciones: en 1936 (Bucaramanga: Editorial La Cabaña, segunda edición revisada y corregida por su autor) y 1950 (México: Editorial Stylo, tercera edición revisada y corregida por su autor).

Jaime Ibáñez nació en Manizales, Caldas, en 1919 y murió en Chía, Cundinamarca, en 1979. Estudió derecho en la Universidad Nacional de Colombia. Ocupó un cargo público en la rama judicial y fue empleado de la Biblioteca Nacional. Además de novela, publicó poesía, teatro y ensayo. Rogelio Echavarría (1998) da a entender que terminó sus días recluido en un hospital psiquiátrico. Su novela *Cada voz lleva su angustia*, de 1944, fue publicada en Bogotá y reeditada ese mismo año por la Editorial Santafé.

Iván Cocherín (seudónimo de Jesús González) nació en 1909 en Marmato, Caldas. Fue un novelista de tema “social”: escribió sobre campesinos, obreros y desempleados, con un claro propósito de denuncia. En el prólogo de *Túnel*, publicada en 1940, escribe: “Estas páginas no son un tratado de gramática, son un grito de angustia que han escrito los mineros, con la sangre de sus pulmones rotos en las húmedas paredes de los socavones” (Cocherín, 1940, citado en Porras, 1976, p. 175). Y la dedicatoria de *Esclavos de la tierra* (publicada por la Imprenta Oficial de Manizales) reza: “A los esclavos de la tierra en cuyas gargantas duerme un grito rebelde. Para los campesinos explotados

65. En 2004, la Universidad del Valle reeditó su novela *La bruja de las minas*, publicada originalmente en 1947; en 2005 el turno fue para *Rosario Benavides* (1927) y, en 2006, para *El burgo de don Sebastián* (1938). En el año 2010, *La bruja de las minas* fue publicada de nuevo como tomo I de la colección Biblioteca de Literatura Afrocolombiana del Ministerio de Cultura. Sobre Gregorio Sánchez, ver Arroyo (2010).

que vierten sobre la epidermis de la tierra su angustia y su sangre amarilla de anemia” (Cocherín, 1945, citado en Porras, 1976, p. 174).⁶⁶

Los autores más prolíficos no fueron, sin embargo, los más publicados. La lista de estos últimos está encabezada por José María Vargas Vila (1860-1933), con más de treinta libros publicados entre 1930 y 1950, todos ellos reediciones o reimpressiones. En segundo lugar se encuentra el escritor Arturo Suárez (1887-1956), de quien se publicaron catorce libros durante el periodo; solo dos de ellos inéditos (*El divino pecado*, de 1934, y *Adorada enemiga*, de 1943). Aunque hay evidencia de que Vargas Vila y Suárez fueron ignorados, cuando no abiertamente desdeñados, por los principales intelectuales de la República Liberal, las numerosas ediciones de sus libros y diversos testimonios dispersos revelan la buena acogida que encontraron entre los lectores (los libros de Vargas Vila, por ejemplo, tuvieron alcance continental).⁶⁷

El origen geográfico de los escritores se aprecia en la tabla 3 y en los mapas 1 y 2, correspondientes a la división política de Colombia en 1930.

66. Entre los novelistas más prolíficos, sin duda el más reconocido de su tiempo fue Osorio Lizarazo. Según un rasgo común de la época, estos escritores fueron o quisieron ser abogados, ocuparon cargos públicos y ejercieron el periodismo. Con seguridad, no derivaron la parte principal de sus ingresos de la publicación literaria. Por fuera de Osorio Lizarazo, Fernando González y Gregorio Sánchez Gómez, ninguno parece interesar hoy a lectores y editores.

67. Las novelas de Suárez y Vargas Vila fueron tachadas de sentimentales y fáciles, y se acusó a sus autores de escribir con fines puramente comerciales. Sobre Suárez, un escritor hasta ahora ignorado por los investigadores literarios, ver Marín (2016b; 2018). Sobre Vargas Vila, ver Deas (2006). Completan la lista de autores más publicados –cuatro novelas o más– Tomás Carrasquilla, Bernardo Toro Idárraga, Daniel Samper Ortega y César Uribe Piedrahita.

Tabla 3. Lugar de nacimiento de los escritores

Departamento	Número	Nacidos en la capital departamental
Antioquia	29	8
Caldas	18	4
Cundinamarca	13	12
Boyacá	6	3
Bolívar	7	4
Santander	6	1
Norte de Santander	5	0
Nariño	5	2
Valle	4	0
Atlántico	4	2
Huila	3	1
Magdalena	3	2
Cauca	3	3
Chocó (intendencia)*	2	0
Tolima	2	0
Total con información	110	42
Extranjeros	4	n. a.
Sin información	36	n. a.
Total	150	n. a.

* Hasta 1991, existieron en Colombia los denominados “territorios nacionales”, compuestos por intendencias y comisarías. Su administración dependía del Gobierno central, mientras que los departamentos tenían más autonomía. En 1930, las intendencias eran Amazonas, Chocó, Meta y San Andrés y Providencia; las comisarías, Arauca, Caquetá, Guajira, Putumayo, Vaupés y Vichada. Intendencias y comisarías eran las áreas más despobladas y de difícil acceso del territorio.

Los departamentos de Antioquia, Caldas y Cundinamarca se contaban entre aquellos con más altas tasas de alfabetización en las primeras décadas del siglo XX (en 1918, la media nacional era 32,5%, mientras que la de Antioquia era 39,2%, la de Caldas 45,7% y la de Cundinamarca 33,9%). Los dos primeros departamentos también tenían altas tasas de escolarización; en el primer caso, 10,7%, y en el segundo, 10,6%, mientras que la media nacional era de 6,5% (datos de 1922) (Helg, 2001, pp. 35-40). Cundinamarca, por su parte, tenía una tasa de escolarización de

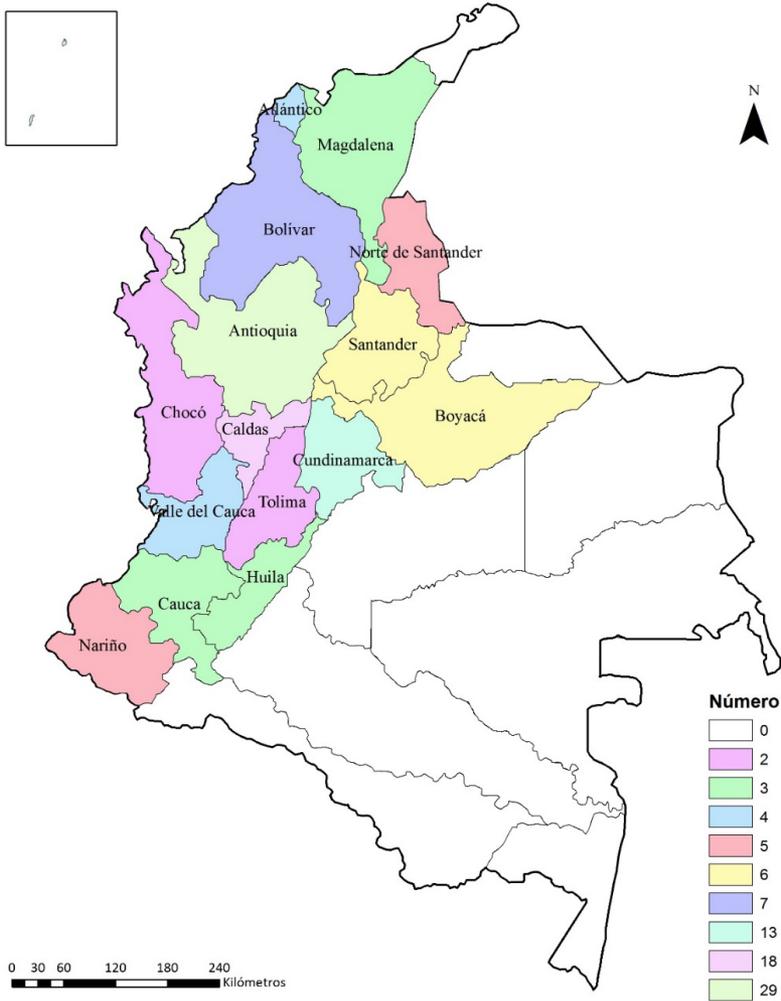
4,5%. Este departamento, junto con Boyacá, los santanderes, Tolima, Huila y el oriente de Cauca y Nariño, pertenecían a la zona andina del país, que era la más poblada en las primeras décadas del siglo XX (en 1918, concentraba 52,8% de la población total) (Helg, 2001, p. 40). Como ha mostrado Helg (2001), aunque los departamentos de la zona andina no estaban entre aquellos con las tasas más bajas de alfabetización, sí estaban entre los de más baja escolarización. Esto se debería, según la autora, a la influencia de la Iglesia católica en la región:

La organización social de base es la familia patriarcal fundada en el matrimonio religioso (...). Las formas preponderantes de propiedad de la tierra son el minifundio y las grandes haciendas, con diversos tipos de tenencia. Estos factores engendran en dichas poblaciones una actitud tradicional y conservadora que se refleja en la educación (...). El analfabetismo femenino es más elevado que el masculino y el porcentaje de varones que frecuentan la escuela es muy superior al de las niñas. (Helg, 2001, pp. 40-41).

Esto explicaría la baja tasa de escolarización de Cundinamarca (4,5%). Sin embargo, entre los municipios del departamento, Bogotá –al mismo tiempo, capital departamental y nacional– tenía, como era de esperar, tasas mucho más altas de alfabetización y escolarización. Como se aprecia en la tabla 3, doce de los trece escritores nacidos en Cundinamarca eran de Bogotá. No es casualidad, seguramente, que de los 110 escritores sobre los cuales hay información sobre su lugar de nacimiento más de la tercera parte (42 de ellos, es decir, 38%) hubieran nacido en las capitales departamentales: centros urbanos que poseían en general una mejor dotación cultural y educativa que los demás municipios urbanos y rurales⁶⁸ (por ejemplo, escuelas primarias y secundarias, bibliotecas, librerías, algún teatro, museo o institución de educación superior).

68. En 1938, 69% de la población colombiana vivía en zonas rurales (asentamientos con menos de 5000 habitantes). En 1918, la población colombiana se estimaba en 6 120 049 habitantes. Veinte años más tarde había aumentado hasta alcanzar 9 066 218 habitantes (Flórez, 2000). En cuanto al grado de urbanización por regiones, este fue aumentando, en primer lugar, “en las regiones localizadas a lo largo de la cordillera de los Andes, en donde claramente estaban situadas las principales ciudades, que ofrecían unas mejores condiciones de vida de la población, un mayor acceso a los servicios de salud y educación, como también una mayor provisión de servicios públicos básicos

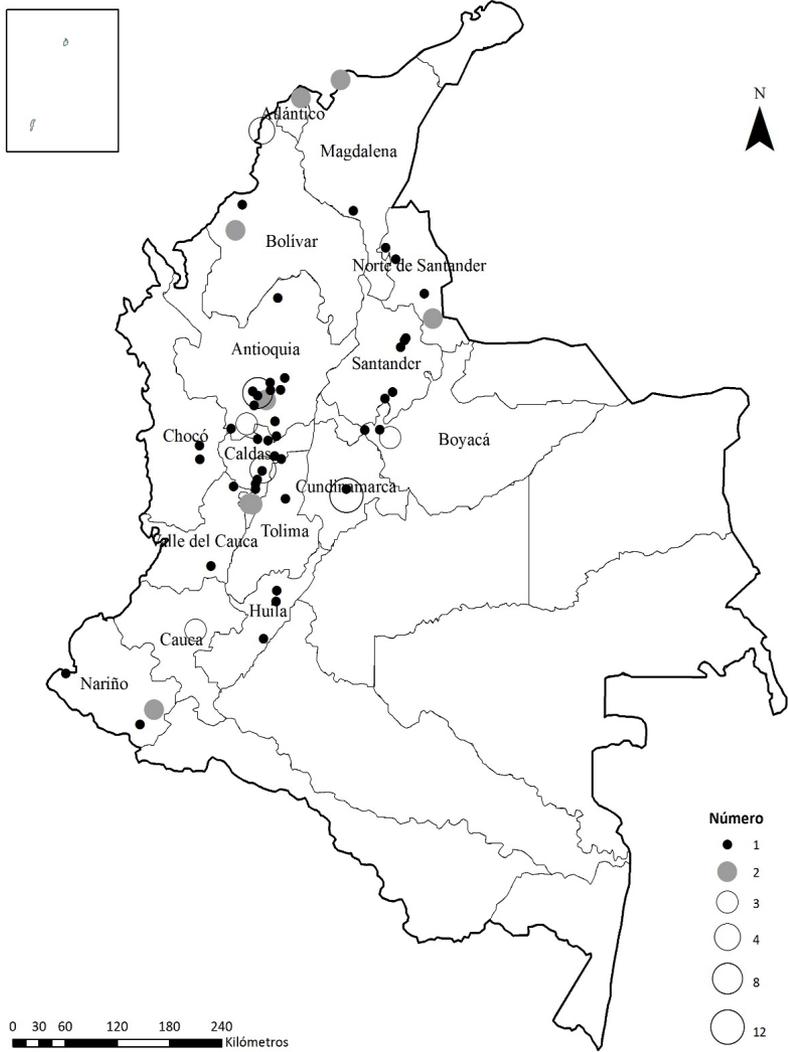
Mapa 1. Número de escritores por departamento



Fuente: elaboración propia con base en múltiples fuentes.

.....
 y unas buenas vías de comunicación” (Flórez, 2000, p. 71). Antioquia, Cundinamarca y Caldas estaban entre los departamentos con más altas tasas de urbanización en 1938. En esa fecha, 18% de la población empleada en Colombia trabajaba en servicios, transporte y comercio, 63% en la agricultura y 14% en la industria (Flórez, 2000, p. 114).

Mapa 2. Número de escritores por ciudad



Fuente: elaboración propia con base en múltiples fuentes.

Según Helg (2001), Antioquia “fue el primer departamento en conocer un desarrollo industrial durable” (p. 43). A principios del siglo XX, la región contaba ya con fábricas de vidrio, cerámica y textiles; esta incipiente producción industrial había sido estimulada por el cultivo del café, principal producto de exportación colombiano durante la primera mitad del siglo pasado.⁶⁹ Durante estos años de expansión económica, en un contexto en que las luchas partidistas no habían alcanzado la intensidad de otras regiones, los dirigentes departamentales habrían aprovechado la relativa calma para impulsar la educación. Por lo demás, afirma Helg (2001, p. 44), al estar muy extendidos el poder de la Iglesia católica y la mentalidad religiosa, el conflicto entre Iglesia y Estado habría sido menor, lo que benefició el desarrollo de la educación.

Las características de Caldas –“principal zona de inmigración antioqueña en el siglo XIX” (Helg, 2001, p. 45)– se encuentran muy ligadas a las de Antioquia. Poblada por campesinos pobres que se dedicaron al cultivo de café y cacao, la región recibió también una migración de comerciantes que se instalaron en Manizales, ciudad que se convirtió en un centro comercial relativamente independiente. “A causa del origen de su población, Caldas compartió con Antioquia su interés por la educación elemental. Esta última había sido indispensable para el crecimiento de la región y su transformación en centro comercial” (Helg, 2001, p. 45).

Por lo que corresponde a la filiación política de los escritores, en 40 casos (26% del total) fue posible comprobar su pertenencia a algún partido político: Partido Liberal, 28 escritores; Partido Conservador, 9 escritores; Partido Comunista, 1; partido sin determinar, 2 escritores. En cuanto a las profesiones, la tabla 4 muestra la información obtenida para 43 escritores (28% del total).

69. Sobre historia económica de Colombia en el siglo XX, ver Ocampo (2007), Grupo de Estudios del Crecimiento Económico (Greco) (2002) y Ocampo y Tovar (2003).

Tabla 4. Profesiones de los escritores

Profesión	Número de escritores
Abogado	23
Médico	7
Militar	5
Ingeniero	2
Odontólogo	2
Sacerdote	2
Filosofía y letras	1
Lenguas	1
Total	43

No es sorprendente que la lista la encabecen los abogados, los “letrados” latinoamericanos por antonomasia, no solo en el sentido de juriconsultos, sino de hombres públicos aficionados a las letras.⁷⁰ Sin embargo, ni el mundo literario ni el de la edición de libros estaban dominados por profesionales. Aunque en la mayoría de los casos no fue posible encontrar datos sobre la profesión de los escritores, todo indica que esa ausencia se debe, en realidad, a que no obtuvieron títulos profesionales. El paso por la universidad, como he dicho antes, era menos importante en una carrera literaria que la participación en la política y el periodismo. Aunque aún faltan datos que permitan concluir, hay suficientes indicios para pensar que la actividad literaria en Colombia durante la primera mitad del siglo XX fue un oficio de bachilleres y autodidactas.

Con seguridad, aquellos escritores que no ejercían una profesión derivaban sus ingresos de ocupaciones que no requerían necesariamente títulos universitarios, como el periodismo e incluso el empleo público. Al menos 30% de los 150 escritores seleccionados ejercieron el periodismo en algún momento de su vida, y 35% ocuparon un cargo público. Entre quienes ejercieron el periodismo, 76% ocuparon también cargos

70. Sobre el papel de los abogados en la vida política colombiana del siglo XIX, ver Uribe-Urán (2008). No hay un estudio similar para el siglo XX.

públicos.⁷¹ La información disponible permite identificar el tipo de cargo ocupado. Para los fines del presente trabajo, he decidido destacar el cargo de mayor importancia, si bien la mayoría de los escritores ocuparon dos o más cargos. La tabla 5 muestra esta información.

Tabla 5. Principal cargo público ejercido por los escritores hasta 1946

Cargo	Número de escritores
Diplomacia	15
Administración pública departamental y municipal	11
Cuerpos legislativos nacionales	9
Funcionario ministerios	5
Oficial del Ejército	3
Administración educativa	2
Rama judicial	2
Ministro	1
Total	48*

* El total de escritores que ejercieron cargos públicos fue 53, pero en cinco casos no pude establecer las fechas.

La mayoría de los cargos ejercidos por los escritores fueron “cargos políticos”; es decir, no se accedía a ellos por elección popular ni por un sistema de méritos, sino que eran asignados directamente por un jefe político.⁷² Este era el caso, por ejemplo, de los cargos diplomáticos, que se asignaban a discreción y eran muy apetecidos entre los escritores. Estos cargos portaban un alto valor simbólico, y no solo confirmaban, sino que elevaban el prestigio y la notoriedad de sus designados. Este era el caso, también, de los cargos de la rama judicial y de la administración pública nacional, departamental y municipal (ministros, funcionarios de ministerios, gobernadores y alcaldes, secretarios departamentales

71. Según la información recogida, la tercera ocupación en importancia entre los escritores fue la enseñanza (14% fueron en algún momento profesores de escuelas, colegios o universidades), para lo cual tampoco era obligatorio un título universitario.

72. Aunque en 1938 se expidió una ley que buscaba regular la carrera administrativa, esta no cumplió su propósito. Al respecto, ver González, E. (2010).

y municipales).⁷³ En el capítulo V, “Cómo abrirse paso en la República de las Letras”, se mostrará cómo esta modalidad de asignación discrecional de cargos fue una manera, para los escritores, de encontrar empleo y promover sus carreras, lo cual no hubiera sido posible sin sus vínculos con hombres de la política que se encontraban bien situados para “hacer favores”.

Las figuras dominantes

Cualquier investigador familiarizado con la literatura colombiana de la primera mitad del siglo XX notaría, al repasar la lista 1, que faltan en ella las principales figuras intelectuales del periodo 1930-1946.⁷⁴ En efecto, no están en la lista algunos escritores que, gracias a su prestigio social y literario, así como a sus cargos públicos, ejercieron una influencia notable en el mundo intelectual de la época. Personajes capaces de dispensar honores y empleos, comentarios y recomendaciones, y que, ante la falta o debilidad de otros mecanismos menos “personalistas” de promoción intelectual, jugaron un importante papel al respecto.

Propongo que estos personajes pueden ser clasificados en dos tipos: el intelectual-dirigente y el poeta (en el capítulo VI, “El escritor representado”, se amplía el análisis de estas formas de clasificación). El primer grupo está conformado, en general, por hombres que jugaron un destacado papel en la vida pública colombiana de las décadas de 1930 y 1940. Ocuparon puestos políticos de importancia, fueron líderes de sus partidos, llegaron a ser influyentes escritores, periodistas y orientadores de la vida cultural. Sus géneros predilectos fueron el ensayo y la crítica literaria, aunque algunos también escribieron poesía. El principal medio de difusión de sus ideas fue la prensa. Ellos personifican la *figura dominante del intelectual público* durante la República Liberal; figura a la que ya me he referido en páginas anteriores.

73. Los cargos de los cuerpos legislativos nacionales (Senado y Cámara de Representantes) eran de elección popular.

74. Con tres excepciones: Daniel Samper Ortega, Eduardo Caballero Calderón y Germán Arciniegas.

Los poetas, o escritores-poetas –como también les llamaré aquí–, fueron igualmente *hombres públicos*: publicaron en los más importantes diarios nacionales; practicaron, además de la poesía, géneros como el ensayo y la crítica literaria; participaron en las disputas acerca de la orientación cultural de la sociedad; ocuparon, en la mayoría de los casos, cargos públicos. Sin embargo, la fuente principal de su prestigio no fue esa combinación particular de dominio letrado y capacidad orientadora que caracterizaba a los intelectuales-dirigentes. Fue, ante todo, el “misterio poético”, es decir, el don de transformar la experiencia en poesía.

En la tabla 6 se incluyen los escritores que pueden ser considerados las figuras dominantes de la vida intelectual y literaria durante la República Liberal. Estos escritores no conformaron un grupo unitario “internamente homogéneo y externamente delimitado” (Brubaker, 2004, p. 8 [traducción propia]) ni se reunieron en torno a una organización formal; tampoco representan una categoría distinta a la de los escritores de la lista 1. Su particularidad consiste en haber sido los más prestigiosos entre los escritores colombianos de la época; en haber ocupado (la mayoría) apetecidos cargos públicos y en haber estado (algunos) en una situación privilegiada para ejercer actividades de patrocinio y patronazgo.

Tabla 6. Figuras dominantes (en adelante: lista 2)

Intelectuales-dirigentes	
Nombre	Fecha de nacimiento/muerte
1. Alberto Lleras	1906-1990
2. Baldomero Sanín Cano	1861-1957
3. Daniel Samper Ortega*	1895-1943
4. Eduardo Caballero Calderón*	1910-1993
5. Germán Arciniegas*	1900-1999
6. Hernando Téllez	1908-1966
7. Jorge Zalamea Borda	1905-1969
8. Juan Lozano y Lozano	1902-1980
9. Luis López de Mesa	1884-1967
10. Silvio Villegas	1902-1972
Poetas	
11. Arturo Camacho Ramírez	1910-1982
12. Eduardo Carranza	1913-1985
13. Germán Pardo García	1902-1991
14. Guillermo Valencia	1873-1943
15. Jorge Rojas	1911-1995
16. José Umaña Bernal	1899-1982
17. León de Greiff	1895-1976
18. Luis Vidales	1904-1990
19. Rafael Maya	1897-1980
20. Porfirio Barba Jacob	1883-1942

*Escritores que también hacen parte de la lista 1.

La selección de estos veinte escritores se hizo con base en la revisión de fuentes primarias y secundarias relativas a mi periodo de estudio. Como toda selección, contiene una dosis de arbitrariedad. ¿Por qué veinte y no treinta escritores? ¿Por qué un nombre en lugar de otro?

20 era un número manejable de escritores, a partir del cual me pareció posible mostrar no solo algunos rasgos comunes, sino también ciertas diferencias. En cuanto a la selección de los nombres, esta no estuvo basada en mis juicios literarios: no incluí a los escritores

de mi preferencia. Al contrario, traté de seguir las opiniones de los contemporáneos y de guiarme por otros *indicadores*, como la importancia de las posiciones que ocuparon, en especial en la burocracia y el periodismo. Si bien hubiera sido posible confeccionar una lista más numerosa, o disputar sobre alguno de los seleccionados, considero que estos se cuentan entre los hombres de letras más importantes del periodo y que son una muestra significativa de la figura que me interesa resaltar.

Para la categoría de los intelectuales-dirigentes, me he basado principalmente en las investigaciones de Silva (2005) y Muñoz (2009) sobre las políticas culturales durante la República Liberal. Ambos autores coinciden en que los años comprendidos entre 1930 y 1946 fueron de institucionalización de la promoción estatal de la *cultura*. Durante este periodo no solo se crearon importantes instituciones culturales como el Instituto Caro y Cuervo, la Escuela Normal Superior, el Instituto Etnológico o la Radiodifusora Nacional, sino también dependencias estatales específicas encargadas de la implementación de esas políticas (la más importante de todas fue la Dirección de Extensión Cultural y Bellas Artes, adscrita al Ministerio de Educación). Ambos autores muestran asimismo cómo el impulso de los programas culturales estuvo a cargo de intelectuales, a la vez activos escritores, que ocuparon posiciones directivas en el Estado.

Durante la República Liberal, el rasgo decisivo para aspirar a la categoría de intelectual era el dominio de la “cultura letrada”, entendida como el trato legítimo y culto con los signos escritos. Bien se tratara de abogados, periodistas, historiadores, críticos o académicos, el común denominador de los intelectuales era el dominio de esta cultura. Uno de los atributos básicos del intelectual era ser valorado como hombre de letras (en géneros como el escrito político, la poesía, la crítica literaria, el ensayo o la novela). Sin embargo, esto no parecía suficiente para alcanzar una posición estable en el mundo intelectual. Era esencial, asimismo, el lugar desde el que se “hablaba” (el *lugar de enunciación*): el otro atributo básico para ser consagrado como intelectual era una brillante carrera pública, especialmente en las dependencias más importantes del Estado (ministerios y oficinas asociadas), en la diplomacia o en las corporaciones legislativas. ¿Cuáles eran, entonces,

las fuentes principales de la autoridad intelectual? Básicamente, la combinación del dominio legítimo de la escritura (literaria) y el ejercicio ilustrado de la función pública. Cuando estas dos formas de autoridad coincidían en una misma persona, la condición de intelectual parecía alcanzar su mayor prestigio (este es particularmente el caso de los que aquí se denominan intelectuales-dirigentes).

En la selección de los poetas, me serví en especial de la consulta del artículo “Antologías generales de poesía colombiana de los siglos XIX y XX: propósitos, tendencias y contenidos” (Jaramillo, D., 2009). En las antologías publicadas entre 1900 y 1946 (seis en total), Jaramillo (2009) constata la mención de 167 poetas, 88 de ellos con una sola mención y 79 con dos o más (p. 635). De los diez poetas seleccionados en la lista 2, siete registran dos menciones o más (Porfirio Barba Jacob, Eduardo Carranza, León de Greiff, Rafael Maya, Germán Pardo García, José Umaña Bernal y Guillermo Valencia). Todos ellos fueron escritores activos durante la República Liberal. En cuanto a las antologías publicadas entre 1946 y 1964, Jaramillo constata la mención de 216 poetas: 127 con una sola mención y 89 con dos menciones o más (2009, p. 688). De los diez nombres de mi lista, repiten los siete anteriores y se suman los otros tres que la componen: Arturo Camacho Ramírez, Jorge Rojas y Luis Vidales.

Entre las fuentes primarias que autorizan la selección de estos veinte nombres, están igualmente los índices de las revistas culturales del periodo: los escritores seleccionados hicieron presencia en ellas no solo como colaboradores habituales, sino como merecedores de elogios casi siempre superlativos. Aunque imperfecto, este parece un indicador relativamente seguro sobre quiénes eran considerados los “valores intelectuales” más importantes de la época.

Asimismo, se conserva en el Archivo General de la Nación una correspondencia (mayo de 1947-febrero de 1951) despachada por quienes, durante ese lapso, asumieron la dirección de la *Revista de las Indias*, antes de que esta fuera reemplazada por la revista *Bolívar* (1951-1963), durante el gobierno de Laureano Gómez. En esa correspondencia, los sucesivos directores de la revista anunciaban su nuevo rol ante quienes consideraban “los más altos valores intelectuales” del país y aprovechaban para invitarlos a participar en ella. Las cartas son

un buen indicio de quiénes eran considerados públicamente como intelectuales, encargados de la “personería cultural” de Colombia en el exterior (como decían, por ejemplo, las cartas dirigidas a los servidores diplomáticos) o “altos valores de la vida colombiana”.

Trece de los personajes de la lista 2 están incluidos en esta correspondencia. En ella son tratados como “personeros de la cultura colombiana en el exterior”, “los más altos valores de la cultura colombiana”, “los exponentes más altos de nuestras letras” o “destacadas figuras de las letras y el pensamiento colombianos”.⁷⁵ Esta misma correspondencia (compuesta por más de un centenar de cartas) permite identificar a otros intelectuales en profesiones como la medicina, la educación, la filosofía o el derecho; sin embargo, su figuración es menor que la de los personajes de la lista 2.

El lugar de origen de los intelectuales y poetas de la lista 2 se muestra en la tabla 7.

Tabla 7. Lugar de nacimiento de los intelectuales-dirigentes y poetas

Departamento	Número	Nacidos en la capital departamental
Cundinamarca	7	6
Antioquia	4	1
Boyacá	2	1
Caldas	2	1
Cauca	2	2
Meta	1	0
Tolima	2	2
Total	20	13

75. De los veinte intelectuales y poetas seleccionados, recibieron correspondencia: Baldomero Sanín Cano, Eduardo Caballero Calderón (encargado de negocios en la Embajada de Colombia en España), Germán Arciniegas (Universidad de Columbia), Hernando Téllez (gerente de la Cervecería Bavaria), Jorge Zalamea (Legación de Colombia en Roma), Juan Lozano y Lozano (Embajada de Colombia en Italia), Luis López de Mesa, Silvio Villegas, Eduardo Carranza (Embajada de Colombia en Chile), Germán Pardo García, León de Greiff (director nacional de Enseñanza Secundaria) y Rafael Maya (director de la Radiodifusora Nacional). Las carpetas con la correspondencia se encuentran en AGN-MC-RI-caja 13-carpetas 2 y 3.

Un aspecto significativo es que, a excepción de Germán Pardo García, Guillermo Valencia y Porfirio Barba Jacob, todos los que nacieron fuera de Bogotá se establecieron en algún momento de sus vidas en esta ciudad. Estas trayectorias indican que “el viaje a Bogotá” había llegado a ser un “rito” necesario en la búsqueda de la consagración literaria e intelectual.⁷⁶

Es cierto que, por su condición de ciudad capital, Bogotá ejercía una particular atracción sobre jóvenes con aspiraciones intelectuales. Sin embargo, la información recogida permite cuestionar dos ideas comunes: 1) que por fuera de Bogotá no había una vida cultural y 2) que los intelectuales bogotanos habrían detentado un poder que les habría permitido censurar y sofocar cualquier manifestación cultural que se desviara de sus moldes.

La información sobre ciudades de nacimiento de ambas listas (1 y 2) muestra que, de un total de 112 escritores sobre los cuales hay información disponible, solo 15 nacieron en Bogotá; es decir, 13%. Las supuestas “autoridades bogotanas”, a las que aluden ciertas investigaciones sobre la literatura del periodo, podrían en realidad haber estado conformadas por una mezcla de hombres provenientes de distintas regiones del país (70% de los escritores de la lista 2 nacieron, por ejemplo, fuera de Bogotá).

En cuanto al peso de las capitales departamentales, 52 escritores de ambas listas, es decir, 46%, habían nacido en ellas. Los restantes 60 escritores (53%) se distribuían en cincuenta municipios del país.

La edad promedio de los escritores de la lista 2 era 34 años en 1930. El más joven era Eduardo Carranza, que tenía entonces 17 años, y el mayor, Baldomero Sanín Cano, con 69. La mayoría estaba entre los 20 y 35 años (13 de 20, es decir, 65%). Se trataba, pues, de una población joven que estaba comenzando o tratando de consolidar sus aspiraciones laborales e intelectuales. La mayoría de ellos pertenecieron al Partido Liberal (10), seguido por el Partido Conservador (4) y el Partido Comunista (1).⁷⁷

76. Los seis escritores nacidos en Bogotá –Alberto Lleras, Daniel Samper Ortega, Eduardo Caballero Calderón, Germán Arciniegas, Hernando Téllez y Jorge Zalamea– permanecieron en esta ciudad la mayor parte de sus vidas.

77. Sobre la formación del Partido Liberal y el Partido Conservador a mediados del siglo XIX, ver Colmenares (2008). Sobre el Partido Comunista Colombiano, fundado en 1930, y los movimientos socialistas en Colombia antes de esa fecha, ver, respectivamente, Meschkat (2008) y Vanegas (2000).

Aunque no militaron en el partido, cuatro de ellos fueron de tendencia liberal (Germán Pardo García, Jorge Rojas, León de Greiff y Porfirio Barba Jacob), y uno, de tendencia conservadora (Eduardo Carranza). De los 20 escritores, solo 9 obtuvieron un título profesional (5 abogados, 2 normalistas, un médico y un economista). Los demás comenzaron sus estudios y los abandonaron o nunca fueron a la universidad. 15 ejercieron de manera activa el periodismo, el mismo número hizo parte del servicio exterior y todos fueron colaboradores de la prensa literaria.⁷⁸

En resumen, las figuras intelectuales dominantes de las décadas de 1930 y 1940 en Colombia fueron hombres afines a los sucesivos gobiernos del periodo 1930-1946, reconocidos por su doble condición de hombres de letras y hombres públicos, si bien, en el caso de los escritores-poetas, el *misterio poético* pesó a veces más que su *misión orientadora* como fuente de su prestigio. Así como el dominio de la cultura letrada otorgaba a su actuación pública un prestigio especial, su cargo realizaba y refrendaba públicamente su consagración como intelectuales.

A modo de conclusión

A partir del análisis de los datos anteriores (listas 1 y 2), es posible formular algunas conclusiones preliminares sobre la vida literaria durante la República Liberal.

En las décadas de 1930 y 1940, una “carrera literaria” era un destino posible, pero como actividad secundaria: la mayoría de los escritores no solo no lograban “vivir de la literatura”, sino que, presumiblemente, no derivaban de ella una identidad social estable. Me refiero aquí a la *identidad de escritor* en el sentido de ocupación social prestigiosa. Aunque la dignidad del escritor y su vocación podían ser atributos reconocidos, era difícil labrarse una posición por medio de la escritura literaria. Una novela publicada por cuenta de su autor, con un tiraje reducido, y cuya recepción dependía “únicamente de su entorno inmediato” –especialmente si se trataba de una pequeña ciudad o

78. Para más información, ver el anexo 2.

pueblo-, otorgaba con seguridad “un estatuto de ‘autoritas’ demasiado frágil” (Maingueneau, 2014, p. 57).⁷⁹

- La mayoría de los escritores podían ser a la vez maestros, profesores, abogados, periodistas o funcionarios, pero no poseían una condición o cualidad notable que los distinguiera de los maestros, profesores, abogados, periodistas o funcionarios que no eran escritores.
- Si se acepta, como afirma Darnton (2003a), que la *forma moderna del escritor* corresponde a un individuo sin protectores (patronazgo), integrado al mercado literario y comprometido con su carrera, deberíamos aceptar, entonces, que los escritores colombianos de las décadas de 1930 y 1940 ocuparon una posición material y simbólica incierta.
- El escritor *típico* era un hombre de mediana edad, nacido en Antioquia, Cundinamarca o Caldas, abogado, periodista o funcionario público. Podrían encontrarse quizá otros “patrones”, pero, como afirma Darnton a propósito de sus hallazgos sobre los escritores franceses de la segunda mitad del siglo XVIII, acaso no una fórmula sociológica para explicarlos. También en Colombia la República de las Letras parecía “un territorio indefinido (...); los autores estaban esparcidos en la sociedad y no tenían una clara identidad profesional” (Darnton, 2002, p. 187), si bien respecto a esta última cuestión –*identidad profesional*– parecía abrirse paso un cambio (al respecto, ver

79. Refiriéndose a las etapas de “construcción y emergencia de la figura autorial”, Maingueneau establece una diferencia entre “el ‘autoritas’ en potencia, que es identificable pero que pasa inadvertido, y el ‘autoritas’ que ha sido reconocido, esto es, el único susceptible de tener una ‘imagen de autor’ (...). Una novela, un ensayo, un libro de historia de los que nadie habla no permitirán que su autor acceda a una imagen” (Maingueneau, 2014, p. 57). Siguiendo estas ideas, podría afirmarse que la mayor parte de los escritores de las décadas de 1930 y 1940 no superaron la condición de “‘autoritas’ en potencia”. Esto no quiere decir que no hubieran alcanzado ninguna forma de reconocimiento, sino que ese reconocimiento era demasiado frágil como para otorgar una identidad estable. Sin embargo, es posible suponer que, en su “entorno inmediato”, los escritores sí disfrutaron de la dignidad y “santidad” de su oficio, y que este disfrute hubo de compensar en parte el destino probablemente ingrato de sus libros.

el capítulo IV, donde me refiero al tema del aumento de la “conciencia profesional” de los escritores).

- Los intelectuales dominantes durante la República Liberal cultivaron por lo general géneros diferentes a la novela. Se caracterizaron también por haber ocupado cargos importantes en los partidos políticos, la administración pública nacional, la diplomacia, los cuerpos legislativos y el periodismo, y algunos de ellos por brillar en un género, la poesía, que estaba rodeado de las formas más convencionales de la exaltación literaria.
- Los escritores dominantes (lista 2) provenían en general de familias “socialmente notables”, no necesariamente por su riqueza, sino por su ascendencia, sus vínculos políticos y su ambiente intelectual (ver el anexo 2). Si bien, como se mencionó al principio de este capítulo, los datos sobre el origen social de los escritores de la lista 1 fueron muy difíciles de localizar, hay suficientes indicios para afirmar que, como grupo, fueron socialmente menos homogéneos que los de la lista 2. De hecho, la dificultad para encontrar información al respecto puede considerarse un indicio de unos orígenes sociales más modestos; ganarse el “derecho a la biografía” y, aún más, a la mención en ella de ciertos “marcadores” de origen (ascendencia, antepasados, etc.) podría tomarse ya como una señal de *distinción*.
- El Estado fue el principal empleador de los intelectuales más prestigiosos del periodo, cuyo prestigio se basaba en la coincidencia, en una misma figura, del hombre de letras y del hombre público, conductor espiritual de la Nación, “administrador” legítimo de la cultura.

¿De qué manera lograban los escritores promover su carrera literaria? A partir de la información presentada en este capítulo, y como se mostrará en los capítulos siguientes, el éxito intelectual y el reconocimiento literario tenían como condición de posibilidad, sobre todo, la socialización temprana en los partidos políticos. Esta abría las puertas del periodismo y del empleo público. Además de los aspectos puramente literarios, la consagración de un escritor dependía también de la posición que pudiera labrarse en esos campos.

Capítulo 4

Los escritores se quejan⁸⁰

Entre quienes estudian la literatura colombiana hay un hecho singular que ha pasado casi desapercibido: durante las décadas de 1930 y 1940, y quizás como nunca antes ni después, un grupo más o menos heterogéneo de escritores colombianos se quejaron insistentemente de su situación social. El presente capítulo considera esas quejas como una forma particular de comunicación y las describe y analiza tal como fueron expresadas en la *Revista de las Indias* (1936-1951), publicación cultural adscrita al Ministerio de Educación.⁸¹

Según el Diccionario de la Real Academia, la *queja* se define como la manifestación de un descontento con algo o alguien. No es casual que las definiciones habituales incluyan también palabras como dolor, pena o resentimiento, pues la queja está más cerca del lamento que de la crítica; su tono suele ser más emocional que reflexivo y revela más la existencia de una herida que la de un juicio desapasionado. Si la *queja*

80. Una versión anterior de este capítulo se publicó en Rubio (2016a).

81. Con la expresión "situación social de los escritores" se alude a: 1) las condiciones "editoriales" en las cuales debían realizar su oficio (público lector, estímulos a la creación, negocio editorial); 2) su relación con el empleo burocrático, y 3) su relación con el periodismo.

es aquello que se hace en privado, la *crítica*, si no se hace siempre en público, tiene al menos esa vocación.⁸²

Estas diferencias, siempre relativas, sirven para resaltar el carácter híbrido de las quejas de los escritores; estas, a pesar de conservar mucho de su tono “herido”, fueron expresadas públicamente y dejaron de ser así un recurso impotente para manifestar con amargura y en privado un descontento con algo o alguien –indicios de una injusticia o de algo que se percibe como tal–, para convertirse en enunciados que aspiraban a ser reconocidos públicamente como verdad.

Tal como se sostendrá en las páginas siguientes, a medida que hacían sus reproches en la *Revista de las Indias*, un conjunto de escritores colombianos de los años 30 y 40 buscaron dotarse de una existencia colectiva,⁸³ ofrecieron una representación de su oficio y revelaron las tensiones existentes entre esa representación de sí mismos y su situación social.⁸⁴

82. La queja en cuanto forma de comunicación parece haber despertado poco interés en la sociología. Algunos ejemplos de diferentes disciplinas, en Kowalski (1996), Hanna (1981), Galanova (2011a; 2011b) y Schijman (2010).

83. Para la noción de *grupo social* y la diferencia entre su existencia teórica (objetiva) y práctica (relacional y subjetiva), ver el capítulo I. Por medio de las declaraciones sobre su situación social, donde predominó el uso de la tercera persona del singular y de la primera del plural, los escritores se declararon parte de un grupo con rasgos e intereses comunes. Este trabajo de enunciación (en este caso, la queja) es una de las estrategias usadas por los grupos sociales para lograr su existencia subjetiva. Al respecto, ver Bourdieu (1985 y 2001b) y Brubaker (1985; 2004).

84. Versteeg (2011) se ha ocupado de problemas similares a propósito de un conjunto de escritores españoles de finales del XIX. Es posible afirmar, al menos como hipótesis –sigo en este punto a Marín (2015a)–, que las décadas de 1930 y 1940 conocieron una intensificación de la “conciencia profesional” de los escritores colombianos, si por ello se entiende un reclamo de mayor libertad y autonomía intelectual, aunque en un contexto donde las posibilidades reales de tal autonomía eran limitadas. Las quejas de los escritores pueden interpretarse como un indicio más de esta intensificación de (al mismo tiempo, una lucha por) la conciencia profesional y, como forma de comunicación, revelan algunas de las contradicciones a las que se vieron enfrentados los escritores colombianos de aquellos años, en particular aquel sector vinculado más intensamente con la burocracia, la política y el periodismo partidistas.

Revista de las Indias

Según Muñoz (2009), durante la República Liberal se le asignó una “función social” a la cultura; es decir, se concibió la política cultural como un medio para transformar la sociedad. Esta política debía llevar educación a la gente pobre, elevar su sensibilidad estética, cambiar sus costumbres políticas, etc., y debía hacerlo por medio de la difusión del impreso, la música, la radio, el teatro. Es en el marco de esta función social asignada a la cultura donde debe situarse la *Revista de las Indias* (1936-1951), una publicación que hizo parte de un proyecto mayor, cuyo objetivo principal fue la transformación de la sociedad por medio de lo que entonces se llamó la “extensión cultural”. Debe destacarse igualmente que ella fue

un instrumento de propaganda de la política cultural liberal, el lugar de encuentro de un importante grupo de intelectuales, diverso tanto desde el punto de vista de su adscripción partidista como de sus perspectivas culturales, y una forma de renovación intelectual que por mucho tiempo determinó los horizontes posibles de la cultura nacional. (Silva, 2005, p. 26).⁸⁵

Según se deduce de Melo (2008), durante los años 30 y 40 del siglo pasado se publicaron y circularon en Bogotá alrededor de 15 revistas literarias, si bien el adjetivo “culturales” se ajustaría mejor a su contenido, pues la literatura fue solo uno de los temas que llenaron sus páginas. Entre estas revistas, 5 eran suplementos semanales (la mayoría dominicales) de periódicos, una más (*Revista de América*) dependía de un importante diario liberal, 2 eran publicaciones oficiales (adscritas a instituciones públicas de las que dependía su financiación), 2 eran publicaciones universitarias, una dependía de una compañía de seguros y las 4 restantes eran el resultado de iniciativas personales.

Una particularidad de *Revista de las Indias*, en comparación con estas y otras publicaciones del periodo, fue precisamente la aparición en ella de la queja como hecho notable. Esta afirmación se sustenta

85. Aunque es una fuente conocida y utilizada por investigadores de la sociedad y la cultura colombianas de la primera mitad del siglo XX, apenas hay trabajos que tomen la *Revista de las Indias* como objeto de estudio. Al respecto, ver Betancourt (2016), Martínez, L. (2009) y Restrepo (1986).

en la revisión de las publicaciones culturales más importantes de la época, como *Senderos*, *Vida*, *Pan*, *Sábado* y *Revista de América*. Aunque es posible encontrar en todas ellas expresiones de inconformidad, en ninguna esa expresión es tan recurrente y sistemática como en la *Revista de las Indias*.

¿Fue el carácter oficial de la revista y su pretensión de ser la síntesis de lo mejor de la cultura colombiana lo que animó a los escritores a manifestar su descontento y a hablar en nombre de un grupo? ¿Fue la integración ya mencionada entre los escritores (intelectuales) y el Estado lo que creó en ellos una cierta conciencia de grupo o, por lo menos, una disposición a hablar *oficialmente* en nombre del “escritor colombiano” desde las páginas de una revista oficial? Sea como sea, la *Revista de las Indias* fue un lugar excepcional para crear y afirmar una identidad social, es decir, para llamar la atención sobre la existencia en la sociedad colombiana de una *figura*, la del escritor, que intentaba definir su lugar. Una figura que compartía los ideales del intelectual moderno, pero cuyo origen, supervivencia y promoción seguían dependiendo, en la mayoría de los casos, de las redes estatales y la política partidista.⁸⁶

Ese lugar excepcional de la *Revista de las Indias* tiene que ver, también, con el hecho de haber sido una publicación oficial, parte de un proyecto oficial de cultura, y, por lo tanto, con haber estado investida de la legitimidad cultural del Estado, en un momento en que esa institución concentraba, sin fuertes competidores a la vista, la capacidad de definir y clasificar el espacio de lo culturalmente legítimo. Con esto quiero ante todo llamar la atención sobre el hecho de que *Revista de las Indias* fue una forma no solo de difusión, sino también de institución de lo que entonces se tenía por alta cultura (aunque no solo de esta), en un momento en el que, a falta de otras instituciones, el Estado jugaba un papel esencial al respecto.⁸⁷

86. Al referirme al concepto de *identidad* o *identidad social*, me refiero menos a una “entidad” que sería el reflejo de condiciones objetivas que al resultado de una acción orientada, precisamente, a la creación de esa identidad. Sobre el concepto, ver Jenkins (2004) y Stets y Burke (2000). Una visión crítica, en Brubaker (2004).

87. En sus ensayos sobre el Estado, Bourdieu (2014) comparte la definición weberiana de esta institución como aquella que en un territorio determinado ostenta el monopolio legítimo de la violencia, aunque añade que, además de ese monopolio, debe considerarse también el de la violencia simbólica, es decir, el monopolio de la

Esto no quiere decir, sin embargo, que la actividad cultural en Colombia durante los años de la República Liberal estuviera controlada o dependiera completamente del Estado. Pero es innegable que este jugó un papel significativo en su definición, promoción y (punto que no debe despreciarse) financiación, ya fuera de manera directa (creación de dependencias culturales e instituciones educativas, apoyo financiero a eventos, radio cultural, publicaciones, etc.) o indirecta (por ejemplo, como empleador de escritores, artistas e intelectuales).⁸⁸

Igualmente, en el ámbito colombiano, la *Revista de las Indias* fue, si no la más, sí una de las publicaciones culturales más prestigiosas del periodo: publicar en ella debió representar para muchos escritores una confirmación de su valor, una señal de consagración o, aunque no fuera más, un indicio de ir en el camino correcto. No se trataba únicamente de compartir páginas con escritores latinoamericanos consagrados como Alfonso Reyes, Gabriela Mistral o Luis Alberto Sánchez, sino también con las figuras más destacadas de la cultura y las letras nacionales. Además, *Revista de las Indias* fue con seguridad la publicación de mayor circulación interna y externa que existió en esos años, pagaba a sus colaboradores y permitía establecer relaciones con hombres de letras que ocupaban importantes cargos públicos y tenían acceso directo a las posiciones más altas de la política nacional.

Al lado de estos elementos que dan a la *Revista de las Indias* un lugar especial entre las publicaciones culturales de las décadas de 1930 y 1940, en este capítulo quiero llamar la atención, precisamente, sobre la presencia en sus páginas de las quejas de los escritores: contra el público, contra el mundo editorial, contra la falta de estímulos, contra los empleos que los desviaban de su vocación; en otras palabras, contra lo que aquí he llamado su “situación social”.

.....
capacidad de instituir los principios legítimos de visión y división del mundo.

88. Afirmar que la actividad cultural en Colombia fue promocionada por el Estado no equivale a decir que solo fue posible el desarrollo de una “cultura oficial”, si por ello se entiende un conjunto de formas de expresión de los intereses de las clases dominantes o un artificio para conservar sus privilegios.

Público

“Público” fue la expresión más usada en *Revista de las Indias* para aludir a los lectores. Como espero mostrar a continuación, reprobar y censurar las características del “público colombiano” fue al mismo tiempo una estrategia para afirmar una identidad social (“el escritor colombiano”) y para salvaguardar su valor.⁸⁹ Según escritores y comentaristas de la revista, uno de los principales rasgos del público colombiano era su indiferencia, es decir, su desinterés por los autores nacionales, amén de su ignorancia y mal gusto.⁹⁰

Los ejemplos son abundantes. En una nota que celebraba un supuesto despertar de la crítica literaria en el país se afirmaba que, aunque gran parte de ella fuera “insulsa” y “frívola”, era “preferible al silencio, a la indiferencia que se venía demostrando por nuestra producción intelectual”. La nota continuaba con tono optimista: “un ambiente de mayor comprensión, muchas veces de verdadero interés, se percibe entre gentes por lo común alejadas de toda inquietud cultural”, lo cual animaba a “autores hasta ahora anónimos” a publicar sus obras y a “escritores más o menos consagrados” a poner “mayor atención a su obra futura”.

Si todo esto no tuviera una real importancia para el porvenir de nuestras letras –termina la nota–, si el escritor colombiano no hubiera sufrido la sistemática indiferencia del público, parecería inocuo hablar de tales cosas. Pero este hecho trivial: la presencia de la crítica, augura una etapa brillante a nuestra literatura y no es posible dejarlo pasar inadvertido. (“Presencia de la crítica en Colombia”, 1940, p. 464).⁹¹

89. En la bibliografía sobre Colombia, este tema –el del público y los lectores, tal como han sido imaginados por autores, editores y creadores en general– no parece haber recibido hasta el momento mucha atención. Como excepciones, ver Silva (2005; 2008) y Acosta (1993; 1999).

90. Los asuntos relativos a la ignorancia y el mal gusto del público no se tratarán aquí, pues ya han sido abordados por Silva (2005, pp. 187-221).

91. Ver también, en el mismo número, la nota “Conquista”, en la que V. comenta una obra de teatro para radio y dice que, gracias a su calidad, ella “ha logrado romper nuestra tradicional indiferencia hacia los meritorios esfuerzos que unidades aisladas realizan para dotar a Colombia de un teatro nacional” (p. 467).

El motivo de la “sistemática indiferencia del público” se invocaba cada vez que se quería explicar el escaso brillo de la producción literaria nacional y los obstáculos a los que había de enfrentarse el escritor colombiano, expuesto a una “atmósfera excesivamente indolente (...) por las cuestiones fundamentales del arte (“Concurso musical”, 1944, p. 278).

A propósito de un concurso literario promovido por una editorial extranjera, una nota aparecida en el número 39 de la revista aprovechaba la ocasión para referirse a las condiciones en que debían ejercer su oficio los escritores latinoamericanos.

En nuestros países –dice la nota– el escritor tiene como problema fundamental el de la deficiencia del público, que casi nunca permite hacer de la de escribir una profesión lucrativa. Contribuyen a ello, como causas fundamentales, la desconfianza que tenemos de nuestros valores intelectuales y un poco de indolencia colectiva y por eso mismo la falta de provecho pecuniario en el negocio editorial. (“Concurso literario”, 1942, p. 126).

En este mismo sentido, una nota comentaba la aparición de una novedad editorial (una biografía) y señalaba las dificultades de practicar tal género en un país como Colombia. Según el comentarista, era tan intenso el trabajo que se requería para escribir una obra biográfica (“presupone largas vigiliadas frente a olvidados mamotretos, investigaciones detenidas, una perseverancia sin debilidades y todo esto realizado por quien tenga una plena comprensión de los acontecimientos y sea capaz de presentar todo el conjunto con acierto literario”) que, en un medio como el colombiano, nadie encontraba posibilidades de emprenderlo, pues, “a la postre, podrán hacerse ediciones limitadas, que el público, indolente, no comprará, de suerte que dentro de un medio económico como el actual resulta prácticamente perdido tan vehemente esfuerzo” (“El exterminador”, 1944, p. 478).

A propósito de una mención honorífica recibida por el escritor y periodista Eduardo Caballero Calderón –colaborador de la *Revista de las Indias*– en un concurso literario internacional, una nota celebraba la decisión del jurado, pero, al mismo tiempo, lamentaba el hecho de que el escritor no hubiera tenido “la oportunidad de actuar en un medio más elástico y amplio, en donde le hubiera sido dado desarrollar la plenitud de su

poderío intelectual” (“El premio a Swann”, 1943, p. 160). Pero en Colombia el escritor tenía que subordinar su talento al periodismo, pues de este dependía su sustento, y el público de un diario se interesaba más “por los sucesos de policía que por las cavilaciones de un intelectual completo” (“El premio a Swann”, 1943, p. 160). El comentarista esperaba que la mención honorífica fuera una oportunidad para que Caballero Calderón pudiera “mostrarse ante un público más cuantioso y comprensivo en todas las posibilidades de su gran talento”, alcanzando así “la posición continental” que merecía (“El premio a Swann”, 1943, p. 161).

Desde luego, no todas las referencias al público eran negativas. Es el caso, por ejemplo, de una nota que comentaba el paso por Bogotá del violinista lituano Jascha Heifetz, y que comenzaba de la siguiente manera:

El sincero entusiasmo que despertó en Bogotá la presencia del famoso violinista lituano Jascha Heifetz [sic], y el ruidoso éxito que alcanzaron los dos recitales que ofreció en el Teatro de Colón el 16 y el 18 de junio, han servido para rectificar el concepto pesimista que críticos poco atentos habían expresado acerca de la afición del público capitalino a estos espectáculos de categoría superior y para demostrar, una vez más, que el progreso material de la ciudad no ha afectado su condición indiscutible de sede del espíritu ni ha disminuido las razones que ahora, como en otras épocas, la asisten para reclamar honrosos títulos intelectuales. (“Jascha Heifetz”, 1940, p. 304).⁹²

Esta especie de vindicación del público se expresaba de nuevo con motivo de una exposición del libro realizada en la Biblioteca Nacional. Se trataba de una exposición de “libros raros”: “preciosas ediciones únicas”, incunables, “viejos mamotretos que conservan su arcaico olor a celda conventual”, miniaturas, una colección de biblias, etc. La exposición, afirmaba el comentarista, “constituye un vigoroso éxito y está en pleno acuerdo con la tradición cultural de [Bogotá]”; además, era un motivo de sorpresa

92. En la misma nota, se dice que el éxito de los recitales no se debió solo a la fama del violinista, pues esta no habría sido más que “el estímulo oportunamente aplicado a un aspecto efectivo de la cultura de Bogotá, que no ha perdido nada de su antigua vitalidad y vive en permanente aptitud de manifestarse solemnemente” (p. 305).

apreciar no sólo la existencia de tales maravillas bibliográficas, cuya esencia tiene un símbolo admirable de civilización y de cultura, sino la manera en que el público se ha apresurado a colaborar en que esta demostración intelectual y artística tenga un resultado tan admirable como el que podemos anunciar. (“La exposición del libro”, 1942, p. 277).

Sin embargo, era ante todo en el caso de exposiciones, conciertos y conferencias que se manifestaba un juicio positivo sobre la “colaboración del público”, pero ya no de un público anónimo, sino de uno “representado en algunos espíritus de selección”, como en el caso de la fundación del Museo de Arte Colonial, posible gracias a donaciones privadas y a la conformación de una “sociedad de amigos” encargada de aumentar sus colecciones y de financiar la iniciativa, lo cual daba lugar al entusiasmo del comentarista, quien decía: “Tan expresivo hecho indica que en ciertos campos de la cultura, la vieja tradición santafereña se mantiene intacta, especialmente cuando mira hacia el pretérito” (“Los amigos del Museo de Arte Colonial”, 1944, p. 131).⁹³

Estímulos

En las páginas de la *Revista de las Indias* se expresó también un constante descontento por la falta de estímulos (sobre todo oficiales) para la creación literaria y artística. Al respecto, vale la pena citar por extenso el párrafo que abre la convocatoria a un concurso de cuentos aparecida en la revista, en su número doble de noviembre-diciembre de 1940:

Un agudo comentarista del acontecer literario, observaba en estos días un hecho colombiano de profunda y lamentable veracidad: la carencia de estímulos para el creador de belleza escrita en nuestro país. Y denunciaba la falsa ilusión que nos hace pensar en una Colombia excepcionalmente

93. Dos meses más tarde, H. V. comentaba una conferencia dictada por Luis de Zuleta en el Teatro de Colón, “ante un público selecto que [lo] llenó apretadamente” y que había interrumpido una y otra vez al expositor con sus aplausos. Ver H. V. (1944, p. 420). Ver también “Conferencias de arqueología” (1944, pp. 470-471), a propósito de un ciclo de conferencias exitosas ofrecidas en la Biblioteca Nacional por Gregorio Hernández de Alba.

letrada. En realidad el volumen de nuestra producción literaria ocupa un sitio modestísimo en el continente. El libro es todavía entre nosotros una empresa de perder. (“Nuestro concurso de cuentos”, 1940, p. 126).⁹⁴

Dada esta lamentable situación, la *Revista de las Indias* había decidido abrir un concurso literario, invitaba a “todas las gentes de letras” a participar en él y esperaba que su iniciativa se convirtiera en el punto de partida de otras similares. El fallo del jurado –del que formaban parte Tomás Rueda Vargas, Hernando Téllez, Tomás Vargas Osorio y Eduardo Carranza– se daría a conocer dos semanas después del cierre de la convocatoria y sería publicado, junto con los cuentos ganadores, en el número de la revista de abril de 1941. Por último, se establecía que el ganador del concurso recibiría un premio de \$100 y el segundo lugar una suscripción permanente a la revista.⁹⁵

En el número siguiente, una nueva nota volvía sobre el tema de los premios literarios y la necesidad de estímulos para el escritor colombiano, “que sólo encuentra para su obra la benevolencia de los comentarios periodísticos”. Una de las funciones de los premios era, según la nota, compensar al escritor “su labor silenciosa por la cultura”, al mismo tiempo que “avivan su fervor y crean un ambiente propicio para la creación literaria”, pues “la devoción intelectual no se sostiene en un medio (...) donde es mirado con apatía lo que constituye la continuación de su único patrimonio” (“Los Concursos Literarios”, 1941, p. 310). A continuación, la nota incluía una justificación de la retribución económica del trabajo intelectual, porque, al parecer, tal retribución no se avenía muy bien con la esencia de la creación literaria, que debía estar caracterizada por el silencio, el anonimato y el sacrificio.⁹⁶

94. Ver también C. M., “Una obra teatral de mérito” (1940, pp. 460-462), donde se lamenta la falta de estímulos que padece el teatro colombiano.

95. Según un informe de la Contraloría General de la República (1938), 86% de los empleados públicos nacionales ganaban hasta \$100 mensuales. Otro informe, este de 1939, estimaba en \$160 el costo de vida de una familia bogotana de clase media (1/3 se destinaban a gastos de vivienda) (BLAA-AES-caja 107-carpeta 9, f. 695 y 691).

96. Marín (2015a) se ha referido también a esta relación ambigua de los escritores con su oficio: de un lado, reclamaban casi con vehemencia su derecho a la retribución económica y al respeto social; de otro lado, parecían disculparse por mezclar la sacralidad de la literatura con el prosaísmo del dinero.

Así, “ante las exigencias del mundo moderno”, sería cada vez más raro el caso del “Zaratustra literario, del escritor-Róbinson”, y, por lo tanto, “sería mucho pedir que el escritor cultivase, en la indiferencia, lo que dará más tarde su fruto perfecto” (“Los Concursos Literarios”, 1941, p. 310). Además –lamenta casi la nota– “la perfección literaria no se alcanza siempre como resultado final de una cultura silenciosa”, y “existen vocaciones tímidas que no encuentran forma de revelarse, aficiones de imprevisible realización a las que hace falta un impulso inicial” (“Los Concursos Literarios”, 1941, pp. 310-311).

A propósito, es también interesante una nota dedicada a discutir el asunto de la propiedad literaria y artística en Colombia. La nota criticaba el hecho de que la legislación al respecto no se hubiera modificado desde la Constitución de 1886, lo cual atribuía a “una anomalía que es al propio tiempo un reflejo y una consecuencia de la indiferencia colectiva que existe en Colombia respecto de algunas manifestaciones de la actividad intelectual, tal como la de escribir libros” (“Propiedad literaria y artística”, 1942, pp. 123-124). La nota solicitaba también, en momentos en que el Gobierno contaba con facultades extraordinarias, que el ministro de educación aprovechara la oportunidad para dictar “un decreto con fuerza de ley”. Ese decreto debería incorporar

no sólo la protección al esfuerzo personal y a la capacidad mental de los artistas, sino el estímulo para que las múltiples facultades que perecen sin ser explotadas en el ocio y en la indolencia, puedan dar de sí frutos con miras al provecho, porque nuestro mundo se ha hecho demasiado realista y objetivo y cada individuo quiere sacarle a su trabajo algún resultado práctico. (“Propiedad literaria y artística”, 1942, p. 124).

La ley debía contribuir, entonces, a “romper la indiferencia popular por los autores nacionales”, así como a beneficiarlos “de manera eficaz” (“Propiedad literaria y artística”, 1942, p. 125).⁹⁷

Con gran entusiasmo, la *Revista de las Indias* anunciaba en su número de octubre de 1942 la creación del Premio Ciudad de Bogotá. Al respecto, la ciudad no hacía más que seguir el ejemplo de otras

97. Para un resumen de la legislación colombiana sobre propiedad intelectual entre 1811 y 1959, ver Santa (1959).

“capitales importantes, en donde ha surgido y vive nutrida la actividad literaria y artística”. El premio estaría dotado de \$1000, una suma apetecible, y se entregaría hacia mediados de febrero de cada año “a la mejor obra publicada durante el año anterior”. Con este premio, el municipio de Bogotá quería “compensar, en parte, el menosprecio de que han sido víctimas los escritores colombianos” (“El Premio Ciudad de Bogotá”, 1942, p. 287).

Sin embargo, unos meses más tarde, una amarga nota anunciaba su fracaso. “Se ha dicho con frecuencia que la literatura nacional carece de toda suerte de apoyo (...), y tal afirmación es lamentablemente cierta”, dicen las primeras líneas.

En tanto que otros países de América –continúa la nota– contribuyen por todos los medios a la exaltación de sus escritores, dijérase que Colombia se avergüenza de ello y que para atenuar y modificar el calificativo de país de poetas que se nos dio en otro tiempo, simultáneo con el de Atenas americana y que adquirió, a la postre, un sentido humorista, como la exageración de un defecto, nuestras entidades oficiales han llegado al extremo opuesto haciendo ostentación y alarde de la indolencia con que contemplan los aislados y apostólicos esfuerzos de los intelectuales por conservar a la patria su preciosa reputación.” (“El Premio Ciudad de Bogotá”, 1943, p. 170).

Con el título “Actividad literaria” (1942), una nota publicada en el número 47 de la revista informaba sobre el cierre de un concurso convocado para seleccionar una obra nacional que luego sería enviada a una editorial en los Estados Unidos, donde junto a otras obras latinoamericanas participaría a su vez en un certamen literario. La nota informaba que al final se habían presentado 43 autores. Según el comentarista, “tales cifras implican una apreciable actividad literaria y denuncian que la afición por estas disciplinas intelectuales no ha decaído sensiblemente, a pesar de las variaciones trascendentales que impone la urgencia de la época contemporánea” (p. 423).

El autor de la nota continuaba diciendo que, ateniéndose a los “guarismos desnudos”, se podía comprobar la idea –que él ya había expresado en varias oportunidades– “de que en Colombia existen y subsisten el temperamento, la vocación, la expresividad artística, y que

sólo la falta de estímulos visibles y toscamente materiales ha impedido al espíritu colombiano manifestarse en toda su amplitud” (“Actividad literaria”, 1942, p. 424).⁹⁸

Negocio editorial

Al lado de la indiferencia del público y la falta de estímulos para la creación literaria, otro motivo de descontento expresado en las páginas de la *Revista de las Indias* fue la precariedad del mundo editorial. Cuando, en enero de 1939, la revista anunciaba el plan de publicar mensualmente 2 o 3 libros de autores colombianos, se le recordaba al lector “que en Colombia una de las cosas más costosas que existen es editar un libro” (“La economía de la revista”, 1939, s. p.).⁹⁹

Con motivo de la designación de Enrique Uribe White como director de la Biblioteca Nacional, una nota afirmaba que “en Colombia se publica poco porque no hay estímulo, ni editores, ni ambiente propicio”; una situación que no correspondía con la “tradición” y las “posibilidades” del país. Uribe White, destacaba la nota, llegaba a la dirección de la Biblioteca con la idea de adquirir una imprenta para publicar aquellos libros que los autores no podían sacar a la luz por sí mismos. “Es éste el primer paso –se lee enseguida– para acabar con lo que pudiéramos llamar ‘Vida y pasión del libro colombiano’” (D. A., 1941, p. 124).

98. En el último párrafo, la nota añade que la editorial “Farrar & Rinehart ha promovido una serie de esperanzas y ha creado una serie de estímulos que nuestros gobiernos han abandonado de manera absoluta (...). De todas maneras, queda comprobado que en Colombia subsiste la inquietud espiritual que caracterizó su fisonomía y que este hecho tiene su cimiento en la inquebrantable fuerza interior del espíritu nacional” (p. 424). Ver también “Premios de literatura” (1944), donde se compara el trabajo del escritor con un “apostolado”: “quienes, llevados de una irrestricta voluntad, desarrollan en Colombia una labor consciente, responsable y dinámica, actúan, por lo general, en un campo de simple apostolado. La ausencia de editores y la excesiva sobriedad de los críticos son hechos que se unen a la insuficiencia de estímulos para hacer más solitaria, y acaso por ello mismo más satisfactoria, la empresa en que han intervenido quienes han entregado por la imposición de un imperativo vocacional sus capacidades a la construcción de una obra eficaz, cuando aplicadas a otros objetivos, acaso hubieran dado mayor rendimiento y provecho a sus poseedores” (p. 132).

99. Discuto esta afirmación en el capítulo siguiente.

En el mismo número, a propósito de un concurso teatral convocado por la Radiodifusora Nacional, un comentarista realizaba un diagnóstico semejante:

La producción intelectual colombiana se resiente, ante todo, de la carencia de medios adecuados para expresarse, para salir a la luz pública, para penetrar hasta la masa. No existen las empresas editoriales que se lanzan a la aventura de “crear” un prestigio nuevo, de descubrir un novelista, un poeta, un comediógrafo. Todo el mundo intelectual colombiano gira sobre la iniciativa personal. Los libros se imprimen por cuenta y riesgo del autor (“Concurso teatral”, 1941, p. 130).¹⁰⁰

Unos meses más tarde, esta vez con motivo de un balance de la poesía colombiana durante 1941, la queja se dirigía al mismo tiempo al desinterés del público, a la falta de apoyo oficial y a la tímida labor de los libreros. En sus primeras líneas, la nota recurría a un lugar común: “Colombia tiene, en el continente, una fama desmesurada de tierra de poetas”. Sin embargo, ninguna de las “grandes firmas” había publicado un libro de versos durante 1941, contentándose con la aparición de “tal cual poema en revistas y páginas literarias de los diarios capitalinos”.

“¿Falta de editores, de público, agotamiento de nuestros poetas?”, se preguntaba el comentarista. Él mismo respondía: “Nuestra república de las letras tiene valores cimeros en poesía, iguales o superiores a los de cualquier país americano (...). Pero los artistas nuestros carecen de propaganda, así sea nacional”. Las razones estarían por lo tanto en otra parte: “el escepticismo por los autores nacionales, en todos los campos, y la ninguna distribución y propaganda de las obras colombianas, [sic] por parte de las librerías”.

Mientras que en otros países de América Latina la aparición de un “cuaderno de versos” recibía la atención (aunque fuera pesimista) de la crítica, y circulaba “por todo el continente”, en Colombia tal suceso no era objeto más que de un comentario anónimo y ligero (según el comentarista, solo los libros de autores colombianos editados en otro país podían aspirar a una circulación continental). “El expansionismo

100. El monto del premio era \$300, de los cuales 100 habían sido donados por un particular. Sobre la creación de la Radiodifusora Nacional de Colombia y su papel como instrumento de la política cultural de masas del liberalismo, ver Silva (2005).

de los libreros colombianos no arriba sino a unas cuantas ciudades del interior". Por esta razón, "una propaganda, inteligente y pertinaz, por parte del gobierno y de las librerías, [sic] al libro colombiano, sería la mejor campaña que se podría hacer por la cultura nacional" ("Ausencia de la poesía en Colombia durante 1941", 1941, pp. 127-128).

En marzo de 1942, la revista anunciaba la publicación, a cargo de Jorge Zalamea, de una colección de "cuadernillos poéticos" de escritores colombianos. "Esta labor de vulgarización cultural –continuaba la nota– ha sido acogida con el fervor que suscita lo inaplazable. Colombia no conoce, realmente, a sus poetas y escritores por circunstancias de nuestra difusión editorial, reducida y escasa" (D. A., 1942, p. 134).

En otra ocasión, el poeta Carlos Martín (1945) comentaba un ensayo de Eduardo Mallea sobre la "nueva literatura hispanoamericana", y aunque decía tener un buen concepto del escritor argentino, lamentaba su desconocimiento de la literatura colombiana, que, según la opinión de Martín, "equilibra, en muchos géneros, a cualquiera de las literaturas del continente" (p. 288). ¿Cuál era, entonces, la razón de este desconocimiento? Entre la larga lista citada, Martín incluía "la mala voluntad de los libreros que muestran tanta desconfianza para la venta de obras nacionales y tanta simpatía por los libros extranjeros. No hay una intensa actividad editorial que estimule a los hombres de letras" (p. 289).¹⁰¹

La comparación de la actividad editorial colombiana con la de otros países de América Latina aparece de nuevo en una nota escrita con motivo de la creación, en 1944, de una editorial. El autor expresaba su entusiasmo por este hecho, ya que la "labor editorial" había sido "precisamente uno de los renglones más descuidados y menos fructíferos de la vida intelectual colombiana" (Peña, 1945, p. 297). Los escritores colombianos, decía el comentarista, se quejaban frecuentemente por "la falta de entidades editoriales organizadas, como las que existen en casi todos los países de América y principalmente en la Argentina, México y Chile" (p. 297). "Ya es tiempo de que Colombia entre a competir –guardada la línea proporcional– con los demás países de América en la producción

101. Otra crítica a los libreros en "La Feria del Libro" (1943, p. 163).

bibliográfica[,] que representa hoy uno de los más importantes renglones del comercio internacional” (p. 298).¹⁰²

Con motivo de la publicación del volumen 100 de la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, una nota que elogiaba su “influencia cultural” señalaba también: “Por un extraño designio, los libros colombianos siempre fueron desconocidos en Colombia. País de autores sin editor, en donde los grandes escritores han buscado en el extranjero hospitalidad de impresores y buena voluntad de públicos” (“Cien volúmenes de la Biblioteca de Cultura Popular”, 1946, p. 366).¹⁰³ Además de importantes obras del pasado (“nuestros mejores valores tradicionales”), la Biblioteca Popular de Cultura –añadía el comentarista– “ha dado a la luz pública escritos contemporáneos que quedarán para siempre en el acervo de nuestros mejores aciertos humanos. Obras que no encontraban dinero ni editor. Obras que, recogidas sobre su propio valor, ignoraban las perspectivas de divulgación” (“Cien volúmenes de la Biblioteca de Cultura Popular”, 1946, pp. 367-368).

Una de estas obras era, por ejemplo, *El hombre bajo la tierra*, novela del escritor José Antonio Osorio Lizarazo, a quien una nota de mayo de 1944 elogiaba copiosamente (no se debe descartar que haya sido escrita por él) y destacaba, asimismo, los reconocimientos merecidos por sus libros; libros que el escritor había publicado “a costa de notables sacrificios personales”, libros “sin editor, sin librero, sin apoyo exterior de ningún género” (“Escritores y editores”, 1944, p. 138). No era, pues, por falta de talento que no se editaban ni vendían los libros en Colombia.

102. La historia del libro y la edición en Colombia, sobre todo en el siglo XX, es una de las áreas de investigación más desatendidas. Algunas excepciones, en Cobo (2000), Gómez (2005), Guzmán, Marín, Murillo y Pineda (2018), Marín (2017a) y Silva (2008; 2009). Balances recientes sobre este campo de investigación, en Murillo (2018), Pérez (2017) y Rubio (2016b). Sobre otros países hispanohablantes existe una bibliografía creciente; ver, como ejemplos, De Diego (2014), Esposito (2010), Martínez, J. (2001), Sorá (2010) y Subercaseaux (2010).

103. Sobre publicaciones colombianas financiadas por instituciones públicas, ver Laverde, Carvajal y Vallejo (2008). Marín (2017a) se refiere específicamente a la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.

Los otros oficios¹⁰⁴

Algo que llama la atención en la *Revista de las Indias* es la temprana aparición en sus páginas de una nota que se ocupa de la “situación material de los escritores”; un tema tan ausente en las publicaciones literarias de aquellos años, y al que, incluso en la *Revista de las Indias* –como se habrá notado–, solía aludirse de manera indirecta, es decir, en compañía de circunvoluciones, disculpas, quejas y patetismo sobre el destino del escritor colombiano. La nota en cuestión mencionaba un aspecto que se repetirá en las páginas de la revista cuando se trate el tema de la situación social del escritor: la necesidad, por parte de estos, de emplearse en la prensa y en la burocracia (Marianne, 1937, p. 48).

Entre el tono objetivo y el lamento, los colaboradores de la *Revista de las Indias* elaboraron su propia crítica de los efectos que el escritor debía padecer a causa de los “trabajos forzados”. En una nota titulada “El monumento a don Marco Fidel Suárez”, un comentarista realizaba una crítica a la escasa división social del trabajo entre el político y el escritor. En primer lugar, el autor de la nota señalaba que el busto de don Marco, erigido en la entrada de la Biblioteca Nacional, le rendía homenaje especialmente “al excelente erudito” y no al “político mediocre que activó gran parte de la vida de este filósofo” (“El monumento a don Marco Fidel Suárez”, 1942, p. 411).¹⁰⁵ A continuación, el comentarista agregaba:

Las circunstancias especiales en que se ha movido nuestro país, no han podido, a pesar de que hoy nos hallamos en una etapa de más amplia modernidad, trazar con precisión la línea fronteriza que separa al hombre de estudio que es el intelectual, del hombre de lucha que es el político. Con frecuencia el hecho de descollar en una cualquiera de las disciplinas mentales hace derivar todas las posibilidades hacia la política, de donde provienen innúmeras malversaciones de talentos superiores que se pierden y se desmenuzan en el contacto de las pasiones ciegas, brutales y vehementes que inspiran la pugna implacable de los partidos, y sobre todo de los jefes que dirigen a las colectividades. (“El monumento a don Marco Fidel Suárez”, 1942, p. 412).

104. Reproduzco aquí una parte del título de Galateria (2007).

105. En la p. 412, el autor de la nota afirma que Suárez era “un intelectual puro”.

Un punto de vista similar acerca de la división del trabajo intelectual en Colombia aparece en una nota publicada en el número doble de noviembre-diciembre de 1943. En esta se lamentaba la muerte del médico Alfonso Castro, quien, según el articulista, era además “un escritor de viva sagacidad” (“Doctor Alfonso Castro”, 1943, p. 335). Pero también en su caso, como en el de muchos otros,

la falta de una frontera, que cada vez está más debilitada, entre el periodismo y la literatura, conduce a muchos escritores hacia la cruel reducción de sus ideas a las dimensiones físicas de un artículo. Temas que podrían ser motivo de extensos tratados, de profundas investigaciones, tienen que limitarse a la tiranía de una columna de periódico, lo que tergiversa con frecuencia la personalidad del escritor y lo obliga a parecer frívolo, superficial, gaseoso (“Doctor Alfonso Castro”, 1943, p. 335-336).

Comentando la invitación que recibiera Germán Arciniegas (director de la *Revista de las Indias*) para dictar conferencias en universidades de los Estados Unidos, una nota aparecida en el número 46 de la revista, después de confirmar sus méritos como “escritor continental” y “maestro de las letras colombianas”, agregaba lo siguiente:

Entre nosotros el ejercicio de las letras suele obedecer a efusiones de la adolescencia o a intermitentes deseos de notoriedad. Cuando no se subordina a miras políticas o burocráticas. Por eso escasea tanto en nuestro medio ese tipo riguroso del intelectual que pone todas sus fuerzas vitales y espirituales al servicio de su trascendente misión y que se sujeta, con indomable voluntad de superación, a disciplinas arduas y silenciosas. Arciniegas, escritor vocacional y temperamental, ha sabido ser heroicamente fiel a su condición de hombre de letras (“Germán Arciniegas en los Estados Unidos”, 1942, p. 278).¹⁰⁶

Al final, la nota cerraba con estas palabras: “En los Estados Unidos continuará sus faenas de estudioso y de escritor Germán Arciniegas,

106. Es difícil no ver en lo de “heroicamente fiel a su condición de hombre de letras” un gesto de adulación. Para ninguno de sus contemporáneos podía pasar desapercibido que la condición (prestigiosa) de “hombre de letras” de Arciniegas estaba vinculada a su actividad política.

en quien se prolonga dignamente la gran tradición literaria del país” (“Germán Arciniegas en los Estados Unidos”, 1942, p. 278).

A propósito del ya mencionado Premio Ciudad de Bogotá, una de las notas que se quejaba de su fracaso se refería también a quienes habían enviado sus obras, ninguna de las cuales merecería posiblemente “el calificativo de obra maestra”, porque

el letrado colombiano se lo debe todo a sí mismo, y, con frecuencia, es empleado público, o aspirante a serlo, o se dedica a otra ocupación u oficio que le permita ganarse la vida en actividades completamente ajenas a aquélla [sic] para la cual tiene vocación y en cuyo ejercicio pudiera adquirir, en un país de más amplio desarrollo cultural, renombre y dinero. (“El premio Ciudad de Bogotá”, 1943, p. 171).

Por su parte, Carlos Martín (1945), en una nota ya citada sobre el desconocimiento de la literatura colombiana fuera del país, afirmaba:

Nuestra expresión cultural es la más ensimismada de todas las del continente; nuestra actitud es egoísta. El grado de prestigio de un intelectual está vinculado a su carrera política o a los temas sobre los hechos locales o sobre los hombres que gozan de popularidad política. Los reportajes, las crónicas, los discursos, las biografías sobre nuestros hombres públicos, son las manifestaciones características de nuestra hora en Colombia. Cada día se estrecha más la órbita de las preocupaciones intelectuales en nuestro medio. (p. 289).

De Tomás Vargas Osorio, un joven periodista y escritor, una nota aparecida en febrero de 1944 anunciaba una edición póstuma de su obra, a cargo del Gobierno departamental de Santander, y de igual manera elogiaba sus múltiples cualidades como escritor (“gran densidad de pensamiento”, “sutil espíritu crítico”, “prosa pulimentada y ejemplar”) (“La obra de Tomás Vargas Osorio”, 1944, p. 135), para luego realizar el siguiente balance de la que había sido su situación intelectual: “Lo mismo que ocurre a todos nuestros intelectuales, el periodismo absorbió gran parte de su inteligencia, que hubo de verterse en las

cosas intrascendentes y frívolas que pide el público lector de sucesos cotidianos" ("La obra de Tomás Vargas Osorio", 1944, p. 135).¹⁰⁷

Otras veces era ante todo la política, y no el periodismo, el blanco de las críticas. Con ocasión del nombramiento (celebrado) de Rafael Maya como agregado cultural de la Embajada de Colombia en Chile, una nota destacaba el hecho de que "el maestro Maya" nunca hubiera sido un político –había mantenido su espíritu incontaminado– y, en cambio, hubiera dedicado "la totalidad de su poderío [al] campo de la estética" ("Rafael Maya", 1944, p. 127).¹⁰⁸ A continuación, el autor de la nota hacía un largo comentario sobre los efectos perversos de la política sobre la inteligencia, el cual merece ser citado por entero:

La política ha malversado muchas inteligencias (...). Y son muy pocos los que han logrado sustraerse a las seducciones que ofrece el ejercicio del partidismo, cuando el éxito en tal campo representa poco menos que una victoria económica: y también el júbilo del mando y de la autoridad y el goce inefable de tener bajo su dominio las mil vidas anónimas de los empleados públicos.

La obra de reivindicación intelectual emprendida con el maestro Maya debería ser el principio de una acción más deliberada y metódica, de suerte que empleos de esta categoría estuvieran representados en lo sucesivo por los verdaderos intérpretes o exponentes de la inteligencia nacional, antes que por elementos capaces de realizar las intrigas burocráticas que son indispensables. ("Rafael Maya", 1944, pp. 127-128).¹⁰⁹

Con motivo del centenario del nacimiento de Rufino José Cuervo, una nota aparecida en este mismo número elogiaba su obra y el

107. Otros ejemplos de esta crítica del periodismo como actividad que "absorbe" la inteligencia, en Luis David Peña (1945, p. 297) y Darío Achury Valenzuela (1944, p. 250).

108. Si bien no fue un político muy activo, Maya perteneció al Partido Conservador y ocupó diferentes cargos públicos a lo largo de su vida.

109. Hasta donde llega mi conocimiento, permanece casi inexplorado el tema de las relaciones entre los escritores colombianos y la diplomacia. El asunto del viaje a Europa ("la atracción europea") de las élites colombianas a mediados del XIX, incluidos los viajes por motivos diplomáticos y consulares, ha sido abordado por Martínez (2001, pp. 199-244).

hecho de que se hubiera dedicado plenamente a esta, “al margen de los episodios diminutos de los partidos” (“En el primer centenario de Cuervo”, 1944, p. 131). Para el comentarista, en contraste con la época de Cuervo, ya no podían

presentarse, sino como una excepción, esos espíritus tan diáfanos, tan consagrados, tan deslumbrantes (...), para quienes el estudio era un placer y el desvelo una necesidad. No era gente superficial, que se sentía satisfecha con un barniz de erudición, sino que sabía consagrar años y años, sin pensamientos utilitarios, sin angustias por lo efímero de la vida, venciendo los obstáculos de orden económico y personal, a la estructuración de una cultura fundamental. (“En el primer centenario de Cuervo”, 1944, p. 131).¹¹⁰

Pero sin duda, el lugar donde se expresa más claramente esta crítica sobre la situación social del escritor colombiano, agobiado entre el trabajo en el periodismo y la burocracia, desperdiciando de este modo su talento, es en una nota escrita por Luis David Peña en el número 68 de la revista. La nota se pregunta con intención crítica a qué se debe el escaso “desarrollo de las letras nacionales”, y encuentra poderosas razones en la política y el periodismo. El autor comienza haciendo un balance de las causas que comúnmente se mencionan para explicar la situación de la literatura en el país:

Con alguna frecuencia solemos presenciar esporádicas agitaciones de nuestros núcleos intelectuales alrededor de los problemas que afectan la producción literaria, entre los cuales aparecen destacados la falta de editores, la carencia de mercado suficiente o los exiguos resultados económicos que produce toda especulación de la inteligencia, [sic] entre nosotros. Quienes escriben, o por lo menos firman poesía, ensayo, cuento, novela o crónica, tienen que vivir forzosamente de medios no solo fundamentalmente distintos de su vocación, sino en [sic] veces contrarios a ella. Se da el caso del poeta-contabilista o del ensayista-burócrata o del novelista-comerciante. De todas maneras se ha convenido en que la única actividad humana que entre nosotros

110. Debe advertirse que Cuervo era un hombre que poseía rentas propias, por lo cual había podido consagrarse “a la estructuración de una cultura fundamental”. Al respecto, ver Jiménez, A. (2013). Una biografía del personaje, en Vallejo (2012).

está destinada al fracaso económico es la de escritor. A esa situación se le señala como responsable del escaso o casi nulo florecimiento de la literatura en los últimos años. (Peña, 1944, p. 363).

En efecto, y “a pesar de nuestra buena y bien extendida fama continental”, Colombia estaba rezagada en cuanto a producción cultural frente a países como Argentina, México o Chile, a excepción de un par de autores “que merecen los honores editoriales fuera del país” (Peña, 1944, p. 363).¹¹¹ Pero ¿podían existir otras causas que explicaran la “opaca situación intelectual” de Colombia? El comentarista expresaba, entonces, su crítica contra las “nuevas generaciones”, el blanco de su diatriba:

La política, con su órgano fundamental, que lo es el periodismo, provoca la ambición de todas nuestras gentes jóvenes; en sus posiciones está la meta de todas las aspiraciones: en el triunfo fácil del discurso parlamentario o del artículo editorial está cifrado todo el prestigio de la inteligencia colombiana. En la política que es precisamente, entre nosotros, en sus formas, el camino adverso a todo desarrollo cultural en el más puro sentido de la palabra. (Peña, 1944, p. 365).

A modo de conclusión

Los escritores se quejan y, al hacerlo, se otorgan a sí mismos una existencia colectiva, un nombre y una identidad que aspira a ser reconocida públicamente. No es difícil suponer (y comprobar) que las condiciones para la creación literaria en Colombia durante la primera mitad del siglo XX eran desfavorables, todavía más si se comparan con las de otros países. Los problemas a los que aludían las quejas de los escritores eran reales: escasos lectores, escasos estímulos públicos y privados para la creación, un mercado editorial precario; en otras palabras, una situación que no permitía hacer de la literatura una “profesión”, “ganarse la vida” escribiendo. Frente a la debilidad de tales instituciones (mercado editorial,

111. El escritor que, en los años 30 y 40, obtuvo más “honores editoriales fuera del país” fue Germán Arciniegas (1900-1999).

público lector, instituciones públicas y privadas de promoción),¹¹² y en un momento en que la universidad no se había convertido aún en el lugar privilegiado de acción y reproducción de los intelectuales, es comprensible que la burocracia y el periodismo se convirtieran en las instituciones de las que dependían muchos destinos literarios, y esto no solo en cuanto a la supervivencia material, sino también al reconocimiento social.

Uno de los escritores que se quejaban, José Antonio Osorio Lizarazo, expresó con amargas palabras la que debió ser una experiencia común entre aquellos que vieron frustradas sus expectativas de ascenso. En una carta escrita a un amigo en 1951, habiendo publicado para entonces más de una docena de libros, habiendo recibido numerosos elogios por su aporte a la “cultura nacional”, Osorio afirmaba haberse quedado “en esa posición indefinida, nebulosa e imprecisa, de ser un escritor, con una pequeña reputación que suponía base de porvenir” (1951, 19 de octubre, caja 5-carpeta 37, f. 68). Y agregaba:

Por todos lados contempla uno en torno, con el ánimo roído por la envidia, el progreso de individuos pertenecientes a determinados grupos sociales y económicos, sin esfuerzo ni lucha ni títulos ni méritos, mientras uno se ve cada día más aplastado y pospuesto. (ff. 68-69).¹¹³

Con el inicio de la República Liberal en 1930 –un momento que da paso a una relación particular entre cultura y política, y a la creación de instituciones públicas encargadas de la administración cultural (Oficina de Extensión Cultural y Bellas Artes, Radiodifusora Nacional, Fondo de Publicaciones, etc.)–, se ofrece la oportunidad para un conjunto de jóvenes escritores formados en los años 20 de asumir cargos públicos de relativa importancia. Fue un momento de grandes expectativas para

112. Sobre el tema de la literatura como profesión, ver Coser (1980), Marín (2017b), Martínez, J. (2009), Ortega (2002), Rivera (1998) y Silva (2006), que aborda el problema esencial, pero al parecer poco atractivo para los investigadores, de las “condiciones de existencia material” de los creadores culturales; un apasionante problema cuyo interés no reside, única y principalmente, en su aspecto económico.

113. Esta afirmación, que con seguridad contiene una dosis de verdad, no debe aceptarse sin embargo como *toda* la verdad; un error al que a veces predispone cierta relación con los documentos del pasado (y del presente), en especial si estos confirman nuestros prejuicios.

quienes, como ellos, creían en la función orientadora del intelectual en la sociedad; una función cuyo lugar natural no estaba por fuera de la política partidista y del Estado.

Pero la élite, por definición, es un posición en la que no caben todos, y si bien algunos de estos jóvenes intelectuales alcanzaron posiciones de prestigio (en el Estado, el periodismo y la diplomacia), otros debieron conformarse con cargos menores, postergar sus sueños de ascenso, permanecer en una relación insegura respecto a su propio valor, quedarse “en esa posición indefinida, nebulosa e imprecisa, de ser un escritor, con una pequeña reputación que [se] suponía base de porvenir”.¹¹⁴

Con seguridad, fueron algunos de estos quienes encontraron en las páginas de la *Revista de las Indias* un lugar para expresar su descontento. Y lo hicieron de la manera menos costosa: ocultando, la mayoría de las veces, sus nombres; afirmando su valor mientras se quejaban de la indiferencia del público, el desamparo del Estado, la escasa recompensa económica y moral que recibía su trabajo, las amenazas del periodismo y la burocracia para su vocación.

Sin embargo, he querido sugerir en este capítulo que las quejas de los escritores fueron algo más que el resultado de su resentimiento. Estas quejas pueden interpretarse también como indicios de un ideal presente en la sociedad colombiana de las décadas de 1930 y 1940 acerca de la función y el lugar del escritor en la sociedad; un ideal vinculado, desde luego, con la figura moderna del intelectual: el escritor que podía vivir de su oficio, gozaba de reconocimiento social y era el representante de “un poder espiritual laico” (Bénichou, 2006) que le permitía, sin perder su independencia, participar en la esfera pública.¹¹⁵ Este intelectual-escritor no dependía más para su subsistencia ni su consagración del favor de los poderosos, y si no era el mercado literario, era en todo caso alguna forma más impersonal de vínculo la que hacía posible su existencia.

Pero en la sociedad colombiana de los años 30 y 40, ser reconocido socialmente como escritor y poder dedicarse a escribir sin arriesgar la subsistencia dependía ante todo de los vínculos derivados de la

114. Empleo la palabra *élite* en su sentido más convencional: grupo de personas que, gracias a los recursos, cualidades o habilidades que poseen, ocupan las posiciones más eminentes de la sociedad.

115. Para esta figura del intelectual, ver también Bourdieu (1997).

participación en la política.¹¹⁶ Eran estos vínculos los que abrían las puertas del periodismo y el empleo público, y era precisamente la participación en estas actividades la que podía no solo refrendar o promover un prestigio literario, sino además dar sustento material a los escritores. En este punto, su queja se revela en toda su ambigüedad: era la queja de quienes aspiraban a la independencia, pero sin haber cuestionado de manera radical (en su acepción de “perteneciente o relativo a la raíz”) las relaciones de dependencia que hacían posible su existencia.

116. Para la noción de vínculo y su uso empírico, me he apoyado en Guerra (2001, pp. 126-181). Retomo el tema en las conclusiones.

Capítulo 5

Edición y consagración: el caso de José A. Osorio Lizarazo¹¹⁷

La situación social del escritor

Quizás como ningún otro escritor de su época, José Antonio Osorio Lizarazo (1900-1964) –uno de los novelistas más prolíficos de la República Liberal– criticó las condiciones que debían afrontar los “hombres de letras” en Colombia para ejercer su oficio. Al respecto, escribe en un artículo de 1936:

No hay posibilidades de selección en las publicaciones. Los libros se editan más de acuerdo con las posibilidades económicas del autor que con su mérito intrínseco. La edición es un pésimo negocio, y solamente una tendencia de apostolado, de preocupación por la cultura nacional, de vocación fervorosa, o un apreciable desahogo pecuniario permiten la inversión de una suma de dinero en un libro que después se vende perezosamente. (Osorio, J., 1978d, pp. 412-413).

Sin un adecuado “estímulo oficial”, sin un mercado editorial fuerte, sin un “apreciable desahogo pecuniario” –a lo que se sumaba la indiferencia del “público” (ver el capítulo anterior)–, al escritor no le

117. Este capítulo reproduce con pequeños cambios un capítulo de mi tesis de maestría (Van der Huck, 2012).

quedaba más que el camino del sacrificio (“el apostolado”) o ir a parar en los “morbos trágicos” de la burocracia y el periodismo (Osorio, J., 1978e, pp. 544-545). Era esto, precisamente, lo que había ocurrido con “innumerables talentos” de las “nuevas generaciones”, “grandes literatos a quienes el ambiente ha desviado de su ruta esencial para imponerles otra que, acaso, contenga para sus esfuerzos mayor estímulo y más inmediato reconocimiento” (Osorio, J., 1978e, p. 545).¹¹⁸

En un artículo escrito en Buenos Aires, adonde había llegado a principios de 1948 en busca de una mejor situación económica, Osorio se quejaba de ciertos editores que vivían a costa “del escritor desinteresado”, a quien se le reprochaba cualquier deseo de obtener un beneficio económico de su trabajo:

En algunos lugares el trabajador intelectual se obstina en mantener una actitud de desdén hacia las minucias de la vida que tanto inquietan al trabajador manual. Sujeto a una serie de prejuicios y de ficción, está obligado a disimular sus quebrantos económicos y a mostrarse al margen de cuestiones que le son tan fundamentales como a cualquier otro ser humano. El trabajador intelectual que haga ostentación de sus preocupaciones estrictamente humanas pierde categoría y autoridad para ejercer su oficio (...). Por este exceso de discreción se han malogrado grandes talentos, que no pueden mantener la ficción económica, y han de consagrarse a un vivir subalterno al cual los condena la estúpida ambición de sacar algún dinero de su trabajo, lo mismo de la efímera colaboración periodística que de la más durable cristalización del libro. (Osorio Lizarazo, 1948-1954, f. 201).

Si bien en este caso Osorio escribe sin ceder abiertamente a la amargura, no siempre lo hará así. Él había “ostentado” sus “preocupaciones estrictamente humanas” y había padecido a lo largo de su vida un trato injusto. Este sentimiento se manifiesta en algunas de sus cartas.

118. Los “grandes literatos” a los que se refiere Osorio son Alberto Lleras, por aquel entonces (1946) presidente de la República; Juan Lozano y Lozano, fundador y director del diario *La Razón* (1936-1948), dirigente político, poeta y diplomático, y Eduardo Caballero Calderón, escritor, periodista y diplomático. Los tres participaron activamente en los gobiernos de la República Liberal.

En 1952, por ejemplo, Osorio le escribe a Eduardo Putnam Tanco, en una especie de comparación entre su propia vida y la de Jorge Eliécer Gaitán:

No quiero calificarme como un vencido, ni mucho menos: pero mi vida no fue lo que pudo ser, dada la materia prima. Creo de mí que mi único mérito ha consistido en constituirme un escritor, sin otro calificativo, afrontando para ello las dificultades, la miseria, la incomprensión, las rivalidades de los más fuertes y el menosprecio colectivo: pero pienso que esta persistencia no es producto de una voluntad conciente [como la de Gaitán] sino de la incapacidad de hacer otra cosa. (18 de enero, f. 51).

Casi un mes después, esta vez en una carta dirigida a Bernardo Restrepo Maya, hombre cercano a lo que más tarde se conocerá como el Grupo de Barranquilla, Osorio se refiere a su pasado en Colombia. Al respecto dirá: “Agobiado siempre bajo ímpetus indescifrables, inepto perpetuamente para organizar un método y una estabilidad económica (...), anduve sumergido en amargura y en torpes desazones”; en Argentina –continúa el escritor–, aunque no había podido asegurar tampoco esa estabilidad, “no existe esa codiciosa emulación de nuestra tierra”, “no existen esas ansiedades mortales por objetivos imposibles, ni ese incesante perseguir de pequeñas angustias, ni esa hiperbolización de los problemas cotidianos que es tan frecuente en nuestro trópico” (1952, 10 de febrero, ff. 46-47).

Un ejemplo más de la forma en que Osorio se lamentaba de las condiciones en que debía ejercer su oficio se aprecia en una carta que dirige en 1940 a Eduardo Santos, en ese momento presidente de la República y propietario (antes propietario-director) del diario *El Tiempo*. La carta es una queja por las condiciones de trabajo en el periódico, en donde Osorio considera que se le retribuye mal, no solo por el salario que gana (\$150 mensuales), sino por las funciones que se le asignan (relator de la Cámara de la Representantes).

Esta situación, injustificable después de “20 años de ejercicio periodístico, en el cual malversé mi vida inútilmente”, es percibida por el escritor como menosprecio de sus “títulos de acción intelectual” y de su “exaltada capacidad de trabajo”; es lamentable, agrega Osorio, el hecho de que

obtenga por algo similar a un simple acto de beneficencia (...) un pequeño emolumento sobre el cual no puedo formular aspiraciones, el cual constituye el único recurso para mi sostenimiento y el de los míos, cuando usted, en memorable ocasión, me había anunciado que “el porvenir estaba lleno de promesas”. (1940, 23 de febrero, f. 12).¹¹⁹

Y continúa:

Por todo lo anterior y por el conocimiento que usted tiene de mí comprenderá que mi ambición de un trabajo efectivo, proporcionado a mi categoría y mejor remunerado está plenamente justificada. Jamás he recibido por ninguno de mis ocho libros publicados hasta ahora estímulo práctico alguno, ni he obtenido de ellos un solo centavo de utilidad, ni el Estado, en ninguna ocasión ni bajo ningún pretexto, ha tenido en cuenta mi condición de escritor y mi pequeño esfuerzo para la creación de una cultura literaria propia. (f. 12).

Si se ha de creer en las palabras de Osorio, tendría que admitirse que su situación económica era precaria o, al menos, no se asemejaba mucho a ese “porvenir lleno de promesas” con el que alguna vez había soñado. Al respecto, existe información más o menos confiable sobre los ingresos que Osorio recibió en sus trabajos burocráticos y periodísticos. Según una carta que el escritor dirige en 1951 (19 de octubre, f. 68) a Eduardo Putnam Tanco, entre los 22 y los 27 años había trabajado en *Mundo al Día* con una asignación mensual de \$24. Sin embargo, la información debería ser corregida al menos en un punto: *Mundo al Día* se fundó en 1924, por lo cual no es posible que Osorio hubiera entrado a trabajar al diario a los 22 años.¹²⁰

119. En la carta, Osorio dice que al ingresar a la redacción de *El Tiempo* (en marzo de 1939) su sueldo inicial fue de \$350 mensuales, el cual se redujo después, por circunstancias que no son del todo claras, pero que al parecer tuvieron que ver con una orden de Santos, a \$150. La reducción del sueldo, por lo demás, coincide con su traslado de la sección editorial a la relatoría de la Cámara. En esta misma carta, Osorio afirma que su salario no le alcanza para cubrir sus “necesidades domésticas”, por lo cual se ha visto obligado a “disponer de objetos de uso personal” (es decir, a empeñarlos) y de unos ahorros que, según él, había reunido con la venta de una “pequeña granja rural”, de la que había decidido desprenderse “por el honor de ingresar a la redacción de *El Tiempo*” (1940, 23 de febrero, f. 11).

120. Sobre *Mundo al Día* (1924-1938), ver Friedmann (2006).

Pero es cierto que Osorio trabajó en *Mundo al Día*. Así lo comprueba, entre otras cosas, la identificación que lo acredita como “repórter” de ese medio escrito (BN-FJAOL, 1925, caja 7-carpeta 50, f. 155). Además, es sabido que fue allí donde Osorio publicó las crónicas que luego se convertirían en su primer libro, *La cara de la miseria* (1926). Sea como sea, lo que parece más probable es que Osorio comenzara a trabajar en *Mundo al Día* en 1924, de donde se retiró en 1929.¹²¹

Ese año, Osorio viajó a Barranquilla y entró a trabajar como redactor en el periódico *La Prensa*, en donde, según la misma carta a Putnam Tanco de 1951, el escritor “redujo su vida” (f. 68) –es la expresión que utiliza– a \$120 mensuales. En octubre de 1933, todavía en Barranquilla, Osorio fue contratado como jefe de redacción del periódico *El Herald*, con una asignación mensual (como consta en el contrato) de \$250 (BN-FJAOL-caja 6-carpeta 44, f. 1). Más tarde, a los 35 años –“en la plenitud de su vida”– habría recibido \$70 mensuales por trabajar en *El Tiempo*. Por ese dinero –dice Osorio– “[hacía] doce editoriales y setenta ‘Cosas del Día’ y hubo noches en que tuve que soportar las seis o siete horas que me representaba este esfuerzo sin haberme alimentado, porque el arrendamiento me consumía treinta pesos: y cuarenta para alimentarme y vestirme” (Osorio, 1951, 19 de octubre, f. 68), sin contar con los gastos familiares (Osorio estaba casado y tenía dos hijos).

En 1934 Osorio Lizarazo estaba de regreso en Bogotá, donde comenzó a trabajar en empleos burocráticos menores. De su paso por estos, solo se sabe que, entre enero de 1943 y febrero de 1944, como bibliotecario de la Estadística Nacional de la Contraloría de la República, ganó un sueldo mensual de \$200 (BN-FJAOL-caja 6-carpeta 46, ff. 9 y 10). No es cierto, entonces, lo que dice Osorio en la carta a Putnam Tanco: “algunas incursiones breves en la burocracia –donde suponía que estaba traicionando mi destino– me ratificaron que no valía más de ciento veinte a ciento cuarenta pesos mensuales” (1951, 19 de octubre, f. 68).

121. Ver Osorio, L. (1978, pp. 685-686), donde se afirma que Osorio ganaba \$6 semanales por su trabajo en *Mundo al Día*. Jorge Moreno Clavijo, caricaturista y amigo de Osorio Lizarazo, dice en una nota dedicada al escritor que su sueldo en *Mundo al Día* era de \$40 mensuales, correspondientes a su cargo como redactor principal. Ver Mutis (1978, p. XXXIII).

Si se comparan los datos más confiables disponibles, es decir, su salario mensual de \$250 entre 1933 y 1934, de \$350 en 1939, de \$150 en 1940 y de \$200 entre 1943 y 1944, con un estudio sobre las condiciones de vida en Bogotá durante la primera mitad del siglo XX, los resultados indicarían que Osorio, incluso con su salario más bajo (\$150), formó parte del rango de trabajador “medianamente calificado” e incluso, en 1933 y en 1939, llegó a estar en el de trabajador “calificado” (López, M. 2011).¹²²

Sin embargo, es posible que lo más importante en estos casos no sean las “condiciones objetivas”, sino las experiencias subjetivas: estas, como se sabe, están a menudo formadas por “desfases” y expectativas contradictorias: la experiencia de “lo real” no es, pues, necesariamente su reflejo.

Al respecto, el caso de Osorio revela un problema sociológico básico: el de la relación (frustrada, en este caso) entre determinadas expectativas (materiales, simbólicas, etc.) y las posibilidades efectivas de realizarlas. Como ya se dijo, la llegada de los liberales al poder en 1930 dio paso a un entusiasmo general entre sus seguidores, el cual, desde luego, estuvo acompañado de grandes expectativas de cambio en distintos frentes.

Para los intelectuales liberales de los años 20, muchos de los cuales entraron a trabajar de manera directa en las tareas de gobierno, este cambio debió significar una posibilidad excepcional de llevar a la práctica sus anhelos de renovación –que, como he indicado ya, no imaginaron por fuera del Estado y la política partidista–, pero no menos una posibilidad de bienestar material y reconocimiento simbólico. Hay suficientes indicios que muestran que Osorio compartió todas estas expectativas; sin embargo, en su caso no se realizaron, o al menos no como él esperaba, sobre todo si se tiene en cuenta con quiénes podía comparar su situación.

Además, a la desilusión debió contribuir el hecho de que Osorio tenía por valioso el aporte que hacía a la “cultura nacional” por medio de sus obras; aporte que le fue reconocido por sus contemporáneos, pero que no se tradujo en el bienestar material y el reconocimiento simbólico a los que él aspiraba.

122. Otros datos ofrecidos por la autora, por ejemplo, las “relaciones de bienestar” entre 1906 y 1950 para oficios medianamente calificados y no calificados, permiten suponer que el salario recibido por Osorio en sus diferentes empleos era suficiente para cubrir sus gastos “básicos” y los de su familia (vivienda, alimentación y vestido), incluso con un excedente para otros gastos (López, M., 2011, pp. 30-32). Para convertir el salario nominal de Osorio Lizarazo en valores reales, he utilizado los índices de costo de vida incluidos en Pardo (1972, pp. 191-221).

Según el escritor bogotano, él se había quedado, al final, “en esa posición indefinida, nebulosa e imprecisa, de ser un escritor, con una pequeña reputación que suponía base de porvenir” (Osorio, 1951, 19 de octubre, f. 68). Y agregaba:

Portodosladoscontemplaunoentorno,conelánimoroído por la envidia, el progreso de individuos pertenecientes a determinados grupos sociales y económicos, sin esfuerzo ni lucha ni títulos ni méritos, mientras uno se ve cada día más aplastado y pospuesto. (ff. 68-69).

Sobre la afirmación de Osorio según la cual él nunca había obtenido “un solo centavo” por sus libros, si bien es posible ver en ella una manera de reforzar su queja por las condiciones de trabajo en *El Tiempo* y, por lo tanto, debe tomarse con reserva, hay indicios que muestran que el escritor bogotano no obtuvo beneficios económicos de su actividad literaria, o al menos no los suficientes como para “vivir de la literatura”. Sin embargo, esos mismos indicios permiten suponer que esa era la situación, si no para todos, sí para la mayoría de los escritores colombianos de la época. En este punto, si bien deben ampliarse las fuentes del problema, parece entonces que Osorio Lizarazo no se encontraba en una situación especialmente desigual respecto a sus contemporáneos.

Osorio Lizarazo y sus libros

Entre 1926 y 1946, Osorio Lizarazo publicó 12 libros entre crónicas, novelas (el género más numeroso) y ensayos. El primero de estos libros fue *La cara de la miseria* (1926), una reunión de algunas de sus crónicas de *Mundo al Día*. La obra apareció con el sello editorial Talleres de Ediciones Colombia, fundada por Germán Arciniegas en 1925, que publicó casi 40 títulos. No se dispone de información precisa sobre la publicación de *La cara de la miseria*, aunque con seguridad no debió reportar grandes beneficios económicos a su autor, como no los reportó tampoco para el editor, quien por esos años conoció la quiebra de sus proyectos editoriales.¹²³

123. Sobre las “empresas” editoriales de Germán Arciniegas, ver Marín (2017a).

En 1930 Osorio publicó *La casa de vecindad*, su primera novela, con la Editorial Minerva, la misma que unos años más tarde se encargaría de la publicación de la Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana. La primera información al respecto es una carta de agosto de 1930, escrita por el gerente de la editorial, Francisco Urrutia H., a Osorio Lizarazo, que en ese tiempo se encontraba en Barranquilla. En la carta, el remitente manifiesta el deseo de publicar el libro, pues le “ha parecido una obra sumamente bien escrita y llamada a tener un gran éxito de librería”. A lo que añade:

Como Ud. lo sabrá, en Colombia el público todavía no está acostumbrado a la lectura y por bueno que sea un libro es menester hacerle una gran propaganda para venderlo. Por eso creo que para lograr una venta considerable de *La casa de vecindad* sería bueno anunciar[lo] previamente (...) durante unos dos o tres meses antes de ponerlo en venta. (Urrutia, 1930, 18 de agosto, f. 1).

La carta, y en general la correspondencia a propósito de la publicación de *La casa de vecindad*, revela en varios sentidos el carácter “informal” (y también las dificultades) que debió tener la edición de libros en aquella época, cuando aún no se había consolidado el capitalismo editorial en Colombia, fenómeno que tendrá lugar a partir de los años 50.

Por ejemplo, el editor parece aceptar la propuesta, realizada por Osorio, de vender el libro por suscripción; idea que le “parece excelente no solo por el número de ejemplares que quedan de este modo seguramente vendidos sino por ser este un excelente sistema de propaganda”, y añade: “Le agradecería me enviara las direcciones de las librerías más conocidas de Ud. en esa región y de personas a quienes podríamos encargar de la propaganda y venta del libro” (ff. 1-2).

En una nueva carta enviada casi un mes después, el señor Urrutia (1930, 12 de noviembre) anuncia el envío de las primeras pruebas de la novela, le pide a Osorio que “las devuelva corregidas lo más rápidamente posible” y agrega: “La fecha aproximada para la aparición del libro puede ser el 15 de noviembre, pero esta fecha depende en gran parte, del tiempo que Ud. emplee en corregir las pruebas, y de que no haya retraso en el Correo” (f. 3). En la misma carta se comprueba que Osorio Lizarazo realizó los “esqueletos para las suscripciones”: “nos han parecido excelentes”, añade al final el editor.

En noviembre de 1930, todavía en el proceso de corrección de pruebas, el gerente de la Editorial Minerva le escribe a Osorio: “Dentro de dos o tres días le enviaremos la carátula del libro para que Ud. le modifique los detalles que crea convenientes. Creo que dentro de quince días tendrá ya Ud. ejemplares de la obra en Barranquilla”. A continuación, con espontáneo optimismo, Urrutia (1930, 13 de noviembre) añade: “A mi regreso [salía de viaje hacia Europa], o sea en el mes de Febrero[,] tendremos muy probablemente que pensar en una segunda edición de su libro, pues no dudo de la inmensa acogida [sic] que tendrá en el público” (f. 4).

Los primeros ejemplares de *La casa de vecindad* fueron recibidos por Osorio a mediados de diciembre de 1930, aunque el libro debió salir al mercado unas semanas después (Urrutia, 1930, 12 de diciembre, f. 6). El 19 de enero de 1931, Alfonso Robledo Mejía, quien debía cumplir el cargo de gerente encargado de la Editorial Minerva, le escribe a Osorio:

Lamentamos sobremanera el que a Ud. no le hay [sic] parecido adecuado el papel que empleamos para su obra, pero como en las últimas ediciones que hemos publicado, ha tenido muy buena aceptación ese papel y además en las últimas ediciones de libros extranjeros han usado papel delgado, nosotros creímos oportuno hacer tal imitación.

En cuanto a la propaganda de su libro, tendremos el mayor placer en cumplir sus órdenes, lo mismo que la repartición de ejemplares gratis a los más destacados escritores de esta [ciudad]. (f. 7).

Se desconoce si entre la fecha de esta última carta y la siguiente, del 17 de enero de 1932, hubo más correspondencia entre Osorio Lizarazo y sus editores de Bogotá. Lo cierto es que el negocio había fracasado, como lo anunciaba el nuevo gerente. Según su versión, la responsabilidad mayor del fracaso les correspondía a las librerías de la capital, que se habían negado a vender el libro. Aunque en la carta se insinuaba que el rechazo de la novela había tenido que ver con cierta forma de censura (se menciona “el fenómeno no raro en este medio bogotano bastante pacato de que las Librerías se negaran” a vender una obra), parece más probable, por los comentarios positivos que suscitó el libro, que los motivos hubieran sido otros. En la misma carta de 1932, el remitente se refiere a las numerosas “trabas” que las librerías “ponen a

los libros nacionales” (¿por el escaso interés que despertaban entre los lectores? ¿Por el escaso beneficio económico que producía su venta en comparación con los libros extranjeros?) y a la “situación [económica] actual que ha hecho que los libros no tengan venta” (Carta para Osorio Lizarazo desde Bogotá, 1932, 17 de enero, f. 8).

Lamentablemente, no se conocen las condiciones precisas en que se pactó la edición de *La casa de vecindad* entre Osorio Lizarazo y Minerva, aunque es seguro que algunas existieron, según se deriva de la lectura de la correspondencia (Urrutia, 1930, 18 de agosto, ff. 1-2). El 31 de marzo de 1932, el gerente de la editorial le envió al escritor un balance de las ventas del libro. Los datos son los siguientes, de una edición de 1000 ejemplares (costo total \$275):

Tabla 8. Ventas de La casa de vecindad

Entregados o enviados a Osorio Lizarazo	196
Existencia en los depósitos de la editorial	648
Sin vender, Librería El Mensajero	23
Sin vender, Librería Granadina	18
Sin vender, Librería Americana	8
Sin vender, Librería Colombiana	6
Sin vender, Librería Universal	10
Sin vender, Librería Nueva	9
Vendidos por estas librerías hasta la fecha	30
Enviados a la Biblioteca Nacional y al Ministerio de Gobierno, conforme a Ley	4
Archivos de la Editorial Minerva	5
Enviados a los periódicos de Bogotá y propaganda	43
<i>Total</i>	1000

Fuente: BN-FJAOL-caja 5-carpeta 36, ff. 9-10.

Los ejemplares vendidos, menos las comisiones de los libreros, daban un saldo de \$17,60 (no fue posible dar con el precio de venta en las librerías), que los editores abonaban al costo total de la edición, con el resultado de un saldo en contra del autor de \$257,40. La propuesta que aquéllos le hacían a Osorio consistía en venderle 700 ejemplares a \$0,35 cada uno, con lo cual se cubriría apenas el costo de edición.

Asimismo –continúa la carta– esperamos que usted nos envíe la cuenta detallada de los ejemplares que se le remitieron y [de los] que hasta la fecha no hemos tenido noticia. Para facilitar a usted la compra de los ejemplares usted nos puede enviar giros parciales que correspondan al número de ejemplares que nos solicite, siempre que no sean menores de 100. (Urrutia, 1932, 31 de marzo, ff. 9-10).

La primera novela de Osorio Lizarazo fue, pues, un “fracaso de ventas”. Los documentos del Fondo JAOL no permiten conocer más detalles acerca de la relación entre el escritor y la editorial. Por lo tanto, no se sabe si el escritor se vio obligado a comprar los ejemplares sin vender, aunque es probable que así haya sido, pues de otra manera no se entendería cuál podía ser el beneficio para Minerva de asumir la publicación del libro. Sin embargo, lo más interesante es lo que el proceso descrito puede revelar sobre la manera en que funcionaba el “negocio” editorial en Colombia durante las primeras décadas del siglo XX: desde los retrasos por causa del correo, pasando por la manera informal de definir las estrategias de propaganda y los aspectos físicos del libro (portada, papel empleado, corrección de pruebas, etc.), hasta la limitada distribución de la obra y la presencia de una noción todavía abstracta y espontánea del lector (“el público”).

La segunda novela de Osorio, *Barranquilla 2132*, fue publicada en la misma ciudad que le da el título por la Tipografía Delgado. No se conocen datos sobre el tiraje de la obra, aparecida en 1932, ni tampoco sobre su precio de venta o las condiciones de edición, aunque se sabe que fue publicada originalmente por entregas en el diario *La Prensa*, en el que Osorio trabajaba (Illán, 1998, pp. 74-75). Por su parte, la Tipografía Delgado no figura en una lista de imprentas y tipografías colombianas de 1935; tampoco hay registros en las principales bibliotecas nacionales de otros libros o impresos con ese sello. Lo más probable, entonces, es que se tratara de una pequeña imprenta, cuya actividad principal no debió ser la publicación de libros, sino de “impresos menores” (volantes, folletos, carteles, etc.), a la que Osorio encargó, de su propio bolsillo, la “edición” de su novela (Silva, 2004).¹²⁴

124. Illán (1998, p. 75) afirma que se trató de “una pequeña edición costeadá” por Osorio y que “la novela fue mal recibida por la crítica”.

A la publicación de *Barranquilla 2132*, siguió la de *El criminal* en 1935. Como se conoce por documentos del archivo personal del escritor, el manuscrito de la novela estaba listo en 1930. Un volante de ese año anunciaba su “próxima aparición”, aunque no fue posible establecer por qué no se publicó ese año, sino un lustro más tarde (Fondo BN-FJAOL-caja 1-carpeta 1, f. 205). En todo caso, Osorio no desistió de su empeño de ver publicado el libro. Así lo muestra su correspondencia con Eduardo Santos, quien, en ese momento, como funcionario del gobierno de Enrique Olaya Herrera, era director de la delegación colombiana ante la Sociedad de Naciones.

El 16 de septiembre de 1931, Santos le escribe una carta a Osorio desde Ginebra, felicitándolo por su deseo de publicar “un nuevo libro” e informándole que en pocas semanas se encontrará con unos editores en París (Livre Libre) “para hablarles de usted” (f. 6). Casi ocho meses después, en mayo de 1932, el notable político y periodista liberal le dirige una nueva carta a Osorio Lizarazo en la que se excusa por la demora en sus respuestas, confirma haber recibido el manuscrito de *El criminal* a finales del año anterior, así como haberlo entregado de inmediato al gerente de “Libro Libre” [sic], quien, por su parte, había manifestado el deseo de ponerse en contacto con el escritor, aunque no lo había hecho todavía. Eduardo Santos (1932, 3 de mayo) lamenta, pues, lo ocurrido y le dice a Osorio que hará “todos los esfuerzos por obtener algún dato y enviárselo por [este] mismo correo” (f. 7).

El “dato” le llegó a Osorio en una carta fechada pocos días después (aunque la misma carta indica que el escritor podía tener ya noticias al respecto):

López me manifestó –escribe el futuro presidente de Colombia, refiriéndose al editor parisino– que ahora no disponía de capitales ni podía hacer otra cosa que editar el libro que se le pagara, fondos en mano o con garantía de pago en fecha fija que coincidiría con la fecha de la edición, sin hacer nada por cuenta propia. (Santos, 1932, 12 de mayo, f. 9).

La siguiente información disponible sobre la publicación de *El criminal*, después de por lo menos dos intentos frustrados, es de finales de 1934, cuando el subgerente de Camacho Roldán & Cía., importante casa comercial y de negocios de la época, y propietaria de la Librería

Colombiana, le escribe a Osorio Lizarazo una carta en la que establece “las condiciones para ayudar a Ud. a financiar una edición de 1000 ejemplares de su nueva novela” (carta para Osorio Lizarazo desde Bogotá, 1934, 5 de diciembre, f. 150).¹²⁵ El negocio funcionaría más o menos de la siguiente manera: la casa comercial contrataría con una editorial, Renacimiento, la impresión de la obra, cuyo costo total sería de \$190, descontados los gatos de papel y cartulina, que irían por cuenta del autor. La “editorial” (con seguridad algo más parecido a un taller de imprenta) se comprometía a tener el trabajo listo “en un plazo no mayor de 30 días”.

Tan pronto como el trabajo estuviera terminado, Osorio debía hacer entrega a los señores de la casa comercial de los 1000 ejemplares; desde luego, él podría disponer (pagando, se infiere) “de los ejemplares que necesite (...) para propaganda, obsequios, etc.” El libro se vendería a \$1. Por cada ejemplar vendido el autor recibiría \$0,70, y la casa, \$0,30. Pero mientras la librería (como parte de la casa comercial) empezaba a cobrar su porcentaje a partir de la venta del primer ejemplar, Osorio solo lo haría después de cubrir “el anticipo”. Una vez hecho esto, el autor podía decidir si dejaba los libros “en consignación” (en la Colombiana) o los daba a otra librería (carta para Osorio Lizarazo desde Bogotá, 1934, 5 de diciembre, f. 50). Al final de la carta, el remitente escribía: “Esta carta y la respuesta de Ud. nos servirá de contrato”; un indicio más de la informalidad del mundo editorial en Colombia durante aquellos años.

A principios de 1936, un año después de publicado el libro, se habían vendido 371 ejemplares; por estas ventas, Osorio había recibido un saldo a favor de \$57,65, mientras el de la librería ascendía a \$94,10. Como puede verse, aunque la novela había corrido con mejor suerte que las anteriores, no se trataba de un negocio muy atractivo para la casa comercial, ni rentable para el escritor, sobre todo si se tiene en cuenta que Osorio había recibido a la fecha, suponemos que con fines publicitarios, 160 ejemplares, por los cuales debió pagar al menos el precio de costo (BN-FJAOL-caja 7-carpeta 50, ff. 151, 152 y 153).

El mismo año de aparición de *El criminal*, Osorio publicó otra novela, con el título *La cosecha*. Esta vez, la obra se imprimió en Manizales, en la Casa Editorial y Talleres Gráficos Arturo Zapata. De este libro no

125. Una evocación de las librerías de Bogotá, en García (1966). Ver también Cobo (2013).

se conocen los datos precisos sobre sus condiciones de publicación, ni el resultado de sus ventas, aunque se sabe que Arturo Zapata fue un importante editor e impresor de la primera mitad del siglo XX en Colombia y que en su editorial publicaron autores como Fernando González, Bernardo Arias Trujillo, Baldomero Sanín Cano y León de Greiff, quienes habían alcanzado ya cierto renombre.¹²⁶

Osorio, además, planeaba una segunda edición del libro, esta vez con la editorial chilena Ercilla, aunque al final, por “recomendación” de los editores, no se realizó (carta para Osorio Lizarazo desde Santiago de Chile, 1936, 20 de julio, f. 163).¹²⁷

En 1936, como parte de la Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana, financiada por el Ministerio de Educación y preparada por quien fuera en ese entonces el director de la Biblioteca Nacional (Daniel Samper Ortega), se publicó el volumen *Tres cuentistas jóvenes* (número 17 de la Selección, correspondiente a la categoría “cuento y novela”), en el cual se incluyó un relato de Osorio Lizarazo, “Job”, al lado de otros de Manuel García Herreros y Eduardo Arias Suárez. Si bien Osorio debió recibir algún dinero por esta edición, lo mismo que por la segunda, del año 1937, lo más importante debió ser la inclusión de su nombre en lo que se presentaba como “una síntesis del patrimonio cultural de los colombianos” (la Selección Samper Ortega), con un tiraje en cada edición de 1000 ejemplares y amplia distribución (siempre en términos relativos) en el país y en el extranjero.¹²⁸

Del año 1936 es también el libro *Ideas de izquierda. Liberalismo, partido revolucionario*, colección de artículos escritos por Osorio durante su paso por el *Diario Nacional*. El libro, sin pie de imprenta y de “menor factura”, si se compara con los otros que el autor había publicado hasta ese momento, debió ser financiado por el escritor como parte de su labor de “publicista” de la República Liberal, en especial del primer gobierno de Alfonso López Pumarejo (1934-1938).¹²⁹

126. Sobre la actividad de Arturo Zapata como editor e impresor, ver Marín (2017a).

127. Sobre Ercilla, ver Cobo (2000, pp. 193-195).

128. Sobre la Selección, ver Silva (2009).

129. La fecha de publicación del libro la he atribuido según carta del 31-XII-1936 de Luis Alberto Sánchez para Osorio Lizarazo desde Santiago de Chile (f. 164). Por la manera como Osorio presenta el libro, puede suponerse que la edición corrió por

De *Hombres sin presente* (1938), su siguiente obra –la “novela de empleados públicos”–, un comentarista de la época afirmó que había tenido “buen éxito de librería” y que los periódicos la habían comentado “con agrado”, aunque, según él, “cuando los empleados la leyeron se indignaron contra Osorio Lizarazo (...) y salieron furiosos a combatirla en los cafés al calor de unas cervezas baratas” (Mutis, 1978, p. XXIX). Asimismo, se sabe que la novela se vendía con “buen éxito” en la Librería Albela de La Habana (González y Contreras, 1939, f. 58).

Garabato, la siguiente novela, fue publicada por la editorial chilena Ercilla en 1939. El tiraje fue de 1000 ejemplares, y cada libro salió a la venta por \$15 chilenos. Según el contrato de edición, Osorio recibiría cada tres meses “una suma igual al diez por ciento (10%) del precio impreso en cada libro, por cada ejemplar vendido”. Aunque el contrato indica condiciones de edición más favorables para Osorio si se le compara con arreglos anteriores (aquí no aparece la figura del “anticipo” ni de los libros “en consignación”),¹³⁰ el escritor afirmaba en una entrevista de 1943 no haber recibido “ni un centavo” (Osorio, 1978, p. 688) por concepto de derechos de autor.

En 1940, con motivo del centenario de la muerte del general Santander, Osorio publicó el ensayo biográfico *El fundador civil de la República*. Si hemos de creer al autor –y, en principio, no habría razones para desconfiar en este punto de quien tantas veces se quejó de su mala suerte–, el libro le produjo \$3000 de ganancias. Al respecto, Osorio declaraba:

Con esos centavos compré una fanegada de tierra al norte de Bogotá, construí yo mismo una casita a mi gusto, trabajando a ratos como albañil; sembré alrededor de dos mil rosales... Para allá me voy a caballo todas las tardes... Es lo único que me ha dado el trabajo intelectual... cuando menos trabajo desarrollé. (Osorio, L., 1978, p. 688).

Según Osorio, al acercarse el centenario de la muerte de Santander, él había escrito

su cuenta. Ver Osorio (s. f., pp. 20-21).

130. El contrato y la correspondencia entre Osorio Lizarazo y la Editorial Ercilla, en BN-FJAOL-caja 7-carpeta 50, ff. 165-167.

a toda prisa una síntesis de su vida... Lo hice sin el esfuerzo, sin la consagración que he puesto en mis novelas, la edité por mi cuenta y la puse en las librerías a cincuenta centavos. Como nadie conocía a Santander, ni quería estudiarlo en libros extensos [el de Osorio tiene 96 páginas y la edición es más bien “pobre”, si se compara con sus libros anteriores], el éxito fue enorme. Vendí diez mil ejemplares en dos meses. (Osorio, L., 1978, p. 688).¹³¹

Es cierto que el libro se ofreció a la venta por \$0,50, aunque no fue posible corroborar el número de ejemplares vendidos. Suponiendo que la cifra de 10 000 ejemplares publicados fuera cierta, y admitiendo las ganancias declaradas por el escritor, resultaría que el costo de la edición habría estado entre \$1000 y \$500, según los libreros hubieran ganado 20 o 30% por cada ejemplar vendido. Todo indica que la Editorial del Comercio, en la que apareció el libro, era en realidad una pequeña tipografía y, con seguridad, no se habría arriesgado a anticipar ninguna de esas sumas por un libro de venta incierta (aun en el contexto del centenario). ¿De dónde obtuvo Osorio, entonces, el dinero para la edición? Aunque no es posible saberlo con certeza, un comentarista de la época se refiere al libro como “libro de texto”, un hecho que se confirmaría por la inscripción que lleva en la contraportada: “Ministerio de Educación Nacional. República de Colombia. Obsequio a las escuelas primarias oficiales con oportunidad del Centenario del General Francisco de Paula Santander”. Es muy probable, entonces, que lo que Osorio presenta como una aventura arriesgada, de inesperado éxito, fuera en realidad un negocio seguro.

En 1944, el Ministerio de Educación Nacional, en su colección Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, publicó la novela *El hombre bajo la tierra*, que encontraría una nueva edición seis años después en la colección Austral de la Editorial Espasa-Calpe (Argentina).¹³² Según un

131. La lectura de la obra parece confirmar que fue hecha “a toda prisa”, pues, además de estar llena de lugares comunes sobre la Independencia, no contiene ni una sola referencia bibliográfica, excepto dos o tres que se hacen de manera imprecisa en el texto.

132. Al igual que la Selección Samper Ortega, la Biblioteca Popular (1942-1952) fue una iniciativa oficial para difundir la literatura y el pensamiento colombianos.

conocido columnista de la época, por los derechos de publicación de la novela Osorio habría recibido \$200. Al respecto, el columnista escribe:

Comentando con un editor y librero amigo mío el problema de los escritores colombianos que en la mayoría de los casos tienen que almacenar sus obras en un cajón del escritorio, porque no encuentran manera de editarlas, me decía que el ministerio de educación nacional está haciendo un flaco servicio a los editores y a los escritores nacionales. Me decía que, como en la mayoría de los casos, el ministerio no paga sino una exigua suma por derechos de autor, como además puede hacer grandes ediciones en imprentas oficiales y con un costo mucho menor del que consiguen los editores privados, resulta que puede dar las obras a la venta por un peso, cuando en caso igual un particular no podría venderlas sino a dos cincuenta. (Swann, 1944, p. 3).

Y continúa el columnista, refiriendo aún las observaciones de su amigo:

Un editor particular le hubiera pagado [a Osorio] por lo menos quinientos [pesos] por una edición de mil ejemplares que aquí es la usual, y hay que tener en cuenta que las del ministerio son de dos a tres mil. ¿Entonces qué le sucede a Osorio Lizarazo con su libro? Que corta de hecho la posibilidad de haber hecho una segunda edición, en mejores condiciones, porque el ministerio se encargó de copar el mercado y de hacer imposible la reedición, por dos pesos, de una obra que está vendiendo a la mitad de ese precio.

En cualquier caso, Osorio decidió entregar su obra a las prensas oficiales; además, su experiencia anterior permite suponer que el escritor considerara como improbable la “jugosa” oferta de un editor particular.

De los libros de Osorio Lizarazo aparecidos en 1945, *Biografía del café* y *Fuera de la ley* (*historias de bandidos*) –el primero, un ensayo histórico sobre el café en Colombia; el segundo, un escrito biográfico sobre dos bandidos santandereanos de principios de siglo– es muy escasa la información disponible. Se sabe que los dos fueron publicados por los Talleres Gráficos Mundo al Día, que, al menos desde 1930, editaba obras de diferentes temas (economía, ciencias, leyes, etc.) sin un orden aparente y con poco lugar para la literatura. En el caso del primer libro, se conoce también una carta elogiosa que Arcesio Londoño

Palacio (1945, ff. 35-36), por aquel entonces presidente de la Asociación Nacional de Exportadores de Café, le dirige al escritor con motivo de su publicación.

Si, además, se consultan los numerosos recortes de prensa que Osorio Lizarazo guardó con cuidado, *Biografía del café* y *Fuera de la ley* parecen haber recibido, en comparación con sus demás obras, poca atención por parte de los comentaristas de la época.

Con la información presentada hasta aquí, y según los objetivos de mi trabajo, es posible presentar algunas conclusiones sobre la relación entre Osorio y el mundo editorial de su tiempo; esta misma información permite, igualmente, proponer algunas hipótesis sobre las condiciones en las que se ejerció el oficio de escritor en Colombia durante la República Liberal.¹³³

Un primer aspecto que vale la pena destacar es el hecho de que Osorio, pese a ser un escritor prolífico, nunca pudo derivar su sustento de la publicación de sus libros (menos aún de sus libros de ficción); la información presentada indica que, con una única excepción –el libro sobre Santander–, los recursos que Osorio recibió por la publicación de sus libros fueron en realidad escasos. De ahí que, para subsistir, tuviera que emplearse como periodista y funcionario. Al ser un escritor no solo prolífico, sino también –como se mostrará enseguida– “consagrado”, Osorio tenía razones para quejarse del exiguo beneficio económico que le reportaba su labor intelectual.

Aunque el estímulo económico no fuera un motivo de peso para embarcarse en la publicación de un libro, Osorio, entre 1926 y 1946, publicó más de una docena, lo que indica –esto se comprueba al revisar el costo total de algunas ediciones– que, incluso para un escritor sin rentas propias y de origen humilde, publicar era una aspiración razonable, aun cuando se hiciera por “cuenta propia”. Si bien parecía muy difícil, para

133. Esta “historia editorial” de los libros de Osorio Lizarazo publicados entre 1926 y 1946 debería cerrarse, de hecho, con *La isla iluminada* (1946, México: Editorial del Caribe), el primero de una serie de libros que el autor dedicaría a elogiar la dictadura de Trujillo en República Dominicana. Por este libro, Osorio habría recibido del Gobierno dominicano una considerable suma de dinero. Al respecto, ver Calvo (2005). Confirmé esta información en una entrevista con Ery Ortiz de Osorio, viuda del escritor, la cual tuvo lugar en Bogotá en abril de 2010.

un autor, ganar dinero por la venta de sus libros, no lo parecía tanto que estos salieran a la luz.

Asimismo, la información revisada sugiere que la actividad literaria de Osorio no careció de “estímulo oficial”. Al menos en tres ocasiones Osorio se benefició de él: cuando la publicación de su cuento “Job” en la Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana; cuando la de su libro sobre Santander, donado por el Ministerio de Educación a las escuelas primarias oficiales, y cuando la de *El hombre bajo la tierra*, publicado en la Biblioteca Popular. Si en el primer y en el último caso el beneficio económico no fue mayor, no se puede decir lo mismo del reconocimiento derivado de la inclusión de su nombre en estas colecciones, que se presentaban como la síntesis de lo mejor del pensamiento y del “espíritu” colombianos. Hacer parte de estas colecciones debió asegurar a sus obras, así como a las de otros escritores, una distribución en el país y en el extranjero que de otra manera no habrían alcanzado.

Sería pertinente preguntarse si las circunstancias en las que Osorio Lizarazo ejerció su oficio de escritor fueron también las de sus contemporáneos. Aunque para examinar en detalle este punto deberían multiplicarse los ejemplos y las comparaciones –tarea que, por ahora, deberá ser el resultado de nuevos trabajos–, hay indicios suficientes para afirmar que la situación de Osorio Lizarazo no fue excepcional. Como he mostrado a lo largo de este libro, otros escritores encontraron también en el empleo público y el periodismo sus medios principales de subsistencia (cuando no en otras ocupaciones), mientras que obtuvieron escasos o nulos beneficios económicos por la publicación de sus libros. El mundo editorial que unos y otros conocieron debió, pues, ser similar.¹³⁴

Si los beneficios económicos que ofrecía el mercado editorial no eran un estímulo para la creación literaria, ¿cuáles eran entonces? ¿En dónde estaban, más allá de las declaraciones sobre el “apostolado” y el “heroísmo”

134. Tal es el caso, por ejemplo, de dos escritores tan disímiles como Germán Arciniegas (1900-1999) y Arturo Suárez Dennis (1887-1956), quienes, a pesar de sus éxitos editoriales –el primero, como autor de ensayos históricos de gran difusión; el segundo, como escritor de novelas sentimentales de mucho éxito–, no basaron su sustento en la publicación de sus libros. Sobre Arturo Suárez, ver Marín (2016b; 2018); el caso de Arciniegas se trata ampliamente en el próximo capítulo.

del escritor, esos beneficios? Esta es una pregunta fundamental, aún más si se tiene en cuenta que, como muchas cosas indican, Osorio Lizarazo conoció muy pronto la “consagración” como escritor.

Osorio Lizarazo y su consagración

Entre los papeles de su archivo, Osorio Lizarazo guardó con cuidado las notas, comentarios y artículos de prensa que aparecieron con ocasión de cada uno de sus libros. En la mayoría de los casos, estos recortes aparecen sin referencia a las revistas o periódicos de origen. También, en casi todos los casos, contienen comentarios elogiosos. Es posible, desde luego, que él sólo conservara los comentarios favorables (sorprende, en realidad, la ausencia casi total de una opinión o un juicio negativos); sin embargo, la consulta de otras fuentes, entre estas su correspondencia, confirma que Osorio fue un escritor “consagrado”, al que muchos elogiaron por sus libros y reconocieron por su valioso aporte a la “cultura nacional”.

Estos elogios y este reconocimiento, además, provinieron de quienes, en aquellos años (30 y 40), fueron los más prestigiosos hombres públicos, escritores e intelectuales (¿hace falta decir que, en los casos más conspicuos, estas “figuras” se reunían en una misma persona?). En un medio en el que era improbable que un “éxito de ventas” o la aclamación del “público” tuvieran un papel destacado en la consagración de un escritor, contar con el elogio de los que leían, y, entre estos, de los más autorizados, debió ser muy importante.

Desde la publicación de su primer libro, *La cara de la miseria*, cuando se le conocía sobre todo como joven periodista, Osorio comenzó a recibir comentarios favorables de personajes importantes de la época. El periodista Carlos Puyo Delgado, por ejemplo, afirmaba que el escritor debía “sentir la satisfacción del que cumplió con un deber”: sus crónicas contribuían a visibilizar “graves problemas sociales” y, así, aportaban a su solución (BN-FJAOL-caja 1-carpeta 1, f. 205).¹³⁵ José Eustasio Rivera, el ya célebre autor de *La Vorágine* (1924), decía por su parte: “Creo sinceramente que es uno de los más valiosos y útiles aportes a la literatura nacional de los últimos años”,

135. Folleto que reúne diversas opiniones sobre *La cara de la miseria*. Ver también carta de Carlos Puyo Delgado para Osorio Lizarazo (ff. 37-38).

mientras que Luis Eduardo Nieto Caballero, importante político, periodista e intelectual de la época, declaraba: “Osorio Lizarazo es sobrio. Es menos lo que dice que lo que sugiere, menos lo que filosofa que lo que obliga a pensar. Y este solo aspecto bastaría para hacer de su libro un valioso libro” (BN-FJAOL-caja 1-carpeta 1, f. 205).¹³⁶

No es necesario referir uno a uno los comentarios que mereció cada libro de Osorio Lizarazo. Pero sin duda algunos ejemplos más serán útiles para mi argumento. Cuando Osorio intentaba publicar *El criminal* con la ayuda del influyente Eduardo Santos, este le dice en una carta:

Me encanta que publique usted un nuevo libro. Su casa de vecindad la leí con un interés intenso, y haciendo abstracción de mi afecto por el autor, me dejó [sic] una honda impresión. Veo en usted al novelista de Colombia, que tan poco ha producido en ese sentido, y nadie seguirá con más interés que yo su carrera en ese camino. (Santos, 1931, 16 de septiembre, f. 6).

No se trataba de la aprobación de un distinguido crítico literario, sino del dueño del periódico liberal más importante del país, dirigente destacado del mismo partido y futuro presidente de la República; aprobación que, en esa época, debió ser de mucho valor para Osorio y despertar en él diversas esperanzas sobre su porvenir (Santos, 1932, 3 de mayo, ff. 7-8).¹³⁷

En 1936, cuando Osorio era ya reconocido ampliamente como novelista (un año antes habían aparecido *La cosecha* y *El criminal*), Daniel Samper Ortega, el entusiasta promotor de los programas de difusión cultural de los liberales, presentaba así al escritor bogotano:

136. Entre los escritores extranjeros que elogian el libro están José Vasconcelos, Gabriela Mistral y Enrique Gómez Carrillo.

137. En esta carta el remitente escribe, refiriéndose a la lectura del manuscrito de *El criminal*: “Lo leí inmediatamente con el interés que me inspiran todas sus cosas, y una vez más encontré en [la novela] las grandes cualidades que hacen de usted, sin disputa, una de las más grandes esperanzas de la novela en Colombia. Tiene usted un sentido de nuestra vida colombiana, un don de observación, una capacidad para infundir vida fuerte y auténtica a sus personajes, y una prosa elegante y penetrante que bastan para llevarlo al logro de sus mayores aspiraciones”.

El dolor de los humildes no ha tenido en Colombia ecos tan amargos como los que alcanza en los libros de Osorio Lizarazo (...). Osorio penetra en el alma de los tristes, y la pone de presente al lector por medio de fútiles detalles, tontos en apariencia, pero que solo un gran novelista sabe desentrañar. Osorio merece mayor popularidad que la que tiene en este campo, y si no la ha alcanzado es porque se trata de un muchacho modesto, que no busca la propaganda, antes rehúye sistemáticamente todo ruido en torno de su persona. Para nosotros resulta singularmente grato hablar ahora de este inusitado tipo de hombre de letras, trabajador, sencillo, callado; ni envidioso ni vano, y de tan múltiples facetas, pues Osorio ha recorrido en la novela los más variados campos (Samper, 1937a, XII-XIII).¹³⁸

La nota continúa elogiando al escritor: sus “conocimientos nada comunes”, su “ecuanimidad y su optimismo”, aun en un medio que, como el de las “redacciones” (léase el periodismo), “mata toda ilusión” y “relaja la moral”. Y añade:

Osorio conoce y ha vivido ese ambiente hipocondríaco; pero ha logrado atravesarlo sin embarrarse el alma. En Bogotá y en Barranquilla, en diarios y semanarios, ha vendido cerebro, fatiga, resignación, desde 1920. Hoy está ya en la posición directiva que merece por su talento y su caballerosidad [suponemos que Samper Ortega se refería al cargo como director del *Diario Nacional*, un periódico de escasa circulación]; pero, con todo, no es ese el campo en donde él quisiera trabajar: ¡quién pudiera asegurarle una vida menos inquieta, para que se entregase de lleno a la novela! Si en ella ha podido cosechar tantos lauros, cultivándola como a hurtadillas entre un día de trajín y una noche en vela, ¿a dónde llegará cuándo pueda cultivarla con sosiego? (Samper, 1937a, XIII-XV).

Varias cosas merecen comentarse a propósito de esta nota de presentación. En primer lugar, todo indica que Osorio fue un “buen administrador” de su imagen: el novelista debía de sentir que de algún modo se le hacía justicia cuando se le presentaba como un

138. Los prólogos sin firmar de la Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana fueron escritos por Samper Ortega (1937b, pp. 18-19).

“muchacho modesto”, ajeno a la envidia, sin afanes de propaganda; un “muchacho”, en resumidas cuentas, que merecía “mayor popularidad”, pero que, si no la había alcanzado, era porque no cedía a las intrigas y a la presunción de los literatos. Su “impopularidad” era, pues, llevada a la categoría de virtud moral.

En segundo lugar, la nota de Samper Ortega parece deslizar un sentido especial en la palabra *popularidad*. Si Osorio no había encontrado la que merecía, no lo era tanto por no haber “cosechado lauros”, sino al parecer por falta de reconocimiento a “su talento y su caballerosidad”. Aunque el escritor tenía entonces la “posición directiva” que merecía –nótese el vínculo entre “reconocimiento del talento” y “posición directiva”, o, en otras palabras, entre reconocimiento (literario) y prestigio asociado al cargo–, no era ese el campo en el que él quería trabajar. “¿Quién pudiera asegurarle una vida menos inquieta, para que se entregase de lleno a la novela?” Samper Ortega no apelaba seguramente al mercado editorial.

Leer las palabras de Samper Ortega es como leer las quejas de Osorio sobre el lugar menor al que se le había relegado, mientras que otros, con menos talento –pero sin duda hábiles e intrigantes– ocupaban posiciones de mayor prestigio y beneficio económico.

En 1941 y 1942, Osorio ganó dos concursos nacionales de novela que lo autorizaban a representar al país en certámenes internacionales. En los años 40 se hizo colaborador de la *Revista de las Indias*, y la publicación de sus libros fue ocasión para que distinguidos intelectuales, críticos y políticos le manifestaran su aprecio. No era, por lo tanto, “consagración literaria” lo que se le negaba al escritor bogotano.¹³⁹ Era, como he tratado de sugerir, algo diferente: algo que tenía que ver con la posición a la que podía aspirar un escritor de la época; sobre todo, uno que se sentía por pleno derecho parte de los jóvenes intelectuales liberales que, a partir de 1930, se incorporaron a la dirección del Estado, fueron ministros, diplomáticos, congresistas, presidentes y directores de importantes medios; ejercieron las tareas más nobles y prestigiosas de la política; disfrutaron, en pocas palabras, del brillo que, en la aún presumida Atenas Suramericana, merecía la síntesis del político y del literato, del hombre de letras y del hombre público, guía de los espíritus, conductor de la Nación.

139. Para ampliar los ejemplos que apoyan mi hipótesis, ver Mutis (1978, pp. XXI-XLIX).

Capítulo 6

Cómo abrirse paso en la República de las Letras

Este capítulo se ocupa de la manera como los escritores colombianos de las décadas de 1930 y 1940 trataron de “abrirse paso” en la República de las Letras, es decir, de promover sus carreras literarias. Según mi hipótesis, ante la debilidad del mercado literario (editores, librerías, distribuidores, bibliotecas) y la ausencia de un público anónimo de lectores, el *favor* (pedir y hacer favores) llegó a ser un principio básico de la vida intelectual del periodo. En efecto, fueron los intelectuales públicos más exitosos (como Germán Arciniegas) quienes mejor ejercieron las funciones de promoción: contactos con editoriales, recomendaciones, publicidad o empleo.

Al averiguar cómo intentaban abrirse paso en la República de las Letras los escritores colombianos de los años 30 y 40, aludo a cómo intentaban obtener un cargo, una recomendación, un comentario elogioso para su obra, o bien el contacto con un editor, la publicación de un libro, un cheque atrasado o una invitación ceremoniosa.

Este capítulo no pretende ser representativo de todas las formas seguidas por los escritores para abrirse paso en la República de las Letras. Si acaso fuera “representativo” de algo, este capítulo lo es, según creo, de una de las principales formas de hacer y seguir una “carrera literaria” en el mundo de la época, e ilustra un elemento clave de la organización de la vida literaria e intelectual de ese momento: la participación de los escritores en una red de vínculos que los unían a los notables de la

política y la cultura nacionales; vínculos que estaban en el origen de numerosas tensiones y conflictos, esperanzas y desilusiones, logros y fracasos. Con los casos y ejemplos mencionados en este capítulo, pretendo mostrar no el único camino, pero sí el camino más expedito con el que contaban los escritores para promover su oficio.

Arciniegas, promotor

Uno de los caminos más seguros para alcanzar una posición de prestigio en el mundo intelectual colombiano de los años 30 y 40 era el empleo público. Obtener un cargo de importancia en la dirección del Estado y sus dependencias culturales, en la diplomacia o en los cuerpos legislativos era uno de los medios más expeditos, para los escritores, de acrecentar su valor. Por supuesto, ocupar un cargo público no convertía a nadie automáticamente en un intelectual. Pero si se había ganado ya un cierto renombre en la República de las Letras, el cargo podía refrendar la consagración y ser una promesa de nuevos honores.

Para cumplir con su objetivo, este capítulo acude, como fuente principal, a la correspondencia del Fondo Germán y Gabriela Arciniegas (FGGA), donado por la familia Arciniegas a la Biblioteca Nacional de Colombia en 1975. El FGGA contiene correspondencia despachada y recibida por Germán Arciniegas a lo largo de su vida pública, escritos inéditos del autor, escritos de otros autores, fotografías, documentos personales y dibujos. En el caso de la correspondencia despachada, se trata ante todo de correspondencia oficial, es decir, correspondencia que Arciniegas envió en calidad de funcionario; sin embargo, como podrá comprobarse, los temas tratados en ella no fueron siempre “oficiales”, y el rol de funcionario de Arciniegas se mezclaba en varias ocasiones con el de benefactor, conocido o amigo.

El FGGA ha sido hasta ahora poco estudiado, incluso por los biógrafos de Arciniegas. En este hay correspondencia del escritor con alrededor de 500 personas, entre las que se cuentan numerosos escritores colombianos de los años 30 y 40. Las cartas son una valiosa fuente para estudiar el papel de “promotor” que Arciniegas desempeñó para varios de ellos.¹⁴⁰

140. Sobre Arciniegas existe una amplia bibliografía. Ver, como ejemplos, Cagua (1990; 1999), Cobo (1990), Granados (2014), Rivas (2001) y Sáenz (2001).

Desde luego, Arciniegas no fue el único funcionario al que acudieron los hombres de letras en busca de ayuda y favores; sin embargo, por su posición y prestigio, fue sin duda uno de los mejor situados para hacerlos. Por medio de su correspondencia, es posible estudiar el funcionamiento de esa red de vínculos, hasta ahora poco conocidos, que unían el mundo de los escritores y el de la política durante la República Liberal.

La correspondencia recibida

El contenido de la correspondencia recibida por Arciniegas tiene que ver ante todo con las actividades culturales e intelectuales que desempeñó a lo largo de su vida. Es común encontrar, por ejemplo, correspondencia de escritores colombianos y extranjeros que enviaban sus artículos a la *Revista de las Indias* o a la *Revista de América*; preguntaban por el pago atrasado de alguna colaboración; elogiaban los libros publicados por el destinatario o comentaban los propios; felicitaban a Arciniegas por un nuevo nombramiento, etc. Hay también numerosa correspondencia con editoriales latinoamericanas y universidades del extranjero: son cartas que informan sobre el destino editorial de los libros de Arciniegas en otros países del continente, sobre su actividad como director de la *Revista de las Indias*, o sobre invitaciones recibidas para dictar cursos y conferencias en distintas universidades del mundo.

También hay en las cartas comentarios sobre la política nacional o la política cultural de los gobiernos liberales y, entre línea y línea, valiosa información sobre cómo se relacionaban los hombres en la República de las Letras, cuáles eran sus anhelos y peticiones, las formas de expresar admiración y deferencia, así como rechazo y antipatía; en fin, una valiosa información sobre cómo escritores menos consagrados que Arciniegas trataban de abrirse paso y labrarse una posición en el mundo literario e intelectual de su época.

Para realizar la descripción y el análisis de la correspondencia, he optado por seguir un orden cronológico: así será posible apreciar mejor la trayectoria socioprofesional de Arciniegas, lo mismo que la evolución de su correspondencia con determinados personajes.

La correspondencia contenida en el FGGA abarca un periodo que va de 1922 a 1974. Por obvias razones, aquí se hará énfasis en la de las décadas de 1930 y 1940.¹⁴¹

El favor y el mundo intelectual colombiano

Los motivos de la correspondencia de Arciniegas con escritores, intelectuales y otros personajes (secretarías, reporteros o administradores culturales) son diversos, en particular los relacionados con ese mecanismo central del mundo intelectual de la época: *el favor*.¹⁴² Una buena parte de la correspondencia que los escritores dirigían a Arciniegas apelaba, pues, a sus “influencias”.

Sobre todas estas cuestiones la correspondencia ofrece numerosos ejemplos, como el del historiador y abogado Luis Eduardo Nieto Arteta, quien, hacia 1940 (de 27 años), era ya un destacado miembro del Partido Liberal, funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores y colaborador de Arciniegas en una frustrada exposición del libro colombiano en Buenos Aires. En la correspondencia que dirige a Arciniegas hacia finales de 1940 Nieto Arteta le agradece haber hecho posible la publicación de uno de sus artículos en la revista *Nosotros*, de Buenos Aires, y le solicita un prólogo para su libro *Economía y cultura en la historia de Colombia*, que alistaba en ese momento para su publicación; dos mecanismos corrientes, pero no insignificantes, de la búsqueda de consagración intelectual: la publicación en una revista extranjera y la solicitud de un prólogo a un autor autorizado.¹⁴³

141. Los materiales del FGGA fueron catalogados en 1981. Después de este año no se han publicado nuevos catálogos. Ver Loaiza y Angarita (1981).

142. Sobre el favor como principio de la vida social, ver Ledeneva (1998); una perspectiva diferente, en Humphrey (2012). Aquí se asume que un favor es una relación de intercambio, aunque la retribución no siempre consiste en el retorno de otro favor, sino de lealtad, estima o adhesión.

143. Ver, entre otras, cartas del 24-VIII-1940 y del 22-XII-1940 para Germán Arciniegas desde Bogotá, BN-FGGA-caja 23-carpeta 8 (1) y (1) (La correspondencia del FGGA no está foliada. Entre paréntesis anoto la página de la carta de donde he tomado la información o las citas). Además de escribir historia, Nieto Arteta (1913-1956) escribió literatura y mostró interés por la filosofía. Los materiales que luego conformarían su libro *Economía y cultura en la historia de Colombia* (1941) fueron publicados ori-

Otro de los corresponsales que acudió a Arciniegas en busca de un prólogo para su primer libro (“primer volumen”, dice él) es José Joaquín Jiménez, más conocido en el mundo periodístico como Ximénez (1915-1946), cronista muy popular de las páginas judiciales de *El Tiempo* y considerado hoy precursor de la crónica roja en Colombia.¹⁴⁴ Ximénez, hijo de una familia de antepasados ilustres venida a menos, desempeñó varios oficios antes de convertirse en periodista empírico (fue, por ejemplo, quitapliegos en la Imprenta Nacional, ayudante de carpintería, secretario de un congresista y secretario de la intendencia de San Andrés y Providencia) (Hoyos, J., 2009, p. 631).

Gracias a su ingreso, a principios de los años 30, al periódico *El Tiempo* –en donde conoció a destacados políticos y funcionarios de la época–, Ximénez pudo alternar su trabajo de cronista y columnista con el de empleado público. A partir de 1938, sin embargo, se dedicó exclusivamente al periodismo. El prólogo solicitado a Arciniegas, quien había sido su jefe en *El Tiempo* y a quien Ximénez escribía con tono personal y muy descuidado –sus cartas están llenas de errores ortográficos y tipográficos–, debía de ser para un frustrado libro de crónicas sobre la vida en la redacción de los periódicos. En una de sus cartas a Arciniegas, cuando al parecer la publicación del libro ya se había frustrado, Ximénez escribe:¹⁴⁵

En cuanto a mi libro, parece que no sera. Le envíe los originales, en un gesto mentecato de pura cortesía, a Santos, hace dos meses. Y allí los tiene. Ni los suelta ni dice nada. Manrique, quien estaba dispuesto a editarse, parece correrse. Pero no importa. a otro día sera. El libro esta escrito y Caliban y don Fabio me dicen que, si Santos accede, me lo compran aquí, para publicarlo como folleton o cronicas. Esto sera mas provechoso para mi, desde luego que me daría una entrada de cerca de tres cientos pesos. (Ximénez, 1941, 25 de marzo, [2]).

ginalmente en el diario *El Tiempo* y otros medios impresos a partir de 1938. Nieto Arteta estudió derecho en la Universidad Nacional. En 1936, por nombramiento del presidente Alfonso López Pumarejo, ejerció como agregado cultural de la embajada de Colombia en España. Fue colaborador de los principales medios escritos del país.

144. Ospina (2013) escribió una novela sobre Ximénez. Una compilación de sus crónicas y un estudio acerca de su labor como cronista, en Vergara (1996; 2014).

145. Se ha conservado, sin corregir ningún error, la redacción original de las cartas.

El fragmento es interesante por varias razones: un popular periodista, pero en ningún caso miembro de las élites políticas o económicas, le envía al presidente de la República y propietario del periódico en el que trabaja, los originales de un libro para su publicación.¹⁴⁶ Manrique, un editor particular, parece rehuir la publicación, a lo que Ximénez no le da mucha importancia. Calibán y don Fabio, es decir, un influyente columnista del diario y hermano del presidente, y el administrador del periódico, parecen darle alguna esperanza: si Santos accede, *El Tiempo* le comprará el libro y lo publicará por entregas, lo cual, dice Ximénez, sería más provechoso para él que publicarlo con un editor privado y esperar el pago de sus derechos de autor. Al final, cuenta Ximénez en otra carta, la publicación del libro había sido rechazada por Santos, porque al parecer contenía muchas intimidaciones sobre el funcionamiento del periódico; sin embargo, en un tono burlón que caracteriza su correspondencia, Ximénez dirá:

[del asunto del libro] saque algún provecho, ya que, como lo leyó el doctor Santos, se entero de que yo no soy tan bestia como el se lo estaba creyendo. Resultado? Me ire a pasear por todo el pais, haciendo reportajes, cronicas, notas e informaciones. En precarias condiciones, pero el todo esta en hacer algo y no sucumbir en esta redaccion, entre una caterva de manzanillos (porque el pasquín se ha vuelto un camarín politiquero), haciendo comentarios idiotas. (Ximénez, 1941, 12 de agosto, [1]).¹⁴⁷

Y, unas líneas más adelante, agrega: “Te escribire sobre mis andanzas, de las distintas ciudades. Apenas me pagan los transportes y los hoteles; pero si no me emborracho, hare gran labor y lograre, por fin, imponerme, a pesar de que no haga politica”. (Ximénez, 1941, 12 de agosto, [2]).¹⁴⁸

En 1938, un escritor ya consagrado, a quien comúnmente sus colegas se dirigían con el apelativo de “maestro”, y a quien sin duda Arciniegas tenía en alta consideración (esto se revela, por ejemplo, en el tono deferente y cordial de la correspondencia que mantenían), dirige desde

146. Eduardo Santos fue el tercer presidente (1938-1942) de la República Liberal.

147. *Manzanillo* se usa en Colombia para referirse a un político intrigante y deshonesto, dispuesto siempre a las componendas. Sinónimo de politiquero.

148. Cursivas añadidas.

Popayán una carta a Germán Arciniegas, en la que agradece la difusión que se le ha dado en *El Tiempo* a una iniciativa editorial de un escritor cubano (quien, aparentemente, pretendía publicar un libro en homenaje al remitente), y casi al terminar aprovecha la ocasión para “hacer una recomendación”. Escribe el autor de la carta que esa recomendación “proviene de insinuaciones recibidas de Medellín”, y agrega:

Desearían allí algunos amigos, liberales todos y muy bien encaminados, que “El Tiempo” nombrara allí su corresponsal a Libardo Ospina, jefe de redacción de “El Diario” y caracterizado buen liberal. Creo que Uribe Escobar habló ya de esto con usted o con Enrique o Eduardo. (Sanín, 1938, 19 de abril, [2-3]).¹⁴⁹

Otro ejemplo sobre cómo se mezclaban las relaciones personales y amistosas con la solicitud de favores, para lo cual Arciniegas parecía estar bien dispuesto, se encuentra en una carta que el poeta Aurelio Arturo, entonces de 33 años, dirige en junio de 1939 a Arciniegas, quien por aquella época se encontraba en los Estados Unidos. Aurelio Arturo, que trabajaba en el periódico *El Tiempo*, saluda a Arciniegas con tono familiar y escribe:

Como tú no ignoras que los amigos son para abusar de ellos y yo te considero uno de mis amigos, si no el mejor, te ruego te dirijas al Señor Presidente Santos, pidiéndole me nombre Abogado de Parcelaciones del Banco Agrícola. Yo acabo de hablar con su Excelencia y me prometió la cosa, pero quiero que tú me ayudes para que la promesa no se quede en el aire. Espero pues tu intervención que será decisiva. (Arturo, 1939, [1]).¹⁵⁰

Puede mencionarse también el ejemplo del olvidado historiador, escritor y dramaturgo Víctor Sánchez Montenegro, esposo de la también olvidada poeta Blanca Sánchez de Montenegro. A partir de enero de 1942, Sánchez Montenegro escribe una serie de cartas a Arciniegas sobre su situación laboral.

149. “Eduardo” era Eduardo Santos, propietario del periódico, y “Enrique” uno de sus hermanos y columnista del diario.

150. La carta lleva una nota manuscrita en el margen donde un personaje desconocido dice apoyar la solicitud del poeta.

En una de ellas le informa a Arciniegas, a la fecha ministro de educación, que tiene adelantado un “enorme trabajo” sobre folclor regional, el cual está dispuesto a entregar al ministerio a cambio de “un estímulo del gobierno”. Y añade: “Anhelo que tú me hagas la atención y el favor de proporcionarme ese trabajo remunerado, por lo cual te quedará profundamente agradecido” (Sánchez, 1942, 2 de enero, [1-2]). Al parecer, la situación laboral de Sánchez no había mejorado, pues a finales de 1945 y principios de 1946 envía nuevas cartas a Arciniegas solicitando su ayuda para conseguir trabajo (Sánchez, 1945, 20 de octubre; 1946, 17 de marzo).

Otro hombre de letras (abogado, escritor, poeta) que se dirige a Arciniegas en busca de una aparente ayuda laboral es Carlos H. Pareja, también conocido en el mundo intelectual como Simón Latino, antiguo propietario de la librería y editorial La Gran Colombia, con sede en Bogotá. En septiembre de 1945, desde México, Pareja escribe una carta a Arciniegas en la que se refiere de manera elogiosa a la campaña de “desanalfabetización” –como entonces se decía– que se realizaba en aquel país con auspicio oficial. En algún lugar de la carta, Pareja comenta acerca de los “recursos escasos” de los que dispone en México y poco después exhorta a Arciniegas, ministro de educación, a que siga en Colombia el ejemplo de la campaña de desanalfabetización, para añadir enseguida:

La ejecución de la campaña es enormemente complicada. Yo creo que si tú quieres interesarte en esto, podrías enviar un funcionario especializado de allí a empaparse de lo que aquí se ha hecho, para que te ayuden allá, pues de otro modo creo que cometerían muchos errores que aquí han cometido al principio, y cuestan. Por mi parte te digo que estoy deseoso de ayudarte como amigo –es decir, sin nombramiento ni sueldo alguno– en esta u otras labores. (Pareja, 1945, [1]).

Entre 1940 y 1942, José Lloreda Camacho ocupó el puesto de subdirector de la *Revista de las Indias*. Lloreda Camacho era un joven de “buena familia”, altivo, un rasgo que se revela en su correspondencia, en la que, si bien mantiene un tono respetuoso hacia Arciniegas, es al mismo tiempo de mucha confianza en sí mismo, como quien no le debe nada a su corresponsal, ni teme mayormente por su futuro laboral; ese tono altivo se revela también en la manera despectiva que utiliza para referirse a otros integrantes de la revista.

Al parecer, la arrogancia de Lloreda había ocasionado algunas desavenencias entre él y sus compañeros de trabajo. Circulaban rumores sobre su mal carácter, rumores que habían llegado a “instancias superiores”. Hacia principios de abril de 1940, el joven Lloreda envía una carta a Germán Arciniegas, en la que informa, como es habitual en su correspondencia, sobre asuntos varios de la *Revista de las Indias*. En la misiva, Lloreda le dice a quien llama su “querido Maestro” (más en tono jovial que reverente) que se prepara con ansiedad para poder conseguir pronto su título de abogado “y salir definitivamente de aquí. Lo peor de todo, mi querido Maestro –añade Lloreda–, es que esta vez sí va de veras”. El motivo de su posible retiro no es aclarado; el joven subdirector se limita a decir, misteriosamente, que “el asunto no es para escribirlo por grande y por pequeño”, a pesar de que Arciniegas era la única persona a quien él hubiera querido contarle (Lloreda, 1940, 9 de abril, [4]).

Un par de semanas más tarde, Lloreda dirige otra carta a Arciniegas en la que menciona otra vez su posible salida de la subdirección de la *Revista de las Indias*. Entre otras razones poco claras, Lloreda dice que cree no estar cumpliendo las expectativas “del doctor Santos” (“no le estoy dando el rendimiento que él esperaba”). Decidido a dejar su puesto en la revista, Lloreda le menciona a Arciniegas lo que al parecer había sido un intercambio previo sobre su posible nombramiento como secretario de la Embajada de Colombia en Argentina. Lloreda suponía que Arciniegas “podría hacer algo inmediato”, pero, dado que no había sido así, le pide “cancelar el incidente”, para añadir enseguida:

En cuanto a mí, si en una semana no se arreglan satisfactoriamente las cosas aquí en Palacio, me iré para Cali o me volveré a trabajar al Ministerio de Hacienda. Estuve conversando con Carlos [se refiere a Carlos Lleras Restrepo, Ministro de Hacienda], de quien descubrí que tenía muy buena estimación por mí, y quién [sic] me dijo que en cualquier momento él me ponía a trabajar en lo que yo quisiera en el Ministerio de Hacienda. (Lloreda, 1940, 27 de abril, [1-2]).¹⁵¹

151. Lo que tanto había molestado a José Lloreda, y por lo cual pensaba que no estaba rindiendo lo suficiente, era que el presidente Santos había decidido asignarle un colaborador. Esto, probablemente, había herido su orgullo.

Eduardo Carranza, poeta del grupo Piedra y Cielo, del que hacían parte también Jorge Rojas, Arturo Camacho Ramírez, Gerardo Valencia, Carlos Martín, Tomás Vargas Osorio y Darío Samper, fue uno de los jóvenes corresponsales de Arciniegas en los años 40. Su carrera como poeta y funcionario cultural había sido rápida. Las cartas que se cruzó con Arciniegas revelan familiaridad. Aunque por su posición social y reconocimiento no parecía necesitar tan perentoriamente de un promotor, Carranza no era todavía en 1940 un poeta canónico; sin duda, Arciniegas podía ayudar a difundir su poesía y el nombre de su grupo. A mediados de febrero de 1940, por ejemplo, Carranza (1940, 17 de febrero) le escribe a Arciniegas una carta elogiosa de “sus hermosas iniciativas”¹⁵² y le informa sobre el envío de unos poemas: “Por el próximo correo – escribe – irá la selección Piedracielista para ‘Nosotros’ con breves datos biográficos y bibliográficos. Empiezo a trabajar en la antología de joven poesía colombiana cuya publicación allá en una forma cualquiera nos parece de especial transcendencia” (1).

Otro caso que merece mencionarse es el de Guillermo Hernández de Alba, historiador muy prolífico, que en marzo de 1940 le escribe a Arciniegas ofreciéndole su colaboración desde Bogotá con los asuntos relativos a la exposición del libro colombiano en Buenos Aires. En la carta, Hernández de Alba (1940, 12 de marzo) expresa su voluntad de colaborar y aclara que solo lo mueve el desinterés: “Jamás me mueve otro anhelo distinto a la gloria de nuestra Colombia y en esto estriba quizás el poco mérito de mi vida, al tiempo que mi fracaso” (1).

Hernández de Alba pide a Arciniegas que le ayude a conseguir el respaldo del presidente Santos, sin el cual no sería escuchado en las dependencias oficiales que podrían contribuir al éxito de la exposición, pues, según el historiador, “desde Biblioteca [Nacional] para abajo no paso de un simple lagarto con ribetes de ratón de archivo” (Hernández de Alba, 1940, 12 de marzo, [1]). Sigue una extensa queja sobre el escaso reconocimiento que ha merecido su trabajo, especialmente por parte del Estado, un indicio más del papel esencial que esa institución cumplía en el mundo intelectual (consagración, empleo).

152. Arciniegas era por aquel entonces alto funcionario de la Embajada de Colombia en Argentina.

Después de reiterar su disposición a colaborar con la exposición con el “entusiasmo de siempre”, Hernández de Alba agrega: “Demandará tiempo para mí, que ojalá se me pudiera remunerar en alguna forma”. Y enseguida, como ofreciendo una disculpa y expresando el pudor necesario para hablar de cosas de dinero:

Me duele hablarle así pero usted sabe (...) que yo vivo de los centavos que puedo proporcionarme exprimiendo las horas de trabajo, y que ni siquiera una cátedra disfruto remunerada por el Estado para quien no existo. Pero esto no importa. Lo preciso es trabajar como hasta ahora lo vengo realizando. ([2]).

Sin embargo, aunque declara su abnegación, Hernández de Alba no deja de mencionar:

Qué feliz seré el día en que en las esferas oficiales se tenga la impresión de que en mi vida anima fervoroso el deseo de servir al país; de que lo sirvo a mi manera, en mis cátedras de Historia donde estoy formando ciudadanos y ciudadanas que sí saben sentir a Colombia. ([2]).

Poco más de un mes después, Hernández de Alba dirige una nueva carta a Arciniegas, en la que se refiere otra vez al asunto de la exposición. Al parecer, el respaldo solicitado al presidente se había reducido a una simple invitación. Cuenta Hernández de Alba (1940, 15 de abril) que unos días atrás José Lloreda Camacho lo había invitado a comer junto con Nieto Arteta, y que de ese encuentro había resultado “necesariamente [su] colaboración espontánea[,] porque la apremiante situación del Tesoro se halla siempre exhausta para este tipo de obras” ([1]). Sin darse por vencido, Hernández de Alba le sugiere a Arciniegas algunas medidas que podrían tomarse para hacer de la exposición algo “trascendental”:

¿Por qué no se lleva –escribe– a Víctor Mallarino para que presente a nuestros poetas? ¿Por qué no me alquila a mí para dictarle una serie de conferencias, complemento de las suyas, sobre el desarrollo de la cultura, evolución de nuestra educación, artes etc.? (Hernández de Alba, 1940, 15 de abril, [1]).

Es también interesante el caso de Enrique Naranjo Martínez, que ocupaba un cargo diplomático en los Estados Unidos y, según cuenta en su correspondencia con Arciniegas, había caído en desgracia a causa de supuestas enemistades con el embajador en ese país. A principios de septiembre de 1940, Naranjo Martínez dirige una carta a Arciniegas en la que relata su historia. Destituido de la carrera consular debido a sus malas relaciones con el embajador (“ese Embajador nepótico me hizo quitar de su hermano”),¹⁵³ Naranjo Martínez dice haber esperado que, al llegar a la presidencia Eduardo Santos, su situación mejoraría, pues, además de ser su “viejo amigo”, él había colaborado en *El Tiempo* durante más de dos décadas, guiado solo por “el interés de servir al país”:

Santos me prometió justicia. El Canciller López de Mesa en Febrero del año pasado, me comunicó que estudiado mi record se había determinado restablecerme en la carrera consular y en mi antiguo puesto de Boston; que el nombramiento vendría próximamente. (Naranjo, 1940, 3 de septiembre, [2]).

Sin embargo, debido a una nueva intromisión del embajador en Washington, su nombramiento se había frustrado, y de nada habían valido sus gestiones ante la Cancillería y la Presidencia. De aquí en adelante, la carta adquiere, entonces, un tono más personal. Dice Naranjo Martínez que en todo lo que le ha sucedido “hay una cuestión personal muy seria, que no puede pasar inadvertida para hombres de sentimiento”, para enseguida agregar:

Yo vine a este país solo con mi esposa. Hoy somos cinco en la familia, porque aquí han nacido tres hijos y como no soy hombre de capital, ni nunca recibí un salario que pagara siquiera mi vida y menos me permitiera economizar para afrontar las contingencias de una movilización a mi país, no he podido moverme de aquí y menos podré aquí conseguir una posición medianamente decente, por el hecho de no ser yo ciudadano americano.

153. El hermano del embajador era Alfonso López Pumarejo, presidente de Colombia entre 1934-1938 y 1942-1945.

Me tiene, pues, que estoy metido entre un zapato por las gentes del gobierno de mi país, después de tan largos años de servicio, que aquí y en todo otro país, me tendrían ya con ascensos y a las puertas de una pensión de retiro. (Naranjo, 1940, 3 de septiembre, [2-3]).¹⁵⁴

Al final de la carta, Naranjo Martínez manifestaba su expectativa ante una posible nueva publicación de Arciniegas, al que elogiaba por su “plena actividad mental”, y agregaba: “Yo quisiera escribir, porque me gusta hacerlo, pero la vida me ha empujado por otros caminos. Sin embargo, hago mis garrapateos y ahora la Academia Nacional de Historia, está editando un libraco mío de cortos capítulos de historia nacional”.¹⁵⁵ Menciona otro par de libros inéditos y termina con una pregunta: “Hay allá [en Buenos Aires] casas editoras que puedan entretener alguna proposición que me interese?” (Naranjo, 1940, 3 de septiembre, [3-4]).¹⁵⁶

154. Enrique Naranjo Martínez había sido cónsul de Colombia en Boston. Quien fue con seguridad su remplazo, Eduardo Gómez Durán, tenía en 1938 un salario de US\$ 100 más una suma igual por gastos de representación. Ver BLAA-AES-caja 28-carpetas 2/3, f. 343.

155. Se refiere posiblemente al libro *Puntadas de historia*, publicado en Bogotá en 1940, pero no por la Academia de Historia, sino por la Editorial ABC.

156. Hay tres cartas más enviadas por Naranjo Martínez a Germán Arciniegas en las que vuelve sobre el asunto de su destitución y reitera las críticas contra sus “perseguidores”: ver carta del 6-II-1941, carta del 29-X-1941 y carta del 10-XI-1941 para Germán Arciniegas desde Boston (BN-FGGA-caja 23-carpetas 2). En la primera de estas cartas, Naranjo Martínez escribe: “Lo que me dice Ud. que quizás algún día pueda Ud. influir en Bogotá por que se subsanen las injusticias que conmigo se han cometido, revelan (sic) un sentimiento noble y lo agradezco. Se podrá subsanar aquello, pero no creo que se pueda remediar todo el mal ya causado. Yo siento que se me ha herido y lastimado en lo más profundo de mis sentimientos! El Dr. Santos al venir a la Presidencia, no ha debido dejar prosperar este asunto. Ha debido de tener un poco de más fe en mi persona y ha debido de hacer una mejor apreciación de mis largos años de servicios” (1). En la segunda de estas cartas, Naranjo Martínez se refiere a “los elementos representativos del gobierno colombiano que han despertado contra mí una sorda persecución” (2). Y añade: “Cuanto deploro es que todo esto ocurra cuando es Presidente de Colombia un hombre bueno, que ha sido mi amigo desde que él era un muchacho y al cual yo he admirado y le he sido leal. Claro! (sic) no siendo yo elemento que cuenta en la política, soy sacrificado a las pasiones innobles de quienes cuentan en estas cosas” (3).

Otros ejemplos podrían mencionarse: en estas cartas, que van de 1938 a 1950, hay también una petición de Clotilde Caldas (1940, 15 de enero), secretaria de la *Revista de las Indias*, de un puesto para “la señorita Susana”, a quien el subdirector de la revista no le había conseguido nada; una carta quejumbrosa del arrogante subdirector por lo mal que le ha ido con su oficina de abogado, en la que además se queja de la indiferencia del presidente Santos (carta para Germán Arciniegas desde Bogotá, 1941, 10 de noviembre); cartas de Camilo Restrepo (1941, 22 de enero; 1941, 12 de marzo), el administrador de *Revista de las Indias*, solicitándole a Arciniegas que interceda ante una editorial argentina para que le otorguen la representación en Colombia; una carta de Jorge Zalamea (1942, 7 de abril), quejándose por la demora en el pago de 200 libros que la Biblioteca Nacional adquiriera a la librería Siglo XX, y exhortando a Arciniegas a que hiciera algo al respecto;¹⁵⁷ una carta de Jaime Ardila Casamitjana (s. f.), escritor y periodista, pidiendo ayuda para la publicación de su novela *Babel*; una más en la que anuncia la publicación de la novela por parte de una editorial argentina y pide a Arciniegas la inclusión en *Revista de las Indias* de algunos fragmentos, con el objetivo de “prepararle un ambiente favorable a la obra, para que el editor no fracase económicamente” (Ardila Casamitjana, 1944, 22 de agosto, [1])¹⁵⁸ –dice, además, que ha escrito en ese mismo sentido al “doctor Santos”, pidiéndole que incluya fragmentos en el suplemento literario de *El Tiempo*–; hay otras sugiriendo publicaciones póstumas, pidiendo ayuda para poetas en apuros, agradeciendo un nombramiento o una invitación, acompañando el envío de libros en espera de unas palabras o expresando resentimiento y deseos de venganza intelectual.

El fin de la República Liberal

El papel de Arciniegas como promotor literario no desapareció, desde luego, con el fin de la República Liberal, pero el cambio de gobierno y la nueva situación política, además de su viaje a Estados Unidos

157. Los 200 libros adquiridos eran ejemplares de *La vida maravillosa de los libros*, del propio Zalamea, publicado en Bogotá en 1941 por la Editorial Centro.

158. Sobre Ardila Casamitjana (1919-2019), ver Marín (2016c).

en 1947, sí mermaron sus posibilidades.¹⁵⁹ Por lo demás, el fin de los gobiernos liberales que alternaron entre 1930 y 1946 trajo consigo una reorganización burocrática y, como resultado, antiguos funcionarios simpatizantes del liberalismo fueron removidos de sus cargos. Uno de esos casos es el de Jaime Tello, quien, en abril de 1950, envía una carta a Arciniegas contándole acerca de sus dificultades económicas y pidiendo su ayuda. Tello escribe:

Naturalmente, con todo lo que está pasando, mi situación va de mal en peor. Es realmente precaria. No hay trabajo en ninguna parte. El último refugio –la Contraloría– está reduciendo su personal en un 40 por ciento. De modo que hay muchos que afrontamos el hambre física. Especialmente los que tenemos por profesión escribir.

Unas pocas líneas más adelante, Tello añade:

La situación es esa, sin exagerar. No sé qué pueda hacer usted por mí. Sé que si puede, lo hará. Vea si hay algo en que yo pueda trabajar allá –lavar platos, inclusive. Cualquier cosa, con tal de poder respirar de nuevo. Y como los problemas siempre vienen por docenas, ahora Hilda aguarda un nuevo heredero para el mes entrante. Piense cómo estaré. (1).

Estando en el extranjero, Arciniegas mantuvo sus vínculos con el periódico *El Tiempo*, del que dependía la *Revista de América*. A fines de 1947, el folclorista Octavio Quiñones Pardo le escribe una carta a Arciniegas comentando la aparición de otra revista, la *Revista de Folklore* (Quiñones era su director), y se refiere a la “pobreza franciscana” que le impide la publicación de su libro *Botiquín folklórico de Boyacá*, confirmando una vez más una de las vías más comunes de publicación de la época, es decir, la autopublicación. En la misma carta, Quiñones le expresa a Arciniegas su deseo de publicar en la *Revista de América* algún fragmento de sus estudios inéditos –se refiere al mencionado *Botiquín* y a otro titulado *Cuadros de costumbres boyacenses*–. Pero ese deseo no había podido realizarse, porque, según Quiñones, él no servía para “lagartear”, razón por la cual pensaba enviar los originales a Arciniegas,

159. Sobre los ataques dirigidos a la política cultural del liberalismo a partir de 1946, y, en general, a la idea de cultura moderna, ver Jiménez, D. (2012, pp. 235-265).

que se encontraba en Nueva York, confiando en que él los revisara y los remitiera a Bogotá en caso de encontrarlos aceptables (Quiñones, 1947, 25 de noviembre, [1]).¹⁶⁰

Asimismo, Quiñones le informa a Arciniegas que continúa trabajando en la Contraloría, en donde dice estar por “gestiones” del propio Arciniegas y “del doctor Villegas Restrepo”,¹⁶¹ “a pesar de la poquísimas buena voluntad que me tiene el jefe máximo”.¹⁶² Y, poco después, agrega con tono entre orgulloso y resignado:

Sé que mi trabajo es el más apreciado en mi Sección, y en el mismo Despacho del Contralor, pero de ahí no pasan las cosas. Qué vamos a hacer. No asisto a fiestas, ni a homenajes, ni a nada de lo que se hace aquí, y naturalmente estoy al margen de los ascensos, de los aumentos de sueldos. [sic] etc. (2).¹⁶³

En octubre de 1949, el poeta Germán Pardo García dirige a Arciniegas una carta con tono familiar (“Tocayín, pillín, pillín”, dice el saludo), en la que además le agradece una presunta ayuda para la realización de un viaje (“gran regocijo por tu respuesta. Yo pensaba seriamente en que te había incomodado pedir tu cordial amistad en lo relativo a mi viaje”).¹⁶⁴ El viaje, según información ofrecida por Pardo García, estaba programado a principios de marzo de 1950, “a bordo del *Queen Mary*” (zarpando en Nueva York), el cual llevaría al poeta residente en México a Francia, Inglaterra e Italia, de donde esperaba partir luego de tres

160. *Lagartear* es un colombiano que significa “intrigar, importunar para obtener algún beneficio como, por ejemplo, un empleo, una invitación”. Ver Academia Colombiana de la Lengua (2012, p. 68). Su connotación es despectiva y a veces clasista (los “lagartos” son personas que cortejan y adulan a un poderoso para obtener su favor).

161. Se refiere, con seguridad, a Alfonso Villegas Restrepo (1884-1945), fundador de *El Tiempo*.

162. En 1947, el presidente de Colombia era el conservador Mariano Ospina Pérez. El contralor era el liberal Alfonso Palacio Rudas, que terminaría su periodo ese mismo año. Con la expresión “el jefe máximo”, Quiñones se refiere probablemente al presidente.

163. Al parecer, Quiñones tenía mucho que agradecer a Arciniegas, a quien, según él mismo dice, había dedicado “todos sus libros” (Quiñones, 1947, 25 de noviembre, [2]).

164. Arciniegas se desempeñaba en ese entonces como catedrático de literatura hispanoamericana en la Universidad de Columbia.

meses hacia Colombia, para retornar a México entre junio y julio del mismo año. “Todo está arreglado, en asunto visas, etc. [sic] desde ahora. Gusto de hacer las cosas con tiempo y absoluta precisión”, escribe Pardo (1949, 11 de octubre, [1]). La carta continúa con una enumeración sobre el viaje, su significado y circunstancias. Según Pardo García, el viaje era para él “un gran desquite moral”.

[No] ignoras que durante mucho tiempo publiqué por mi cuenta un soberbio noticiero colombiano.¹⁶⁵¹⁷¹ Me costó, de mi humilde peculio, US\$ 3.000. El Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia proclamó a todos los vientos que era la mejor propaganda que se le había hecho jamás a Colombia. (1).

Pardo, que solía preciarse de su carácter intransigente en cuestiones estéticas (él se consideraba un abanderado del “arte por el arte”), afirmaba a continuación: “Dejé pasar un tiempo prudente, volví a Colombia, y como tú lo sabes, porque en ello interviniste, pedí al Ministerio un consulado en Europa, para continuar desde allí esa tarea, por mi cuenta” (1949, 11 de octubre, [1]).

El ministro Londoño y Londoño,¹⁶⁶ escribe Pardo García, había conocido su noticiero, además de los costos de tal empresa, pero “el señor Londo y Liando (...) me tuvo tres meses dándome vueltas, para alcanzar por toda recompensa un rechazo rotundo que llegó hasta el extremo de negarme un pasaporte oficial para ir a España”. Dice, además, Pardo García que el consulado se le había negado con la excusa de su clausura, aunque “entre dientes” se hablara en realidad de su mal carácter. Para su sorpresa, el consulado no sólo no se cerró, sino que “LE FUE OTORGADO A UN ANÓNIMO CACIQUILLO DE PROVINCIA, que se presentó del brazo del difunto señor Gaitán” (1949, 11 de octubre, [1]).¹⁶⁷

En la misma carta, Pardo García se refiere a algunos de sus malquerientes: “el señor Lleras”, “el señor López”, “los señores Mendorra

165. Se refiere a la revista *Noticia de Colombia*, publicada por el poeta en México.

166. Se refiere a Fernando Londoño y Londoño, Ministro de Relaciones Exteriores entre 1945 y 1946.

167. El “señor Gaitán” era el jefe liberal Jorge Eliécer Gaitán, asesinado el 9 de abril de 1948, hecho que desencadenó El Bogotazo. Al respecto, ver Braun (2008).

Neira y Pelos de Mosa”, y se burla de quienes lo acusan de mal carácter. Él “no iba a tratar con misía [sic] Tanco de Mancini, sino a trabajar como (...) un gigante”.¹⁶⁸ Y, entregado al autoelogio, agrega: “Si hay en Colombia otra gente más disciplinada y violenta para el trabajo que yo, que salga al camino y le piso la ruana” (1949, 11 de octubre, [2]). El viaje le ofrecía a Pardo García una inigualable oportunidad de vindicación:

Al cabo del tiempo y realizando un esfuerzo, porque sigo siendo pobre, les puedo tapar la jeta a los señores Lleras y Londoño (...). Aspiro a obtener con mi viaje una completa reparación moral. Todo lo que haga en EEUU. y Europa repercutirá en Colombia, porque estoy sediento de tomar mi desquite, de manera independiente y alta. (Pardo, 1949, 11 de octubre, [1]).

Pardo García estaba pagado de sí mismo: la publicación de uno de sus libros (se refería, con seguridad, a *Poemas contemporáneos*) había sido “un éxito continental” y en Puerto Rico se le asignaba el mismo lugar en la poesía americana que ocupaba Pablo Neruda.

Yo soy, pues, modestia aparte –escribe Pardo– el primer poeta colombiano actual. He servido a Colombia como pocos lo hacen: derrochando su poco dinero. Pero la resistencia que hay en Colombia hacia mi modesta persona, quiero dejarla marcada con señales de triunfo en los EEUU. y Europa. Eso, al menos, les duele. Por eso tu generosísima invitación a leer mis poemas en la Universidad de Columbia, me enorgullece, me place hasta lo más íntimo y me deja hacia ti con un agradecimiento restaurado y sin límites. (Pardo, 1949, 11 de octubre, [1]).¹⁶⁹

En noviembre de 1950, otro de sus amigos y copartidarios, Hernando Téllez, le escribe a Arciniegas una carta en la que se refiere, entre otras cosas, a su libro *Cenizas para el viento y otras historias*, publicado unos

168. Los malquerientes eran: Alberto Lleras, Alfonso López Pumarejo, Plinio Mendoza Neira y Luis López de Mesa.

169. Sobre el “éxito continental” de *Poemas contemporáneos*, puede suponerse razonablemente que se trataba de una exageración del poeta.

meses antes. Téllez le pide el favor a Arciniegas de escribir una nota sobre su libro en *El Tiempo*.

Me pongo colorado de hacerte esta solicitud que solo me atrevo a formularte en gracia a la confianza que nos une. Pero hay una razón de fondo, fuera de la decisiva que para mí representa toda opinión tuya, pública o privada sobre mis trabajos literarios: ocurre que yo mismo, sin dinero y a crédito, soy el editor de "Cenizas". Le estoy debiendo a Lito Colombia el valor de la edición, y aun cuando el libro se va vendiendo poco a poco, si dejo morir el interés de la prensa por él, a la postre no me quedará sino la deuda y la satisfacción personal de haberlo editado. Unas palabras tuyas, dichas para el público, tienen todas las seguridades de conseguir más compradores para el libraco. (Téllez, 1950. 3 de noviembre, [1]).

A modo de conclusión

El propósito de este capítulo no es juzgar el comportamiento de quienes acudieron a Arciniegas en busca de favores. Sería un error ver en sus peticiones una simple muestra de oportunismo, cálculo o deseo mezquino de ganar posiciones (*lagartear* es la expresión común que se utiliza para designar estas conductas). Si algo hubo de todo esto, no debe ignorarse el marco institucional que hizo del favor uno de los recursos disponibles y eficaces para escritores e intelectuales en su búsqueda de un lugar en la República de las Letras, es decir, para alcanzar sus metas, el reconocimiento, la aprobación de sus pares y el ascenso social.

En este capítulo he sostenido que hay indicios suficientes para afirmar que, en el mundo intelectual de los años 30 y 40, una parte importante de las posibilidades de una carrera literaria o intelectual se decidían apelando a cierto tipo de vínculos, entre amistosos y políticos. Pero no se trataba solo, ni principalmente, de la Política con mayúscula –las alianzas oficiales, los partidos, el Gobierno, la ideología–, sino ante todo de relaciones más informales, basadas en la afinidad, la simpatía, la conveniencia o el elogio.¹⁷⁰

170. Sobre los cambios ocurridos en las condiciones de la vida literaria a partir de los años 50, un tema aún muy poco estudiado, ver Marín (2014).

Desde luego, las posiciones que ocupaban los escritores en esa red de vínculos que entrelazaban la política partidista y las aspiraciones literarias eran desiguales, y, por lo tanto, también lo eran sus estrategias y oportunidades para “hacerse un nombre” y “abrirse camino” en la República de las Letras. Una era, por ejemplo, la situación de Hernando Téllez: un hombre que antes de los 30 años había sido cónsul de Colombia en Marsella, que se había iniciado en el periodismo al lado de figuras como Alberto Lleras o Enrique Santos, senador de la República entre 1943 y 1944, director del suplemento literario de *El Tiempo*, ejecutivo de una importante empresa cervecera y director de la revista *Semana*; y otra, la de un escritor como José Antonio Osorio Lizarazo, proveniente de una familia humilde, inseguro sobre su posición, empleado en cargos burocráticos menores y de comienzos modestos en el periodismo.

Sin embargo, estas diferencias actuaban en un marco compartido, que era precisamente el del escritor que encontraba en el “mecenazgo estatal” (Rama, 1981) no solo el modo predominante de subsistencia, sino el modo más cierto de consagración. Este “mecenazgo” dependía de vínculos informales que, así como podían abrir las puertas del empleo público (cargos), se convertían en un recurso potencial o efectivo obtenido gracias a la participación en él (Bourdieu, 2001). Como se verá en el capítulo siguiente, las representaciones del escritor durante la República Liberal revelan las ambigüedades de una figura dependiente de este “mecenazgo” que convivía de manera más o menos contradictoria con otros ideales del oficio.

Capítulo 7

El escritor representado

Entre 1930 y 1946 se publicaron en Bogotá diferentes revistas culturales (*Senderos, Pan, Vida, Revista Colombiana, Revista de las Indias, Sábado, Revista de América*, entre las más importantes), en cuyas páginas proliferaron entrevistas, reportajes, notas y semblanzas de los más destacados escritores de esos años. El objetivo de este capítulo es describir, a partir del estudio de la prensa literaria de la época, las representaciones dominantes de la figura del escritor durante la República Liberal.¹⁷¹

En el mundo literario de los años 30 y 40, aún relativamente indiferenciado, estas representaciones no se distribuían ni organizaban según fronteras muy claras. Desde luego, hubo escritores e intelectuales que defendieron una literatura nacional, otros que tendieron a la defensa del cosmopolitismo, algunos más que postularon el compromiso de la literatura con el pueblo, y también los que abogaron por una suerte de estética pura. Sin embargo, como se afirma en este capítulo, estos

171. El estudio sociológico de la figura del autor, una vez pasado el furor de su “muerte”, parece haberse renovado. Ver, por ejemplo, Compagnon (2015, pp. 52-112), Meizoz (2015) y Zapata (2014). Por *representación*, entiendo una forma de clasificación discursiva que establece y recrea las jerarquías y diferencias del mundo social. Al respecto, éaseéase Chartier (2002a). El problema de las representaciones del escritor durante las primeras décadas del siglo XX ha sido abordado por Bedoya (2016).

diferentes puntos de vista compartieron elementos comunes expresados en el discurso de escritores y colaboradores de la prensa literaria.

Es posible afirmar que fueron tres, principalmente, las representaciones dominantes del escritor durante el periodo: 1) una representación romántica del poeta, 2) una representación del escritor como intelectual-dirigente y 3) una representación del escritor como escritor comprometido. Este repertorio de imágenes sobre el oficio literario no fue, por supuesto, inventado por los escritores colombianos. Ellos hicieron uso de una serie de imágenes e ideas que circulaban en el mundo literario y que no eran exclusivas de la sociedad colombiana. Pero, al hacer uso y apropiarse de ellas, los escritores de la época las actualizaron y les dieron un sentido propio (Meizoz, 2015).

La figura romántica del poeta

La investigación literaria reciente afirma que entre 1930 y 1946 predominó en Colombia un “canon estético neoclásico” (Marín, 2015b). Este canon habría hecho de la poesía el género literario por excelencia, un hecho que suele interpretarse como señal del carácter aún tradicional de la literatura colombiana, así como de la vigencia del mito letrado de la Atenas Suramericana, según el cual Bogotá era una ciudad muy culta, tierra de grandes poetas y del mejor castellano escrito y hablado en el mundo. Marín postula que solo a partir de fines de la década de 1950, y sobre todo durante la de 1960, se conocería el “fin innegable” de este canon, remplazado por “uno nuevo que ya no busca[ba] valores eternos ni el cumplimiento de reglas arbitrarias en las obras literarias, sino la manera de adecuación de las formas a la intención expresiva” (Marín 2015b, pp. 14-15). Como resultado de este cambio, la poesía habría sido reemplazada por la novela como género predilecto; una señal (en este caso) de modernidad literaria, avances en la profesionalización del escritor y autonomía del oficio.

Aunque las afirmaciones de Marín sobre la preeminencia de un supuesto canon estético neoclásico son cuestionables (como suelen ser este tipo de afirmaciones que asocian un periodo con un estilo literario), existen de hecho suficientes indicios para afirmar que entre 1930 y 1946 la poesía fue un género muy apreciado entre los escritores y que, sin negar los presumibles matices, estos sostuvieron por lo general una representación

romántica del poeta (el escritor “a secas” gozaba también, si era un elegido, del don de la poesía), ser singular entre todos, espíritu predestinado y poseedor de una rara sensibilidad. Como se verá, este punto de vista era compartido por escritores de diferentes tendencias ideológicas. Aunque sobre otros temas, por ejemplo políticos o religiosos, las discrepancias eran evidentes, cuando se trataba de poesía era común esta visión romántica que hacía de la literatura el cumplimiento inevitable, y muchas veces tormentoso, de un destino –“la gloria es la conformidad de una personalidad con el ideal que estaba prefigurado en ella misma”, decía un reconocido escritor de la época– (Caballero Calderón, 1946, p. 8).¹⁷²

La creencia en la singularidad del escritor se manifestaba de muchas maneras. Un primer tópico de su representación romántica era, sin duda, el de la predestinación: un escritor nace, no se hace. El yo creador del poeta era un don misterioso. Él había sido tocado por un “rayo divino”; su talento “no esta[ba] sujeto a la paciente inclusión de las reglas de expresión, sino a la genialidad innata” (Durand, 2014, p. 117). El poeta estaba predestinado para “las más altas cosas”, él era un “príncipe natural” (Camacho, 1940, p. 146). Solo él podía considerarse un “escritor de sangre”, diferente de aquel que, sin poseer el don, podía escribir e incluso labrarse un estilo, pero no aspirar al genio que era necesario para unir “las voces del espíritu con la música de las letras” (Aragón, 1946, p. 2).

Rafael Maya (1938), tal vez el poeta más aclamado de su tiempo, afirmaba con motivo de un homenaje recibido: “El canto, el verso, han sido en mí exigencias biológicas y no imperativas de la razón” (p. 123), y de Arturo Camacho Ramírez se decía que su “iluminación” (entiéndase: su poesía) no era “un simple incidente”, ni dependía de “circunstancias eventuales”, sino que era “una condición esencial de su espíritu y de su inteligencia” (“Antologías de Sábado. Arturo Camacho Ramírez”, 1945, p. 4). En definitiva, toda la vida del poeta estaba orientada “hacia la finalidad de su poesía”, que emanaba de él “con una opulenta espontaneidad” (“Antologías de Sábado. Arturo Camacho Ramírez”, 1945, p. 4).

Como poseedor de un don que lo predestinaba, el poeta era dueño de una rara sensibilidad que podía inclinarlo al sufrimiento y a la tristeza. Tomás Vargas Osorio era un joven escritor apreciado entre

172. Sobre la concepción romántica de la creación artística, ver Compagnon (2007, pp. 195-208), Durand (2014), Givone (1997) y Heinich (2014).

sus contemporáneos y habitual colaborador de la prensa literaria. Su muerte prematura, a causa de una enfermedad, fue motivo de luto entre sus conocidos. Lamentando su pronta muerte, algunos de ellos manifestaron no solo su tristeza, sino su creencia en el escritor como ser elegido y superior. Cuando un poeta enferma de muerte, decía un comentarista, “siente en su carne sensible y en su espíritu de hombre superior la garra lacerante de la enfermedad” (A. B. F, 1941, p. 437).

La enfermedad del poeta era a la vez su maldición y su redención. El don –la predestinación– no llegaba solo: llegaban también la inclinación a la angustia, el sufrimiento, la fragilidad y la enfermedad. De un poeta que moría joven, como Tomás Vargas Osorio, era natural que se dijera que había estado “signado para el padecimiento físico y para la angustia moral” (“Tomás Vargas Osorio”, 1942, p. 276). Pero “el dolor, la angustia [y] la agonía” habían sido “la materia prima de su obra y de su personalidad”. Su vida no había sido en vano: “escritor nato”, “escritor que no hubiera podido dejar de ser”, se había entregado a una vocación que le había anunciado su “cruel suerte en profundas olas de presentimiento” (“El maestro Tomás Vargas Osorio”, 1942, p. 354). La sensibilidad del escritor era, para bien y para mal, su destino: “una fuerza superior” que lo empujaba “a ocupar el lugar que le correspond[ía]” (Durand, 2014, p. 119). Cuando se entregaba a esa fuerza, el escritor se entregaba a su vocación y era fiel a sí mismo.

Esta concepción romántica del oficio de escritor solía ir acompañada de parejas de oposiciones que moldeaban, al menos como ideal, la vida literaria: originalidad/imitación, desinterés/interés, literatura culta/literatura popular, valor simbólico/valor económico de la obra literaria (Durand, 2014). El desinterés, por ejemplo, debía guiar el oficio del escritor: el escritor verdadero no debía esperar nada a cambio; ni dinero, ni fama, ni el favor del público. Con motivo de la publicación de *Tipacoque* (1941), de Eduardo Caballero Calderón, un comentarista afirmaba:

No ha escrito (...) Caballero Calderón con la esperanza de lucro, ni tampoco por afanes de notoriedad –que no necesita–, ni aun con la ilusión de que su trabajo sea leído, entendido y comprendido por eso que se llama el ‘gran público’, sino por una necesidad casi diríamos biológica. Dio ese fruto como lo da el árbol: porque tiene que darlo. (R. A., 1941, p. 432).

Algunos escritores colombianos solían declarar que sus colegas (nunca ellos) escribían para hacerse notar y ganar posiciones en la política y en el periodismo. Desde luego, había excepciones. Una nota dedicada a Daniel Samper Ortega –“entregado desde los años de su primera juventud hasta los días de su muerte al culto apasionado de la belleza”– decía, por ejemplo, que, entre tanto oportunismo literario, su caso era no sólo “singularísimo”, sino “un suceso extraordinario en el orden de la belleza” (“Daniel Samper Ortega”, 1943, p. 109).

Algunos escritores solían también recordar una supuesta Edad de Oro en la que “un grupo de intelectuales desordenados y deslenguados” aún creía en la belleza “y las preocupaciones activas no se referían a la colocación burocrática, a los enredos de la política, a las burguesas obsesiones de la administración”, sino al misterio poético (Forero Benavides, 1944, p. 3). Esta bohemia imaginada exaltaba la pobreza y la transfiguraba en un signo valioso. Al respecto, un integrante de la llamada generación de los Nuevos decía:

Con dinero no habría tenido el país esa generación de escritores que empezó con Tejada, con León de Greiff, con Lleras y Zalamea, con José Mar y Luis Vidales, con Camacho Carreño, Villegas y Maya... toda gente pobre como yo, sino quizás un grupo de hombres dedicados al oficio de hacer dinero que seguramente (...) no le habría dejado nada al país. Los mejores de los que vinieron después como Eduardo Caballero, Eduardo Zalamea y Arturo Camacho estuvieron unidos también a la anterior promoción por esa hermandad de la laboriosa pobreza (Vallejo, 1943 p. 6).¹⁷³

Esta falta de laboriosa pobreza era, según un colaborador habitual del semanario *Sábado*, la razón por la cual un poeta como Jorge Rojas no era bien apreciado entre sus contemporáneos. Decía el colaborador: “[Jorge Rojas] es un hombre sencillo, alegre, infantil, para quien la vida ha tenido el raro privilegio de la vocación poética, sumado a la solvencia económica” (Forero Benavides, 1944, p. 4). Este raro privilegio iba en contra de la imagen dominante del poeta, “íntimamente asociada –según el colaborador– a la

173. En realidad, ninguno de los escritores mencionados por el autor tuvo orígenes pobres, ni fue pobre, aunque en su juventud abrazaran una relativa bohemia. Al respecto, ver Loaiza (2014, pp. 225-251). Alejandro Vallejo, por ejemplo, fue diplomático, periodista, columnista de *El Tiempo* y director de los semanarios *Jornada* y *Sábado*.

bohemia y a la pobreza". Y continuaba: "un poeta que juega tennis y pasa de mil pesos mensuales de renta es un ser absurdo e inconcebible en la tierra de Julio Flórez, en el ambiente de la 'gruta simbólica'" (Forero, 1944, p. 4).¹⁷⁴

Si el escritor o el poeta se dedicaban a oficios mundanos (la política, el periodismo, el empleo público), era por necesidad o por azar, para sobrevivir en un mundo despiadado donde no había lugar para ellos (ver el capítulo IV). Así pues, con motivo de la muerte de un renombrado poeta –Ismael Enrique Arciniegas–, otro renombrado escritor y poeta –Antonio Gómez Restrepo–, afirmaba:

A pesar de sus múltiples actividades, fue, ante todo y sobre todo, un poeta. Esa fue su vocación, esa la fuerza directora de su vida. La poesía lo mantuvo siempre por encima de las mezquindades y luchas de la existencia diaria. Fue un elixir divino que amortiguó sus penas y lo embriagó con la contemplación de un ideal puro y sin mancilla (p. 82).¹⁷⁵

Era necesario salvaguardar la figura del poeta de cualquier sospecha de ambición y oportunismo. En este intento, se revelaba la contradicción que tensaba el oficio de escritor: ¿cómo hacer compatible su imagen romántica con la necesidad de ganar dinero y su anhelo de ascenso social, en un contexto donde ni lo uno ni lo otro podía ser garantizado por el mercado editorial? ¿Cómo conservar una versión heroica del poeta cuando, en muchos de los casos, su sustento y notoriedad dependían de la conversión de sus vínculos políticos y sociales en cargos, designaciones y oportunidades de publicación? La literatura debía ser desinteresada y pura. Pero el escritor estaba obligado "a emplearse en objetivos profanos", en tareas cotidianas "que produ[jeran] lo que [era] indispensable para vivir" ("El premio ciudad de Bogotá", 1942, p. 287). Eran las tercas mezquindades y luchas de la existencia diaria.

174. Julio Flórez (1867-1923) fue un poeta romántico muy popular y aficionado a la bebida. Sus contertulios lo describían como un hombre sombrío y melancólico. Formó parte de la Gruta Simbólica (1900-1903), grupo más o menos espontáneo de poetas y escritores de principios del siglo XX, aficionados también a las bebidas espirituosas y a la declamación. Al respecto, ver Serpa (1988).

175. Ismael Enrique Arciniegas (1865-1938) fue poeta, periodista y político conservador; ministro de correos y telégrafos de Miguel Abadía Méndez. Ejerció asimismo distintos cargos diplomáticos.

Como la poesía, entre los géneros literarios, se consideraba la expresión más pura de una singularidad, escribir sobre poesía era la ocasión, para el crítico, de revelar su propio don: arte sublime, la poesía solo podía ser comprendida y apreciada por espíritus sublimes (solo era posible escribir de poesía poéticamente).¹⁷⁶ Por ejemplo, de Carlos Martín, poeta de Piedra y Cielo, decía un comentarista: “surte la frágil voz de sus versos una musical primavera de leves símbolos y tiernas notas del ánimo” (Echeverry, 1938, p. 141), y otro, refiriéndose al poeta Germán Pardo García, afirmaba:

Este hombre aún joven, es el poeta de la angustia. Su corazón es una cantera de epitafios pero su reino predestinado es una isla de melodía con la estrella del canto alzándose desde su cisterna hacia la ruta de los ángeles. (Arango, 1944, p. 14).

Para escribir de poesía era común acudir a un tono patético. En una necrológica escrita por Eduardo Carranza sobre Eduardo Castillo ese tono se revela plenamente:

Su mundo es el inasible mundo de lo suave. La región de la sonrisa, de la nostalgia, del vago matiz, de la encantada sugerencia. Toda su obra es como un parado atardecer divino (...). Su poesía habita en la dichosa zona de la penumbra, del sabio tono menor, del alquitarado sentimiento, del suspiro inadvertido, del insinuado llanto, de la saudosa ausencia, del aleateante presentimiento y la fragancia dulcemente congojadora. (Carranza, 1938, p. 128).

El patetismo cumplía evidentemente la función de exaltar la figura del poeta difunto o del poeta celebrado, pero también la de quien lo elogiaba. Es difícil no percibir en ese lenguaje ampuloso una concepción casi decorativa de la poesía y una búsqueda afanosa de distinción espiritual. La poesía era un lenguaje de elegidos para

176. La crítica literaria no era, en realidad, una función plenamente especializada, sino una actividad ejercida por los mismos escritores y poetas. Sobre la crítica literaria en Colombia, ver Bedoya y Barrios (2015), Jiménez, D. (1992) y Marín (2015a), si bien en este último caso no comparto del todo su punto de vista acerca de la especialización de los oficios intelectuales entre 1930 y 1950.

elegidos.¹⁷⁷ Al final, Carranza (1938) cerraba así su ditirambo: “Eduardo Castillo, prosador de agudas prosas, poeta de poéticas poesías, es ya un signo permanente de las letras nacionales” (p. 128).

El tono patético, ampuloso y retórico, se revelaba también de manera plena en un comentario sobre el libro de Hernando Téllez *Luces en el bosque* (1946). Del libro se decía que era una “bella recopilación de amables palabras (...) que rozan la epidermis del espíritu, suscitan el deleite del gusto, y recrean el ansia de armonía que sienten los seres escogidos” (Solano, 1946, p. 2). Y del autor, que era “un maravilloso y desvelado pescador de nubes, un vigilante y sagaz captador de misterios (...), un obstinado perseguidor de identidades sentimentales (...), un entomólogo del reino espiritual” (Solano, 1946, p. 2).

A este mismo escritor, Hernando Téllez, le habían preguntado en una entrevista cuál era, según él, la diferencia entre un poeta y un hombre común. Vale la pena citar su respuesta por extenso:

Probablemente la diferencia, la única o la más evidente (...), es la que acabo de anotarle. Usted y muchos millones más de seres, avanzan entre el círculo de los afectos y de la hospitalidad, del odio y del amor, entre los paisajes y la música, un poco ciegos y sordos. Llevan sobre los ojos una imperceptible venda y sobre el corazón un instrumento apaciguador. En la sensibilidad [del hombre común] no resuena tan larga, tan despiadadamente, la voz del dolor y de la angustia, la voz de la belleza que alienta en casi todas las cosas. En rigor, el mundo, para ustedes, ha sido hecho una sola vez y de una vez por todas, para el escritor, para el artista, el nacimiento del mundo ocurre todos los días, y en el misterioso seno de una hora de amor o de crueldad, es posible que brote un universo completo. (Tellez, 1944, p. 4).

177. La expresión más clara de este punto de vista aparece en una nota de 1942, escrita por A. H. en la *Revista de las Indias*: “Al milagro poético sólo puede oponerse el milagro poético. Por esta razón, la crítica poética únicamente puede estar construida con elementos de poesía” (p. 133). Si se entiende la poesía como una misión (es decir, un destino al cual el poeta debe ser absolutamente fiel), “el crítico se convierte en poeta o, más exactamente, sólo el poeta puede intentar hacer crítica. El profano, que no entiende la poesía ni alcanza a fijar el significado de sus cielos giratorios, no podrá nunca intentar el descubrimiento de lo que ella apenas esboza y fijar el alcance de lo que ella sólo sugiere. Por esto, siempre hemos desconfiado del crítico que no es poeta, y también del poeta que no es crítico” (p. 133). Y también: “nada más natural que la poesía, siempre inexplicable, sea interpretada con elementos también inexplicables” (p. 134).

Otro de los rasgos del poeta era la soledad. La poesía era una “vocación ardiente y sola”, decía una nota literaria publicada en 1942 (“Altiplano”, 1942, p. 413). El mejor poeta era un ser incomprendido, atormentado y solo. La soledad del escritor era la de quien escribía sin esperar nada a cambio: ni dinero, ni gloria, ni mucho menos el favor del público. La indiferencia de los lectores podía ser, de hecho, una señal de triunfo estético y moral. Un comentarista decía de un poeta de la época: “artista minoritario, [Carlos Martín] ha vivido ausente del público, empeñado en modelarse a golpes de soledad, amor y letras (...). Su vida es casi espiritual” (Echeverry, 1938, p. 141).

La verdadera literatura solo podía ser apreciada, si acaso, por unos pocos. De Gerardo Valencia, poeta de “insobornable sinceridad”, decía una nota de la *Revista de las Indias*: “Como todas las figuras de avanzada en la poesía nueva colombiana, es un poeta para minorías, para gentes de selección que hayan buceado en los abismos del alma” (C. A. G., 1941, p. 128), mientras alguien más lo definía como “un escritor profundamente riguroso consigo mismo”, que nada concedía “a la morralla ni a las gentes que gustan de la fácil cabriola literaria” (Rodríguez Garavito, 1948, p. 6). Entre los creadores, el poeta era el más solitario, el más fiel a su arte: “mientras más absoluta sea [su] soledad –decía un comentarista a propósito de León de Greiff–, sin aleaciones espurias con la fama o con la gloria o con la política, es más hermosa y más admirable” (Forero, 1942, p. 338).

El poeta debía ser, por último, fiel a su destino: uno de los peores reproches que podía hacerse era el de insinceridad. De esto acusaba un poeta y crítico, Fernando Charry Lara (1945), a un grupo de poetas contemporáneos: “lo que no encuentro en sus obras –escribía– es la entrega absoluta, la total entrega al hechizo y al mandato de la poesía” (p. 4). El deber de quien se dedicaba a la literatura –sostenía otro escritor– era “mirar el mundo con sus propios ojos, ser sincero consigo mismo y con la humanidad. Cumpliendo con esa labor de expresarse lealmente –continuaba la nota–, [el escritor] ha cumplido el encargo que la naturaleza le ha encomendado” (“Encuesta a los intelectuales. Contesta Jaime Tello Quijano”, 1945, p. 282).

El intelectual-dirigente

Al lado de la figura romántica del poeta, la otra figura dominante del periodo fue la del intelectual-dirigente. En ella confluían el escritor (también en su función como periodista) y el hombre de acción, es decir, aquel que ocupaba cargos directivos en el Estado, los partidos y los cuerpos legislativos. Entre 1930 y 1946 es plenamente reconocible la figura del intelectual en Colombia. Algunos académicos niegan su existencia, o apenas la reconocen, al contrastar el caso colombiano con el ideal del intelectual francés de fines del XIX: un escritor consagrado, profesional, independiente de los partidos políticos y los cargos oficiales, y que, basado en su prestigio, interviene en las controversias públicas en nombre de la verdad, la justicia y la libertad de conciencia (Bourdieu, 1997).¹⁷⁸ Todo aquel que no se ajusta a este modelo resulta sospechoso de traición, transigencia y complicidad con el poder (ver el capítulo II).

Los intelectuales colombianos de la República Liberal no se ajustan al tipo del intelectual francés de fines del XIX, pero eso no niega su condición ni mucho menos su especificidad como intelectuales. Como se ha afirmado en otras partes de este trabajo, esa especificidad consiste en la coincidencia de dos roles: el de hombre público, funcionario prestante dedicado a tareas de dirección del Gobierno, y el de escritor, representante de la cultura legítima y poseedor de un don para la escritura y de una inteligencia y sensibilidad superiores. De esta figura del intelectual, que aquí se denomina intelectual-dirigente, se ocuparán las siguientes páginas.

En el intelectual-dirigente podía coexistir el poeta, pero los rasgos de este último se atemperaban y cedían el lugar predominante a la representación del guía ilustrado del pueblo, del conductor espiritual de la Nación, del hombre de ideas. Según este punto de vista, una de las tareas del intelectual-dirigente era forjar el destino de su pueblo y “contribuir a [su] formación mental, artística y literaria”. Debía crear imágenes que sirvieran de “guías históricas” y, por si fuera poco, había de “mantener vivos todos aquellos aspectos de la cultura que [fueran] indispensables para el desarrollo de una vida más propicia al espíritu” (Ibáñez, 1946, p. 4).

178. Charle (2000) compara la situación de los intelectuales europeos a fines del XIX.

Estos intelectuales estaban convencidos de que “los escritores deb[ían] intervenir en la cosa política, para dignificar con su sinceridad y su sentido altamente humano de la vida, el sistema de conducir el Estado” (A. P., 1948, p. 12). En general, el intelectual-dirigente aspiraba a influir en la “vida espiritual” del pueblo, una labor que se proponía realizar por medio de la prensa, el Estado y los partidos políticos. Su actividad intelectual estuvo vinculada a la vida pública, y, a su manera, profesó una cierta forma de “compromiso” (por ejemplo, aunque no únicamente, buscando impulsar cambios sociales por medio de la difusión cultural).¹⁷⁹

Para el intelectual-dirigente, la idea del compromiso con su tiempo jugó un papel muy importante. Durante la década de 1920, cuando la mayoría de ellos se formaron, esa idea les permitió establecer diferencias con otra supuesta generación de intelectuales, los centenaristas, a quienes reprochaban un supuesto desinterés por los problemas de su época. Es lo que Arias (2007) ha llamado, refiriéndose a los primeros, “mayor militancia” de las nuevas generaciones.

Un intelectual-dirigente del periodo fue Jorge Zalamea, a quien solía vincularse con la generación de los Nuevos. Periodista y hombre público, sus contemporáneos reconocían en él su cultura literaria, su actividad crítica y la agudeza de su prosa.¹⁸⁰ En una nota de la *Revista de las Indias* de 1940, además de distinguírsele como “el más representativo y cabal hombre de letras” de los Nuevos, se le elogiaba como “el más agudo de los críticos del país”, para concluir destacando su actividad pública: “Ocupó durante algunos años la secretaría general del ministerio de Educación, en donde ejerció notable influjo sobre la orientación espiritual del país” (“Nuevos colaboradores”, 1940).¹⁸¹

Otro hombre de este tipo –escritor, intelectual, hombre de partido, “orientador espiritual del pueblo”– fue Juan Lozano y Lozano, a quien se solía elogiar en la prensa política y literaria. Con motivo de su designación como ministro de educación en 1941, durante la

179. Sobre el papel que los jóvenes intelectuales asignaron a la cultura como factor de cambio social, ver Silva (2015).

180. Sobre Jorge Zalamea, ver López, A. (2014).

181. Sin datos de página. Zalamea fue colaborador habitual de la *Revista de las Indias*.

presidencia de Eduardo Santos, la misma *Revista de las Indias* celebraba el acontecimiento con estas palabras:

El nombramiento de Juan Lozano y Lozano (...) no es solamente, en este país de intensa vida política, el justo término de una consciente labor periodística, de un acendrado amor por las más altas especulaciones de la filosofía y de la historia, sino la llegada de uno de los más puros escritores, de los más inatacables valores de la inteligencia colombiana, a la dirección del ramo educativo de la república. (A. H., 1941, p. 270).

Así continuaba la nota:

Para nosotros, [él] ha sido siempre un director del espíritu, realizado ejemplo de intelectual, allegado, bajo el influjo de encontradas mareas, al juego de la política que, para él, ha consistido fundamentalmente en describir un programa estatal, en fijar una concepción filosófica de la existencia, ajeno a toda pequeña maquinación electoral, ajeno a toda fluctuación y a todo mediano impulso. (A. H., 1941, p. 271).

Como hombres públicos, estos personajes representaban, según el discurso imperante en la época, una concepción más alta de la política: su presencia la enaltecía. Ellos habían llegado a la actividad política sin proponérselo, desinteresadamente. Desde luego, este tópico negaba que la actuación en política hacía parte del destino probable de escritores y periodistas socializados tempranamente en los partidos. Incluso un escritor que había sido comunista, Luis Vidales, defendía esta presencia pública (en el Estado) de los intelectuales, afirmando que era una “necesidad apremiante”: el “creador de cultura”, creía Vidales, estaba “obligado a intervenir” en el “desarrollo y ordenación de su pueblo (...) como algo que le concierne íntimamente” (“Encuesta a los intelectuales. Respuesta de Luis Vidales”, 1945, p. 422).¹⁸²

Entre los intelectuales-dirigentes más importantes del periodo, se destacan también Germán Arciniegas y Alberto Lleras. Con ocasión del nombramiento del primero como ministro de educación, la *Revista de las Indias* elogiaba sus cualidades literarias y predecía su

182. Sobre las relaciones entre comunistas y “liberales de izquierda” en los años 40, ver Green (2000).

buen desempeño en el cargo: “La presencia del joven maestro de las letras colombianas en la rectoría de la cultura del país constituye una clarísima garantía de eficacia, de alcurnia mental, de honesto laboreo, de impulso creador y organizador”. No era, desde luego, la primera vez que Arciniegas actuaba en la política, aunque el comentarista afirmaba que su vocación era “fundamentalmente la de escritor” (“Ministro de Educación”, 1942, p. 414).¹⁸³

Alberto Lleras era un personaje muy admirado entre sus contemporáneos. De él solía decirse, según el lugar común, que la política lo había desviado de la literatura. Elogiado como líder político, siempre se resaltaba sin embargo su labor como escritor, en particular como periodista. Como tal, y desde su juventud, Alberto Lleras se había convertido “en la voz orientadora, en el guía y en el promotor de grandes movimientos de opinión, (...) impulsado por un caudal de ideales perfectos” (“Alberto Lleras”, 1943, p. 419).

En 1945, Lleras fue designado presidente de la República. “Más que un triunfo político” –decía la *Revista de las Indias*–, su designación era “un triunfo de la inteligencia” (L. D. P., 1945, p. 297). Pocos días después de que Lleras dejara el cargo, el semanario *Sábado* publicó una semblanza suya escrita por Eduardo Caballero Calderón. Según Caballero, Lleras había comenzado su carrera como periodista y escritor “desde muy joven, casi desde niño”. Había pertenecido a los Nuevos, había sido director y colaborador de los principales diarios del país, había ocupado cargos públicos de manera impecable. Su prosa periodística era “de una alta calidad artística”. Hombre de Estado y escritor, ambas figuras se confundían en él.

Lleras es un hombre de Estado que sabe escribir y que sabe hablar (...). Sabe que la palabra, cuando es bella, deslumbra y apasiona a las multitudes, y cuando es la fiel expresión de una ideología, y sobre todo de un carácter, puede gobernar a los ciudadanos. Su

183. En Arciniegas se juntaban, según uno de sus contemporáneos, una “valiosa obra de escritor”, “magníficas capacidades administrativas”, una “larga tarea culturizadora y educativa” y una “limpia trayectoria política”. El escritor, el intelectual y el político convivían sin aparente conflicto y daban forma a la figura dominante del intelectual-dirigente. Ver Meneses (1946). Todavía en 1948, se consideraba que el cargo de ministro de educación debía ocuparlo quien pudiera actuar como “rector del pensamiento colombiano, orientador y formador de juventudes”. Ver “Fabio Lozano y Lozano” (1948).

prosa es clara, objetiva, armoniosa y en los últimos años se ha ido desnudando de vanidades literarias y muestra al través de las palabras su nervatura (sic) interna (...).

Lleras no sólo ha demostrado en su administración que es un gran escritor de Estado, sino que al agregar esa nueva especialidad a la de cronista, humorista y editorialista, que ya había practicado en largos años anteriores con soberana maestría, ha demostrado hasta la saciedad que es un gran escritor (Caballero Calderón, 1946, pp. 4 y 15).¹⁸⁴

El escritor comprometido¹⁸⁵

Una variante del intelectual-dirigente, pero más a la izquierda, fue la figura del escritor comprometido (algunos de ellos hicieron parte de lo que se conoció como “liberales de izquierda”). Aunque ocuparon cargos públicos, los escritores comprometidos no alcanzaron, por lo general, la prestancia burocrática de los primeros. Compartieron con ellos muchos rasgos –la idea del compromiso con su tiempo, su misión como orientadores del pueblo, el alto valor asignado al dominio de la cultura letrada–, pero acentuaron el carácter clasista o popular de su labor. Asignaron, por ejemplo, una clara función social a la literatura.

Uno de los escritores que mejor representaron esta figura fue José Antonio Osorio Lizarazo (1900-1964). Autor de varias novelas, sus historias de seres perseguidos y desesperados aspiraban a “impresionar la sensibilidad” de los lectores, para que, de este modo, vieran “el relato de sus propias desventuras” y se identificaran con ellas. Según Osorio, el escritor debía aspirar, por medio de su obra, a “remover el ímpetu de lucha” de los grupos marginados y explotados de la sociedad. Él llamaba a todo esto la “esencia social de la novela”, idea que expresaba con claridad en un artículo homónimo:

No puede existir un legítimo concepto contemporáneo de la novela sino desde su punto de vista social, esto es, como instrumento adecuado para despertar una sensibilidad y para formar un ambiente propicio

184. Ver también Lleras (1997).

185. Algunas partes de este subtítulo, en especial las que tratan del escritor José Antonio Osorio Lizarazo, ya habían sido publicadas en Van der Huck (2012).

a obtener la afirmación de un equilibrio y de una justicia sociales. El novelista tiene que ser fiel a esta finalidad (Osorio, J., 1978a, p. 422).

Osorio veía en la literatura un instrumento de transformación social. Al “representar inquietudes y angustias colectivas”, decía, ella tendría la capacidad de revelar “en todas las víctimas de una inadecuada organización social el doble sentimiento de su propia inferioridad y de su fuerza latente y adormecida” (Osorio, J., 1978a, p. 422). Esta idea estaba en el origen de su concepción acerca de la novela:

Ni la novela de imaginación (...) ni la puramente psicológica (...) pueden encajar dentro de los conceptos que son esenciales a las nuevas generaciones, para ser fieles a su época y a su deber. La única forma legítima de la novela es la social; y entonces debe limitarse a denunciar, con el fin exclusivo de hacer más fácil su penetración hasta las facultades imaginativas de la masa, los problemas y las angustias de esa misma masa (Osorio, J., 1978a, p. 425).

Tal concepción de la novela iba acompañada de la imagen del escritor comprometido, quien, al ejercer su oficio, debía tener en cuenta los problemas sociales de su tiempo, situándose siempre del lado de los más débiles. Por medio de la definición de la esencia social de la novela, Osorio Lizarazo revelaba su punto de vista sobre el papel del escritor en la sociedad. Al respecto escribía:

El intelectual que se encierra en una muda admiración de sus propias emociones, a rezongar sus propios conceptos personales, que no pueden producir provecho, que no contribuyen a formar un ambiente favorable a las grandes realizaciones, se está traicionando a sí mismo, o se ha colocado en un lugar de tal suerte anacrónico, que reduce sus posibilidades de elemento creador o propulsor a las de un simple elemento consumidor (Osorio, J., 1978a, p. 422).

Osorio Lizarazo oponía su propia imagen de escritor comprometido a la de quienes, según él, veían en la literatura un simple ejercicio estético y, por un puro afán de distinción, decoraban la realidad de “inquietudes europeas” (Osorio, J., 1978b, p. 499), sin prestar atención a las condiciones de su medio social (Osorio, 1978b; 1978c).

Frente a los artificios literarios, el escritor comprometido debía crear una obra basada en la sinceridad, es decir, en la comunión con su medio, caracterizado por la injusticia y la exclusión. Para poder cumplir con sus funciones, la novela debía ser objetiva y sincera. Esto solo podía lograrse si entre el escritor y los marginados existía una afinidad basada en la experiencia. Solo cuando el escritor “padeció en su propia carne la angustia colectiva”, “anduvo con los mendigos y penetró a las mazmorras de la horrenda miseria” –escribe Osorio Lizarazo–, “sólo entonces (...) quedó dentro de su época y cumplió su función” (Osorio, s. f., f. 238).

Esa experiencia compartida (Osorio dice: “compenetración perfecta”) entre el novelista y los personajes sobre los que escribe evitaría que aquel se convirtiera en “un lírico” y limitara “la acción de sus personajes a conflictos sentimentales”. Al novelista le sería, entonces, “indispensable dar una parte de su íntima carne desgarrada por la horrenda desigualdad económica”; él debía ser, continúa Osorio, “un individuo atormentado por su sensibilidad” (Osorio, s. f., f. 242).¹⁸⁶

Entre los escritores comprometidos estaba también Antonio García (1912-1982), abogado y economista, fundador en 1933 de un Centro de Estudios Marxistas en la Universidad del Cauca. García fue, de hecho, “uno de los principales receptores y difusores en el país del socialismo, así como del ‘americanismo’ asociado al ‘indigenismo’” (Betancourt, 2007, pp. 113-114). García fue autor, además, de una *Geografía económica de Caldas* (1937), por encargo del presidente Alfonso López Pumarejo, de quien también fue asesor en su segundo mandato. En 1934, Antonio García publicó un libro de cuentos, *Colombia S. A.*, con un prólogo sobre la “Interpretación económica del arte”. Unos años más tarde, en 1939,

186. Uno de los lugares donde mejor se aprecia la idea de que la obra literaria solo puede ser sincera si proviene del padecimiento del escritor es en Osorio, J. (1978c, p. 551): “[Gorki] no se proponía (...) ser un escritor apacible y radiante, lleno de líricos entusiasmos por las cosas abstractas. Era preciso vivir pegado a la tierra, a la buena y generosa tierra sobre cuya superficie se pasea, victoriosa, la injusticia. Era preciso desgarrarse el corazón y la propia vida, y no ocultar nada, y mostrarse desnudo ante los multiformes ojos atónitos, para que al contemplar sus lacras, cada uno de los miserables pudiese decir: ‘¿Pero éste, por ventura, no soy yo mismo? ¿No es éste mi sufrimiento y no es idéntica mi amargura?’ Y con ello se prendería la llama tenue de la inconformidad, que podría incendiar el mundo en una rebelión de miserables”.

escribió un libro pionero sobre los indígenas en Colombia, *Pasado y presente del indio*, y con anterioridad había publicado poemas y ensayos literarios en la prensa nacional.

Otros escritores comprometidos fueron César Uribe Piedrahita (1897-1951), Lino Gil (1892-1938) y Manuel Zapata Olivella (1920-2004). El “arte por el arte” –decía un colaborador habitual de la prensa literaria a propósito de Lino Gil– no podía agradar “al hombre de barricada que exige de la obra un contenido más humano”. La obra literaria debía ser, para ese hombre, el resultado del “grito que nace en hondonadas humanas y muere en cárceles, burdeles y manicomios” (Arango Ferrer, 1937, p. 8).

De Manuel Zapata Olivella (1920-2004) escribía un comentarista: “Verdadero hombre cabal que ha sufrido conscientemente las inclemencias de la vida simple, vulgar, y ha vivido en su propia sangre la tragedia común, la explotación de los humildes, la humillación del oprimido”. Zapata Olivella había conocido la miseria económica y ocupaba “sin vacilar la trinchera que su posición ideológica” le señalaba, “difundiendo en actitud mesiánica la esperanza de redención y liberación total de la humanidad” (Abril, 1949, p. 13).

Zapata Olivella, escritor afrocolombiano, había nacido en Lórica (Bolívar) y se había educado en “su propia casa, hogar y colegio, con un padre de ideas radicales y anticlericales que recibió una formación parcial de abogado (...) antes de instalarse en Lórica como maestro de escuela” (Viveros, 2013, p. 467). Zapata Olivella estudió medicina en Bogotá, viajó, en su juventud, por América Central y Estados Unidos y fue activista en favor de la población negra. Su primera novela, *Tierra mojada* (1947), retrata de manera crítica las condiciones de vida de los arroceros del Sinú.

Al insistir en la sinceridad de su obra, la representación del escritor comprometido resaltaba su origen humilde y su condición subordinada entre los intelectuales colombianos, en especial entre los intelectuales-dirigentes. A diferencia de estos, el escritor comprometido había padecido los sufrimientos del pueblo. Este hecho validaba sus reclamos de superioridad moral y literaria.¹⁸⁷

187. Otros escritores comprometidos del periodo, pero especialmente sus novelas, son abordados en Sohn (1978).

A modo de conclusión

Poeta, intelectual-dirigente, escritor comprometido; estas tres figuras dominan las representaciones del escritor entre 1930 y 1946. Ninguna de ellas puede considerarse una creación de los escritores colombianos, ni circuló por primera vez en las décadas de 1930 y 1940. Sin embargo, su circulación y actualización en un nuevo contexto político y de relaciones entre los escritores y el Estado –entre el oficio de la literatura y la política– otorgaron a estas representaciones un sentido particular.

La figura romántica del poeta es reconocible en Colombia en la segunda mitad del siglo XIX. Como ha mostrado Jaime Jaramillo (1994), los románticos franceses y la revolución de 1848 tuvieron una influencia considerable en el “movimiento político e intelectual” del país entre 1850 y 1870. Los principales elementos de este romanticismo local habrían sido el sentimentalismo y un utopismo basado en “el pathos romántico cristiano del pensamiento social del 48” (Jaramillo, J., 1994, p. 166). “La interpretación de Cristo como líder de los oprimidos fue entonces lo que podríamos llamar con toda propiedad una ‘idea fuerza’ de la época” (Jaramillo, J., 1994, p. 167).

Estas ideas habrían encontrado eco entre poetas y escritores activos en la política, en especial liberales radicales y algunos conservadores. En general, estos hombres creían “en la democracia de los derechos, pero también en la aristocracia de los sentimientos” (Lamartine, 1859, citado en Jaramillo, J., 1994, p. 175).

En 1930, para los intelectuales liberales, una utopía parecía realizable, si bien, como era de esperar, su llegada al gobierno moderó su imaginación utópica (que había sido, en todo caso, más socialista que cristiana –el telón de fondo era la Revolución de Octubre, no la de 1848–). En cuestiones estéticas, ellos profesaban, al igual que sus pares conservadores, la creencia en la “aristocracia de los sentimientos”.

En 1881, Salvador Camacho Roldán, escritor y político radical, escribe unas palabras que podían haber suscrito sus colegas de 1930 y 1940. Camacho alude a la belleza como misterio. Alcanzar ese misterio, dice, requeriría

dotes exquisitas de percepción y sensibilidad (...), y un lenguaje de precisión delicada para representar después sus visiones en imágenes comprensibles para los no iniciados. Esta dificultad suprema – continúa– exige en los sacerdotes de ese culto cualidades superiores, organizaciones privilegiadas, que hacen del poeta un ser excepcional y casi sagrado. (Camacho, 1881, citado en Jiménez, D., 2006, p. 298).

Respecto a la figura del intelectual-dirigente, parece razonable considerar los años 20 como el momento decisivo para la conformación de sus rasgos más notables. Durante esos años, jóvenes escritores, intelectuales y periodistas agrupados en revistas y diarios, y actuando a veces en nombre de un grupo (la generación de los Nuevos, los Leopardos, los Arkilóquidas, los liberales de izquierda), imaginaron para sí una tarea renovadora de las costumbres políticas y literarias.¹⁸⁸ Esta tarea incluía su participación directa en instituciones como los partidos, el Estado y los medios de comunicación escritos, los cuales, según su punto de vista, habían sido tomados por intereses egoístas. Por medio de una política de ideas, y no de cálculos mezquinos, y de una literatura sincera y expresiva, y no encorsetada en los preceptos retóricos y gramaticales del pasado, ellos cumplirían su labor transformadora y harían del periodismo, la literatura y la política actividades guiadas por altos ideales. No eran, pues, intelectuales que imaginaran su existencia *por fuera* y se definieran a sí mismos *en contra* del Estado, como sí ocurriría con otros intelectuales en épocas posteriores (Tirado, 2014).

Asimismo, al insistir en el compromiso con su tiempo, estos hombres acentuaron algunos rasgos que establecían diferencias con otras “formas de ser” intelectual. Ellos, por ejemplo, reclamaban de este más apertura hacia los acontecimientos sociales, políticos y culturales de su época. En consecuencia, imaginaron su tarea como parte de una comunidad más amplia que enfrentaba cambios decisivos (Revolución Rusa, ascenso del fascismo en Europa, Guerra Civil española, Segunda Guerra Mundial).

Como jóvenes debutantes en los años 20, y como intelectuales-dirigentes en las décadas posteriores, estos hombres manifestaron

188. Los debates literarios del periodo están bien descritos en Ardila (2013).

también una conciencia propia “frente a lo que puede ser llamado una ‘sociedad moderna’” (Silva, 2015, p. 272). Según Silva,

a este hecho se suma la importancia que daban a las instituciones de cultura como centros de reflexión sobre las soluciones que exigían los llamados “problemas nacionales” (...), y el reconocimiento que hacían de la existencia de *problemas sociales específicos* relacionados con el mundo de los trabajadores, tanto en el campo como en la ciudad. Además –continúa el autor– (...), alentaban la idea de que había una estrecha relación entre la solución de los nuevos “problemas sociales” y el carácter democrático de una sociedad. (2015, pp. 272-273 [cursivas en el original]).¹⁸⁹

Con la victoria del Partido Liberal en 1930, después de más de cuatro décadas de gobiernos conservadores que habían contado con el apoyo de la Iglesia católica, los jóvenes intelectuales formados en los años 20 (especialmente aquellos de filiación liberal) encontraron la oportunidad de asumir cargos en la dirección del Estado, sobre todo como encargados de la política educativa y cultural de los nuevos gobiernos. Este paso decidido a la política debe comprenderse en el marco de “una sociedad que no garantizaba las condiciones materiales en que puede sostenerse (...) un grupo de hombres de letras que no dispone de rentas propias” (Silva, 2015, p. 273). Es seguro, asimismo, que con el triunfo de los liberales en 1930 estos jóvenes intelectuales (al menos los que simpatizaban con el cambio que parecía abrirse paso en la sociedad y con el entusiasmo que lo acompañaba) vieron en el servicio público una oportunidad única para llevar a la práctica su afán renovador.

La representación del escritor comprometido recreó la posición ambigua de escritores socializados en la política y la prensa liberales, simpatizantes del socialismo y vinculados (o aspirantes) a diferentes tareas de gobierno, si bien, como ya se ha dicho, en posiciones inciertas (cargos burocráticos o periodísticos menores, sin el prestigio de los que ocupaban los intelectuales-dirigentes). Como ha afirmado Deas

189. Sobre los intelectuales de los años 20 y su interés por la “cuestión social”, ver Arias (2007, pp. 157-161).

a propósito de los años 20, “un buen número de políticos intelectuales pasaron fugazmente por [la] izquierda, antes de adaptarse al Partido Liberal” (Deas, 2015, p. 29). La izquierda a la que alude el autor era la del débil Partido Socialista Revolucionario (1926-1929) y otras agrupaciones de escaso peso político y electoral. “Hacer carrera” por fuera del Partido Liberal o Conservador era muy difícil, si no imposible. De suerte que, para los escritores liberales de izquierda, e incluso para sus colegas conservadores más radicales (los Leopardos), su adhesión a uno de estos dos partidos resultaba casi natural.

Ubicados en los márgenes de una élite política e intelectual, algunos de ellos –reconocidos como liberales de izquierda o socialistas– revelaron en sus obras y en sus vaivenes ideológicos la incertidumbre de su posición social. Los poderosos fueron el blanco predilecto de sus críticas, pero también su “oscuro objeto del deseo”. El pueblo, al que decían pertenecer y servir con su literatura, era el mismo que a veces describían como una fuerza ciega y bárbara, capaz de la mayor inocencia (el pueblo niño que debía ser educado) o la mayor abyección (el pueblo villano que, además de educado, debía ser contenido).

El desprecio de un escritor como Osorio Lizarazo por los escritores que, según él, llenaban sus libros de inquietudes europeas era también, en realidad, el desprecio (y el inconfesado deseo) de sus privilegios. Entre 1930 y 1946, de hecho, nada indica la presencia de una polémica activa sobre la función social de la literatura (la “esencia social” de la novela). Al contrario, entre las novelas más apreciadas estaban las “novelas sociales”, es decir, relatos de la vida, los conflictos y los padecimientos de grupos subalternos de la sociedad (obreros, campesinos, trabajadores de explotaciones mineras o agrícolas, pequeños empleados de la burocracia, etc.), con propósitos más o menos claros de denuncia.¹⁹⁰

Las tres figuras del escritor descritas en este capítulo revelan menos unas posiciones bien definidas en un supuesto campo literario

190. Por ejemplo: *La vorágine* (1924), de José Eustasio Rivera; *Mancha de aceite* (1935), de César Uribe Piedrahita; *Risaralda* (1936), de Bernardo Arias Trujillo; *Hombres sin presente* (1938) y *El hombre bajo la tierra* (1944), de José Antonio Osorio Lizarazo. Pineda (1999; 2001) ofrece breves reseñas de estas y otras novelas colombianas.

autónomo, o en proceso de serlo, que las tensiones derivadas de un oficio, el de la literatura, que para subsistir y promocionarse dependía en una proporción aún muy importante (difícil de determinar con exactitud) del “mecenazgo estatal”, así como de los vínculos sociales y políticos que hacían del favor un principio básico de la vida intelectual (ver el capítulo anterior).

Entre los escritores, las redes políticas y el Estado no existió una única forma de relación. Sin embargo, todas tuvieron una base común: la debilidad del mercado editorial, la escasez de lectores, la general imposibilidad de ganarse la vida escribiendo, un “sistema universitario” débil y limitado en su oferta; y, como soporte institucional mayor, un Estado en crecimiento, dispuesto no solo a elevar el nivel cultural del pueblo, sino también a emplear y promover a los intelectuales.

Conclusiones

En esta investigación me he propuesto describir y analizar el oficio de escritor en Colombia entre 1930 y 1946; años que marcan el comienzo y el fin de la República Liberal. En primer lugar, opté por realizar una aproximación cuantitativa a la “población literaria”, un esfuerzo inicial que, sin duda, debe completarse aún. Sin embargo, a pesar del carácter aún parcial de la información, esta ofrece valiosos indicios en los que vale la pena profundizar.

Por ejemplo, ¿por qué escribieron tan pocas novelas las figuras más destacadas de la vida literaria e intelectual del periodo? Responder esta pregunta requiere, probablemente, una investigación cuidadosa sobre el desarrollo de los géneros literarios en Colombia, en especial en la primera mitad del siglo XX. Una posible hipótesis, sin embargo, señalaría hacia una tradición heredada del siglo XIX que le asignaba un valor supremo a la poesía; género que parecía gozar de la mayor admiración y que era objeto de los arrebatos más ardientes. El poeta era, como se vio, un elegido entre los elegidos.

Con todo, los intelectuales-dirigentes no se destacaron como poetas, si bien algunos de ellos practicaron la poesía, así como los poetas practicaron, incluso con algún éxito, otros géneros. Si se revisan las publicaciones de los intelectuales-dirigentes, es posible constatar que sus géneros predilectos fueron el ensayo literario, histórico y político, la crítica literaria y el artículo periodístico. ¿Qué conjeturar entonces? Mientras que la publicación de una novela suponía trámites relativamente largos y molestos, sacar algún dinero del bolsillo del autor y, además, resultaba casi siempre un pésimo negocio, la de un ensayo, crítica o artículo periodístico era no solo más expedita, sino que se podía recibir algún dinero a cambio. Pero es posible, asimismo, que la novela

fuera un género no solo menos prestigioso que la poesía, sino también que el ensayo: en este, los escritores podían hacer gala de su inteligencia, agudeza, cultura literaria y filosófica, viajes, contactos, etc.

En segundo lugar, decidí estudiar las condiciones sociales de la escritura literaria. Para ello, me basé en las constantes quejas de los escritores de los años 30 y 40, tal como las expresaron en la *Revista de las Indias*. Al contrastar esta información con información de otro tipo, es posible concluir que esas condiciones no fueron, salvo raros casos, económicamente rentables. Sin embargo, había escritores, y escribían, y publicaban sus libros. Ellos desmentían la afirmación atribuida a Samuel Johnson: “Ningún hombre, a menos que sea un perfecto idiota, querría escribir nunca nada, salvo que se le pague por ello” (Johnson citado en Leys, 2011, p. 113).

¿Cuáles eran, entonces, los estímulos que movían a un grupo de hombres de letras a publicar libros, poemas, artículos y ensayos? Ante todo, estímulos simbólicos: ofrecer un texto a la imprenta era una manera de aspirar a los círculos de los hombres *cultos*. Y, en la sociedad colombiana de las décadas de 1930 y 1940, a los hombres cultos, representantes legítimos de la cultura letrada, solía irles bien, especialmente cuando, además de cultos, eran hombres públicos, de la política: recibían honores, elogios y mejores salarios que los de la mayoría de sus conciudadanos, iban vestidos de traje, viajaban a países lejanos, tomaban vino y té. Y escribían, y publicaban, y promovían la difusión cultural, porque creían también en su misión civilizadora: elevar el nivel cultural del pueblo, realzar el nombre de la patria, redimir a la masa.¹⁹¹

Pero es evidente que no todos los escritores lograron el brillo que hubieran deseado, ni la confirmación de su valor por medio de un cargo público, ni una posición prominente en la prensa o la diplomacia. Es posible que una relación frustrada con las expectativas abiertas por la

191. En esta creencia resonaba, sin duda, el pasado. Desde al menos la segunda mitad del siglo XIX, los hombres de letras otorgaron un poder espiritual a la palabra impresa: un poder aleccionador. Para los literatos conservadores, el arte debía promover y preservar las virtudes católicas, el orden. Para los literatos liberales, el arte debía promover y preservar las virtudes cívicas. Escribir era, en todo caso, un oficio moralizante. Al respecto, ver Arango y Fernández (2011).

República Liberal, especialmente en el caso de los escritores afines a su “proyecto”, haya estado en el origen de los reclamos más contradictorios de autonomía literaria, de las críticas más lúcidas y amargas sobre la situación social del escritor, y de las relaciones más ambiguas y erráticas con “el poder” y “el pueblo”.

Es un error considerar a los escritores de las décadas de 1930 y 1940 simples repetidores del pasado. Entre ellos, como he tratado de mostrar, había rasgos novedosos: una noción moderna del intelectual; una reivindicación menos tímida de la retribución económica de su trabajo; una concepción menos moralizante de la literatura. Estos rasgos novedosos convivían, no obstante, con unas condiciones desfavorables a la “autonomía literaria”: los estrechos vínculos entre los escritores y los partidos políticos; la escasez de un público anónimo de lectores como posible instancia de consagración; el peso de unas convenciones literarias ampulosas y retóricas.

Silva (2006) ha mostrado cómo a fines del siglo XVIII se había formado ya entre los hombres de letras el ideal de una obra libre, que cumpliera las exigencias propias del trabajo intelectual y no los requerimientos de instituciones como el mecenazgo estatal o el patronazgo político. De ahí que, según el autor, los ilustrados neogranadinos puedan ser considerados “intelectuales de perspectiva moderna”, pero “viviendo en un marco institucional que impedía la realización de esa modernidad cultural” (Silva, 2006, p. 538).

Sin embargo, el siglo XIX no habría de representar la realización de esa modernidad cultural, porque del mecenazgo no se hizo el tránsito al mercado, sino al “vacío”:

Los gobiernos republicanos, en medio de guerras civiles y crisis fiscales no tuvieron ninguna oportunidad de crear sólidas instituciones de cultura, que algún alivio representarían para la “reproducción material” de los creadores culturales, al tiempo que la sociedad, profundamente rural y tradicional, mucho menos tuvo la posibilidad de conocer el surgimiento de un mercado estable que hubiera lanzado sus redes más allá del intercambio material al intercambio cultural, permitiendo la organización de un campo cultural autónomo, garantizado por la existencia de creadores, a través de la creación de un público especializado de consumidores. (Silva, 2006, p. 538).

La contradicción de los ilustrados no se resolvió, pues, con los cambios que siguieron a la Independencia. De hecho, el asunto de la financiación del trabajo intelectual se hizo aún más difícil. Lograda ya una concepción de este trabajo como trabajo libre y autónomo, propiedad de su creador, digno no solo de admiración, sino de retribución económica, el ideal de los ilustrados no pudo realizarse prácticamente. El problema del dinero –“uno de los más enojosos problemas del intelectual en el mundo moderno” (Silva, 2006, p. 551)– creó, por lo tanto, nuevas formas de angustia y dependencia.

Una contradicción similar enfrentaron los escritores de la República Liberal. Siguiendo la idea de Silva, podría decirse que estos hombres pasaron no del “vacío” al mercado, sino del “vacío” al Estado. También eran intelectuales de “perspectiva moderna”, incluso de una más radical, pues en ellos se insinuaba, así solo fuera como ideal, la figura del intelectual acusador, aquel que, basado en su autoridad literaria y moral, se alzaba en contra de la arbitrariedad del Estado y de los poderes establecidos.

Pero ellos dependían, precisamente, del Estado, así como de la política y la prensa partidistas. Estos eran los terrenos básicos de su formación, actuación y reproducción. Al igual que los ilustrados, los escritores de la República Liberal vivían en “un marco institucional que impedía la realización” de sus ideales. Ahí radicaba su ambigüedad, su deseo de cambio siempre contenido, su defensa ambigua de la retribución económica del trabajo intelectual.

Según Braun (2008), durante la República Liberal las élites políticas liberales y conservadoras, a pesar de sus conflictos y controversias, habrían compartido ideas, cargos, lugares de sociabilidad, medios escritos, ceremonias de sociedad... Sobre todo, habrían compartido una visión de la vida pública según la cual a ellas les correspondía un papel superior en la educación del “pueblo” –un pueblo niño– y en la orientación “espiritual” de la Nación. Braun ha llamado a esto “convivialismo”: una manera de concebir y practicar la política en la cual la separación entre los dirigentes y el pueblo parecía fundarse en un principio de división natural.

Según su lugar en esa red de vínculos que formaban el convivialismo, los escritores podían gozar más o menos de sus *favores*. Sin embargo, esos vínculos eran abigarrados. En ellos confluían las lealtades políticas, la amistad, la admiración, el cálculo, el oportunismo y el interés. A veces, esos vínculos se parecían más a

relaciones entre hombres de “nivel equivalente”; otras, a relaciones entre hombres de “niveles diferentes” (Guerra, 2001, p. 48). Como afirma este autor, no siempre es fácil, ni posible, distinguir entre unas y otras. Y, aunque estaban conformadas por lazos de clientela, esas relaciones estaban también “cargadas de elementos” que sobrepasaban “el mero intercambio de obligaciones” (Guerra, 2001, p. 148). Es en este contexto donde el favor llegó a ser un principio básico de la vida intelectual (tema del capítulo VI).

¿Qué obtenían los escritores que pedían favores, y qué aquellos que los concedían? Los primeros, aparte del contenido particular del favor, obtenían la confianza (siempre relativa) que podía brindarles “ganarse” o “contar” con el favor de alguien: alguien capaz de promover sus aspiraciones literarias, laborales e incluso políticas. Los segundos, sobre todo, obtenían una conciencia satisfecha de su rango: estos se miraban en un espejo (el espejo de los que pedían sus favores) que les devolvía estima, lealtad, gratitud, servilismo o elogios (o quizás todo a la vez).

Hay una breve fábula sobre el escritor como personaje:

Al otro, a Borges, es a quien le ocurren las cosas. Yo camino por Buenos Aires y me demoro, acaso ya mecánicamente, para mirar el arco de un zaguán y la puerta cancel; de Borges tengo noticias por el correo y veo su nombre en una terna de profesores o en un diccionario biográfico.

No sé cuál de los dos escribe esta página. (Borges, 2005, pp. 61-62).

La fábula alude a un hecho central de la vida literaria moderna: el desdoblamiento entre el autor (la persona natural, Borges el caminante) y el escritor (el personaje “a quien le ocurren las cosas”), es decir, el encargado de representar al primero en la “escena literaria” (Vaillant, 2014). Ser escritor es ser, precisamente, un personaje: su notoriedad y sus atributos se relacionan con su presencia y *actuación* pública (o con su rechazo de esta), no solo porque el escritor profesa una forma más o menos teatral de singularidad, sino porque los críticos, los lectores y los medios participan en la creación de esta.

En el capítulo final de mi trabajo me he ocupado de estas cuestiones. Tres representaciones dominaron y recrearon las diferencias entre los escritores de los años 30 y 40 en Colombia. 1) La figura del intelectual-

dirigente, el “polo dominante” del mundo literario, personificado sobre todo por hombres formados en, y comprometidos con, los partidos Liberal y Conservador.¹⁹² 2) La figura romántica del poeta, hombres por lo general más esquivos a la política partidista, pero no completamente ajenos a ella. Algunos, de hecho, parecieron adaptarse menos al convivialismo: a su manera, en los límites de su medio, ellos representaron, a veces, ciertas formas de iconoclasia. 3) La figura del escritor comprometido; por lo general, “liberales de izquierda”, y otros, los más jóvenes, más resueltamente socialistas y reacios a militar en los partidos tradicionales.

Para finalizar, quisiera decir que, entre los asuntos abiertos por esta investigación, hay uno que me parece especialmente interesante: el de la vida y el destino de los escritores anónimos, novelistas de una sola novela, habitantes de pueblos aislados, hombres y mujeres (un asunto pendiente) que, con seguridad, debieron pagar de su bolsillo una edición mediocre, que luego enviaron a conocidos y desconocidos, posiblemente con una dedicatoria, a la espera de un suceso, de una oportunidad, o a lo menos de un comentario elogioso. Esos mismos escritores que, ilusionados, resignados o amargados, debieron conservar un ejemplar de su libro en su pequeña biblioteca. Todos ellos forman parte de la República (olvidada) de las Letras.

192. Si bien me parece impreciso decir que hicieron parte de una “oligarquía”, sí es cierto que su origen social fue, por lo general, más distinguido, sobre todo si se les compara con los escritores de la lista más amplia (escritores del anexo 1 vs. escritores incluidos en la tabla 6). Sin embargo, hace falta seguir investigando al respecto para conocer mejor, con base en información empírica, qué combinación de “elementos” dotó a los intelectuales-dirigentes de su función dominante.

Bibliografía

Fuentes primarias

Periódicos y revistas

A. B. F. (1941). Tomás Vargas Osorio. *Revista de las Indias*, (32).

Abril, J. (1949, 24 de octubre). Zapata Olivella o la pasión vagabunda. *Sábado*, (325).

Achury, D. (1944). El porvenir de la cultura europea según los pensadores de Occidente. *Revista de las Indias*, (66-67).

Actividad literaria (1942). *Revista de las Indias*, (47).

A. H. (1941). El Ministro Juan Lozano y Lozano. *Revista de las Indias*, (34).

A. H. (1942). Crítica poética. *Revista de las Indias*, (45).

“Alberto Lleras” (1943). *Revista de las Indias*, (50).

Altiplano (1942). *Revista de las Indias*, (44).

Antologías de Sábado. Arturo Camacho Ramírez (1945, 20 de octubre). *Sábado*, (119).

A. P. (1948, 9 de octubre). Antología de Sábado. Guillermo Payán Archér. *Sábado*, (272).

Arango, J. (1937, octubre). Lino Gil en ruta. *Pan*, (16).

Arango, J. (1944, 25 de marzo). Germán Pardo García o la desolación. *Sábado*, (37).

Aragón, V. (1946, 17 de agosto). Ensayos y ensayistas. Eduardo Caballero Calderón. *Sábado*, (162).

- Ardila, J. (1942). El maestro Tomás Vargas Osorio. *Revista de las Indias*, (41).
- Ausencia de la poesía en Colombia durante 1941 (1941). *Revista de las Indias*, (36).
- Caballero Calderón, E. (1946, 10 de agosto). Alberto Lleras, el escritor. Del humorista bohemio, al estadista ejemplar. *Sábado*, (161).
- Carranza, E. (1938). Eduardo Castillo, *Pan*, (22).
- C. A. G. (1941). Gerardo Valencia. *Revista de las Indias*, (30).
- C. M. (1940). Una obra teatral de mérito. *Revista de las Indias*, (19).
- D. A. (1941). Enrique Uribe White. *Revista de las Indias*, (27).
- D. A. (1942). Hojas de Poesía. *Revista de las Indias*, (39).
- E. C. (1940). José Camacho Carreño. *Revista de las Indias*, (17).
- Charry, F. (1945, 13 de enero). Presentación y defensa de los Post-piedracielistas. *Sábado*, (79).
- Cien volúmenes de la Biblioteca de Cultura Popular (1946). *Revista de las Indias*, (92-93).
- Concurso literario (1942). *Revista de las Indias*, (39).
- Concurso musical (1944). *Revista de las Indias*, (63).
- Concurso teatral (1941). *Revista de las Indias*, (27).
- Conferencias de arqueología (1944). *Revista de las Indias*, (61).
- “Daniel Samper Ortega” (1943). *Revista de las Indias*, (58).
- Doctor Alfonso Castro (1943). *Revista de las Indias*, (59-60).
- Echeverri Herrera, C. (1938). Carlos Martín, *Pan*, 21.
- El exterminador (1944). *Revista de las Indias*, (61).
- El monumento a don Marco Fidel Suárez (1942). *Revista de las Indias*, (44).
- El premio a Swann (1943). *Revista de las Indias*, (51-52).
- El Premio Ciudad de Bogotá (1942). *Revista de las Indias*, (46).
- El Premio Ciudad de Bogotá (1943). *Revista de las Indias*, (51-52).

- Encuesta a los intelectuales. Contesta Jaime Tello Quijano (1945). *Revista de las Indias*, (74).
- Encuesta a los intelectuales. Respuesta de Luis Vidales (1945). *Revista de las Indias*, (75).
- En el primer centenario de Cuervo (1944). *Revista de las Indias*, (65).
- Escritores y editores (1944). *Revista de las Indias*, (65).
- “Fabio Lozano y Lozano” (1948). *Revista de las Indias*, (102).
- Forero Benavides, A. (1942). León de Greiff. *Revista de las Indias*, (47).
- Forero Benavides, A. (1944, 29 de enero). Así éramos y pensábamos en 1930. El maestro León de Greiff. *Sábado*, (29).
- Forero Benavides, A. (1944, 16 de diciembre). Jorge Rojas. *Sábado*, (75).
- Germán Arciniegas en los Estados Unidos (1942). *Revista de las Indias*, (46).
- Gómez, A. (1938). Ismael Enrique Arciniegas. *Pan*, (9).
- H. V. (1944). Don Luis de Zuleta y la Madre Castillo. *Revista de las Indias*, (64).
- Ibáñez, J. (1946, 23 de noviembre). Antologías de *Sábado*. Poemas de Alejandro Carrión. *Sábado*, (176).
- Janascha Heitfez (1940). *Revista de las Indias*, (18).
- La Feria del Libro (1943). *Revista de las Indias*, (51-52).
- La economía de la revista (1939). *Revista de las Indias*, (2).
- La exposición del libro (1942). *Revista de las Indias*, (43).
- La obra de Tomás Vargas Osorio (1944). *Revista de las Indias*, (62).
- Los amigos del Museo de Arte Colonial (1944). *Revista de las Indias*, (62).
- Los concursos literarios (1941). *Revista de las Indias*, (25).
- Marianne (1937). Defensa de los escritores. *Revista de las Indias*, (7).
- Martín, C. (1945). Se desconoce nuestra literatura. *Revista de las Indias*, (74).
- Maya, R. (1938). De la vida, del dolor, de la obra. *Pan*, (23).
- Meneses, G. (1946, 8 de junio). Entrevista a Germán Arciniegas. *Sábado*, (152).

- Ministro de Educación (1942). *Revista de las Indias*, (38).
- Nuestro concurso de cuentos (1940). *Revista de las Indias*, (23-24).
- Nuevos colaboradores (1940). *Revista de las Indias*, (23-24).
- Premios de literatura (1944). *Revista de las Indias*, (62).
- Peña, L. D. (1944). Diatriba de la generación. *Revista de las Indias*, (68).
- Peña, L. D. (1945). El Presidente Alberto Lleras. *Revista de las Indias*, (80).
- Peña, L. D. (1945). La editorial Sur América. *Revista de las Indias*, (74).
- Presencia de la crítica en Colombia (1940). *Revista de las Indias*, (16).
- Propiedad literaria y artística (1942). *Revista de las Indias*, (39).
- R. A. (1941). Eduardo Caballero Calderón. *Revista de las Indias*, (32).
- Rafael Maya (1944). *Revista de las Indias*, (65).
- Rodríguez Garavito, A. (1948, 20 de noviembre). La Poesía de Piedra y Cielo. *Sábado*, (278).
- Solano, A. (1946, 20 de abril). Crítica El libro de Hernando Téllez. *Sábado*, (145).
- Tellez, H. (1944, 24 de junio). *Sábado*, (50).
- Tomás Vargas Osorio (1942). *Revista de las Indias*, (37).
- Vallejo, A. (1943, 31 de julio). Antes de que se me olvide. *Sábado*, (3).

Fondos documentales

- Ardila, J. (s. f.). [Carta para Germán Arciniegas]. BN-FGGA-caja 17-carpeta 20.
- Ardila, J. (1944, 22 de agosto). [Carta para Germán Arciniegas desde Bucaramanga]. BN-FGGA-caja 17-carpeta 20.
- Arturo, A. (1939, 20 de junio). [Carta para Germán Arciniegas desde Bogotá]. BN-FGGA-caja 20-carpeta 6.
- Caldas, C. (1940, 15 de enero). [Carta para Germán Arciniegas desde Boston]. BN-FGGA-caja 25-carpeta 5.

- Carranza, E. (1940, 17 de febrero). [Carta para Germán Arciniegas desde Bogotá]. BN-FGGA-caja 20-carpeta 10.
- Carta para Osorio Lizarazo desde Bogotá (1932, 17 de enero). BN-FJAOL-caja 5-carpeta 36.
- Carta para Osorio Lizarazo desde Bogotá (1934, 5 de diciembre). BN-FJAOL-caja 7-carpeta 50.
- Contraloría General de la República (1938-1939). Informes. BLAA-AES-caja 107-carpeta 9.
- Gonzalez y Contreras, G. (1939, 2 de junio). [Carta para Osorio Lizarazo desde La Habana]. BN-FJAOL-caja 7-carpeta 50.
- Hernández de Alba, G. (1940, 12 de marzo). [Carta para Germán Arciniegas desde Bogotá]. BN-FGGA-caja 21-carpeta 18.
- Hernández de Alba, G. (1940, 15 de abril). [Carta para Germán Arciniegas desde Bogotá]. BN-FGGA-caja 21-carpeta 18.
- Lloreda, J. (1940, 9 de abril). [Carta para Germán Arciniegas desde Bogotá]. BN-FGGA-caja 18-carpeta 18.
- Lloreda, J. (1940, 27 de abril). [Carta para Germán Arciniegas desde Bogotá]. BN-FGGA-caja 18-carpeta 18.
- Lloreda, J. (1941, 31 de julio). [Carta para Germán Arciniegas desde Bogotá]. BN-FGGA-caja 22-carpeta 15.
- Londoño, A. (1945, 18 de septiembre). [Carta para Osorio Lizarazo desde Bogotá]. BN-FJAOL-caja 5-carpeta 39
- Naranjo, E. (1940, 3 de septiembre). [Carta para Germán Arciniegas desde Boston]. BN-FGGA-caja 23-carpeta 2.
- Osorio Lizarazo, J. A. (s. f.). El contenido social de la novela latinoamericana. BN-FJAOL-caja 3-carpeta 27B.
- Osorio Lizarazo, J. A. (1940, 23 de febrero). [Carta para Eduardo Santos desde Bogotá]. BN-FJAOL-caja 6-carpeta 42.
- Osorio Lizarazo, J. A. (1948-1954). El trabajo intelectual no puede ser gratuito. BN-FJAOL-caja 3-carpeta 27B.

- Osorio Lizarazo, J. A. (1951, 19 de octubre). [Carta para Eduardo Putnam Tanco desde Buenos Aires]. BN-FJAOL-caja 5-carpeta 37.
- Osorio Lizarazo, J. A. (1952, 18 de enero). [Carta para Eduardo Putnam Tanco desde Buenos Aires]. BN-FJAOL-caja 5-carpeta 37.
- Osorio Lizarazo, J. A. (1952, 10 de febrero). [Carta para Bernardo Restrepo Maya]. BN-FJAOL-caja 5-carpeta 37.
- Pardo, G. (1949, 11 de octubre). [Carta para Germán Arciniegas desde México]. BN-FGGA-caja 24-carpeta 2.
- Pareja, C. (1945, 25 de septiembre). [Carta para Germán Arciniegas desde México]. BN-FGGA-caja 24-carpeta 3.
- Puyo Delgado, C. (1927, 9 de febrero). [Carta para Osorio Lizarazo desde Nueva York]. BN-FJAOL-caja 6-carpeta 41.
- Quiñones, O. (1947, 25 de noviembre). [Carta para Germán Arciniegas desde Bogotá]. BN-FGGA-caja 24-carpeta 21 (1).
- Restrepo, C. (1941, 22 de enero). [Carta para Germán Arciniegas desde Bogotá]. BN-FGGA-caja 25-carpeta 5.
- Restrepo, C. (1941, 12 de marzo). [Carta para Germán Arciniegas desde Bogotá]. BN-FGGA-caja 25-carpeta 5.
- Robledo, A. (1931, 19 de enero). [Carta para Osorio Lizarazo desde Bogotá]. BN-FJAOL-caja 5-carpeta 36.
- Sánchez, L. (1936, 31 de diciembre). [Carta para Osorio Lizarazo desde Santiago de Chile]. BN-FJAOL-caja 7-carpeta 50.
- Sánchez, V. (1942, 2 de febrero). [Carta para Germán Arciniegas desde Pasto]. BN-FGGA-caja 26-carpeta 4.
- Sánchez, V. (1945, 20 de octubre). [Carta para Germán Arciniegas desde Pasto]. BN-FGGA-caja 26-carpeta 4.
- Sánchez, V. (1946, 17 de marzo). [Carta para Germán Arciniegas]. BN-FGGA-caja 26-carpeta 4.
- Sanín, B. (1938, 19 de abril). [Carta para Germán Arciniegas desde Popayán]. BN-FGGA-caja 26-carpeta 7.

- Santos, E. (1931, 16 de septiembre). [Carta para Osorio Lizarazo desde Ginebra, Suiza]. BN-FJAOL-caja 6-carpeta 42.
- Santos, E. (1932, 3 de mayo). [Carta para Osorio Lizarazo desde París]. BN-FJAOL-caja 6-carpeta 42.
- Santos, E. (1932, 12 de mayo). [Carta para Osorio Lizarazo desde París]. BN-FJAOL-caja 6-carpeta 42.
- Téllez, H. (1950, 3 de noviembre). [Carta para Germán Arciniegas desde Bogotá]. BN-FGGA-caja 27-carpeta 2.
- Tello, J. (1950, abril). [Carta para Germán Arciniegas desde Bogotá]. BN-FGGA-caja 27-carpeta 3.
- Urrutia, F. (1930, 18 de agosto). [Carta para Osorio Lizarazo desde Bogotá]. BN-FJAOL-caja 5-carpeta 36.
- Urrutia, F. (1930, 12 de noviembre). [Carta para Osorio Lizarazo desde Bogotá]. BN-FJAOL-caja 5-carpeta 36.
- Urrutia, F. (1930, 13 de noviembre). [Carta para Osorio Lizarazo desde Bogotá]. BN-FJAOL-caja 5-carpeta 36.
- Urrutia, F. (1930, 12 de diciembre). [Carta para Osorio Lizarazo desde Bogotá]. BN-FJAOL-caja 5-carpeta 36.
- Urrutia, F. (1932, 31 de marzo). [Carta para Osorio Lizarazo desde Bogotá]. BN-FJAOL-caja 5-carpeta 36.
- Ximénez, J. (1941, 25 de marzo). [Carta para Germán Arciniegas desde Bogotá]. BN-FGGA-caja 20-carpeta 10.
- Ximénez, J. (1941, 12 de agosto). [Carta para Germán Arciniegas desde Bogotá]. BN-FGGA-caja 20-carpeta 10.
- Zalamea, J. (1942, 7 de abril). [Carta para Germán Arciniegas desde Bogotá]. BN-FGGA-caja 29-carpeta 19.

Libros, capítulos de libros y artículos

- Alzate, A. (1995) (ed.). *Correspondencia*. Recuperado de: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co/dspace/bitstream/10495/324/1/correspondencia.pdf>

- Ardila, H. (1984). *Hombres y letras de Colombia. 435 años de suceder literario*. Bogotá: Gráficas Herpin Ltda.
- Ardila, H. y Vizcaíno, I. (2008). *Hombres y mujeres en las letras colombianas*. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.
- Curcio, A. (1975). *Evolución de la novela en Colombia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Englekirk, J. E. y Wade, G. (1950). Bibliografía de la novela colombiana. *Revista Iberoamericana*, 15(30), 309-411.
- Echavarría, A. y Gómez, D. (2005). Compendios, biografías y bibliografías: materiales indispensables en la investigación histórica de la literatura colombiana. *Lingüística y Literatura*, 47-48, 192-205.
- Echavarría, R. (1998). *Quién es quién en la poesía colombiana*. Bogotá: Ministerio de Cultura/El Áncora Editores.
- Gallo, L. (2008). *Diccionario biográfico de antioqueños*. Recuperado de <https://www.ramhg.es/index.php/informes-y-bibliografia/genealogia/articulos/260-diccionario-biografico-de-antioquenos>
- Giraldo, G. (1960). *Bibliografía de bibliografías colombianas*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Hoyos, J. (2009). *La pasión de contar. El periodismo narrativo en Colombia 1638-2000*. Medellín: Universidad de Antioquia/Hombre Nuevo Editores.
- Llano, R. (2004). *Poetas liberales*. Recuperado de <https://www.ellibrototal.com/ltotal/?t=1&d=6215>
- McGrady, D. (1965). Adiciones a la bibliografía de la novela colombiana: 1856-1962. *Thesaurus*, 20(1), 120-137.
- Mutis, S. (1978). Introducción. En J. A. Osorio Lizarazo, *Novelas y crónicas* (pp. XI-LXXXVI). Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Osorio Lizarazo, J. A. (s. f.). *Ideas de izquierda. Liberalismo, partido revolucionario*.
- Osorio Lizarazo, J. A. (1978a). La esencia social de la novela. *Novelas y crónicas* (pp. 422-425). Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Osorio Lizarazo, J. A. (1978b). Del nacionalismo en literatura. *Novelas y crónicas* (pp. 495-500). Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.

- Osorio Lizarazo, J. A. (1978c). Un nuevo aniversario de Máximo Gorki. *Novelas y crónicas* (pp. 546-555). Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Osorio Lizarazo, J. A. (1978d). Divagación sobre la novela. *Novelas y crónicas* (pp. 411-414). Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Osorio Lizarazo, J. A. (1978e). Divagación sobre la cultura. *Novelas y crónicas* (pp. 541-545). Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Osorio, L. (1978). J. A. Osorio Lizarazo. En José Antonio Osorio Lizarazo, *Novelas y crónicas* (pp. 681-689). Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Otero, G. (1948). *Hombres y ciudades. Antología del paisaje, de las letras y de los hombres de Colombia*. Bogotá: Ministerio de Educación.
- Pérez, V. (1996) (comp.). *La autobiografía en la literatura colombiana*. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia.
- Perozzo, C. (1986a). *Forjadores de Colombia contemporánea. Los 81 personajes que más han influido en la historia de nuestro país*. Vol. I. Bogotá: Planeta.
- Perozzo, C. (1986b). *Forjadores de Colombia contemporánea. Los 81 personajes que más han influido en la historia de nuestro país*. Vol. II. Bogotá: Planeta.
- Perry, O. (1944). *Quién es quién en Colombia*. Bogotá: Editorial Kelly.
- Perry, O. (1948). *Quién es quién en Colombia*. Segunda edición. Bogotá: Oliverio Perry & Cía.
- Perry, O. (1961). *Quién es quién en Colombia*. Tercera edición. Bogotá: Oliverio Perry & Cía.
- Pineda, Á.; Pérez, S.; Rosero, M. C. y Calle, María (2003). *Bibliografía de la novela colombiana*. Medellín: Universidad Eafit.
- Porras, E. (1976). *Bibliografía de la novela en Colombia*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Ramírez, A. (ed.) (1995). *Compendio de biografías colombianas*. Bogotá: Panamericana.
- Ramírez, I. y Turriago, O. (1989). *Hombres de palabra*. Bogotá: Editora Cosmos.
- Samper, D. (1937a). Prólogo. En D. Samper (ed.), *Tres cuentistas jóvenes*. Bogotá: Minerva.

- Samper, D. (1937b). Advertencias preliminares. *Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana. Índices* (pp. 9-29). Bogotá: Minerva.
- Sánchez, L. (1985). *Diccionario de escritores colombianos*. Bogotá: Plaza & Janés.
- Swann (seudónimo de E. Caballero Calderón) (1944, 28 de mayo). Comentarios dominicales. *El Tiempo*, p. 3.
- Velandia, R. (1978). *Hombres de letras y grandes hombres de Cundinamarca*. Bogotá: Cooperativa Nacional de Artes Gráficas.
- Vélez, J. (1996). *Escritores colombianos según ellos mismos*. Bogotá: Thalassa Editores.
- Vélez, R. (1977). *Comentarios sobre la vida y la obra de algunos autores colombianos*. Tomo I. Medellín: Editorial Gamma.
- Williams, R. (1991). *The Colombian Novel 1844-1987*. Austin: University of Texas Press.

Fuentes secundarias

- Academia Colombiana de la Lengua (2012). *Breve diccionario de colombianismos*. Recuperado de <https://www.academiacolombianadelalengua.co/bdc/>
- Acevedo, D. (2003). Prensa y confrontación política en Colombia. *En Medios y nación. Historia de los medios de comunicación en Colombia* (pp. 282-317). Bogotá: Ministerio de Cultura/Aguilar.
- Acosta, C. (1993). *Invocación del lector bogotano de finales del siglo XIX. Lectura de Reminiscencias de Santafé y Bogotá de José María Cordovez Moure*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Acosta, C. (1999). *Lectores, lecturas y leídas. Historia de una seducción en el siglo XIX*. Bogotá: ICFES.
- Adorno, T. (2008). Tesis sobre la sociología del arte. *Crítica de la cultura y sociedad I* (pp. 321-327). Madrid: Akal.
- Álvarez, J. (1995a). La república de las letras y sus ciudadanos. En J. Álvarez, F. López e I. Urzainiqui, *La república de las letras en la España del siglo XVIII* (pp. 7-17). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

- Álvarez, J. (1995b). Los hombres de letras. En J. Álvarez, F. López e I. Urzainiqui, *La república de las letras en la España del siglo XVIII* (pp. 19-61). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Álvarez, M. (2007). Élités intelectuales en el sur de Colombia. Pasto, 1904-1930. Una generación decisiva. Pasto: Rudecolombia/Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia/Ascun.
- Arango, S. y Fernández, C. (eds.) (2011). *Fundamentos estéticos de la crítica literaria en Colombia. Finales del siglo XIX y comienzos del XX*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Ardila, J. (2013). *Vanguardia y antivanguardia en la crítica y en las publicaciones culturales colombianas de los años veinte*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Arias, R. (2007). *Los Leopardos: una historia intelectual de los años 1920*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Arias, R. (2011). *Historia de Colombia contemporánea (1910-2010)*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Arroyo, J. (2010). Prólogo. En G. Sánchez, *La bruja de las minas* (pp. 9-27). Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Ayala, C. (2007). *El porvenir del pasado: Gilberto Alzate Avendaño, sensibilidad leoparda y democracia. La derecha colombiana de los años treinta*. Bogotá: Fundación Gilberto Alzate Avendaño.
- Ayala, C. (2010). *Inventando al Mariscal: Gilberto Alzate Avendaño, circularidad ideológica y mimesis política*. Bogotá: Fundación Gilberto Alzate Avendaño.
- Bachmann-Medick, D. (2006). Cultural Turns. Neuorientierungen in den Kulturwissenschaften. *Cultural Turns. Neuorientierungen in den Kulturwissenschaften* (pp. 7-57). Reinbek bei Hamburg: Rowohlt Taschenbuch Verlag.
- Becker, H. (2006). A Dialogue on the Ideas of "World" and "Field". *Sociological Forum*, 21(2), 275-286.
- Bedoya, G. (2006). Problemas de la periodización en las historias de la literatura colombiana: balance crítico. *Lingüística y Literatura*, 49, 95-114.

- Bedoya, G. (2016). Representaciones del intelectual. El suplemento *El Nuevo Tiempo Literario* en Colombia y su relación con la cultura europea en la primera mitad del siglo XX. *Historia Crítica*, 59, 125-142.
- Bedoya, G. y Barrios, D. (2015). Entre la ruptura y la norma, entre lo clásico y lo moderno. La crítica literaria colombiana en la prensa de 1900 a 1920. En O. Vallejo (ed.), *“La busca de la verdad más que la verdad misma”*. *Discusiones literarias en las publicaciones periódicas colombianas 1853-1950* (pp. 121-157). Lima: Centro de Estudios Antonio Cornejo Polar.
- Bénichou, P. (2006). *La coronación del escritor 1750-1830. Ensayo sobre el advenimiento de un poder espiritual laico*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Betancourt, A. (2007). *Historia y nación. Tentativas de la escritura de la historia en Colombia*. Medellín: La Carreta.
- Betancourt, A. (2016). *Revista de las Indias (1938-1950): la difusión cultural y el mundo letrado*. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 21(2), 125-147.
- Blanco, M. (2011). El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo. *Revista Latinoamericana de Población*, 5(8), 5-31.
- Bobbio, N. (1998). *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*. Barcelona: Paidós.
- Borges, J. L. (2005). *El hacedor*. Madrid: Alianza.
- Botero, S. (2006). La reforma constitucional de 1936, el Estado y las políticas sociales en Colombia. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 33, 85-109.
- Bourdieu, P. (1985). The Social Space and the Genesis of Groups. *Theory and Society*, 14(6), 723-744.
- Bourdieu, P. (1997). *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (1999). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2001). *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Bourdieu, P. (2003). *Cuestiones de sociología* (pp. 205-219). Madrid: Istmo.

- Bourdieu, P. (2014). *Sobre el Estado. Cursos en el Collège de France (1989-1992)*. Barcelona: Anagrama.
- Braun, H. (2008). *Matarón a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia*. Bogotá: Aguilar.
- Brown, J. (1980). The Genteel Tradition of Nineteenth Century Colombian Culture. *The Americas*, 36(4), 445-464.
- Brubaker, R. (1985). Rethinking Classical Theory: The Sociological Vision of Pierre Bourdieu. *Theory and Society*, 14(6), 745-775.
- Brubaker, R. (2004). *Ethnicity without Groups*. Cambridge, MA/London: Harvard University Press.
- Büschges, C. (2007). *Familia, honor y poder. La nobleza de la ciudad de Quito en la época colonial tardía (1765-1822)*. Quito: Fonsal.
- Bushnell, D. (2000). *Colombia: una nación a pesar de sí misma*. Bogotá: Planeta.
- Cacua, A. (1990). *Germán Arciniegas. Su vida contada por él mismo*. Bogotá: Icelac/Universidad Central.
- Cacua, A. (1999). *Germán Arciniegas. Cien años de vida para contar*. Bogotá: Universidad Central.
- Calvo, O. (2005). *Las biografías de nadie. José Antonio Osorio Lizarazo (1900-1964)*. Tesis de maestría para la obtención del título de Máster en Historia y Etnohistoria. Escuela Nacional de Antropología e Historia, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México, México.
- Carey, J. (2009). *Los intelectuales y las masas. Orgullo y prejuicio en la intelectualidad literaria, 1880-1939*. Madrid: Siglo XXI.
- Casanova, P. (2001). *La República mundial de las Letras*. Barcelona: Anagrama.
- Castro, B. (2007). *Caridad y beneficencia. El tratamiento de la pobreza en Colombia 1870-1930*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Castro-Gómez, S.; Flórez-Malagón, A.; Hoyos, G. y Millán de Benavides, C. (2007) (eds.). *Pensamiento colombiano del siglo XX*. Vol. I. Bogotá: Universidad Javeriana.
- Charle, C. (2000). *Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno*. Madrid: Siglo XXI.

- Charry, F. (1988). Los Nuevos. En H. Valencia Goelkel (dir.), *Manual de literatura colombiana* (pp. 17-85). Tomo II. Bogotá: Procultura/Planeta.
- Chartier, R. (1995). El hombre de letras. En M. Vovelle (ed.), *El hombre de la Ilustración* (pp. 151-195). Madrid: Alianza.
- Chartier, R. (2000). *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la Edad Moderna* (pp. 89-105). Madrid: Cátedra.
- Chartier, R. (2002a). *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Gedisa.
- Chartier, R. (2002b). La construcción estética de la realidad. Vagabundos y pícaros en la Edad Moderna. *Tiempos modernos*, 7, 1-15. Recuperado de <http://www.tiemposmodernos.org/tm3/index.php/tm/article/view/20>
- Chartier, R. (2005a). *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito*. México: Universidad Iberoamericana.
- Chartier, R. (2005b). Figuras del autor. *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII* (pp. 41-67). Barcelona: Gedisa.
- Cobo, J. G. (1990). *Germán Arciniegas. Cronología y bibliografía*. Bogotá: Planeta.
- Cobo, J. G. (2000) (ed.). *Historia de las empresas editoriales de América Latina. Siglo XX*. Bogotá: Cerlalc.
- Cobo, J. G. (2013). Retratos de libreros colombianos. *Leer y Releer*, 71, 8-17.
- Collini, S. (2002) (comp.). *Interpretación y sobreinterpretación*. Madrid: Cambridge University Press.
- Colmenares, G. (2008). *Partidos políticos y clases sociales*. Medellín: La Carreta.
- Compagnon, A. (2007). *Los antimodernos*. Barcelona: Acantilado.
- Compagnon, A. (2015). *El demonio de la teoría. Literatura y sentido común*. Barcelona: Acantilado.
- Contraloría General de la República (1942). *Censo General de Población 1938*. Tomo XVI. *Resumen general del país*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Coriat, B. (2001). *El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*. Madrid: Siglo XXI.
- Coser, L. (1980). *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Darnton, R. (2002). *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Darnton, R. (2003a). *El coloquio de los lectores*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Darnton, R. (2003b). *Edición y subversión. Literatura clandestina en el Antiguo Régimen*. Madrid/México: Turner/Fondo de Cultura Económica.
- Darnton, R. (2006). *El negocio de la Ilustración. Historia editorial de la Encyclopédie, 1775-1800*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Darnton, R. (2010). *El beso de Lamourette. Reflexiones sobre historia cultural*. México: Fondo de Cultura Económica.
- De Diego, J. L. (dir.) (2014). *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Deas, M. (2006). *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Bogotá: Taurus.
- Deas, M. (2015). La vida política. En M. Deas (coord.), *Colombia. Mirando hacia dentro*. Tomo IV. 1930/1960 (pp. 25-80). Madrid: Fundación MAPFRE/Taurus.
- Diewald, M. y Mayer, K. (2009). The Sociology of the Life Course and Life Span Psychology: Integrated Paradigm or Complementing Pathways? *Advances in Life Course Research*, 14(1-2), 5-14.
- Dubois, J. (2014). *La institución de la literatura*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Duque, O. (1991). Sábado: crónica de un semanario democrático. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 28(27), 41-52.
- Durand, P. (2014). Hombre de letras, escritor, autor. Declinación social de una función simbólica. En J. Zapata (comp.), *La invención del autor. Nuevas aproximaciones al estudio sociológico y discursivo de la figura autorial* (pp. 113-128). Medellín: Universidad de Antioquia.
- Escobar, J. (2009). *Progresar y civilizar. Imaginarios de identidad y élites intelectuales de Antioquia en Euroamérica, 1830-1920*. Medellín: Universidad Eafit.
- Esposito, F. (2010). Los editores españoles en la Argentina: redes comerciales, políticas y culturales entre España y la Argentina. En C. Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*. Vol II. *Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX* (pp. 515-536). Buenos Aires: Katz.

- Flórez, C. E. (2000). *Las transformaciones sociodemográficas en Colombia durante el siglo XX*. Bogotá: Banco de la República/Tercer Mundo Editores.
- Forster, M. (2007). Hermeneutics. En B. Leiter y M. Rosen (eds.), *The Oxford Handbook of Continental Philosophy* (pp. 30-74). New York: Oxford University Press.
- Foucault, M. (1992). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.
- Foucault, M. (2009). *La arqueología del saber*. Madrid: Siglo XXI.
- Friedmann, S. (2006). Espejos, reflejos e imaginarios: el diario *Mundo al Día* (1924-1938). *E-Compós*, 6, 1-22.
- Galanova, O. (2011a). Institutionalization of Dissatisfaction. Towards the Dichotomy of "Order and Disorder". *InterDisciplines*, 1, 112-123.
- Galanova, Olga (2011b). *Unzufriedenheitskommunikation. Zur Ordnung sozialer Un-Ordnung*. Wiesbaden: VS Verlag für Sozialwissenschaften.
- Galateria, D. (2007). *Trabajos forzados. Los otros oficios de los escritores*. Madrid: Impedimenta.
- García, L. (1966). *Conversando...* Bogotá: Editorial Kelly
- Gaviria, E. (2010). "Los Nuevos" en la historia de Colombia. *Una generación militante (1925-1999)*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia.
- Giddens, A. y Sutton, P. W. (2015). *Conceptos esenciales de sociología*. Madrid: Alianza.
- Givone, S. (1997). El intelectual. En F. Furet (ed.), *El hombre romántico* (pp. 240-271). Madrid: Alianza.
- Gombrich, E. (1998). *Meditaciones sobre un caballo de juguete y otros ensayos sobre la teoría del arte*. Madrid: Debate.
- Gombrich, E. (2004). *Breve historia de la cultura*. Barcelona: Península.
- Gómez, J. G. (2005). *Cultura intelectual de resistencia. Contribución a la historia del "libro de izquierda" en Medellín en los años setenta*. Bogotá: Ediciones Desde Abajo.
- González, E. (2010). Situación del régimen de carrera administrativa en Colombia. *Prolegómenos-Derechos y Valores*, 13(25), 147-163.
- González, J. (2004). *Tres novelas bogotanas (1924-1935). Imaginación e ideología en la ciudad del Águila Negra*. Bogotá: Instituto Distrital de Cultura y Turismo.

- Granados, A. (2014). Germán Arciniegas: literatura memorialista y campo cultural colombiano en el siglo XX. Inédito.
- Greco (2002). *El crecimiento económico colombiano en el siglo XX*. Bogotá: Banco de la República/Fondo de Cultura Económica.
- Green, W. John (2000). Sibling Rivalry on the Left and Labor Struggles in Colombia during the 1940s. *Latin American Research Review*, 35(1), 85-117.
- Guerra, F. X. (2001). *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*. Tomo I. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gutiérrez, F. (2017). *La destrucción de una República*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia/Taurus.
- Gutiérrez, R. (1989). *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana*. Bogotá: Cave Canem.
- Gutiérrez, R. (1990). *La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX*. College Park: University of Maryland.
- Guzmán, D.; Marín, P.; Murillo, J. y Pineda, M. (2018) (eds.). *Lectores, editores y cultura impresa en Colombia: siglos XVI-XXI*. Bogotá: Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano/Cerlalc.
- Hanna, C. F. (1981). Complaint as a Form of Association. *Qualitative Sociology*, 4(4), 298-311.
- Heinich, N. (2014). La bohemia en tres dimensiones: artista real, artista imaginario, artista simbólico. En J. Zapata (comp.), *La invención del autor. Nuevas aproximaciones al estudio sociológico y discursivo de la figura autorial* (pp. 158-171). Medellín: Universidad de Antioquia.
- Helg, A. (2001). *La educación en Colombia: 1918-1957. Una historia social, económica y política*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional/Plaza & Janés.
- Henderson, J. (2006). *La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez 1889-1965*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Herrera, M. (2012). La Escuela Normal Superior 1936-1951: avatares en la construcción de un proyecto intelectual. En O. Zuluaga (dir.), *Historia de la educación en Bogotá* (pp. 95-132). Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá.

- Herrera, M. y Low, C. (1994). *Los intelectuales y el despertar cultural del siglo. El caso de la Escuela Normal Superior: una historia reciente y olvidada*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Hoyos, G.; Millán de Benavides, C. y Castro-Gómez, S. (2008) (eds.). *Pensamiento colombiano del siglo XX*. Vol. II. Bogotá: Universidad Javeriana.
- Hoyos, G.; Millán de Benavides, C. y Castro-Gómez, S. (2013) (eds.). *Pensamiento colombiano del siglo XX*. Vol. III. Bogotá: Universidad Javeriana.
- Humphrey, C. (2012). Favors and “Normal Heroes”. The Case of Postsocialist Higher Education. *HAU: Journal of Ethnographic Theory*, 2(2), 22-41.
- Illán Bacca, R. (1998). *Escribir en Barranquilla*. Barranquilla: Ediciones Uninorte.
- Jaramillo, D. (2009). Antologías generales de poesía colombiana de los siglos XIX y XX: propósitos, tendencias y contenidos. En M. M. Carranza y P. Gómez (dirs.), *Historia de la poesía colombiana* (pp. 618-695). Bogotá: Casa de Poesía Silva.
- Jaramillo, J. (1994). *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Jenkins, R. (2004). *Social Identity*. New York: Routledge.
- Jiménez, A. (2013). *Correspondencia y formación de redes intelectuales. Los epistolarios de Rufino José Cuervo, 1865-1882*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Jiménez, D. (1992). *Historia de la crítica literaria en Colombia. Siglos XIX y XX*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Jiménez, D. (2002a). *Poesía y canon. Los poetas como críticos en la formación del canon de la poesía moderna en Colombia 1920-1950*. Bogotá: Norma.
- Jiménez, D. (2002b). Miguel Antonio Caro: Bellas Letras y literatura moderna. En Rubén Sierra Mejía (ed.), *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época* (pp. 237-260). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Jiménez, D. (2006). Romanticismo y radicalismo. En R. Sierra Mejía (ed.), *El radicalismo colombiano del siglo XIX* (pp. 289-307). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Jiménez, D. (2012). El apocalipsis y el idilio. En R. Sierra Mejía (ed.), *La restauración conservadora 1946-1957* (pp. 235-289). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- Kolotouchkina, I. (2003). El intelectual en la ciudad: un análisis comparativo de la "intelligentsia" rusa y los intelectuales franceses. *Historia Contemporánea*, 27, 813-827.
- Kowalski, R. (1996). Complaints and Complaining: Functions, Antecedents, and Consequences. *Psychological Bulletin*, 119(2), 179-196.
- Lahire, B. (2005). Campo, fuera de campo, contracampo. En B. Lahire (dir.), *El trabajo sociológico de Pierre Bourdieu: deudas y críticas* (pp. 29-69). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lahire, B. (2011). *Doppelleben. Schriftsteller zwischen Beruf und Berufung*. Berlin: Avinus.
- Laverde, A.; Carvajal, E. y Vallejo, O. (2008). Los comportamientos del campo literario nacional: criterios de edición, divulgación y circulación de publicaciones financiadas por entidades públicas. *Estudios de Literatura Colombiana*, 22, 95-128.
- Ledeneva, A. (1998). *Russia's Economy of Favours. Blat, Networking and Informal Exchange*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Le Goff, J. (2008). *Los intelectuales en la Edad Media*. Barcelona: Gedisa.
- Lleras, A. (1997). *Memorias*. Bogotá: Banco de la República/El Áncora Editores.
- Leys, S. (2011). *La felicidad de los pececillos y otros ensayos*. Barcelona: Acontilado.
- Loaiza, G. (1995). *Luis Tejada y la lucha por una nueva cultura (Colombia, 1898-1924)*. Bogotá: Colcultura.
- Loaiza, G. (2004a). Los intelectuales y la historia política en Colombia. En C. Ayala (ed.), *La historia política hoy. Sus métodos y las ciencias sociales* (pp. 56-94). Bogotá: Universidad Nacional.
- Loaiza, G. (2004b). El recurso biográfico. *Historia Crítica*, 27, 221-238.
- Loaiza, G. (2014). *Poder letrado. Ensayos sobre historia intelectual de Colombia. Siglos XIX y XX*. Cali: Universidad del Valle.
- Loaiza, J. y Angarita, L. (1981). Índice del archivo particular del doctor Germán Arciniegas. Tesis de pregrado para la obtención del título de bibliotecólogo y archivista. Departamento de Bibliotecología y Archivística, Universidad de la Salle, Bogotá, Colombia.

- López, A. (2014). *Jorge Zalamea, enlace de mundos. Quehacer literario y cosmopolitismo (1905-1969)*. Bogotá: Universidad del Rosario.
- López, M. (2011). *Salarios, vida cotidiana y condiciones de vida en Bogotá durante la primera mitad del siglo XX*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Mangueneau, D. (2014). Autor e imagen de autor en el análisis del discurso. En J. Zapata (comp.), *La invención del autor. Nuevas aproximaciones al estudio sociológico y discursivo de la figura autorial* (pp. 49-66). Medellín: Universidad de Antioquia.
- Mannheim, K. (1993). El problema de las generaciones. *Reis*, 62, 193-242.
- Mannheim, K. (1997). *Essays on the Sociology of Culture* (pp. 91-170). London: Routledge.
- Marín, P. (2014). La pugna de los escritores del Caribe colombiano contra la vida intelectual bogotana en las publicaciones periódicas (1950-1970): adiós a la "Atenas suramericana". *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 43, 103-125.
- Marín, P. (2015a). La crítica literaria en Colombia entre 1930 y 1950. Hacia la especialización del escritor y de la vida intelectual. En O. Vallejo (ed.), *"La busca de la verdad más que la verdad misma". Discusiones literarias en las publicaciones periódicas colombianas 1835-1950* (pp. 195-227). Lima: Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar.
- Marín, P. (2015b). La novela colombiana ante la historia y la crítica literarias (1934-1975). *Estudios de Literatura Colombiana*, 36, 13-35.
- Marín, P. (2016a). Gabriel García Márquez: la construcción de una nueva relación con el lector (1947-1967). En A. M. Agudelo y G. Bedoya (eds.), *Prensa, literatura y cultura. Aproximaciones desde Argentina, Colombia, Chile y México* (pp. 309-341). Lima: Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar.
- Marín, P. (2016b). Arturo Suárez Dennis (1887-1956). El escritor "profesional" para un nuevo público lector. *Perífrasis*, 7(14), 10-24.
- Marín, P. (2016c). Jaime Ardila Casamitjana: la estrategia de la "simulación". *Lingüística y Literatura*, 70, 135-156.
- Marín, P. (2017a). *Un momento en la historia de la edición y de la lectura en Colombia (1925-1954)*. Germán Arciniegas y Arturo Zapata: dos editores y sus proyectos. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario.

- Marín, P. (2017b). *Novela, autonomía literaria y profesionalización del escritor en Colombia (1926-1970)*. Medellín: La Carreta.
- Marín, P. (2018). Arturo Suárez Dennis (1887-1956): novelista del “amor verdadero”. *Literatura: teoría, historia, crítica*, 20(1), 11-37.
- Martínez, F. (2001). *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*. Bogotá: Banco de la República/Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Martínez, J. (2001) (dir.). *Historia de la edición en España 1836-1936*. Madrid: Marcial Pons.
- Martínez, J. (2009). *Vivir de la pluma. La profesionalización del escritor, 1836-1936*. Madrid: Marcial Pons.
- Martínez, L. (2009). *La Revista de las Indias, 1936-1938: sus intelectuales como pensadores y ejecutores de la reforma educativa y cultural*. Tesis de pregrado para la obtención del título de historiadora. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia.
- Mayor, A. (1984). *Ética, trabajo y productividad en Antioquia. Una interpretación sociológica sobre la influencia de la Escuela Nacional de Minas en la vida, costumbres e industrialización regionales*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Mayor, A. (2001). *Técnica y utopía. Biografía intelectual y política de Alejandro López, 1876-1940*. Medellín: Universidad Eafit.
- Medellín, P. (2006). *El presidente sitiado. Ingovernabilidad y erosión del poder presidencial en Colombia*. Bogotá: Planeta.
- Meizoz, J. (2015). *Posturas literarias. Puestas en escena modernas del autor*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Melo, J. O. (2008). *Las revistas literarias en Colombia e Hispanoamérica: una aproximación a su historia*. Recuperado de http://www.jorgeorlandomelo.com/bajar/revistas_suplementos_literarios.pdf.
- Mesa, D. (2014). *Miguel Antonio Caro: el intelectual y el político*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Meschkat, K. (2008). Helpful Intervention? The Impact of the Comintern on Early Colombian Communism. *Latin American Perspectives*, 35(2), 39-56.

- Monsiváis, C. (2007). De los intelectuales en América Latina. *América Latina Hoy*, 47, 15-38.
- Moraña, M. (2014). *Bourdieu en la periferia. Capital simbólico y campo cultural en América Latina*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- Muñoz, C. (2009). *To Colombianize Colombia: Cultural Politics, Modernization and Nationalism in Colombia, 1930-1946*. Tesis de doctorado para la obtención del título de Doctora en Historia. School of Arts and Sciences, University of Pennsylvania, Filadelfia, Estados Unidos.
- Muñoz, C. y Suescún, M. del C. (2011). El valor del análisis cultural para la historiografía de las décadas del treinta y cuarenta en Colombia: estado del arte y nuevas direcciones. *Revista de Estudios Sociales*, 41, 12-27.
- Murillo, J. (2018). The History of Books in Colombia: The Roadmap of an emerging Field. *Lingua Franca. The History of the Book in Translation*, 5, 1-11.
- Neira, E. (2004). *La gran ciudad latinoamericana. Bogotá en la obra de José Antonio Osorio Lizarazo*. Medellín: Universidad Eafit.
- Ocampo, J. A. (2007) (comp.). *Historia económica de Colombia*. Bogotá: Planeta/Fedesarrollo.
- Ocampo, J. A. y Tovar, C. (2003). Colombia en la era clásica del “desarrollo hacia adentro” (1930-1974). En E. Cárdenas, J. A. Ocampo y R. Thorp (comps.), *Industrialización y Estado en la América Latina. La leyenda negra de la posguerra* (pp. 321-372). México: Fondo de Cultura Económica.
- Ortega, M. (2002) (ed.). *Escribir en España entre 1840 y 1876*. Madrid: Visor Libros.
- Ory, P. y Sirinelli, J. (2007). *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*. Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia.
- Ospina, A. (2013). *Ximénez*. Bogotá: Laguna Libros.
- Pachón, H. (1993). *Los intelectuales colombianos en los años veinte: el caso de José Eustasio Rivera*. Bogotá: Colcultura.
- Palacios, M. (2001). Saber es poder: el caso de los economistas colombianos. *De populistas, mandarines y violencias. Luchas por el poder* (pp. 99-158). Bogotá: Planeta.
- Palacios, M. (2003). *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia, 1875-1994*. Bogotá: Norma.

- Palacios, M. y Safford, F. (2001). *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida. Su historia*. Bogotá: Norma.
- Pardo, A. (1972). *Geografía económica y humana de Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Pécaut, D. (2001). *Orden y violencia. Evolución sociopolítica de Colombia entre 1930 y 1953*. Bogotá: Norma.
- Pérez, S. (2017). Estudios sobre el libro en Colombia. Una revisión. *Lingüística y Literatura*, 71, 153-174.
- Pineda, Á. (1999). *La fábula y el desastre. Estudios críticos sobre la novela colombiana*. Medellín: Universidad Eafit.
- Pineda, Á. (2001). *Juicios de residencia. La novela colombiana 1934-1985*. Medellín: Universidad Eafit.
- Pöppel, H. (2000). *Tradicón y modernidad en Colombia. Corrientes poéticas en los años veinte*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Prieto, V. M. (2000). *El Gimnasio Moderno y la formación de la élite liberal bogotana, 1914-1918*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Rama, Á. (1981). Los efectos del boom: mercado literario y narrativa latinoamericana. *Punto de Vista*, 11, 10-19.
- Rama, Á. (1998). *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca.
- Ramírez, D. (1989). El pan nuestro de cada mes. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 26(18), 51-64.
- Ramos, J. (2003). *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Restrepo, M. (1986). *Revista de las Indias, un proyecto de ampliación de fronteras*. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 27(23), 24-41.
- Rivas, Á. (2001). Un estudiante maestro. *Historia Crítica*, 21, 7-35.
- Rivera, J. B. (1998). *El escritor y la industria cultural*. Buenos Aires: Atuel.
- Romero, J. L. (1999). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Romero, S. (2007). *Andrés Caicedo o la muerte sin sosiego*. Bogotá: Norma.

- Rubio, A. (2016a) (ed.). *Minúscula y plural. Cultura escrita en Colombia*. Medellín: La Carreta.
- Rubio, A. (2016b). La historia del libro y de la lectura en Colombia. Un balance historiográfico. *Información, Cultura y Sociedad*, 34, 11-26.
- Sáenz, E. (2001). Germán Arciniegas, entre la libertad y el establecimiento. *Historia Crítica*, 21, 79-86.
- Sánchez, G. (1998). Intelectuales... poder... y cultura nacional. *Análisis Político*, 34, 99-119.
- Santa, E. (1959) (comp.). *La propiedad intelectual en Colombia*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Santos, E. (1989). El periodismo en Colombia. En Á. Tirado (dir.), *Nueva historia de Colombia*. Vol. VI. *Literatura y pensamiento, artes y recreación* (pp. 109-136). Bogotá: Planeta.
- Sapiro, G. (2016). *La sociología de la literatura*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Scheuzger, S. y Fleer, P. (2009) (Hrsg.). *Die Moderne in Lateinamerika. Zentren und Peripherien des Wandels*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert.
- Schijman, E. (2010). Etnografía de archivos administrativos. Un corpus de demandas y quejas menores en un barrio de vivienda social. *Revista Colombiana de Antropología*, 46(2), 279-305.
- Serpa, G. (1988). La Gruta Simbólica. En H. Valencia Goelkel (1988) (dir.), *Manual de literatura colombiana* (pp. 579-614). Tomo I. Bogotá: Procultura/Planeta.
- Sierra, R. (2009) (ed.). *República Liberal: sociedad y cultura*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Silva, R. (2002). *Los ilustrados de Nueva Granada 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación*. Medellín: Banco de la República/Universidad Eafit.
- Silva, R. (2004). Relación de imprentas y tipografías en Colombia, 1935. *Sociedad y economía*, 6, 159-171.
- Silva, R. (2005). *República Liberal, intelectuales y cultura popular*. Medellín: La Carreta.

- Silva, R. (2006). Del mecenazgo al vacío. Los ilustrados de Nueva Granada como intelectuales modernos. En Karl Kohut y Sonia V. Rose (eds.), *La formación de la cultura virreinal*. Vol III. *El siglo XVIII* (pp. 535-558). Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert.
- Silva, R. (2007). La servidumbre de las fuentes. *A la sombra de Clío. Diez ensayos sobre historia e historiografía* (pp. 43-74). Medellín: La Carreta.
- Silva, R. (2008). El libro popular en Colombia, 1930-1948. Estrategias editoriales, formas textuales y sentidos propuestos al lector. *Revista de Estudios Sociales*, 30, 20-37.
- Silva, R. (2009). El canon literario en Colombia: a propósito de la Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana. En O. Vallejo y A. Laverde (coords.), *Visión histórica de la literatura colombiana. Elementos para la discusión. Cuadernos de trabajo I* (pp. 87-119). Medellín: La Carreta.
- Silva, R. (2014). Ciencias sociales e historia. Un balance de las formas de hacer: perspectivas de teoría e investigación. *Co-herencia*, 11(21), 49-68.
- Silva, R. (2015). La cultura. En M. Deas (coord.), *Colombia. Mirando hacia dentro*. Tomo IV. 1930/1960 (pp. 265-329). Madrid: Fundación MAPFRE/Taurus.
- Sohn, G. (1978). *La novela colombiana de protesta social*. Bogotá: UNINCCA.
- Sorá, G. (2010). Misión de la edición para una cultura en crisis. El Fondo de Cultura Económica y el americanismo en Tierra Firme. En C. Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*. Vol II. *Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX* (pp. 537-566). Buenos Aires: Katz.
- Soto, D. (2005). Aproximación histórica a la universidad colombiana. *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, 7, 101-138.
- Stets, J. y Burke, P. (2000). Identity Theory and Social Identity Theory. *Social Psychology Quarterly*, 63(3), 224-237.
- Subercaseaux, B. (2010). Editoriales y círculos intelectuales en Chile (1930-1950). En C. Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*. Vol. II. *Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX* (pp. 567-580). Buenos Aires: Katz.
- Tirado, Á. (2014). *Los años sesenta. Una revolución en la cultura*. Bogotá: Debate.
- Tirado, Á. (2018). *Aspectos políticos del primer gobierno de Alfonso López Pumarejo 1934-1938*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- Trujillo, P. (2003). Periodos y generaciones en la historia de la poesía colombiana del siglo XX. *Literatura: teoría, historia, crítica*, 5, 127-146.
- Uribe-Urán, V. (2008). *Vidas honorables. Abogados, familia y política en Colombia 1780-1850*. Medellín: Banco de la República/Universidad Eafit.
- Urrego, M. (2002). *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia. De la Guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991*. Bogotá: Universidad Central/Siglo del Hombre.
- Vaillant, A. (2014). Entre persona y personaje: el dilema del autor moderno. En Juan Zapata (comp.), *La invención del autor. Nuevas aproximaciones al estudio sociológico y discursivo de la figura autorial* (pp. 99-112). Medellín: Universidad de Antioquia.
- Valencia Goelkel, H. (1988a) (dir.). *Manual de literatura colombiana*. Tomo I. Bogotá: Procultura/Planeta.
- Valencia Goelkel, H. (1988b) (dir.). *Manual de literatura colombiana*. Tomo II. Bogotá: Procultura/Planeta.
- Vallejo, F. (2003). *El mensajero. Una biografía de Porfirio Barba Jacob*. Bogotá: Alfaguara.
- Vallejo, F. (2006). *Almas en pena, chapolas negras. Una biografía de José Asunción Silva*. Bogotá: Punto de Lectura.
- Vallejo, F. (2012). *El cuervo blanco*. Bogotá: Alfaguara.
- Van Dijk, T. (2001a) (comp.). *El discurso como estructura y proceso. Estudios sobre el discurso I. Una introducción multidisciplinaria*. Barcelona: Gedisa.
- Van Dijk, T. (2001b) (comp.). *El discurso como interacción social. Estudios sobre el discurso II. Una introducción multidisciplinaria*. Barcelona: Gedisa.
- Van der Huck, F. (2012). *La literatura como oficio. José Antonio Osorio Lizarazo 1930-1946*. Medellín: La Carreta/Universidad Icesi.
- Vanegas, I. (2000). Los estudios sobre el socialismo temprano en Colombia: una versión de la izquierda. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 27, 119-162.
- Vega, R. (2002). *Gente muy rebelde. Protesta popular y modernización capitalista en Colombia (1909-1929)*. Vol. I. *Enclaves, transportes y protestas obreras*. Bogotá: Pensamiento Crítico.

- Vergara, A. (1996) (comp.). *Las famosas crónicas de Ximénez*. Bogotá: Planeta.
- Vergara, A. (2014). *Historia del arrabal. Los bajos fondos bogotanos en los cronistas Ximénez y Osorio Lizarazo*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Versteeg, M. (2011). *Jornaleros de la pluma. La (re)definición del papel del escritor-periodista en la revista Madrid Cómic*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert.
- Viveros, M. (2013). Manuel Zapata Olivella (1900-2004). En Carmen Millán, Santiago Castro y Guillermo Hoyos (eds.), *Pensamiento colombiano del siglo XX* (pp. 465-497). Vol. III. Bogotá: Universidad Javeriana.
- Voss, G. (2006). Beruf. En Bernhard Schäfers y Johannes Kopp (Hrsg.), *Grundbegriffe der Soziologie* (pp. 32-33). Wiesbaden: VS Verlag für Sozialwissenschaften.
- Williford, T. (2011). Aspectos del debate sobre la “cuestión religiosa” en Colombia, 1930-1935. *Revista de Estudios Sociales*, 41, 28-43.
- Zambrano, F. (2002). De la Atenas suramericana a la Bogotá moderna. La construcción de la cultura ciudadana en Bogotá. *Revista de Estudios Sociales*, 11, 9-16.
- Zapata, J. (2012). ¿Cómo analizar la posición social del intelectual en Colombia? Presupuestos metodológicos y culturales. *Lingüística y Literatura*, 62, 309-325.
- Zapata, J. (2014) (comp.). *La invención del autor. Nuevas aproximaciones al estudio sociológico y discursivo de la figura autorial*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Anexos

Anexo 1. Novelas y novelistas 1930-1950

No.	Nombre	Fecha de nacimiento	Novelas (primeras ediciones)
1	Adel López Gómez	1901-1989	1) <i>El niño que vivió su vida. Una novela y unos cuentos</i> . Manizales: Imprenta Oficial, 1942.
2	Agustín Sabogal	s.i.	1) <i>Historia y novelas en estilo cinema</i> . Bogotá: Imprenta de Juan Casís, 1930.
3	Alberto García Herreros	s.i.	1) <i>Pedro Hernández. Novela</i> . Bucaramanga: Imprenta del Departamento, 1946.
4	Alberto Lara Santos	s.i.	1) <i>Los olvidados</i> . Bogotá: Editorial Santafé, 1949.
5	Alberto Salgado	s.i.	1) <i>Bajo la lente de Macrosofos</i> . Bogotá: Editorial Cromos, 1946.
6	Alejandro Vallejo	1902-1976	1) <i>Entre Dios y el diablo. Novela</i> . Bogotá: Minerva, 1931. 2) <i>La casa de Berta Ramírez. Novela</i> . Bogotá: Minerva, 1936.
7	Alfonso Alexander	1910-1985	1) <i>Sima. Novela apasionante</i> . Bucaramanga: Editorial Estrella, 1939.
8	Alfonso Castro	1878-1943	1) <i>Clínica y espíritu. Novela</i> . Bogotá: Editorial ABC, 1940.
9	Alfonso Mejía Robledo	1897-1978	1) <i>La risa de la fuente. Novela inédita</i> . Barcelona: Cervantes, 1930.
10	Alfredo Gómez Jaime	1878-1946	1) <i>El explorador del infinito. Novela teatral en cuatro partes</i> . Vigo: La Nueva Prensa, 1931. 2) <i>Voluntad triunfante. Novela corta de ambiente colombiano</i> . Bogotá: Editorial ABC, 1946.
11	Alirio del Valle (seudónimo de Alfredo Gómez Pereira)	1893-1966	1) <i>El hijo de don Quijote. Historia anecdótica de su Excelencia el Señor Conde de Cuchicute</i> . Bogotá: Litografía y Editorial Cahur, 1947.

No.	Nombre	Fecha de nacimiento	Novelas (primeras ediciones)
12	Alfredo Martínez Orozco	1903- ¿?	1) <i>La voz de la tierra</i> . Cali: Editorial América, 1932. 2) <i>La brecha</i> . <i>Novela</i> . México: Editorial Stylo, 1950. 3) <i>Yajángala</i> . <i>Novela</i> . México: Editorial Stylo, 1950.
13	Álvaro González Quintana	1904-1954	1) <i>La última orden</i> . <i>Novela</i> . Bogotá: Imprenta del Estado Mayor General, 1944.
14	Andrés J. Lenis	1877-1962	1) <i>Más allá de la muerte</i> . <i>Novela inédita</i> . Barcelona: Editorial Maucci, 1939.
15	Antonio Álvarez Lleras	1892-1956	1) <i>Ayer, nada más</i> . <i>Novela</i> . París: Le Livre Libre, 1930.
16	Antonio J. Arango	1906-1980	1) <i>El dilema de un vagabundo</i> . Cali: Talleres Tipográficos de J. H. Márquez, 1935. 2) <i>Quindío</i> . <i>Epopéya del colono antioqueño</i> . Manizales: Editorial Atalaya, 1940.
17	Antonio Vanegas Restrepo	1928- ¿?	1) <i>El alma del terruño</i> . Medellín: Editorial Olarte, 1950.
18	Aquileo Lanao Loayza	s. i.	1) <i>Leo Agil</i> . Santa Marta: Tipografía Comercial Jorge M. Abello Díaz Granados, 1932.
19	Aquileo Sierra	s. i.	1) ¡Viva la vida! Memorias de un cuarentón. Medellín: Imprenta del Departamento, 1934.
20	Arnoldo Palacios	1924-2015	1) <i>Las estrellas son negras</i> . <i>Novela</i> . Bogotá: Editorial Iqueima, 1949.
21	Arturo Echeverri Mejía	1919-1964	1) <i>Antares</i> . Medellín: Casa de la Cultura, 1949.
22	Arturo Suárez	1887-1956	1) <i>El divino pecado</i> . <i>Novela</i> . Bogotá: Minerva, 1934. 2) <i>Adorada enemiga</i> . <i>Novela</i> . Bogotá: Editorial ABC, 1943.
23	Augusto Flama	s. i.	1) <i>Viajar para olvidar</i> . Bogotá: Editorial Kelly, 1948.
24	Augusto Morales Pino	1912-2001	1) <i>Los de en medio</i> . Pasto: Imprenta del Departamento de Nariño, 1938. 2) <i>El pequeño señor García</i> . <i>Novela</i> . Bogotá: Editorial Kelly, 1947.

No.	Nombre	Fecha de nacimiento	Novelas (primeras ediciones)
25	Augusto Ramírez Moreno	1900-1974	1) <i>Los Leopardos</i> . Bogotá: Editorial Santafé, 1935.
26	Aulo Zegrí (seudónimo de Primitivo Nieto)	s. i.	1) <i>Agarrando el vacío</i> . <i>Novela</i> . Cali: Imprenta Departamental, 1950.
27	Bernardo Arias Trujillo	1903-1938	1) <i>Risaralda</i> . <i>Película de negredumbre y de vaquería, filmada en dos rollos y en lengua castellana</i> . Manizales: Arturo Zapata, 1935.
28	Bernardo García Zapata	s. i.	1) <i>Cuando se queja un hombre</i> . Bogotá: Editorial Iqueima, 1947.
29	Bernardo Toro Idárraga	1898-1971	1) <i>Minas, mulas y mujeres</i> . Medellín: Tipografía Industrial, 1943. 2) <i>Juancho</i> . <i>Novela antioqueña</i> . Medellín: Tipografía Industrial, 1946.
30	Bernardo Uribe Muñoz	1896- ¿?	1) <i>Psiqué</i> . <i>Somero ensayo de psiquiatría</i> . <i>Breviario sentimental: libellus memorialis</i> . Medellín: Tipografía Industrial, 1937. 2) <i>El suicida moral</i> . <i>Novela de un sífilítico</i> . Medellín: s. i., 1942.
31	Camilo Botero Guerra	1853-1942	1) <i>Sacrificio, desequilibrios y desastres, o consecuencias de un mal que no vino solo</i> . <i>Novela antioqueña</i> . Medellín: La Defensa, 1931.
32	Camilo E. Cortés Zapata	s. i.	1) <i>En el país de los mediocres</i> . Bogotá: Tipografía Colón, 1941.
33	Carlos E. Santos López	s. i.	1) <i>Romualdo</i> . Bucaramanga: Editorial Rumbos, 1939.
34	Carlos Nossa Monroy	1916- ¿?	1) <i>Estampa rústica de la tierra</i> . <i>Novela</i> . s. i.: Imprenta de la Penitenciaría Central, 1939. 2) <i>Virtudes y miserias del pueblo</i> . Tunja: Imprenta Departamental, 1944.
35	Cayo Leonidas Malaver	s. i.	1) <i>El martirio del amor</i> . <i>Novela</i> . <i>Obra compuesta de dos partes: una moral y una recreativa; obra de actualidad y de interés general</i> . Bogotá: Editorial El Gráfico, 1938.
36	César Uribe Piedrahita	1897-1951	1) <i>Toá</i> . <i>Narraciones de caucherías</i> . Manizales: Arturo Zapata, 1933. 2) <i>Mancha de aceite</i> . Bogotá: Renacimiento, 1935.
37	Clemente Airó	1918-1975	1) <i>Yugo de niebla</i> . Bogotá: Ediciones Espiral, 1948.

No.	Nombre	Fecha de nacimiento	Novelas (primeras ediciones)
38	Daniel Lemaitre	1884-1961	1) <i>Mompós, tierra de Dios</i> . Cartagena: Editora Bolívar, 1950.
39	Daniel Mosquera	s. i.	1) <i>El hijo natural</i> . <i>Novela</i> . Cali/Popayán/Bogotá: Instituto del Libro C. Climent C., 1949.
40	Daniel Samper Ortega	1895-1943	1) <i>Zoraya. Una vida de amor y santidad</i> . Bogotá: Sociedad Editora de Obras Nacionales, 1931. 2) <i>La obsesión</i> . Bogotá: Minerva, 1936.
41	Diego Castrillón Arboleda	1920-2009	1) <i>José Tombé. Novela folclórica</i> . Bogotá: Editorial Antena, 1942. 2) <i>Sol en Tambalimbú. Novela</i> . Bogotá: Editorial Kelly, 1949.
42	Dionisio Arango Vélez	1895-1943	1) <i>Memorias de un tal Pastrano (Mojiganga baladí)</i> . Bogotá: Editorial Cromos, 1932.
43	Donaldo Velasco	s. i.	1) <i>Ligia. Novela colombiana</i> . Guayaquil: Imprenta Libertad, 1933.
44	Eduardo Arias Suárez	1897-1958	1) <i>Ortigas de pasión. Tres novelas breves</i> . Bogotá: Editorial El Escolar, 1939.
45	Eduardo Caballero Calderón	1910-1993	1) <i>El arte de vivir sin soñar</i> . Bogotá: Librería Siglo XX, 1943.
46	Eduardo Galvis R.	s. i.	1) <i>Rebeldía. Obra dedicada a la clase media, al obrero y al campesino</i> . Bogotá: Minerva, 1943.
47	Eduardo Zalamea Borda	1907-1963	1) <i>4 años a bordo de mí mismo. Diario de los 5 sentidos</i> . Bogotá: Editorial Santafé, 1934.
48	Efe Gómez (seudónimo de Francisco Gómez Escobar)	1867- 1938	1) <i>Mi gente</i> . Medellín: Imprenta Oficial, 1937. 2) <i>Almas rudas</i> . Medellín: Bedout, 1943.
49	Elisio Medina	s. i.	1) <i>Del Orinoco a Bogotá. Diplomacia salvaje</i> . Ibagué: Tipografía Etohar, 1930.
50	Emilio Cuervo Marquez*	1873-1937	
51	Enrique Aguiar	1897- ¿?	1) <i>Eusebio Sapote. La historia y la novela de un tarado</i> . Bogotá: Editorial Selecta, 1938. 2) <i>Don Cristóbal</i> . Bogotá: Editorial ABC, 1940.

* En 1935, Emilio Cuervo Márquez publicó en París dos ediciones de Phinéés (au temps de Christ), una con Éditions Eugène Figuière y la otra con la Librería Paul Ollendorff (esta en castellano). La novela fue publicada originalmente en Bogotá en 1909 (Phinéés. Tragedia de los tiempos de Cristo. Imprenta de la Luz).

No.	Nombre	Fecha de nacimiento	Novelas (primeras ediciones)
52	Enrique Arroyo Arboleda	1906-¿?	1) <i>La ciudad perdida</i> . Novela. Bogotá: Editorial Iqueima, 1948.
53	Ernesto Hoffman Liévano	1910-¿?	1) <i>Bruma</i> . Novela. Bogotá: Editorial Kelly, 1947.
54	Evaristo Calonge Puche	1915-1995	1) <i>Plinio y Amelia</i> . Barranquilla: Litografía Barranquilla, 1944.
55	Felipe Antonio Molina	1910-1970	1) <i>Muros de la ciudad</i> . Novela de un medio ambiente. Bogotá: Editorial Santafé, 1935.
56	Félix Henao Toro	1900-1982	1) <i>Eugeni la pelotari</i> . Manizales: Imprenta Departamental, 1935.
57	Fernando González Ochoa	1895-1964	1) <i>Don Mirócleles</i> . París: Le Livre Libre, 1932. 2) <i>El remordimiento</i> . Problemas de teología moral. Manizales: Arturo Zapata, 1935. 3) <i>El maestro de escuela</i> . Bogotá: Editorial ABC, 1941.
58	Francisco Buitrago*	s. i.	1) <i>Lucha de clases</i> . Ibagué: s. i., 1932.
59	Francisco Mora Ángel	s. i.	1) <i>Tierra, amor y sangre</i> . Manizales: Arturo Zapata, 1944.
60	Fren Deiles (seudónimo de Luis Felipe Ángel)	s. i.	1) <i>La aldea negra</i> . Bogotá: Tipografía Apolo, 1942.
61	Froilán Holguín Balcázar	1888-¿?	1) <i>La verdad desnuda</i> . San José de Costa Rica: Editorial Borrarse, 1946.
62	Gabriel A. Pacheco.	s. i.	1) <i>Juventud y vicio</i> . Barranquilla: Litografía Barranquilla, 1943. 2) <i>Un mejicano en el frente condenado después de la guerra</i> . Barranquilla: s. i., 1946.
63	Gabriel Carreño	1896-1959	1) <i>Disloques</i> . Crítica de costumbres y apuntes frívolos de ambiente regional. Bucaramanga: Editorial La Cabaña, 1936.
64	Germán Arciniegas	1900-1999	1) <i>En medio del camino de la vida</i> . Buenos Aires: Sudamericana, 1949.
65	Gilberto García González	1906-¿?	1) <i>El clérigo y el hombre</i> . Barranquilla: Tipografía Escofet, 1940.
66	Gonzalo Canal Ramírez	1916-1994	1) <i>Leonardo</i> . Bogotá: Librería Siglo XX, 1944. 2) <i>Orú, aceite de piedra</i> . Buenos Aires: Editorial Americalee, 1949.

* Este autor y su novela no estaban incluidos en Porras (1976).

No.	Nombre	Fecha de nacimiento	Novelas (primeras ediciones)
67	Gonzalo Ríos Ocampo	1925- ¿?	1) <i>Más allá de la sombra</i> . <i>Novela</i> . Manizales: Editorial Atalaya, 1943.
68	Gregorio Sánchez Gómez	1895-1942	1) <i>El gavilán</i> . Cali: Editorial América, 1933. 2) <i>Casada y sin marido</i> . Cali: Editorial América, 1934. 3) <i>Vida de un muerto</i> . Manizales: Arturo Zapata, 1936. 4) <i>El burgo de don Sebastián</i> . <i>Novela</i> . Cali: Editorial América, 1938. 5) <i>La bruja de las minas</i> . <i>Novela</i> . Cali: Sánchez Gómez Hermanos, 1947.
69	Guillermo Edmundo Chaves	1903-1984	1) <i>Chambú</i> . <i>Novela</i> . Manizales: Adel López Gómez, 1946.
70	Guillermo Navia Carvajal	¿? -1956	1) <i>El caballero rojo</i> . <i>Novela</i> . Madrid: Sociedad General Española de Librería, 1930.
71	Gustavo Zolá (seudónimo)	s. i.	1) <i>Sangre roja</i> . <i>Novela</i> . Medellín: Vélez R. Hnos., 1939.
72	Helí Colombia (seudónimo)	s. i.	1) <i>Juan Leal</i> . <i>Novela</i> . Manizales: Editorial Zapata, 1947.
73	Hernando Gutiérrez Castrillón	s. i.	1) <i>Las dos joyas</i> . Barcelona: Maucci, 1940.
74	Hipólito Jerez	1892- ¿?	1) <i>La monja miliciana</i> . <i>Novela histórica</i> . Bogotá: Imprenta del Corazón de Jesús, 1937. 2) <i>Alas rotas</i> . Bogotá: Imprenta del Corazón de Jesús, 1939. 3) <i>De cazador a cartujo</i> . Bogotá: Imprenta del Corazón de Jesús, 1940. 4) <i>La virgen de marfil</i> . Bogotá: Imprenta del Corazón de Jesús, 1940. 5) <i>Febe, la diaconisa</i> . <i>Novela histórica de la primitiva iglesia de Corinto</i> . Bilbao: El Siglo de las Misiones, 1947. 6) <i>El liberto de Cencris</i> . <i>Novela histórica de la primitiva iglesia de Corinto</i> (II parte de <i>Febe, la diaconisa</i>). Bilbao: El Siglo de las Misiones, 1947. 7) <i>El limosnero de Nínive</i> . <i>Escenas del cautiverio de los judíos en el Imperio Asirio</i> . Bilbao: El Siglo de las Misiones, 1949. 8) <i>Los diez talentos de plata</i> (II parte de <i>El limosnero de Nínive</i>). Bilbao: El Siglo de las Misiones, 1949.

No.	Nombre	Fecha de nacimiento	Novelas (primeras ediciones)
75	Iván Cocherín (seudónimo de Jesús González)	1909-1982	1) <i>Nadie. Novela revolucionaria</i> . Manizales: Editorial Atalaya, 1939. 2) <i>Túnel</i> . Manizales: Editorial Arbeláez, 1940.* 3) <i>Esclavos de la tierra</i> . Manizales: Imprenta Oficial, 1945.
76	Jaime Ardila Casamitjana	1919-2019	1) <i>Babel</i> . La Plata: Editorial Calomino, 1944.
77	Jaime Buitrago	1904-1963	1) <i>Pescadores del Magdalena</i> . Bogotá: Minerva, 1938. 2) <i>Hombres trasplantados. Novela de colonizaje</i> . Manizales: Imprenta Departamental, 1943
78	Jaime Exbrayat	1892-1967	1) <i>Capuniá. Novela indígena</i> . Buenos Aires: Editorial Colombia, 1944.
79	Jaime Ibáñez Castro	1919-1979	1) <i>No volverá la aurora. Novela</i> . Bogotá: Cooperativa Nacional de Artes Gráficas, 1943. 2) <i>Cada voz lleva su angustia. Novela</i> . Bogotá: Editorial Santafé, 1944. 3) <i>Donde moran los sueños</i> . Bogotá: Librería Siglo XX, 1947.
80	Jaime Sanín Echeverri	1922-2008	1) <i>Una mujer de 4 en conducta o "La quebrada de Santa Elena"</i> . Medellín: Imprenta Departamental, 1948.
81	Jesús Antonio Acevedo	s. i.	1) <i>Almas blancas corazones perversos. Novela</i> . Bogotá: Editorial Manrique, 1931.
82	Jesús Botero Restrepo	1921-2008	1) <i>Andágueda. Novela</i> . Bogotá: Librería y Ediciones Teoría, 1947.
83	José Quijano (seudónimo)	s. i.	1) <i>A Londres directamente. Novela colombiana</i> . Medellín: Antonio J. Cano, 1931.

* Esta novela no estaba registrada en Porras (1976).

No.	Nombre	Fecha de nacimiento	Novelas (primeras ediciones)
84	José A. Osorio Lizarazo	1900-1964	1) <i>La casa de vecindad</i> . Bogotá: Minerva 1930. 2) <i>Barranquilla 2132</i> . Barranquilla: Tipografía Delgado, 1932. 3) <i>La cosecha</i> . Manizales: Arturo Zapata, 1935. 4) <i>El criminal</i> . <i>Novela</i> . Bogotá: Renacimiento, 1935. 5) <i>Hombres sin presente</i> . <i>Novela de empleados públicos</i> . Bogotá: Minerva, 1938. 6) <i>Garabato</i> . <i>Novela</i> . Santiago de Chile: Ercilla, 1939. 7) <i>El hombre bajo la tierra</i> . Bogotá: Ministerio de Educación Nacional, 1944. 8) <i>Fuera de la ley</i> . <i>Historias de bandidos</i> . Bogotá: Talleres Gráficos Mundo al Día, 1945.
85	José Agustín López	s. i.	1) <i>La condesa del valle</i> . Manizales: Tipografía Éxito, 1931.
86	José Alvear Restrepo	1913-1953	1) <i>El hombre de la granja</i> . Medellín: Tipografía Industrial, 1945.
87	José Domingo Arias Bernal	1908- ¿?	1) <i>Marina</i> . <i>Poemas del recuerdo</i> . <i>Obra escrita para literatos y señadores</i> . Ibagué: Imprenta del Departamento de Tolima, 1950.
88	José Juan Salgado	s. i.	1) <i>Dios oye a una familia</i> . Honda: Tipografía Tolima, 1939.
89	José Kent	s. i.	1) <i>La casa de las rosas o la tragedia de un amor</i> . Medellín: Granamérica, 1950.
90	José María Vargas Vila*	1860-1933	
91	José Ramón Lanao Loayza	s. i.	1) <i>Las pampas escandalosas</i> . Manizales: Arturo Zapata, 1936.
92	José Restrepo Jaramillo	1896-1945	1) <i>David, hijo de Palestina</i> . <i>Novela</i> . Medellín: Ediciones de la Librería Pérez, 1931. 2) <i>Dinero para los peces</i> . <i>Novela</i> . Bogotá: Editorial ABC, 1945.
93	Roberto José Falla	s. i.	1) <i>Ichó</i> . <i>Novela chocoana</i> . s. i., 1949.
94	Juan Álvarez Garzón	1898-1974	1) <i>Los clavijos</i> . Bogotá: Editorial Cromos, 1943.
95	Juan Cristóbal Martínez Uribe	1896-1959	1) <i>Margarita Ramírez tuvo un hijo</i> . <i>Novela</i> . Bucaramanga: Imprenta del Departamento, 1938.

* De este autor se publicaron alrededor de 30 libros entre 1930 y 1950, pero ninguno en primera edición.

No.	Nombre	Fecha de nacimiento	Novelas (primeras ediciones)
96	Julián Motta Salas	1891-1972	1) <i>Alonso Quijano el bueno. Don Quijote en Villaseñor.</i> Bogotá: s. i., 1930.
97	Julio César Arroyave Calle	1914-2002	1) <i>Montañas de oro.</i> Manizales: Arturo Zapata, 1939.
98	Julio González Concha	1897- ¿?	1) <i>Juan Clamedia. Ficción colombiana.</i> Bogotá: Editorial Iqueima, 1948.
99	Julio Quiñones Carreño	s. i.	1) <i>En el corazón de la América virgen. Novela escrita en francés.</i> Bogotá: Editorial ABC, 1948.
100	Julio Santamaría Villarreal	s. i.	1) <i>Cuando el suicidio es un deber.</i> Bucaramanga: Editorial El Demócrata, 1947.
101	León Varney (seudónimo de Santiago F. Losada)*	1872-1934	
102	Leonidas Berrío	s. i.	1) <i>Atavismo. Novela.</i> Bogotá: Editorial Nueva, 1937.
103	Leonidas Escobar	1918- ¿?	1) <i>El hijo de las sombras. Novela.</i> Bogotá: Editorial Nuevo Mundo, 1944.
104	Libardo Bedoya Céspedes	1912- ¿?	1) <i>Nieve maldita.</i> Medellín: Ediciones Martel Ibero, 1950.
105	Luis Alberto Castellanos Domínguez	¿? -1944	1) <i>Jenny. Novela colombiana.</i> Bogotá: Tipografía Voto Nacional, 1932.
106	Luis Alberto Lesmes	1917- ¿?	1) <i>Temporales en tierra. Novela.</i> Bogotá: Editorial Iqueima, 1944.
107	Luis Carlos Flórez	s. i.	1) <i>Llamarada. Novela obrera antiimperialista.</i> s. i., 1941.
108	Luis Carrasquilla	s. i.	1) <i>Abismos. Novela (ensayo biológico-social).</i> Bogotá: Editorial Santafé, 1931. 2) <i>Mujer y sombras.</i> Medellín: Imprenta Oficial, 1937.
109	Luis Tablanca (seudónimo de Luis Enrique Pardo Farelo)	1883-1965	1) <i>Una derrota sin batalla. Novela.</i> Bucaramanga: Editorial La Cabaña, 1935.
110	Manuel Baena	1888- ¿?	1) <i>Aventuras de un estudiante... Cómo se hace ingeniero un negro en Colombia.</i> Murcia: Tipografía Manuel Arenas, 1932.

* En 1930 se publicó la tercera edición de *El sentido de una vida*. Novela original colombiana. Sogamoso: Tipografía Sugamuxi, publicada originalmente en 1906.

No.	Nombre	Fecha de nacimiento	Novelas (primeras ediciones)
111	Manuel de Jesús Lucio	1890- ¿?	1) <i>Entre dos almas</i> . Cali: Editorial América, 1930.
112	Manuel Francisco Sliger Vergara	1892-1988	1) <i>Viajes interplanetarios en Zepelines que tendrán lugar el año 2009</i> . Bogotá: Editorial Centro, 1936.
113	Manuel Mejía Vallejo	1923-1998	1) <i>La tierra éramos nosotros</i> . Novela. Medellín: Balmore Álvarez G., 1945.
114	Manuel Zapata Olivella	1920-2004	1) <i>Tierra mojada</i> . Novela. Bogotá: Editorial Iqueima, 1947.
115	Marco Tulio Jaramillo	s. i.	1) <i>Los malsines</i> . Medellín: Tipografía San Antonio, 1947.
116	Mario Zamorano*	s. i.	
117	Martín Restrepo Mejía	1861-1940	1) <i>Desde muy lejos</i> . Novelas históricas. Cali: Editorial América, 1937. 2) <i>Caminos inciertos</i> . Episodios de la guerra civil de 1840. Cali: Editorial América, 1938.
118	Miguel A. Gallego R.	s. i.	1) <i>Consecuencias de un amor</i> . Manizales: Editorial Zapata, 1947.
119	Moisés Carrillo Castro	s. i.	1) <i>Tormenta de ensueños</i> . Novela en honor de la América Latina. Bogotá: Minerva, 1950.
120	Octavio Rojas S.	s. i.	1) <i>Provinciana</i> . Novela. Bogotá: Minerva, 1940.
121	Pablo Barón Garavito	s. i.	1) <i>La miseria del espíritu</i> . Novela. Bogotá: Editorial Iqueima, 1950.
122	Pedro Moreno Garzón	1895-1976	1) <i>La rueda de la sonrisa</i> . Caracas: Editorial Élite, 1930.
123	Próspero Morales Pradilla	1920-1990	1) <i>Perucho</i> . Bogotá: Librería Colombiana, 1945. 2) <i>Más acá</i> . Santiago de Chile: Gutemberg, 1948.
124	R. Zapata y Cuenkar	s. i.	1) <i>El grito de la loba</i> . Ecos de la guerra africana. Medellín: Editorial Atlántida, 1936.
125	Rafael Arango Villegas	1889-1952	1) <i>Asistencia y camas (se puede tocar tarde)</i> . Manizales: Arturo Zapata, 1934.
126	Rafael Caneva Palomino	1914-1986	1) <i>Eros insomne o las divinas maldades</i> . Bogotá: Minerva, 1934.

* En 1943 se publicó la tercera edición de *Dos almas fuertes*. Manizales: Editorial Atalaya, originalmente publicada en 1912.

No.	Nombre	Fecha de nacimiento	Novelas (primeras ediciones)
127	Rafael Carazo Fortich	s. i.	1) <i>Los ilegítimos</i> . Cartagena: Editorial Calamary, 1946.
128	Rafael Escobar Roa	1879-1954	1) <i>Lo que contó el patojo</i> . Bogotá: Editorial ABC, 1941.
129	Rafael Gómez Picón	1900-¿?	1) <i>45 relatos de un burócrata, con cuatro paréntesis. Novela</i> . Bogotá: Minerva, 1941.
130	Rafael Jaramillo Arango	1896-1963	1) <i>Barrancabermeja. Novela de proxenetas, rufianes, obreros y petroleros</i> . Bogotá: Editorial ESB, 1934.
131	Ramón Escobar Alzate	1898-¿?	1) <i>Esther de Roncesvalles. Novela</i> . Bogotá: Librería Leticia, 1944.
132	Ramón Manrique Sánchez	1894-1965	1) <i>La venturosa. Novela. Gesta de guerrilleros y bravoneles, relato de íncubos, súcubos, amores, trasgos y vestiglos</i> . Bogotá: Editorial Kelly, 1947.
133	Ramón María Bautista	1905-¿?	1) <i>Rojo y azul</i> . Cúcuta: Editorial Cervantes, 1936. 2) <i>El detective. Novela</i> . Cúcuta: Editorial Labores, 1937. 3) <i>Lo indisoluble. Novela</i> . Cúcuta: Editorial Labores, 1937. 4) <i>Raza maldita</i> . Cúcuta: Imprenta Oficial, 1938. 5) <i>Si tuvieras una hija. Novela</i> . Cúcuta: Imprenta Oficial, 1943. 6) <i>Expiación</i> . Cúcuta: Editorial La Tarde, 1945.
134	Roberto Luis Restrepo	1897-1956	1) <i>Dicarquismo o si la razón fuera gobierno</i> . Manizales: Arturo Zapata, 1936.
135	Roberto Pineda Castillo	1911-2011	1) <i>Panorama de cuatro vidas</i> . Manizales: Arturo Zapata, 1934. 2) <i>Muchedumbre. Relato pre-novelesco</i> . Bogotá: s. i., 1942.
136	Roberto Rocha	s. i.	1) <i>Así es la vida</i> . Manizales: Talleres Gráficos, 1934.
137	Rodolfo Jaramillo Ángel	1912-1980	1) <i>Hombre y destino. Novela</i> . Armenia: Empresa Tipográfica Vigig, 1942.
138	Rodolfo Torres Fierro	1879-1974	1) <i>Las aventuras de un naufrago</i> . México: s.i., 1943.

No.	Nombre	Fecha de nacimiento	Novelas (primeras ediciones)
139	Romualdo Gallego	1895-1931	1) <i>Crónicas, cuentos y novelas</i> . Medellín: Imprenta Oficial, 1935.
140	Salvador Tello Mejía	s. i.	1) <i>Motilonía o andanzas de un antioqueño</i> . Girardot: Editorial Girardot, 1934.
141	Santiago Jiménez Arrechea	s. i.	1) <i>Calixto. Novela educativa</i> . Cali: Editorial América, 1941. 2) <i>Parajes y visiones. Recreación científica</i> . Cali: T. J. Martínez & Cía. S. A., 1944.
142	Saúl Perdomo Rivera	¿? -1993	1) <i>Amor incierto. Novela</i> . Bogotá: Editorial Águila, 1930.
143	Saúl Rincón Rozas	s. i.	1) <i>Ana Josefa. Novela colombiana de costumbres boyacenses</i> . Tunja: Editorial Revolucionaria, 1935.
144	Saúl Román	s. i.	1) <i>Donde está el amor acecha la muerte</i> . s. i., 1941.
145	Simón Pérez y Soto	1907-¿?	1) <i>De poetas a conspiradores. Novela nacionalista y un estudio anexo sobre masonería y judaísmo</i> . Manizales: Arturo Zapata, 1938.
146	Tomás Carrasquilla	1858-1940	1) <i>Hace tiempos. Memorias de Eloy Gamboa</i> . Medellín: Editorial Atlántida, 1935-1936.
147	Tomás Márquez Bravo	1890-1940	1) <i>Impresiones de Jaime Kendel</i> . Manizales: Arturo Zapata, 1934.
148	Tomás Vargas Osorio	1908-1941	1) <i>Vidas menores</i> . Bucaramanga: Editorial La Cabaña, 1937.
149	Wenceslao Montoya	1889-1971	1) <i>Abismo florecido. Novela colombiana</i> . Medellín: Editorial Granamérica, 1948.
150	Zoilo Cuéllar Chaves	s. i.	1) <i>La penúltima noche (proceso patológico de un suicida normal)</i> . Bogotá: Minerva, 1935.

Anexo 2. Minibiografías

Intelectuales-dirigentes

Alberto Lleras

Nació en Bogotá en 1906 y murió en la misma ciudad en 1990. Proveniente de una familia ilustre. Hizo estudios de derecho en el Colegio del Rosario, los cuales abandonó para dedicarse al periodismo. Fue colaborador habitual de los principales diarios capitalinos. En 1929, con apenas 23 años, fue nombrado jefe de redacción de *El Tiempo*. En 1938 fundó y dirigió el periódico *El Liberal*, donde también participaron también Jorge Zalamea y Hernando Téllez. Fue representante a la Cámara (1931 y 1941) y senador (1943) por el Partido Liberal. Apoyó las candidaturas de Enrique Olaya Herrera y Alfonso López Pumarejo a la presidencia. Fue ministro de gobierno de este último (en 1935 y 1943) y embajador en Washington. En 1945, tras la renuncia de López, asumió como presidente de la República.

Baldomero Sanín Cano

Nació en Rionegro, Antioquia, en 1861 y murió en Bogotá en 1957, a los 96 años. De orígenes modestos, su madre murió cuando él tenía 5 años; su padre, que él describía como aficionado a las ciencias y las letras, se encargó de su educación. Recibió el grado de maestro de escuela y ejerció este oficio durante poco tiempo. Fue autodidacta por lo que respecta a su formación literaria, llegó a dominar varios idiomas y tuvo fama de gran lector. Se inició en el periodismo escribiendo sobre literatura y relaciones exteriores. Fundador y jefe de redacción de la *Revista Contemporánea* (1904-1905). Colaborador habitual de *El Tiempo* (1927-1954). Fue parlamentario por el Partido Liberal en dos ocasiones (1924 y 1933). Vivió largas temporadas en Londres (1909-1922) y Buenos Aires (1925-1936), donde ocupó cargos diplomáticos. Entre 1941 y 1945 fue rector de la Universidad del Cauca. Su obra está compuesta, ante todo, por artículos y ensayos literarios publicados en la prensa y reunidos posteriormente en libros.

Daniel Samper Ortega

Nació en Bogotá en 1895 y murió en la misma ciudad en 1943. Provenía de una importante familia liberal del siglo XIX. Su padre fue empresario y un entusiasta de la educación (fue, de hecho, uno de los fundadores del Gimnasio Moderno).¹⁹³ Su madre, Belén Ortega Ortega, era descendiente del general José María Ortega y Nariño. No obtuvo un título universitario, aunque a mediados de los años 20 viajó a España y tomó cursos de literatura. Entre 1931 y 1938, como director de la Biblioteca Nacional, fundó y dirigió la revista *Senderos* (1934-1935), antecesora de la *Revista de las Indias*. Al frente de la Biblioteca Nacional cumplió una destacada labor: modernizó sus procesos y colecciones, impulsó la construcción de una nueva sede y preparó la colección de 100 libros de autores colombianos conocida como Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana. Escribió novela y teatro, ensayos y semblanzas literarias.

Eduardo Caballero Calderón

Nació en Bogotá en 1910 y murió en la misma ciudad en 1993. Su padre era terrateniente. Estudió en el prestigioso Gimnasio Moderno. Comenzó estudios de derecho que no terminó. Ejerció activamente el periodismo, ocupó cargos públicos, fue diplomático, ensayista y novelista. También fue miembro de la redacción de *El Tiempo*, donde sostuvo por varios años una columna que firmaba con el seudónimo Swann. En 1934 fue nombrado Jefe de Información, Prensa y Propaganda del Ministerio de Relaciones Exteriores. Fue diputado por el Partido Liberal a las asambleas de Boyacá (1933-1935) y Cundinamarca (1943-1945). Secretario de la Embajada de Colombia en Perú (1939-1941) y encargado de negocios en España (1946). Publicó sus novelas más destacadas en 1952 (*El Cristo de espaldas*), 1956 (*Siervo sin tierra*) y 1965 (*El buen salvaje*). Tradujo al español a Marcel Proust y Paul Claudel.

193. Sobre el Gimnasio Moderno, ver Prieto (2000).

Germán Arciniegas

Nació en Bogotá en 1900 y murió en la misma ciudad en 1999. Su padre era un hacendado liberal. Se graduó de abogado en 1928. Miembro destacado del Partido Liberal. Abogado, profesor universitario, ministro, parlamentario, diplomático, ensayista, académico, historiador, crítico literario. Colaborador del periódico *El Tiempo* desde 1921, donde llegó a ser director en 1937. Colaborador de otros importantes diarios como *La República*, *La Prensa* de Buenos Aires y *El Nacional* de Caracas. Fundador y director de la revista *Universidad* (1921-1922 y 1927-1929). Fundador y director de las Ediciones Colombia. Vicecónsul de Colombia en Londres (1930-1931). Ministro consejero de la Embajada de Colombia en Argentina (1939). Fue representante a la Cámara por el Partido Liberal en dos ocasiones. Ministro de educación (1941-1942 y 1945-1946). Sus libros fueron traducidos a varios idiomas. Profesor invitado a la Universidad de Columbia (1942). Profesor visitante en la Universidad de Chicago (1944). Director de la *Revista de las Indias* (1939-1944). Fundador y director de la *Revista de América* (1945-1957). Escribió cerca de 50 libros a lo largo de su vida y publicó más de 4000 artículos en la prensa latinoamericana. Fue amigo de Eduardo Santos, León de Greiff y Baldomero Sanín Cano.

Hernando Téllez

Nació y murió en Bogotá (1908-1966). Se sabe poco de sus orígenes familiares, aunque afirmó en alguna ocasión haber nacido pobre, un hecho más bien improbable. Hizo estudios de literatura que no terminó. Fue político liberal, diplomático y periodista. Subdirector de *El Liberal* (1939-1942), colaborador de *Mundo al Día*, *Universidad*, *Sábado*, *Revista de América*, *El Tiempo*, *Unión Liberal*, *El Nacional* de Caracas y *Cuadernos de París*. Ingresó en 1930 a la política como colaborador de la campaña de Enrique Olaya Herrera a la presidencia. Fue secretario del Concejo de Bogotá en 1934, cónsul de Colombia en Marsella (1937 y 1939) y senador de la República (1944-1945). En 1942 fue nombrado jefe de propaganda de Cervecerías Bavaria. Amigo de Alberto Lleras. Su género predilecto fue el ensayo. Tradujo al español a André Gide, Jean Cocteau y Jules Romains.

Jorge Zalamea

Nació en Bogotá en 1905 y murió en la misma ciudad en 1969. Nació en una familia pudiente. Su padre, aficionado a las letras, trabajó en la Compañía de Luz Eléctrica de Bogotá. Estudió en el Gimnasio Moderno e hizo estudios de agronomía que no terminó. Fue periodista, diplomático y parlamentario. Colaboró en *El Liberal*, *El Tiempo*, *La Razón* y *El Espectador*. Vicecónsul de Colombia en Madrid (1928) y Londres (1933-1935), secretario del Ministerio de Educación y encargado interino de ese mismo ministerio (1936-1937), secretario general de la Presidencia de la República (1937-1938) y representante a la Cámara por el Partido Liberal. Fue embajador de Colombia en México (1944-1946) y ministro plenipotenciario en Italia (1946). Amigo de Alberto Lleras –a quien conoció desde muy joven–, Germán Arciniegas y León de Greiff. Tradujo al español a Saint-John Perse.

Juan Lozano y Lozano

Nació en Ibagué en 1902 y murió en Bogotá en 1980. Su padre fue diplomático. Economista, abogado, político, diplomático y periodista. Creció en un ambiente intelectual. Estudió en Cambridge, Roma y Washington. Fundador y director del diario *La Razón* (1936-1948), colaborador de *El Tiempo*, *Sábado*, *La Nación* de Buenos Aires y *El Comercio* de Lima. Secretario personal de Enrique Olaya Herrera durante su campaña a la presidencia. Hizo parte de la Dirección Nacional Liberal. Concejal de Bogotá, diputado de Tolima y Cundinamarca, representante a la Cámara, ministro de educación de Eduardo Santos y embajador en Italia. Fue secretario de la Superintendencia Bancaria.

Luis López de Mesa

Nació en Don Matías, Antioquia en 1884 y murió en Bogotá en 1967. Proveniente de una familia adinerada de ascendencia española e inglesa. Entre 1918 y 1922 estudió en Francia e Inglaterra, y viajó por Italia, Alemania y Grecia. Médico, ministro, parlamentario, profesor

universitario. Fundador de la revista mensual *Cultura*. Fue el gran impulsor del Proyecto de Cultura Aldeana, uno de los programas insignia de la política cultural de la República Liberal. Miembro de la Dirección Nacional Liberal (1912-1916 y 1922-1930), ministro de educación (1934-1935) y ministro de relaciones exteriores (1938-1942 y 1945-1946). Amigo de Eduardo Santos. Escribió alrededor de 50 libros y folletos, entre ellos las novelas *La tragedia de Nilse* (1928) y *La biografía de Gloria Etzel* (1929).

Silvio Villegas

Nació en Manizales, Caldas en 1902 y murió en Bogotá en 1972. Su padre estudió Filosofía y Letras en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario (Bogotá). Abogado. Dirigió los diarios *La Patria* de Manizales, *El País* de Cali y *La República* de Bogotá. Fue diplomático, concejal, diputado a la Asamblea de Caldas, representante a la Cámara y senador en varios periodos. Formó parte de la directiva del Partido Conservador y del grupo conservador los Leopardos. Conoció en la universidad a Alberto Lleras, Germán Arciniegas, José Umaña Bernal y Juan Lozano y Lozano.

Poetas

Arturo Camacho Ramírez

Nació en Ibagué en 1910 y murió en Bogotá en 1982. Hizo estudios de derecho, que no terminó, en la Universidad Nacional. Periodista, poeta y diplomático. Fue colaborador de *El Tiempo*, *El Espectador*, *Sábado*, *Acción Liberal*, *Vida* y *Revista de las Indias*. Fue secretario especial de la Guajira y secretario de la Oficina de Información y Prensa del Ministerio de Gobierno durante la presidencia de Alfonso López Pumarejo, así como secretario privado y subjefe de inmigración del Ministerio de Relaciones Exteriores. Trabajó también en el Ministerio de Agricultura (1934) y fue asistente de Plinio Mendoza Neira en el Ministerio de Guerra (1935). Secretario de la Embajada de Colombia en La Paz (1945).

Eduardo Carranza

Nació en Apiay, Meta, en 1913. Profesor, periodista, diplomático, poeta. Alcanzó el título de normalista (1929). Hijo de un hacendado que murió cuando Carranza era aún muy joven, lo que dejó a la familia en apuros económicos. De filiación conservadora, hizo activismo político con destacados hombres de derecha. Fue colaborador de *El Tiempo* y director de su suplemento literario (Eduardo Santos promovió su carrera literaria). Colaboró también en *La Razón*, *Revista de las Indias* y *Sábado*. En 1939 fue nombrado director de la *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*. Agregado Cultural de la Embajada de Colombia en Santiago de Chile (1945-1947). Perteneció al grupo Piedra y Cielo y fue traductor al español de Paul Valéry, Paul Claudel, Walt Whitman y Emily Dickinson.

Germán Pardo García

Nació en Choachí, Cundinamarca en 1902 y murió en Ciudad de México en 1991. De filiación liberal. Hijo de Germán D. Pardo, que llegó a ser presidente de la Corte Suprema de Justicia. Poeta, periodista y publicista empírico. Trabajó como agente de publicidad (1927-1930) en la revista *El Gráfico* (Bogotá). Fue editor de las revistas culturales *Noticia de Colombia* (1941) y *Nivel* (1959). Desde 1931 residió en México.

Guillermo Valencia

Nació en Bogotá y murió en Popayán, Cauca (1873-1943). Estudió en el Seminario de Popayán y en la Universidad del Cauca (Filosofía y Letras). Nació en una familia acaudalada de ascendencia española. Poeta, político y diplomático. Fundó y dirigió los periódicos *El Siglo* y *Adelante*. Fue también director del periódico *Claridad*. Gobernador del Cauca (1909), senador y representante a la Cámara por el Partido Conservador en varias ocasiones. Miembro de la Dirección Nacional del Partido Conservador. Dos veces candidato a la Presidencia de la República (1918 y 1930). Fue diplomático en Francia, Suiza, Alemania, Brasil, Chile y Perú. Amigo de Baldomero Sanín Cano. Traductor del alemán y del francés.

Jorge Rojas

Nació en Santa Rosa de Viterbo, Boyacá, en 1911. Murió en Bogotá en 1995. Siendo muy niño se trasladó con sus padres a Bogotá. Abogado de tendencia liberal y hombre de negocios. Director de Extensión Cultural y Bellas Artes (1945). Formó parte de Piedra y Cielo y financió las publicaciones de este grupo literario. Dominaba el inglés, el francés y el latín. Traductor al español de Paul Valéry. Su carrera literaria fue promovida por Germán Arciniegas.

José Umaña Bernal

Nació en Tunja, Boyacá, en 1899 y murió en Bogotá en 1982. Abogado liberal. Miembro del Directorio Liberal de Boyacá. Político, diplomático, poeta, académico y parlamentario. Miembro de la redacción de *La Nación* de Barranquilla y de *El Tiempo*, donde llegó a ser jefe de redacción. Fue cónsul general en Santiago de Chile y ministro plenipotenciario en Portugal. Diputado a la Asamblea de Boyacá (1927-1929), concejal de Bogotá (1936-1937), representante a la Cámara (1936-1937; 1938-1939 y 1940-1941) y senador de la República (1943-1947).

León de Greiff

Nació en Medellín, Antioquia en 1895 y murió en Bogotá en 1976. De ascendencia alemana y sueca. Hizo estudios de ingeniería que no terminó. Poeta, funcionario, diplomático y profesor. No militó formalmente en ningún partido, pero fue de filiación liberal. Publicó sus poemas en semanarios y revistas literarias. Hizo estudios de ingeniería y derecho. Director de la revista *Panida* (1915) y colaborador de la revista *Voces* (1917-1920). Trabajó como cajero del Banco Central (1916-1925) y administrador de los Ferrocarriles de Antioquia (1926-1927). En 1931 se traslada a Bogotá y, durante 14 años, trabaja en los Ferrocarriles Nacionales. En 1945 es designado jefe de educación secundaria de la Sección de Becas del Ministerio de Educación. Fue, con Porfirio Barba-Jacob y Luis Vidales, el más iconoclasta de los poetas de la época.

Luis Vidales

Nació en Calarcá, Caldas en 1900 y murió en Bogotá en 1990. Su padre fue maestro de escuela. Poeta, periodista, profesor de historia del arte. En la primera mitad de los años 20 se desempeñó como jefe de Contabilidad del Banco de Londres (sede Bogotá). Entre 1926 y 1929 estudió ciencias políticas en París. Colaborador de *Cromos*, *El Tiempo*, *El Gráfico* y *El Espectador*. Dirigió el primer diario comunista de Colombia, *Vox Populi* (1931), donde publicó algunos de sus poemas. Fue militante-fundador del Partido Comunista (1930). Simpatizó con los llamados “liberales de izquierda”. Secretario General del Partido Comunista (1932-1934), que apoyó las reformas constitucionales de López Pumarejo en 1936. En 1928 se desempeñó como cónsul de Colombia en Génova. Fue director Nacional de Estadística de la Contraloría General de la República (1940-1944). Amigo de Luis Tejada y Jorge Eliécer Gaitán.

Rafael Maya

Nació en Popayán en 1897 y murió en Bogotá en 1980. Abogado, poeta y profesor de literatura en el Colegio Mayor del Rosario. Su padre fue pedagogo y hombre de letras. A los 20 años, Rafael Maya se trasladó a Bogotá. Fue colaborador regular de la prensa literaria. Militó en el Partido Conservador. Fue representante a la Cámara en 1944, director del Departamento de Publicaciones del Ministerio de Educación y de la Radiodifusora Nacional. Amigo de Porfirio Barba Jacob, Germán Arciniegas y Alberto Lleras. En 1948 fue designado rector de la Escuela Normal Superior de Bogotá, hoy Universidad Pedagógica Nacional.

Porfirio Barba Jacob

Nació en Santa Rosa de Osos, Antioquia en 1887 y murió en Ciudad de México en 1942. Hizo estudios de normalista. Poeta, periodista, maestro de escuela. Colaboró en la prensa de México, Guatemala, Honduras, Costa Rica, Nicaragua, El Salvador, Cuba y Perú. En 1930 se radicó en Ciudad de México. En sus últimos años, muy enfermo, recibió el apoyo económico de Eduardo Santos.

Sobre el autor

Felipe Van der Huck

Sociólogo de la Universidad del Valle con Maestría en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Libre de Berlín. Doctor en Sociología, Universidad de Berna. Campos de investigación: historia y sociología de los intelectuales; historia y sociología del libro y la lectura; estudios sociales de la literatura; sociología del trabajo (ocupaciones, oficios, profesiones). Desde 2017 es editor de la *Revista CS*, publicada por la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Icesi (categoría B Publindex). Es miembro del Consejo Editorial de la *Revista Colombiana de Sociología*. Entre sus principales publicaciones está el libro *La literatura como oficio. José Antonio Osorio Lizarazo 1930-1946* (2012).

Correo electrónico: fvan@icesi.edu.co

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2691-4690>

Índice temático

Antioquia | 55, 65, 69, 71, 73, 81, 84, 192, 195, 199, 201, 204, 205, 207, 210, 211, 225, 228, 231, 232.

Bourdieu, Pierre | 7, 22, 23, 24, 25, 26, 29, 31, 41, 44, 46, 55, 88, 90, 110, 156, 166, 196, 197, 203, 206.

Chartier, Roger | 15, 18, 19, 26, 157, 198.

Cundinamarca | 67, 69, 70, 71, 81, 84, 194, 226, 228, 230.

Darnton, Robert | 17, 26, 59, 60, 62, 84, 199.

Deas, Malcolm | 15, 50, 68, 176, 199, 209.

Escritores | 3, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 21, 22, 23, 25, 26, 27, 29, 30, 31, 32, 35, 39, 44, 45, 46, 47, 49, 52, 54, 55, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 82, 83, 84, 85, 87, 88, 90, 91, 92, 93, 96, 98, 101, 102, 103, 104, 106, 108, 109, 110, 111, 119, 121, 129, 131, 132, 133, 137, 138, 139, 140, 155, 156, 157, 158, 159,

161, 162, 163, 167, 168, 170, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 180, 181, 182, 183, 184, 187, 194, 200, 204.

Estado | 10, 11, 12, 13, 26, 38, 40, 41, 42, 48, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 73, 79, 85, 90, 91, 110, 116, 118, 135, 138, 146, 147, 166, 167, 168, 169, 170, 174, 175, 176, 178, 182, 196, 197, 206, 210, 214.

Hombre de letras | 15, 30, 50, 79, 85, 104, 134, 135, 144, 167, 198, 232.

Iglesia | 10, 12, 38, 48, 49, 50, 55, 70, 73, 176.

Instituto Caro y Cuervo | 5, 60, 79, 192, 193, 194, 202.

Intelectuales | 11, 12, 13, 16, 28, 29, 30, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 46, 47, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 58, 62, 68, 76, 77, 79, 80, 81, 82, 83, 85, 89, 90, 91, 93, 94, 98, 105, 107, 109, 110, 118, 132, 135, 137, 139, 140, 155, 157, 161, 163, 165, 166, 167, 168, 173, 174, 175, 176, 179, 181, 182, 184, 187, 195, 197, 199, 202, 203, 205, 206, 208, 209, 233.

Intelectuales-dirigentes | 78, 225.

Literatura | 1, 2, 7, 8, 9, 15, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 36, 45, 48, 57, 76, 82, 83, 87, 89, 92, 96, 98, 99, 101, 104, 105, 107, 108, 109, 119, 128, 129, 132, 140, 152, 157, 158, 159, 160, 162, 165, 169, 170, 171, 174, 175, 177, 181, 187, 188, 192, 193, 195, 198, 199, 201, 202, 204, 208, 209, 210, 225, 226, 227, 232, 233.

Oficio | 1, 2, 7, 9, 12, 13, 16, 23, 24, 28, 61, 63, 74, 84, 87, 88, 93, 96, 105, 110, 113, 114, 115, 130, 131, 138, 156, 158, 160, 161, 162, 171, 174, 177, 179, 180, 210, 225, 233.

Partido Comunista | 73, 82, 232.

Partido Conservador | 10, 11, 39, 73, 82, 106, 229, 230, 232.

Partido Liberal | 7, 10, 11, 12, 37, 39, 45, 49, 51, 52, 59, 73, 82, 118, 133, 135, 139, 140, 143, 151, 168, 170, 174, 175, 176, 177, 180, 182, 184, 192, 225, 226, 227, 228, 232.

Partidos Políticos | 12, 40, 42, 49, 50, 53, 54, 55, 85, 166, 167, 181.

Periodismo | 9, 16, 32, 36, 42, 45, 48, 49, 54, 68, 74, 79, 83, 85, 87, 88, 94, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 114, 131, 134, 141, 156, 161, 162, 175, 192, 208, 225, 226.

Poetas | 62, 77, 80, 81, 83, 98, 100, 101, 147, 150, 158, 162, 163, 165, 174, 179, 202, 224, 231.

Política | 7, 10, 11, 13, 16, 21, 22, 32, 33, 36, 39, 40, 41, 42, 44, 45, 46, 48, 49, 50, 52, 53, 54, 58, 68, 73, 74, 76, 88, 89, 90, 91, 100, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 118, 135, 138, 139, 149, 150, 151, 156, 161, 162, 165, 167, 168, 169, 174, 175, 176, 177, 180, 182, 184, 194, 195, 199, 201, 203, 205, 207, 210, 227, 229.

República de las Letras | 3, 14, 15, 16, 25, 57, 76, 84, 137, 138, 139, 155, 156.

República Liberal | 7, 10, 12, 15, 16, 26, 27, 30, 33, 36, 37, 38, 40, 42, 52, 53, 60, 61, 63, 65, 66, 68, 76, 77, 79, 80, 83, 85, 89, 91, 109, 113, 114, 126, 130, 139, 142, 150, 156, 157, 166, 179, 181, 182, 208, 229.

Revista de América | 89, 90, 139, 151, 157, 227.

Revista de las Indias | 17, 80, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 95, 96, 97, 99, 103, 104, 110, 135, 139, 144, 145, 150, 157, 164, 165, 167, 168, 169, 180, 185, 186, 187, 188, 196, 205, 207, 226, 227, 229, 230.

Sociología | 5, 9, 21, 23, 27, 28, 29, 31, 33, 47, 57, 88, 194, 196, 200, 208, 233.

Trabajo intelectual | 15, 50, 55, 96, 104, 127, 181, 182, 189.

Vida intelectual | 8, 11, 39, 45, 46, 48, 54, 58, 61, 77, 101, 137, 177, 183, 204.

Otros títulos en esta colección

- { 2019 } **Negro y afro. La invención de dos formas discursivas**
Luis Ernesto Valencia Angulo
DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/expl.12.2019>
- { 2017 } **El color del espejo: narrativas de mujeres negras en Bogotá**
Natalia Santiesteban Mosquera
DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/expl.11.2017>
- { 2016 } **Cuerpo, subjetividad y tecnociencia: un abordaje psicoanalítico**
Ximena Castro Sardi
- { 2015 } **Sociología y docencia reflexiva. Un estudio del caso colombiano**
Ana Lucía Paz Rueda
- Vida, trabajo y amor. Profesores en contextos inciertos**
Viviam Unás Camelo
- ¿Es el “Yo” una realidad o una ficción?
La crítica de David Hume al sujeto cartesiano**
Yuliana Leal Granobles



Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en agosto de 2020 en los talleres de Carvajal Soluciones de Comunicación (cotizaciones@carvajal.com), en la ciudad de Bogotá, Colombia. En su preparación, realizada desde la Editorial Universidad Icesi, se emplearon tipos Tisa Pro en 10/14 y 9,2/13. La edición consta de 150 ejemplares y estuvo al cuidado de Adolfo A. Abadía.



{EX}

En este libro se estudia a un grupo de escritores colombianos del periodo 1930-1946, unidos no solo por el oficio de la literatura, sino por su relación con la política partidista: además de escribir novelas, ensayos y poesías, y también otros géneros, estos escritores estuvieron por lo general ligados a los dos partidos dominantes de la época, el Liberal y el Conservador. Esta investigación espera contribuir al conocimiento del oficio de escritor en Colombia durante la primera mitad del siglo XX, sin perder de vista las características y condiciones específicas de su oficio.

FELIPE VAN DER HUCK